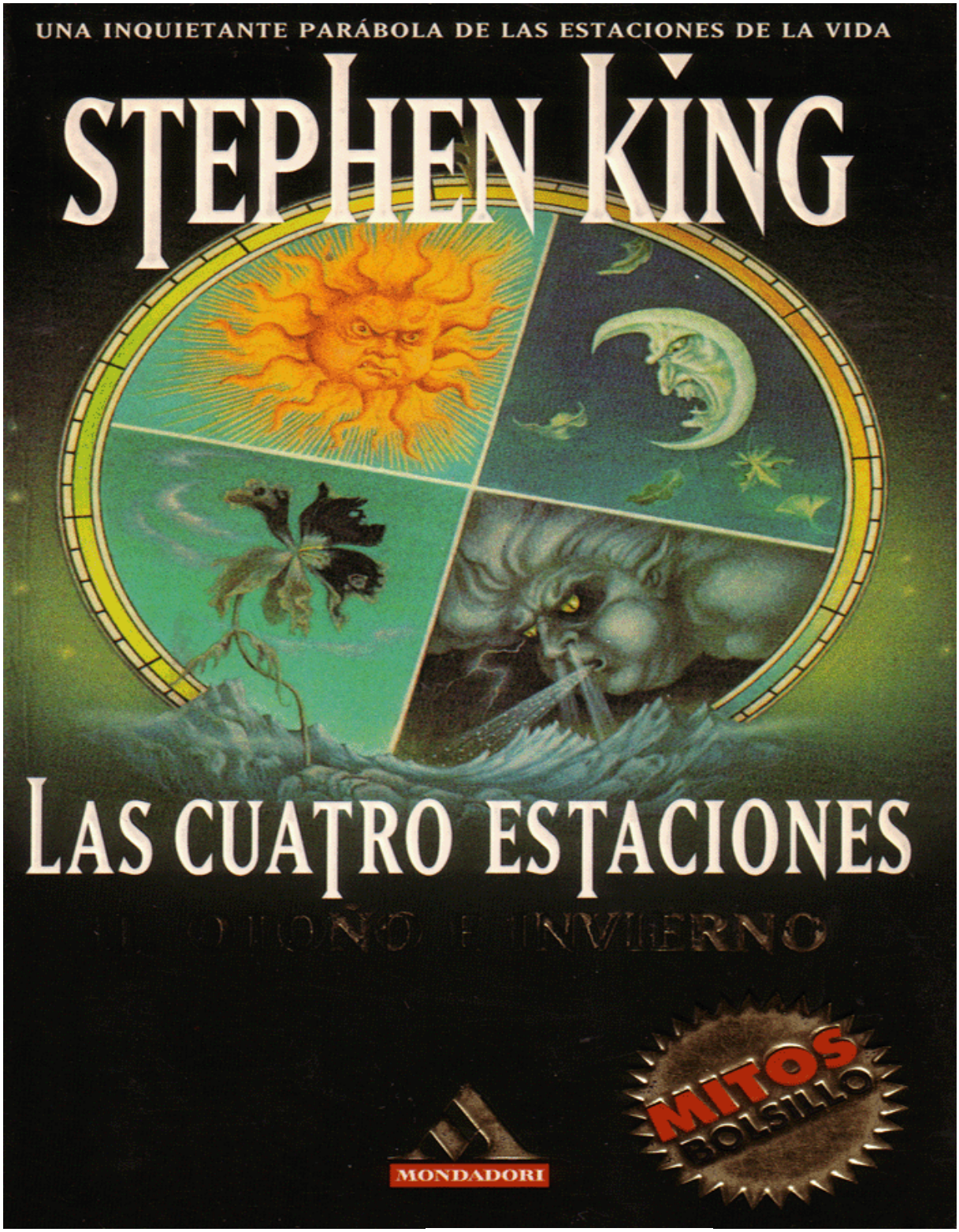
LAS CUATRO ESTACIONES 2
OTOÑO E INVIERNO



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL OTOÑO DE LA INOCENCIA

EL CUERPO

Para George McLeod

1

Las cosas más importantes son siempre las más difíciles de contar. Son cosas de las que uno se avergüenza, porque las palabras las degradan. Al formular de manera verbal algo que mentalmente nos parecía ilimitado, lo reducimos a tamaño natural. Claro que eso no es todo, ¿verdad? Todo aquello que consideramos más importante está siempre demasiado cerca de nuestros sentimientos y deseos más recónditos, como marcas hacia un tesoro que los enemigos ansiaran robarnos. Y a veces hacemos revelaciones de este tipo y nos encontramos sólo con la mirada extrañada de la gente que no entiende en absoluto lo que hemos contado, ni por qué nos puede parecer tan importante como para que casi se nos quiebre la voz al contarlo. Creo que eso es precisamente lo peor. Que el secreto lo siga siendo, no por falta de un narrador, sino por falta de un oyente comprensivo.

Tenía yo casi trece años cuando vi por primera vez a una persona muerta. Ocurrió en mil novecientos sesenta, hace ya mucho tiempo... aunque, a veces, no me parece tanto. Sobre todo, cuando despierto de noche tras haber visto en sueños el granizo que caía en sus ojos abiertos.

2

En Castle Rock teníamos una casita junto a un olmo que se alzaba en un amplio solar. Ahora hay allí una empresa de mudanzas y el olmo ha desaparecido. Progreso. Nuestra casa del árbol era una especie de club social, aunque no tenía nombre. Íbamos al club unos cinco o seis chavales fijos y algunos otros tontorrones que solían merodear por allí y a los que solíamos dejar subir cuando había una partida de cartas y necesitábamos nuevas víctimas. Jugábamos casi siempre a las veintiuna, cinco centavos límite; pero podías ganar el doble con la jota y cinco cartas... o triple con seis cartas, aunque Teddy era el único tan demente como para arriesgarse a eso.

Habíamos hecho las paredes de la casita con tablones que sacamos del muladar que había detrás del almacén de madera y material de construcción de Carbine Road (estaban astillados y llenos de agujeros de los nudos de la madera que habíamos taponado con papel higiénico y servilletas de papel), y el tejado era de hojalata; lo sacamos del mismo lugar, sin perder un segundo de vista al perro, que teóricamente era un gran monstruo devoraniños. En el mismo sitio también, y el mismo día, encontramos una portezuela de tela metálica. Impedía el paso a las moscas, pero estaba realmente herrumbrosa; quiero decir absolutamente herrumbrosa. Fuera cual fuera la hora del día a la que miraras al exterior por ella, siempre parecía la hora del ocaso.

Además de ser un buen sitio para jugar a las cartas, nuestro club lo era también para fumar cigarrillos y mirar libros de mujeres desnudas. Teníamos una media docena de ceniceros abollados de lata, con la palabra CAMEL en el fondo, una cantidad considerable de fotos de las páginas centrales de revistas clavadas a las astilladas paredes, veinte o treinta barajas viejas (a Teddy se las proporcionó su tío, que llevaba la papelería de Castle Rock; cuando éste le preguntó un día a qué jugábamos, le contestó que a una juego de cartas llamado cribbage, y a su tío le pareció bien), una serie de fichas de plástico, de póquer, y un montón de revistas con historias policíacas que dejábamos siempre por allí para cuando no había otra cosa en que entretenerse. También habíamos hecho un compartimiento secreto de veinticinco por treinta centímetros bajo el suelo, para esconder todo este material en las contadas ocasiones en que el padre de alguno de los chicos decidía que era hora de darse una vueltecita por nuestro club, ya sabes, esa costumbre de los mayores de «hay-que-ver-qué-buenos-colegas-somos». Estar en el club cuando llovía era como estar en el interior de un tambor jamaicano... pero aquel verano no llovió.

Según los periódicos, era el verano más caluroso y seco desde mil novecientos siete, y

Librodot

el último viernes de vacaciones, víspera del Día del Trabajo, hasta las varas de oro de los campos y las cunetas de los caminos, estaban resecas y sedientas. Aquel verano, ningún huerto había producido lo suficiente para hacer conservas, y las grandes estanterías de material de enlatado de Red & White de Castle Rock esperaban en vano acumulando polvo. Nadie tenía gran cosa que conservar aquel verano, a no ser que quisieran hacer vino de diente de león.

Pues, aquel viernes que digo, por la mañana estábamos en el club Teddy, Chris y yo, mirándonos lúgubremente y lamentándonos del inminente principio de curso y jugando a las cartas e intercambiando los manidos chistes de siempre sobre vendedores y franceses. («¿Cómo sabes que ha pasado un francés por tu corral? Bueno, porque los cubos de basura están vacíos y el perro preñado.» Teddy intentaba hacerse el ofendido, aunque él era el primero en transmitir un chiste en cuanto lo oía, pero sustituyendo a los franceses por polacos.)

El olmo daba buena sombra, pero nos habíamos quitado las camisas para no sudarlas demasiado. Estábamos jugando al scat, uno de los juegos de cartas más estúpidos que se hayan inventado; hacía demasiado calor para pensar en algo más complicado. Hasta mediados de agosto se formaban siempre buenas y concurridas partidas, pero a partir de entonces los chicos se dispersaban. Demasiado calor.

Me tocaba a mí y pintaba picas. Había empezado con trece, conseguido un ocho para hacer veintiuna y no había pasado nada desde entonces. Robó Chris. Tomé mi última mano: nada que mereciera la pena.

-Veintinueve -dijo Chris.

-Veintidós -dijo Teddy, con cierto disgusto.

-A la porra -dije yo, y eché las cartas en la mesa boca abajo.

-Gordie fuera, el bueno de Gordie agarra la bolsa y se larga -trompeteó Teddy y soltó su especial risa patentada Teddy Duchamp, iiii, iiii, iiii, que sonaba igual que un clavo oxidado raspando madera podrida.

Todos sabíamos que Teddy era raro. Tenía nuestra misma edad, casi trece, pero entre las gafas gruesas y el aparato del oído, parecía un viejo. Los chicos intentaban siempre gorrearle cigarrillos en la calle, engañados por el bulto de la camisa, que, en realidad, era la batería del aparato del oído.

Pese a las gafas y al botón color piel enroscado siempre en su oído, no veía demasiado bien ni entendía siempre lo que le decías. Para jugar al béisbol, le colocábamos entre Chris, que se situaba en el jardín izquierdo, y Billy Greer, que lo hacía en el derecho. Y luego nos limitábamos a esperar que no le llegara nunca la pelota, porque, la viera o no, se iría detrás de ella. Alguna que otra vez, de todos modos, recibía un buen porrazo y en una ocasión se dio de morros contra lacerca de nuestro club y se desmayó. Se quedó allí de espaldas con los ojos en blanco casi cinco minutos; yo me asusté. Luego volvió en sí y empezó a dar vueltas, sangrando por la nariz, con un gran chichón en la frente y lanzando insultos contra la pelota.

Sus defectos de visión eran de nacimiento, aunque no así su sordera. Por aquella época estaba de moda llevar el pelo muy corto, de forma que las orejas parecían las asas de un cántaro, bien descubiertas; pues Teddy fue el primero en llevar el pelo estilo Beatles cuatro años antes de que en Estados Unidos se empezara a oír hablar de este conjunto. Sus orejas parecían dos grumos de cera caliente, por eso las llevaba tapadas.

Cuando Teddy tenía ocho años (cuatro años antes de aquel verano) su padre se enfureció con él porque rompió un plato. Su madre estaba trabajando en la fábrica de calzado de Sooth Paris cuando esto ocurrió, y cuando se enteró de lo sucedido ya no podía hacer nada.

Su padre le agarró, le llevó a la gran cocina de leña que había detrás de la cocina de su casa y le sujetó la cabeza de lado contra la plancha de hierro ardiente. Le tuvo así unos diez segundos, le alzó luego la cabeza tirándole del pelo y le colocó del otro lado. Llamó a continuación al centro médico, a la unidad de urgencias, para que fueran a buscar a su hijo. Colgó el teléfono, fue al armario, agarró su 410 y se sentó con él sobre las rodillas a ver la

tele. Cuando llegó la señora Burroughs, la vecina de al lado, a preguntar si le pasaba algo a Teddy porque le había oído llorar, el padre de Teddy le apuntó con el arma. La mujer salió disparada de casa de los Duchamp, aproximadamente a la velocidad de la luz, se encerró con llave en su propia casa y llamó a la policía. Cuando llegó la ambulancia, el señor Duchamp dejó pasar a los enfermeros y volvió al porche de atrás para hacer guardia mientras llevaban a Teddy en camilla a la ambulancia.

El padre de Teddy explicó a los enfermeros que, aunque los malditos oficiales decían que la zona estaba ya limpia, seguía habiendo alemanes emboscados por todas partes. Uno de los enfermeros le preguntó si creía que podría resistir. Él soltó una sonrisita y repuso que si hacía falta resistiría hasta que el infierno se convirtiera en concesionario de neveras Frigidaire. El enfermero le saludó y el padre de Teddy le dio una palmada en la espalda. A los pocos minutos de haber partido la ambulancia, llegó la policía y relevó del servicio al señor Duchamp.

Llevaba un año haciendo cosas raras como disparar a los gatos y quemar buzones, y después de esta última atrocidad, celebraron un juicio rápido y le mandaron a Togus, que es un hospital para veteranos del Ejército. Togus es donde te corresponde ir cuando a tu caso se le aplica el artículo ocho. El padre de Teddy había tomado la playa de Normandía, y ésa era la explicación que daba nuestro amigo. A pesar de todo lo que le había hecho, estaba orgulloso de su viejo y acompañaba siempre a su madre a visitarle todas las semanas.

Creo que era el chaval más simple de los alrededores, y además estaba completamente chiflado. Corría los riesgos más absurdos que puedas imaginar y conseguía salir indemne de ellos. Lo más increíble era lo que él llamaba «regatear camiones». Corría delante de ellos por la carretera, a escasos milímetros a veces. Sabe Dios los infartos que provocaría, y se reía mientras el golpe de viento del camión agitaba su ropa al pasar. Nosotros nos asustábamos mucho, porque tanto con las gafas de culo de botella como sin ellas veía bastante mal. Creíamos que era sólo cuestión de tiempo el que uno de aquellos camiones le atropellara. Y había que tener sumo cuidado a la hora de desafiarle a algo, porque no se le ponía nada por delante.

-¡Gordie fuera, iii, iii, iii!

-¡Mierda! -dije, y abrí una revista para leer mientras ellos seguían jugando. Empecé a leer «Mató a la linda estudiante a patadas en el ascensor» y a los pocos minutos estaba enfrascado en la historia.

Teddy recogió sus cartas, les echó una mirada rápida y dijo:

-Cierro.

-Asqueroso cuatro ojos de mierda -gritó Chris.

-El asqueroso cuatro ojos tiene cien ojos -dijo Teddy muy serio, y tanto Chris como yo soltamos la carcajada.

Teddy nos miró un poco sorprendido, como si se preguntara de qué nos reíamos. Ésa era otra de sus cosas, siempre tenía salidas como lo de «el asqueroso cuatro ojos tiene cien ojos» y nunca podías estar seguro de si se proponía hacer gracia o era pura casualidad. Nos miraba con el ceño fruncido mientras nos reíamos, como diciendo: «Bueno, ¿y qué pasa ahora?».

Teddy tenía trío de jotas, dama y rey de trébol. Chris tenía sólo dieciséis y quedaba eliminado.

Teddy estaba barajando a su modo desmañado y yo estaba llegando a la parte más emocionante de la historia (en la que el marinero perturbado de Nueva Orleans le hace el zapateado especial 'a la estudiante del Bryn Mawr College porque no soporta los lugares cerrados), cuando oímos que alguien subía a toda prisa la escalera, y, acto seguido, una llamada en la trampilla.

-¿Quién va? -gritó Chris.

-¡Vern! -parecía nervioso y jadeante.

Me acerqué a la trampilla y solté el cierre. La trampilla saltó hacia arriba y Vern Tessio, otro de los asiduos del club, saltó al interior. Sudaba a mares y tenía el pelo, que llevaba siempre en una perfecta imitación de su ídolo de rock-and-roll Bobby Rydell, chorreante y

revuelto

-¡Ay! ¡Buf! -resolló-. ¡Esperad que os lo cuente..., esperad!

-¿Que nos cuentes qué? -le pregunté.

-Dadme un respiro, por favor. Vengo corriendo desde mi casa sin parar.

-He venido corriendo todo el camino desde casa

-canturreó Teddy, en un espantoso falsetto Little Anthony-. Sólo para decir que lo sieeento.

-Vete a la mierda -dijo Vern.

-Estoy muy cerca de ella -le contestó Teddy sagazmente.

-¿Has venido corriendo desde tu casa sin parar? -preguntó Chris incrédulo-. Oye, tío, estás chiflado. -Vern vivía a unos tres kilómetros-. La temperatura debe llegar a los cuarenta grados ahí fuera.

-Merecía la pena -dijo Vern-. Por Cristo bendito que no os lo vais a creer. En serio.

Hizo un gesto de jurar, como para asegurarnos su absoluta sinceridad.

-Bueno, bueno, ¿qué? -dijo Chris.

-¿Os dejarían dormir fuera en la tienda esta noche? -nos miraba serio y anhelante. Sus ojos parecían dos uvas pasas hundidas en círculos de sudor-. Quiero decir si pedís permiso a vuestros padres para acampar al aire libre detrás de mi casa, en el campo...

-Sí, creo que sí -dijo Chris, tomando las cartas y mirándolas-. Claro que mi padre está de malas. Bueno, ya sabéis, la bebida.

-Tienes que conseguir que te deje -dijo Vern-. De verdad que no vais a creerlo. ¿Y a ti, Gordie, crees que te dejarán?

-Supongo que sí.

Normalmente solían darme permiso para cosas así... la verdad es que durante todo el verano había sido una especie de Chico Invisible. Mi hermano mayor, Dennis, había muerto en abril en un accidente. Fue en Fort Benning, Georgia, pues estaba en el Ejército... Iba con otro tipo en jeep al almacén y un camión militar les dio de costado. Dennis murió en el acto y su pasajero seguía todavía en coma. Dennis habría cumplido veintidós años a la semana siguiente. Yo ya había elegido una tarjeta de felicitación para él.

Lloré cuando me lo dijeron y también lloré en el funeral y no podía creer que Dennis hubiera muerto, que alguien que solía darme cachetes o asustarme con una araña de goma hasta hacerme llorar, y darme un beso cuando me caía y me raspaba las rodillas y sangraba y decirme al oído «Vamos, deja ya de llorar, niño»..., que aquella persona que me había tocado, pudiera haber muerto... y mis padres parecían absolutamente vacíos. Para mí, Dennis había sido poco más que un conocido. Me llevaba diez años, comprendes, y tenía sus propios amigos y compañeros de clase. Claro que comimos en la misma mesa durante muchos años y que a veces fue mi amigo y a veces mi torturador, pero la mayor parte del tiempo fue, bueno, simplemente un individuo. Cuando murió, llevaba un año fuera, quitando un par de permisos que había pasado en casa. Hasta mucho tiempo después no comprendí que en realidad había llorado más que nada por papá y por mamá, aunque no creo que mi llanto nos beneficiara mucho ni a mí ni a ellos.

-Bueno, ¿vas a decirnos de una puñetera vez de qué se trata o no, Vern? -preguntó Teddy.

-Cierro -dijo Chris.

-¿Qué? -gritó Teddy, olvidándose por completo de Vern-. ¡Mentiroso de mierda! ¡Es absolutamente imposible, no puedes hacerlo!

Chris sonrió con aire de superioridad.

-Anda, roba, imbécil.

Teddy tendió la mano hacia el montón de cartas, Chris tendió la mano hacia los Winstons de la repisa que había detrás de él. Yo me incliné para recoger mi revista.

Vern Tessio dijo entonces:

-Bueno, ¿queréis o no queréis ver un cadáver? Todos quedamos paralizados.

3

Lo habíamos oído por la radio, claro. Teníamos en el club una Philco con la caja toda agrietada, que también habíamos encontrado en el basurero y que siempre estaba funcionando. Normalmente sintonizábamos una emisora de Lewinston que emitía los éxitos musicales del momento y los antiguos como «Wath in the World's Come Over You», de Jack Scott, y «This Time», de Troy Shondell, y «King Creole», de Elvis, y «Only the Lonely», de Roy Orbison. A la hora de los noticieros, nos desconectábamos mentalmente y no oíamos. En general, no era más que un montón de paparruchas sobre Kennedy y Nixon y Quemoy y Matsu y el fallo de los cohetes y no sé qué diablos sobre lo que era Castro en realidad. Pero todos habíamos presta-do atención a la historia de Ray Brower, supongo que porque se trataba de un chico de nuestra edad.

Era de Chamberlain, un pueblecito que quedaba a unos sesenta kilómetros de Castle Rock, hacia el este. Tres días antes de que Vern irrumpiera en el club tras una carrera de tres kilómetros, Ray Brower había salido de casa con una olla de su madre a buscar arándanos. Por la noche el chico no había regresado, así que los Brower llamaron al sheriff del condado y la búsqueda se inició. Primero sólo por los alrededores de la casa del muchacho, y luego hasta los pueblos próximos de Motton y Durham y Pownal. En la búsqueda participaron policías, ayudantes, guardabosques y voluntarios. Pero a los tres días el niño seguía sin aparecer. Al oírlo por la radio, daba la impresión de que no iban a encontrar vivo al pobre infeliz, de que al final la búsqueda terminaría sin que consiguieran nada. Podía haberse asfixiado bajo un alud de arena o haberse ahogado en un arroyo y tal vez al cabo de diez años algún cazador tropezara con sus huesos. Estaban dragando las lagunas de Chamberlain y el embalse de Motton.

Hoy día no podría ocurrir nada parecido; práctica-mente toda la zona está comunicada con carreteras y pistas y las comunidades dormitorio que rodean Portland y Lewinston se han extendido como los tentáculos de un calamar gigante. El bosque sigue allí y se hace más cerrado a medida que te adentras en él hacia el oeste, hacia las Montañas Blancas; pero, si puedes aguantar de pie el tiempo suficiente para recorrer ocho kilómetros en la misma dirección, estáte seguro de que cruzarás alguna carretera de doble sentido. Pero en mil novecientos sesenta toda la zona entre Chamberlain y Castle Rock era casi virgen y algunos lugares no se habían explotado forestalmente desde antes de la segunda guerra mundial. En aquellos tiempos, aún era posible adentrarse en el bosque y perderse y morir solo allí.

4

Vern Tessio había estado cavando aquella mañana debajo del porche de su casa.

Cuando nos lo dijo, todos entendimos de qué se trataba, pero tal vez deba hacer un alto para explicarlo. A Teddy Duchamp le faltaba alguna hora de sol, pero desde luego Vern Tessio no le iba muy a la zaga. Aun así, su hermano Billy era todavía más tonto, como veréis. Pero antes he de contar por qué cavaba Vern bajo su porche.

Cuando tenía ocho años, hacía cuatro, por tanto, un día enterró un tarro lleno de centavos bajo el porche de su casa. Vern llamaba «cueva» a la gran zona oscura que quedaba bajo el porche. Se traía entre manos una especie de juego de piratas y aquel tarro lleno de centavos era su tesoro enterrado (claro que si jugabas con él a piratas no podías decir el tesoro enterrado, tenías que decir «el botín»). Así que enterró bien hondo el tarro con el dinero, volvió a rellenar el agujero y cubrió la tierra removida con las hojas que se habían ido amontonando bajo el porche a lo largo de los años. Dibujó un mapa del tesoro y lo guardó en su cuarto con sus cosas. Y durante meses se olvidó por completo del asunto. Y luego, un buen

Librodot

día, le hacía falta dinero para ir al cine o para algo parecido, y se acordó de su tesoro y fue a buscar el mapa. Pero para entonces su madre había ordenado ya dos o tres veces el cuarto de Vern y había recogido todos los papeles de deberes escolares atrasados y papeles de caramelos y tebeos y cuentos, y tal vez los hubiera usado para prender el fuego por la mañana algún día.

O al menos eso fue lo que pensó Vern.

Intentó localizar el lugar del tesoro sin el mapa y se puso a cavar donde creía que debía estar. Nada. Cavó a derecha e izquierda del lugar. Nada. Al fin renunció y lo dejó por aquel día; pero seguía intentándolo y cavando de vez en cuando. Y así llevaba cuatro años, oye. Cuatro años. ¿Qué te parece? No sabías si echarte a reír o a llorar.

El asunto había llegado a obsesionarle. El porche delantero de la casa de los Tessio ocupaba toda la fachada, tendría unos doce metros de largo por dos y medio de ancho y Vern había cavado toda aquella superficie centímetro a centímetro por lo menos un par de veces sin encontrar ni rastro de las monedas. Y con el tiempo, el número de centavos se había ido multiplicando, claro. Al principio, nos dijo a Chris y a mí que debían de ser en total unos tres dólares. Al cabo de un año eran ya cinco y últimamente se aproximaban a los diez, según lo mal que anduviera de pasta.

De vez en cuando, intentábamos hacerle entender lo que a todos nos parecía evidente: que su hermano Billy se había enterado y se lo había quitado. Pero Vern se negaba a creerlo, aunque odiaba a Billy como los árabes a los judíos y le hubiera encantado condenarle a pena de muerte, por ratero, si alguna vez hubiera tenido ocasión de hacerlo. También se negaba a preguntárselo directamente. Tal vez temiera que se echara a reír en sus narices y le dijera: Claro que los apañé, enano cretino; había unos veinte pavos en centavos en aquel tarro, y me los gasté todos, hasta el último. Así que, en lugar de preguntárselo, optaba por dedicarse a cavar en busca de su tesoro siempre que tenía ánimos (y, por supuesto, cuando Billy no andaba por allí cerca). Y salía siempre a rastras de debajo del porche, con los pantalones llenos de polvo y el pelo lleno de hojas y las manos vacías. Le tomábamos el pelo cantidad con este asunto y le llamábamos Centavo Tessio. Creo que vino tan de prisa con la noticia al club no sólo para comunicárnosla, sino para demostrar que al fin había resultado algo bueno de su búsqueda del tesoro.

Aquella mañana se había levantado el primero, había tomado sus copos de maíz y estaba echando tiros en el aro que había sobre la puerta del garaje y como no tenía gran cosa que hacer ni nadie con quien jugar decidió una vez más buscar su dinero. Y a ello estaba entregado cuando oyó la puerta de la casa. Se quedó helado y procuró no hacer ruido. Si era su padre, saldría a rastras; si era Bill, se quedaría allí hasta que él y el delincuente juvenil de su amigo se largaran.

Oyó las pisadas de dos personas en el porche y luego la voz temblona y balbuceante del mismísimo Charles Hogan, que decía:

-Cielo santo, Billy, ¿qué vamos a hacer?

Vern nos contó que sólo al oír a Charles Hogan hablar en aquel tono (Charlie era uno de los chicos más rudos del pueblo) aguzó los oídos. Después de todo, Charlie andaba con Ace Merrill y Ojo Chambers... y si andas con tipejos de esa ralea has de ser duro.

-Nada -dijo Bill-. Eso es lo que vamos a hacer. Nada.

-Pero algo tenemos que hacer -dijo Charlie; y ambos se sentaron en el porche muy cerca de donde estaba acurrucado Vern-. ¿No le viste?

Vern se arriesgó a acercarse un poco más a los peldaños, muerto de miedo. Pensó que tal vez Billy y Charlie se hubieran emborrachado de veras y hubieran atropellado a alguien. Vern procuró no aplastar ninguna hoja seca al moverse. Si se daban cuenta de que estaba allí debajo y de que les estaba oyendo, seguro que lo que quedara de Vern cuando ellos terminaran cabría en una lata de comida concentrada de perro.

-No es asunto nuestro -dijo Billy Tessio-. El chico está muerto, así que tampoco a él le importa gran cosa. ¿Qué coño puede importar que le encuentren o no? A mí, desde luego, me

tiene sin cuidado.

-Pero es el chico del que han estado hablando por la radio -dijo Charlie-. Mierda, seguro que lo es. Brocker, Borwer, Flowers, como diablos se llame. Tuvo que ser el maldito tren.

-Siií -dijo Billy. El sonido de una cerilla al rasparla para encenderla. Vern la vio revolotear en el camino de entrada y en seguida olió el humo del cigarrillo--. Seguro. Y tú vomitaste.

Silencio; pese a lo cual, Vern percibió las oleadas de vergüenza emanando de Charlie Hogan.

-Bueno, las chicas no se dieron cuenta -dijo Billy después de un rato-. Menos mal -por el sonido, había dado una palmada a Charlie, para animarle-. Les hubiera faltado tiempo para pregonarlo de aquí a Portland. De todas formas, nos largamos rápido. ¿Crees que se dieron cuenta de que pasaba algo?

-No -dijo Charlie-. A Marie no le gusta bajar por el camino de Harlow detrás del cementerio. Tiene miedo de los fantasmas -añadió. Y luego, con aquel tono de voz temblón y titubeante-: Dios mío, ojalá no hubiéramos agarrado aquel coche anoche. Ojalá hubiéramos ido simplemente al cine como teníamos pensado...

Charlie y Billy salían con dos adefesios llamadas Marie Dougherty y Beverly Thomas. No era normal ver semejantes espantajos fuera del circo (granos, bigote, el completo). Y algunas veces, los cuatro (o tal vez seis u ocho si iban también con sus chicas Bracowitz el Peludo y Ace Merrill), se afanaban un coche del aparcamiento de Lewiston y se largaban a dar una vuelta por el campo con dos o tres botellas de vino Wild Irish Rose y media docena de gaseosas de jengibre. Aparcaban en algún sitio de Castle View o de Harlow o Shiloh, bebían y se besuqueaban y todo eso. Y luego, dejaban el coche cerca de casa. Emociones de pacotilla en la jaula de los monos, como decía a veces Chris. No les habían pescado nunca, aunque Vern no perdía la esperanza. En realidad, abrigaba la idea de visitar a su hermano los domingos en el reformatorio.

-Si fuéramos a la poli, nos preguntarían cómo diablos llegamos a Harlow -dijo Bill-. No tenemos coche. Así que más vale que mantengamos la boca bien cerrada. Así no podrán tocarnos.

-Podríamos hacer una llamada anónima -dijo Charlie.

-Pueden localizar esas malditas llamadas -dijo lúgubremente Billy-. Lo vi en Patrulla de carretera y en Draget.

-Sí, claro -dijo Charlie, apesadumbrado-. Santo cielo, ojalá hubiera venido también Ace. Así podríamos decirles a los guris que habíamos ido hasta allí en su coche.

-Sí. Pero no vino.

-Ya -dijo Charlie. Suspiró-. Creo que tienes razón -una colilla de cigarrillo cayó en el camino-. Y tuvimos que ir a echar una meada junto a las vías, ¿eh? No podíamos haber ido en la otra dirección, ¿verdad? Y me vomité todos los zapatos -bajó un poco la voz-. Y el condenado chico estaba allí tendido, ¿sabes? ¿Tú viste bien a aquel hijoputa, Billy?

-Sí -dijo Billy, y una segunda colilla aterrizó junto a la primera en el camino-. Vamos a ver si se ha levantado ya Ace. Tengo la boca seca.

-¿Se lo vamos a decir?

-Charlie, no se lo vamos a decir a nadie. Absolutamente a nadie. ¿Me entiendes?

-Sí, Billy, te entiendo -dijo Charlie-. Santo cielo, ojalá no hubiéramos subido nunca a aquel maldito Dodge.

-Déjalo ya de una vez y vámonos.

Dos pares de piernas enfundadas en pantalones estrechos descoloridos por las lavaduras, dos pares de pies calzados con botas negras de mecánico con hebillas a los lados, bajaron los peldaños. Vern permaneció absolutamente inmóvil, paralizado («Se me pusieron por corbata», nos dijo), convencido de que su hermano le había sentido allá abajo y se disponía a sacarle a rastras y machacarle; él y Charlie Hogan hubieran acabado con los pocos sesos que el buen Dios le había concedido, y le habrían pateado luego a base de bien con sus grandes botas negras. Pero se limitaron a seguir su camino y cuando Vern se convenció de que se habían

largado, salió a rastras de debajo del porche y no paró de correr hasta que llegó al club.

5

-Pues tuviste mucha suerte -le dije-. Te habrían matado.

-Sé donde queda el camino de Harlow -dijo Teddy-. Muere en la orilla del río. Solíamos ir allí a pasear.

Chris asintió.

-Antes había un puente, pero hubo una riada. Hace mucho. Ahora sólo está la vía del tren.

-¿Podría realmente un chico haber hecho todo el camino desde Chamberlain a Harlow? -le pregunté a Chris-. Hay lo menos cuarenta o cincuenta kilómetros.

-Bueno, creo que sí. Lo más probable es que diera por casualidad con la vía del tren y que la siguiera.

Seguro que pensó que si la seguía llegaría a algún sitio y que podría hacer señales al tren si tenía que hacerlo. Pero creo que ahora ésa es una vía de mercancías (del Great Southern & Western Maine, hasta Derry y Brownsville) y de todas maneras no circulan muchos. Habría tenido que recorrer todo el camino hasta Castle Rock para salir del bosque. Se hizo de noche y al fin pasó un tren... y, zas, el topetazo.

Chris golpeó el puño derecho contra la palma izquierda, produciendo un sonido sordo. Teddy, veterano de tantas salvaciones milagrosas regateando camiones en la carretera 196, parecía un tanto complacido. Yo me sentí bastante mal imaginándome al chico tan lejos de su casa, muerto de miedo pero siguiendo tenazmente las vías, seguramente caminando sobre las traviesas, aterrado por los ruidos nocturnos de árboles y arbustos... tal vez incluso por los de las alcantarillas de debajo del firme de la vía férrea. Y aparece el tren y tal vez el gran faro le cegó los instantes suficientes para impedirle saltar a tiempo. O tal vez estuviera tirado en la vía, desfallecido de hambre cuando pasó el tren. Poco importaba ya, de todas formas. Chris estaba en lo cierto: el topetazo había sido el resultado definitivo. El chico estaba muerto.

-Entonces qué, ¿queréis ir a verle o no? -preguntó Vern. Andaba culebreando a nuestro alrededor como si no se aguantara las ganas de ir al retrete.

Durante un largo instante, todos le miramos en silencio. Hasta que Chris tiró las cartas y dijo:

-¡Claro! ¡Y os apuesto lo que queráis a que salimos en el periódico!

-¿Eeeh? -dijo Vern.

-¿Sí? -dijo Teddy, y lanzó su demencial risita de cuando «regateaba» camiones.

-Bueno -dijo Chris, inclinándose sobre la astrosa mesa de cartas-. Descubriremos el cadáver e informaremos de nuestro hallazgo. ¡Y saldremos en los periódicos!

-Oh no -dijo Vern, claramente desconcertado-. Billy sabría entonces cómo lo averigüé. Me sacará la maldita verdad a golpes.

-No -dije-, porque seremos nosotros quienes encontraremos a ese chico, no Billy y Charlie Hogan en un coche robado. Así que no tendrán que preocuparse más del asunto. Hasta puede que te pongan una medalla, Centavo.

-¿Siií? -Vern sonrió, enseñando su espantosa dentadura. Era una sonrisa de aturdimiento, como si la idea de que algo que hiciera él pudiera complacer a Billy le produjera el mismo efecto que un directo a la barbilla-. ¿Lo crees de verdad?

Teddy estaba riéndose también. Luego frunció el ceño y dijo:

-Oh-oh.

-Bueno, ¿qué? -preguntó Vern. Empezó otra vez a retorcerse, temiendo seguramente que a Teddy se le ocurriera alguna objeción realmente importante... o sólo que se le ocurriera algo.

-Nuestros padres -dijo Teddy-. Si encontramos el cadáver de ese chico mañana en Harlow, se darán cuenta por fuerza de que no pasamos la noche en el campo detrás de casa de Vern.

-Claro -dijo Chris-. Y comprenderán que estábamos buscando a ese chico.

-No, no lo creo -dije. Me sentía extraño: excitado y asustado porque sabía que podíamos intentarlo y conseguirlo. La mezcla de emociones me hacía sentirme febril y con la cabeza pesada. Tomé la baraja, para tener las manos ocupadas, y empecé a barajarlas. Barajar y jugar al cribbage era casi todo lo que me quedaba de mi hermano mayor Dennis. Los otros chicos envidiaban mi habilidad barajando y creo que todos los chicos que conocía me habían pedido que les enseñara a hacerlo igual... todos excepto Chris. Supongo que sólo Chris sabía que enseñarle a barajar de aquel modo a alguien sería como regalar un trocito de Dennis, y me quedaban muy pocas cosas suyas para dedicarme a repartirlas.

Dije:

-Les diremos sencillamente que nos aburría estar en el campo de Vern porque ya lo hemos hecho muchas veces y que decidimos subir por las vías y acampar en el bosque. Apuesto a que ni siquiera nos zurran, porque todo el mundo estará muy nervioso con nuestro descubrimiento.

-Mi padre me zurrará de todos modos -dijo Chris-. Esta temporada está de malas -movió lúgubremente la cabeza-. Al diablo, creo que bien merece una paliza.

-Muy bien -dijo Teddy, levantándose. Seguía con aquella sonrisa demencial, amagando con convertirla en cualquier momento en su risa estridente y cloqueante-. Nos encontraremos todos en casa de Vern después de comer. ¿Qué diremos de la cena?

-Tú y yo y Gordie podemos decirles que vamos a cenar en casa de Vern.

-Y yo le diré a mi madre que voy a cenar en casa de Chris -dijo Vern.

Aquello serviría si no surgía ningún imprevisto y si no daba la casualidad de que algunos de nuestros padres coincidieran en algún sitio. Y ni los padres de Vern ni los de Chris tenían teléfono. Por entonces había muchas familias que seguían considerando el teléfono como un lujo, especialmente las familias humildes. Y ninguno de nosotros venía precisamente de las capas superiores.

Mi padre estaba retirado. El padre de Vern trabajaba en la fábrica y todavía conducía un DeSoto del cincuenta y dos. La madre de Teddy tenía una casa en la calle Danberry y siempre que podía alquilaba una habitación. Aquel verano no la había alquilado. El letrero de SE ALQUILA HABITACIÓN AMUEBLADA llevaba Colgado en la ventana de la sala de estar desde el mes de junio. Y el padre de Chris estaba prácticamente siempre «de malas»; era un borracho que cobraba el desempleo una temporada sí y otra también y se pasaba la mayor parte del tiempo en la taberna de Sukey con Junior Merrill, el padre de Ace Merrill y otros dos borrachines del pueblo.

Chris no hablaba mucho de su padre, pero todos sabíamos que le odiaba a rabiar. Cada dos semanas o así, aparecía todo señalado, con moretones en las mejillas y en el cuello o con un ojo hinchado y policromado como una puesta de sol y una vez apareció en la escuela con la cabeza vendada. Otras veces ni siquiera iba a clase. Llamaba su madre diciendo que estaba enfermo, porque estaba demasiado mal para asistir a clase. Chris era inteligente, inteligente de veras, pero hacía muchos novillos y el señor Halliburton, el inspector local de asistencia a clase, aparecía a cada poco por casa de Chris en su viejo Chevrolet negro con una pegatina que decía VIAJEROS NO en el parabrisas. Si Chris hacía novillos y Bertie (que era como llamábamos al señor Halliburton, siempre a sus espaldas, claro) le descubría, le llevaba a rastras a la escuela y se encargaba de que saliera más tarde durante una semana. Pero si lo que Bertie descubría era que Chris estaba en casa porque su padre le había dado una buena tunda, se largaba sin más y no abría la boca para nada. Hasta unos veinte años después, no se me ocurrió analizar semejante orden de prioridades.

El curso anterior, Chris había estado tres días sin ir a clase, como castigo. Había faltado el dinero de la leche cuando le tocaba a Chris ser el encargado de la clase de recogerlo y como era un Chambers de los de poca monta, tenía que recibir una lección, pese a que juró y perjuró

que no había tocado el dinero. Aquella vez, el señor Chambers mandó a Chris a pasar la noche al hospital; cuando su padre se enteró de que le habían castigado a no ir a clase, le rompió la nariz y la muñeca derecha. Chris no procedía de una buena familia, de acuerdo, y todo el mundo estaba convencido de que tenía que ser malo... incluso el propio Chris. Sus hermanos habían cumplido plenamente todo lo que la gente esperaba de ellos. Frank, el mayor, se fue de casa a los diecisiete arios, se alistó en la Marina y al final tuvo que cumplir una larga condena en Portsmouth por asalto y violación. El segundo, Richard (que tenía el ojo derecho muy raro y temblón, por lo que todo el mundo le llamaba Ojo) había dejado la escuela en el décimo curso y andaba por ahí con Charlie y Billy Tessio y con sus colegas delincuentes juveniles.

-Creo que eso servirá -le dije a Chris-. ¿Qué haremos con John y Marty?

-John y Marty DeSpain eran otros dos de la pandilla.

-Todavía no han vuelto -dijo Chris-. No volverán hasta el lunes.

-Oh, vaya faena.

-Bueno, ¿vamos o no? -preguntó Vern, que seguía retorciéndose. No quería que se desviara la conversación ni siquiera por un minuto.

-Yo creo que sí -dijo Chris-. ¿Alguien quiere echar otra partida?

Nadie quería jugar a las cartas. Estábamos demasiado nerviosos para eso. Bajamos de la casa del árbol, saltamos la cerca y jugamos un rato a lanzar con la vieja pelota de cinta aislante de Vern, pero nos cansamos en seguida. No podíamos dejar de pensar en aquel chico Brower al que el tren había golpeado y en que íbamos a verle... bueno, a ver lo que quedara de él. Hacia las diez, nos marchamos todos a casa para arreglar las cosas con nuestros padres.

6

Llegué a casa á las once menos cuarto, después de hacer un alto en la tienda para echar una ojeada a los libros de bolsillo. Solía hacerlo más o menos cada dos días, para comprobar si había llegado algo nuevo de John D. MacDonalds. Tenía veinticinco centavos y pensé que si había llegado alguno nuevo podría comprarlo de paso. Pero estaban sólo los viejos, y ya me los había leído todos por lo menos media docena de veces.

Cuando llegué a casa, no vi el coche y recordé que mi madre y algunas de sus amigas de la tertulia de mujeres habían ido a un concierto a Boston. Una gran aficionada a los conciertos mi madre, desde luego. ¿Y por qué no? Su único hijo había muerto y algo tenía que hacer para distraerse. Tal vez esto os parezca excesivamente amargo. Pero si supierais cómo eran las cosas, creo que comprenderíais perfectamente mis sentimientos.

Papá estaba en la parte de atrás, regando con un fino chorro su agostado huerto. Si no advertías de inmediato que se trataba de una causa perdida por la lúgubre expresión de su rostro, no tenías más que echar una ojeada al huerto en sí. El terreno estaba seco y polvoriento. Todo estaba muerto, menos el maíz, que, de cualquier forma, nunca había producido una sola mazorca comestible. Papá decía que nunca había aprendido a regar un huerto; o la madre naturaleza se encargaba de ello, o nada. Echaba demasiada agua en un sitio y ahogaba las plantas. Y en el surco siguiente, las plantas se morían de sed. Nunca conseguía dar con el justo medio. Pero no solía hablar de ello. Había perdido un hijo en abril y un huerto en agosto. Y si no quería hablar ni de lo uno ni de lo otro, creo que estaba en su derecho. Lo único que me molestaba era que se negara a hablar de cualquier otra cosa. Eso era llevar la democracia demasiado lejos.

-Hola, papá -dije, parándome a su lado. Le ofrecí los dulces que había comprado en la tienda-. ¿Quieres uno?

-Hola, Gordon. No, gracias -siguió golpeteando con el fino chorro el desolado y lúgubre terreno. -¿Puedo dormir esta noche en la tienda de campaña en la parte de atrás de casa de los

Tessio, con los otros chicos?

-¿Qué chicos?

-Vern. Teddy Duchamp. A lo mejor también Chris.

Esperaba que empezara a meterse con Chris... a decir que Chris era una mala compañía, la manzana podrida, un ladrón, un aprendiz de delincuente juvenil...

Pero se limitó a suspirar y dijo:

-Bueno. Está bien.

-¡Estupendo! ¡Gracias!

Me volví para ir hacia la casa con la intención de mirar qué ponían en la tele, cuando su voz me hizo detenerme:

-Ésa es la gente con la que te gusta andar, ¿eh Gordon?

Me volví hacia él, preparándome para una discusión; pero él no tenía ninguna gana de discutir aquella mañana. Supongo que hubiera sido mejor lo contrario. Estaba encorvado y ni siquiera me miraba; contemplaba con expresión abatida el huerto; y advertí en sus ojos un extraño destello, lágrimas tal vez...

-Oh, papá, son buenos chicos...

-Claro, claro que lo son. Un ladrón y dos retardados. Excelente compañía para mi hijo.

-Vern Tessio no es ningún retardado -dije. Era más difícil defender a Teddy.

-Doce años y sigue en quinto todavía -dijo mi padre-. Y aquella vez que se quedó a dormir... Cuando llegó el periódico del domingo a la mañana siguiente, tardó hora y media en leer las hojas de las historietas.

Todo aquello me ponía malo, porque me parecía injusto. Juzgaba a Vern igual que a todos mis amigos, sólo por haberle visto alguna que otra vez al salir o entrar en mi casa. No tenía razón. Y cuando llamaba ladrón a Chris me ponía furioso, porque no sabía nada de él. Tenía ganas de decírselo, pero si se lo decía en aquel momento y se enfadaba me obligaría a quedarme en casa. Y en realidad no estaba furioso, no como solía ponerse a veces en la mesa del comedor, despotricando tan fuerte que ya nadie quería comer. Ahora parecía simplemente triste y cansado y envejecido. Tenía sesenta y tres años, suficientes como para ser mi abuelo.

Mamá tenía cincuenta y cinco... tampoco era una pollita ya. Cuando papá y ella se casaron, intentaron crear una familia normal en seguida, y mi madre quedó embarazada y tuvo un aborto. Abortó otras dos veces y el médico le dijo que no conseguiría nunca llevar a buen término un embarazo. Yo me enteré de todo esto, con pelos y señales, ya sabes, en las ocasiones en que se dedicaban a adoctrinarme. Querían hacerme ver que era un especial regalo divino y que no apreciaba lo suficiente mi grandísima fortuna al haber sido concebido cuando mi madre tenía cuarenta y dos años y empezaba a encanecer. Yo no apreciaba mi grandísima suerte ni tampoco su inmenso dolor ni sus sacrificios.

Cinco años después de que el médico le dijera a mamá que nunca podría tener un hijo, quedó embarazada de Dennis. Lo llevó dentro durante ocho meses y luego sencillamente él fue y se desprendió... con sus tres kilos seiscientos... Papá solía decir que si en lugar de ochomesino hubiera nacido a los nueve meses de embarazo habría pesado siete kilos. El médico dijo: «Bueno, a veces la naturaleza se burla de nosotros, nos sorprende, pero éste será el único hijo que tenga. Agradézcaselo a Dios y dése por satisfecha». Diez años después, mi madre volvió a quedar embarazada. Y yo no sólo nací a los nueve meses de embarazo sino que el médico tuvo que sacarme con fórceps. ¿Has visto alguna vez una familia parecida? Llegué, pues, al mundo como fruto de dos máquinas renqueantes, que no buscaban precisamente esa meta y mi único hermano era jugador de la liga de béisbol con los chicos mayores cuando yo todavía llevaba pañales.

En el caso de mis padres, un regalo divino había sido más que suficiente. No digo que me trataran mal, y creo que nunca me pegaron, pero fue una sorpresa demasiado grande y supongo que cuando uno ha cumplido ya los cuarenta no es tan aficionado a las sorpresas como a los veintitantos. Cuando yo nací, mamá se hizo esa operación a la que sus amigas de tertulia llamaban «la tirita». Supongo que quería asegurarse totalmente de que no recibiría más regalos divinos. Cuando llegué a la facultad descubrí que había sido extraordinariamente

afortunado por no haber nacido retardado... aunque creo que mi padre tuvo sus dudas cuando vio que mi amigo Vern tardaba diez minutos en descifrar el diálogo de Beetle Baily.

El asunto ese de que te ignoren: no pude determinarlo específicamente hasta que tuve que hacer un trabajo sobre un libro titulado El hombre invisible en el instituto. Cuando acepté hacer el comentario del texto creía que se trataba de un relato de ciencia ficción sobre el tipo de las vendas y Foster Grants (cuyo papel interpretaba en el cine Claude Rains). Cuando descubrí que era una historia diferente, intenté devolver el libro a la profesora, la señorita Hardy, que no me lo permitió. Y acabó gustándome muchísimo. Este Hombre invisible trata de un negro. Nadie se fija en él a no ser que meta la pata. La gente mira a través de él. Cuando habla, nadie le contesta. Es como un fantasma negro. En cuanto empecé a leerlo, lo devoré como si fuera una de las historias de John MacDonalds, porque ese tal Ralph Ellison hablaba de mí. En la mesa del comedor era siempre la misma historia de Denny cuántos lanzaste y Denny quién te invitó al baile de Sadie Hopkins y Denny me gustaría que habláramos de hombre a hombre de aquel coche que estuvimos mirando. Yo decía, por ejemplo: «¿Me pasas la mantequilla?», y papá decía: «Denny, ¿estás seguro de que es precisamente el Ejército lo que quieres?». Yo decía: «¿Me pasa alguien la mantequilla, por favor?», y entonces mamá le preguntaba a Denny si quería que le comprara una de las camisas Pendleton que vendían en el centro y yo acababa alcanzando yo mismo la mantequilla. Una noche cuando tenía nueve años, recuerdo que, sólo para ver qué pasaba, dije: «Por favor, pasadme esas malditas patatas», y mamá dijo: «Denny, hoy llamó tía Grace y preguntó por ti y por Gordon».

Cuando Dennis se graduó brillantemente en el instituto de Castle Rock, me hice el enfermo y me quedé en casa. Conseguí que el hermano mayor de Stevie Darabont me comprara una botella de Wild Irish Rose, me bebí la mitad y por la noche vomité en la cama.

En una situación familiar como ésa, lo normal es que odies al hermano mayor o que le idolatres... o al menos eso es lo que enseñan en la escuela de psicología. Paparruchas, ¿verdad? Por lo que a mí respecta, yo no sentía ni lo uno ni lo otro por Dennis. Nunca discutimos ni nos peleamos. Habría sido ridículo. ¿Puedes imaginarte a un chaval de catorce años pegando por algo a su hermano de cuatro? Y nuestros padres estuvieron siempre demasiado impresionados por él para obligarle a cuidar de su hermano pequeño, así que nunca tuvo en contra mía eso, como les pasa a muchos chicos con sus hermanos pequeños. Cuando me llevaba a algún sitio era porque quería hacerlo y tales ocasiones figuran entre las más felices que recuerdo.

-Eh, Lachance, ¿quién coño es ése?

-Mi hermano pequeño, y más vale que midas tus palabras, Davis, o le obligarás a hacértelas tragar. Gordie es de cuidado.

Me rodean un momento, enormes, increíblemente altos, sólo un momento de interés, como un pedazo de sol. Son altísimos y mayorcísimos.

-Oye, chaval. ¿Ese tontorrón es de verdad tu hermano?

Asiento tímidamente.

-Es un auténtico mierda, ¿a que sí?

Vuelvo a asentir y todos, Dennis incluido, se echan a reír. Dennis da dos fuertes palmadas y dice:

-Bueno, qué. ¿Vamos a entrenar de una vez o nos vamos a quedar aquí todo el rato como pasmarotes?

Todos corren a sus puestos, llevando la pelota por d campo.

-Vete allí y siéntate en el banco, Gordie. Estáte callado y no molestes a nadie.

Voy a sentarme al banco. Soy bueno. Me siento minúsculo bajo las dulces nubes estivales. Miro a mi hermano lanzar la pelota. No molesto a nadie.

Pero eso no se repitió muchas veces.

A veces me leía historias para dormir que eran mejores que las de mamá; las de mamá eran del Hombre fanfarrón y de Los tres cerditos, no estaban mal, pero las de Dennis eran historias como Barba Azul y Jack el Destripador. Y me contaba también una versión del Puente del Diablo en la que al final el ganador era el duende de debajo del puente. Y, como ya

he dicho, me enseñó a jugar a eso del cribagge y a barajar de un modo especial. No es que sea gran cosa, pero, oye, en este mundo has de aceptar lo que se te ofrece, ¿no es cierto?

Cuando me hice mayor, mis sentimientos de amor por Dennis dieron paso a un temor reverente casi clínico, el tipo de temor que los cristianos mediocres sienten por Dios, supongo. Y cuando Dennis murió me sentí impresionado y triste, tal como supongo que debieron sentirse esos mismos cristianos mediocres cuando leyeron en el Times que Dios había muerto. Dejadme explicarlo de este modo: sentí la misma tristeza por la muerte de Dermis que por la de Dan Blocker cuando oí en la radio que había muerto. Les había visto a ambos con la misma frecuencia y además Denny nunca tendría reposiciones.

Le enterraron en un ataúd cerrado cubierto con la bandera de Estados Unidos (quitaron la bandera de la caja antes de meterla en la fosa y la doblaron -la bandera, no la caja- y se la entregaron a mi madre). Mis padres quedaron destrozados. Y cuatro meses transcurridos no habían sido tiempo suficiente para recuperarse; no sé si se recuperarán alguna vez. La habitación de Dennis seguía en animación suspendida, sólo a una puerta de mi propio dormitorio, animación suspendida o tal vez perversión temporal. Aún seguían en las paredes sus banderines de la universidad y las fotos de las chicas con las que había salido seguían enganchadas al espejo ante el cual había pasado larguísimas horas peinándose al estilo Elvis. Y el montón de True y Sports Illustrated seguía en su escritorio y sus fechas resultaban cada vez más antiguas a medida que el tiempo transcurría. Exactamente el tipo de cosa que uno ve en las películas sentimentaloides y lacrimosas. Sólo que a mí no me resultaba nada sentimental, sino terrible. No entraba en la habitación de Dermis a menos que me viera obligado a hacerlo, porque tenía la impresión de que él estaba detrás de la puerta o debajo de la cama o en el armario. La idea de que estaba en el armario era la que me agobiaba con más frecuencia; y cuando mi madre me mandaba llevarle el álbum de postales de Denny o su caja de fotografías para mirarlas, siempre imaginaba que la puerta del armario se abría lentamente mientras me quedaba paralizado de terror. Le imaginaba pálido y ensangrentado en la oscuridad, la parte en que había recibido el golpe, la cabeza, convertida en una masa gris sanguinolenta y los sesos esparcidos por su camisa secándose. Le imaginaba alzando los brazos hacia mí, con las manos ensangrentadas en forma de garras y graznando: Debieras haber sido tú, Gordon. Debieras haber sido tú.

7

Stud City, de Gordon Lachance. Publicado en Greenspun Cuarterly, número 45, otoño de 1970. Reproducido con permiso.

Marzo.

Chico está junto a la ventana, los brazos cruzados, los codos en el saliente que divide el panel superior del inferior, mirando el exterior, su aliento empaña la ventana. El cristal inferior de la derecha se rompió. En su lugar, un trozo de cartulina.

-Chico.

No se vuelve. Ella guarda silencio. Él ve su imagen reflejada en el cristal: en la cama, sentada, las sábanas subidas en aparente desafío a la ley de la gravedad. La pintura de los ojos se le ha corrido formando en torno suyo profundas sombras.

Chico desvía la mirada de la imagen de ella en el cristal y mira de nuevo al exterior. Llueve. Las manchas de nieve se disuelven dejando al descubierto la tierra pelada que cubrían. Ve la hierba muerta del año anterior, un juguete de plástico (de Billy), un rastrillo oxidado. El coche de su hermano Johnny está alzado sobre adoquines con las ruedas aso-

mando como piernas. Recuerda a John trabajando en el Dodge, escuchando los superéxitos del momento y las viejas canciones por el viejo transistor, recuerda un par de veces que Johnny le dio una cerveza. Devorará todo lo que se le ponga por delante en la carretera desde Gates Falls a Castle Rock. ¡Espera que consigamos instalarle este decalador y verás!

Pero aquello había sido entonces y esto era ahora.

Más allá del coche de Johnny estaba la autopista. Carretera 14, en dirección a Portland y al sur de New Hampshire, todo el camino hacia el norte de Canadá si girabas a la izquierda en la U.S. 1 en Thomaston.

-Stud City -dice Chico al cristal. Fuma su cigarrillo.

-¿Qué?

-Nada, pequeña.

-¿Chico? -la voz de la muchacha es confusa. Chico tendrá que cambiar las sábanas antes de que regrese papá. La chica las manchó de sangre.

-Qué.

-Te quiero, Chico.

-Está bien.

Marzo inmundo. Eres una vieja ramera, piensa Chico. Inmunda ramera de abolsadas, viejas y bamboleantes tetas, Marzo, con la cara llena de lluvia.

-Ésta era la habitación de Johnny -dice Chico de pronto.

-¿Quién?

-Mi hermano.

-Ah. ¿Dónde está?

-En el Ejército -dice Chico; pero Johnny no está en el Ejército. El verano anterior estaba trabajando en la pista de carreras Oxford Plains y uno de los coches perdió el control y atravesó el campo hasta la zona en que estaba Johnny cambiando los neumáticos traseros de un Chevy trucado. Algunos tipos le gritaron para que se diera cuenta de lo que pasaba, pero Johnny no les oyó. Uno de los que le gritaron era su hermano Chico.

-¿No tienes frío? -pregunta la chica.

-No. Bueno, un poco en los pies.

Y piensa de pronto: Bueno, Dios mío. A Johnny no le pasó nada que no vaya a pasarnos a todos antes o después. No obstante, vuelve a verlo: el Ford Mustang patinando, resbalando, los bultitos de la columna vertebral de su hermano, agachado, marcándose en su camisa blanca de manga corta; su hermano allí agachado, tirando de uno de los neumáticos traseros del Chevy. Le había dado tiempo a ver la goma de los neumáticos del Mustang descontrolado, de ver el colgante silenciador del coche soltando chispas. Y golpeó a Johnny cuando Johnny intentaba incorporarse. Y, acto seguido, el clamor amarillento de las llamas.

Bueno, piensa Chico, podría haber sido lento, y recuerda a su abuelo: Olores de hospital. Bellas enfermeras jóvenes portando cuñas. El último aliento entrecortado. ¿Acaso existía algún buen camino?

Tiembla y piensa en Dios. Acaricia la medallita de plata de san Cristóbal que cuelga en su cuello de una cadena. No es católico; seguramente tampoco mexicano: en realidad se llama Edward May, y todos sus amigos le llaman Chico porque tiene el pelo negro y se lo embadurna con Brylcreem y usa botas de puntera afilada y tacones cubanos. No es católico, pero lleva una medalla de san Cristóbal al cuello. Si Johnny hubiera llevado una igual, tal vez el Mustang hubiera pasado por su lado sin tocarle. ¡Quién podría decirlo!

Fuma, mira por la ventana; tras él, la chica se levanta de la cama y se le acerca rápida, melindrosa casi, tal vez con miedo de que él se dé la vuelta y la contemple. Posa una mano cálida en la espalda de Chico. Aprieta los senos contra su costado. Su vientre le roza las nalgas.

-¡Oh, hace frío!

-Es este lugar.

-Chico, ¿me quieres?

-¡Puedes estar segura! -dice Chico sin pensarlo. Luego, con más seriedad, añade:-

Tenías intacto el himen...

-¿Eso qué quiere...?

-Eras virgen.

Ella sube la mano. Recorre con un dedo la nuca de Chico.

-Ya te lo había dicho, ¿no?

-¿Fue difícil? ¿Te hizo daño?

La muchacha sonríe.

-No. Pero estaba asustada.

Contemplan la lluvia. Un Oldsmobile nuevo pasa por la autopista lanzando agua.

-Stud City -dice Chico.

Qué?

-Aquel tipo. Se dirige a Stud City. Con su nuevo coche potente.

La muchacha besa a Chico en el punto que había estado acariciando con suavidad y él la sacude como si se tratara de una mosca.

-¿Qué pasa?

Se vuelve hacia ella. Los ojos de la muchacha saltan al pene y alza la mirada precipitadamente. Se cubre luego con los brazos y entonces recuerda que en las películas nunca hacían aquello, así que los deja caer a los costados de nuevo. Tiene el cabello negro y la piel blanco invernal, color crema. Sus senos son firmes, tal vez un punto demasiado blando el vientre. Un defecto para recordar, se dice Chico, que esto no es una película.

-¿Jane?

-¿Qué?

Él se siente a punto. No empezando, no; listo ya.

-Está bien -dice Chico-. Somos amigos -la contempla deliberadamente, permitiéndose escrutarla de arriba abajo. Cuando al fin vuelve a mirarla a la cara, la muchacha está ruborizada-. ¿Te molesta que te mire?

-Yo... oh, no. No, Chico.

Retrocede, los ojos cerrados, se sienta en la cama, se echa de espaldas, las piernas abiertas. Él la contempla toda. Los músculos, los pequeños músculos del interior de sus muslos... se alzan incontrolados, y esto le excita súbitamente más que los tensos conos de sus senos o la dulce perla rosada de su sexo. El deseo tiembla en su interior, como un bozo estúpido en un resorte. Tal vez el amor sea tan divino como dicen los poetas, piensa Chico, pero el sexo es Bozo del Payaso saltando. ¿Cómo puede una mujer contemplar un pene erecto sin que le dé un ataque de risa?

La lluvia golpea el tejado, la ventana, la empapada cartulina que cubre el paño en el que falta el cristal. Se oprime el pecho con la mano y, por un instante, parece un romano de teatro a punto de pronunciar un discurso. Tiene la mano fría. La deja caer al costado.

-Abre los ojos. Dije que somos amigos.

Obediente, la chica abre los ojos. Le mira. Ahora sus ojos parecen violeta. El agua de lluvia al caer por la ventana, forma ondulantes dibujos en su cara, cuello y pecho. Estirado, su vientre parece ahora más terso. Es perfecta en un instante.

-Oh -dice-. Oh, Chico, es tan divertido –la recorre un estremecimiento. Ha doblado involuntariamente los dedos de los pies. Chico puede verle los empeines. Son rosados-. Chico, Chico.

Avanza hacia ella. El cuerpo de él se estremece. Ella abre mucho los ojos. Dice algo, una palabra, pero él no sabría decir qué. No es momento de preguntas. Queda medio arrodillado ante ella justo un segundo, contemplando el suelo con preocupada concentración, tocándole las piernas justo sobre las rodillas. Mide la marea de su interior. Su impulso es precipitado, fantástico. Prolonga un poco más la pausa.

El único sonido es el tictac del reloj despertador de la mesita de noche, sobre un montón de libros de historietas de Spiderman, el Hombre Araña. La respiración de la chica se acelera. Los músculos de Chico se deslizan con suavidad al subir y bajar. Empiezan. Esta vez todo es mejor. Fuera, la lluvia sigue lavando la nieve.

Media hora más tarde, Chico la saca de su leve adormecimiento.

-Tenemos que irnos -dice-. Papá y Virginia volverán en seguida.

Ella mira su reloj de pulsera y se incorpora en la cama. Ya no intenta cubrirse. Todo su tono ha cambiado. No es que haya madurado (aunque seguramente ella así lo cree) ni aprendido nada más complicado que atarse los cordones de los zapatos, pero de todos modos su tono ha cambiado. Le sonríe y asiente vacilante. Él alcanza los cigarrillos que están en la mesita de noche. Cuando ella se pone las bragas, Chico recuerda un fragmento de una vieja canción: Sigue tocando hasta que yo pase, Blue... sigue tocando, sigue, de Rolf Harris, «Tie Me Kangaroo Down». Chico sonríe, John solía cantarla. Terminaba: Así que curtimos su piel cuando murió, Clyde, y ahí está colgada en el cobertizo.

Se abrochó el sujetador y empezó a abotonarse la blusa.

-¿De qué te ríes, Chico?

-De nada -contesta Chico.

-¿Me subes la cremallera?

Se le acerca, aún desnuda; le sube la cremallera. La besa en la mejilla.

-Pasa al cuarto de baño y arréglate la cara si quieres -le dice-. Pero no tardes mucho, ¿vale?

Camina airosa hacia el pasillo y Chico la contempla, fumando. Es una chica alta (más alta que él mismo) y tiene que bajar un poco la cabeza para entrar en el cuarto de baño. Chico encuentra los calzoncillos bajo la cama. Los echa a la bolsa de ropa sucia que cuelga en la parte interior de la puerta del armario y saca unos limpios de la cómoda. Se los pone y luego, mientras vuelve a la cama, resbala y a punto está de caerse en un charquito de agua que, ha entrado por la cartulina de la ventana.

-Maldita sea -murmura, furioso.

Mira en torno suyo la habitación que fuera la de Johnny antes de su muerte (¿Por qué le diría que estaba en el Ejército, válgame Dios?, se pregunta, con cierta inquietud). Paredes de cartón, tan finas que puede oír a papá y a Virginia dándole al asunto por las noches, que ni siquiera llegan hasta el techo. El suelo es irregular, de forma que la puerta del cuarto sólo permanece abierta si la sujetas; si lo olvidas, se va cerrando furtivamente en cuanto te das la vuelta. En la pared del fondo hay un cartel de Easy Rider: Dos hombres fueron a buscar América y no la hallaron en parte alguna. La habitación tenía más vida cuando Johnny vivía en ella. Chico ignora cómo y por qué; pero sabe que así es. Y también sabe algo más. Sabe que a veces la habitación le asusta de noche. A veces piensa que la puerta del armario se abrirá y aparecerá John con el cuerpo chamuscado y retorcido y ennegrecido, con algunas de sus piezas dentales postizas amarillentas desprendidas, y susurrándole: Fuera de mi cuarto, Chico. Como pongas una mano en mi Dodge, te juro que te mato. ¿Entendido?

Entendido, hermano, piensa Chico.

Se queda inmóvil un momento, contemplando las arrugadas sábanas manchadas con la sangre de la chica y luego estira la ropa con rápido ademán. Aquí.

Aquí mismo. ¿Cómo te sienta eso, Virginia? ¿Qué tal? ¿Cómo lo encajas? Se pone los pantalones, las botas, encuentra un suéter.

Está peinándose ante el espejo cuando aparece ella. Está elegante. Su vientre algo blando no se advierte con la ropa. Mira la cama, le da un par de toques aquí y allá y al instante parece perfectamente hecha, en vez de sólo estirada.

-Muy bien -dice Chico.

Ella ríe con cierta seguridad y se retira un mechón de pelo por detrás de la oreja. Es un gesto evocador, conmovedor.

-Vamos -dice Chico.

Cruzan el pasillo y la sala de estar. Jane se detiene ante una fotografía en color que hay sobre la tele. Aparecen en ella su padre y Virginia, Johnny adolescente, un Chico infantil y un Billy todavía niñito; en la foto, Johnny tiene en brazos a Billy. Todos muestran estáticas y pétreas sonrisas... todos, excepto Virginia, cuya expresión es soñolienta e indescifrable. Chico recuerda que cuando hicieron aquella fotografía aún no hacía un mes que padre se había ca-

sado con aquella zorra.

-¿Son tu padre y tu madre?

-Es mi padre -dice Chico-. Ella es mi madrastra, Virginia. Vamos.

-¿Sigue siendo tan guapa? -pregunta Jane, recogiendo su abrigo y pasándole a Chico la cazadora.

-Supongo que al viejo se lo parece -dice Chico.

Salen al cobertizo, húmedo y frío. Siempre hay corriente porque el viento se cuela por las grietas de las paredes. Hay una pila de viejas llantas, la bici vieja de Johnny que heredó Chico a los diez años y que destrozó en seguida, un montón de revistas policíacas, cascos de Pepsi, un sucio bloque de motor, una caja de naranjas llena de libros de bolsillo, un viejo dibujo de un caballo en un prado polvoriento.

Chico la ayuda a salir. La lluvia persiste con firmeza desalentadora. El viejo sedán de Chico está en un charco del camino con aire abatido. Incluso sobre los adoquines y con un plástico cubriendo el lugar que debería ocupar el parabrisas, el Dodge de Johnny tiene más clase. El coche de Chico es un Buick. La pintura es un desastre y está llena de herrumbre. La tapicería del asiento delantero está cubierta con una manta parda del Ejército. Un botón grande clavado a la visera del lado del viajero dice: LO DESEO TODOS LOS DIAS. En el asiento de atrás hay una armazón del mecanismo de arranque oxidada. Si deja de llover alguna vez, piensa Chico, lo limpiará y tal vez lo instale en el Dodge de Johnny. O tal vez no.

El Buick huele a humedad y el motor renquea un rato antes de ponerse en marcha.

-¿Es la batería? -pregunta la chica.

-Sólo la maldita lluvia, creo.

Sale a la carretera marcha atrás, accionando los limpiaparabrisas y parándose un momento para mirar la casa. Es de un desagradable color acuoso. El cobertizo de tablas se proyecta de la casa en un ángulo irregular, ripias de aspecto pelado y papel alquitranado.

La radio empieza a funcionar con estrépito y Chico la apaga de inmediato. Tras su frente apunta el principio de una jaqueca de domingo por la tarde. Pasan por el salón de Grange y la estación de bomberos y el almacén de Brownie. El coche T-Bird de Sally Morrison está aparcado junto a la bomba de Brownie y Chico la saluda con la mano al girar hacia la vieja carretera de Lewiston.

-¿Quién es?

-Sally Morrison.

-Bella dama -muy neutral.

Tantea buscando los cigarrillos.

-Ha estado casada dos veces y se ha divorciado dos veces. Ahora es la puta del pueblo, si crees la mitad de lo que se rumorea en este rincón de mierda.

-Parece joven.

-Lo es.

-¿Has ido alguna vez...?

Chico desliza la mano por la pierna de la chica y sonríe.

-No -dice-. Tal vez mi hermano, pero yo no. Aunque me cae bien. Ha conseguido su pensión y su gran coche blanco, y no se preocupa por lo que la gente diga de ella.

El viaje empieza a hacerse largo. El Androscoggin, a la derecha, es pizarroso y lóbrego. Ya no tiene hielo ahora. Jane está callada y pensativa. Sólo se oye el chasquido constante de los limpiaparabrisas. Cuando el coche cruza las hondonadas, hay neblina baja que aguarda la noche para salir furtivamente de estas bolsas y cubrir toda la carretera.

Doblan hacia Auburn y Chico toma el atajo y entra en Minot Avenue. Los cuatro carriles están prácticamente desiertos y todas las casitas de la zona parecen paquetitos. Ven a un niñito de impermeable amarillo, metiéndose meticulosamente en todos los charcos.

-Venga, hombre -dice Chico suavemente.

-¿Qué? -pregunta Jane.

-Nada, pequeña. Vuelve a dormir.

Ella ríe, un poco vacilante.

Chico gira calle Keston arriba y dobla hacia una de las casitas. No apaga el motor.

-Pasa y te daré pastelillos -dice ella. Él mueve la cabeza.

-Tengo que volver a casa.

-Comprendo -le rodea con los brazos y le besa-. Gracias por el rato más maravilloso de mi vida.

Él sonríe súbitamente. Su cara resplandece. Es casi mágica.

-Te veré el lunes, Janey-Jane. Amigos todavía, ¿no?

-Sabes que sí -le contesta, y vuelve a besarle... pero cuando él toma su seno palpándolo a través de la ropa, ella se retira-. No, puede vernos mi padre.

La deja irse, su sonrisa ya apenas perceptible. Sale rápida del coche y corre bajo la lluvia hasta la puerta de atrás.- Al instante siguiente, ha desaparecido. Chico se para un momento para encender un cigarrillo y sale del camino de coches marcha atrás. El motor se cala y el mecanismo del encendido parece resollar una eternidad antes de que arranque motor. Tardará un buen rato hasta la casa.

Cuando llega al fin, el coche de su padre está', aparcado en el camino de la casa. Se detiene junto a él y deja que el motor se apague. Se queda un rato en el coche, escuchando la lluvia. Es como estar en el interior de un tambor metálico.

En la casa, Billy mira la televisión, Carl Stomer y sus vaqueros. Al verle entrar, Billy se levanta de un salto, nervioso.

-Eddie, Eddie, oye Eddie, ¿sabes lo que nos contó tío Pete? ¡Que él y un montón de tipos habían hundido un submarino alemán en la guerra! ¿Me llevarás al cine el sábado?

-No lo sé -dice Chico, sonriendo-. Tal vez, si me besas los pies todas las noches durante toda la semana antes de cenar -le da un tirón de pelo. Billy vocifera y ríe y le da patadas en las piernas.

-Vamos, quietos ya -dice Sam May, entrando en la sala-. Silencio los dos. Ya sabéis que a vuestra madre no le gustan las peleas.

Se ha bajado la corbata y se ha soltado el botón del cuello de la camisa. Porta una bandeja de perritos calientes rojos. Los perritos calientes están envueltos en pan blanco y Sam May ha colocado a la derecha la mostaza rancia.

-¿Dónde estuviste, Eddie?

-En casa de Jane.

Se oye la cisterna del cuarto de baño. Virginia. Chico se pregunta un instante si Jane dejaría algún cabello en el lavabo, o un lápiz de labios o una horquilla.

-Debías haber venido con nosotros a ver a tu tío Pete y a tu tía Ann -dice su padre. Se come una salchicha de tres bocados-. Te estás convirtiendo en una especie de extraño aquí, Eddie. Y eso no me gusta. No mientras nosotros te demos cama y comida.

-Menuda cama -dice Chico-. Menuda comida.

Sam alza la vista rápido, dolido al principio, furioso luego. Chico se fija en sus dientes, manchados del amarillo de la mostaza francesa. Siente leves náuseas.

-Piensa lo que dices, descarado. No eres demasiado grande todavía, mocoso.

Chico se encoge de hombros. Toma una rebanada de pan del paquete que hay en la bandeja de la televisión junto a la butaca de su padre y le pone salsa de tomate.

-Dentro de tres meses me habré largado. -¿De qué diablos hablas ahora?

-Voy a arreglar el coche de Johnny y me iré a California. A buscar trabajo.

-Ah, sí, claro. Muy bien.

Es un hombre grande, corpulento y desgarbado. Pero a Chico le parece que ha empequeñecido desde que se casó con Virginia, y más aún tras la muerte de Johnny. Y se oye mentalmente diciéndole a Jane: Mi hermano tal vez, pero yo no. Sigue tocando, sigue, Blue.

-Con ese coche no llegarías ni a Castle Rock, no digamos ya California.

-No, ¿eh? Espera y verás la jodida polvareda que dejo.

Su padre se queda simplemente mirándole un instante y luego le tira a la cara la salchicha que tiene en la mano. Le da en el pecho, y le mancha de mostaza el jersey y la silla.

-Vuelve a hablarme así y te parto la cara, descarado.

Chico recoge la salchicha y la mira. Salchicha roja barata untada con mostaza francesa. Esparce un poco de luz. Se la devuelve a su padre. Sam se levanta, cara color de ladrillo viejo, la vena del centro de la frente palpitando. Tropieza con la bandeja que hay sobre la televisión y la vuelca. Billy les mira desde el quicio de la puerta de la cocina. Tiene en la mano un plato de salchichas y judías, ladeado, y el jugo de las judías cae al suelo. Abre mucho los ojos, le tiemblan los labios. En la tele, Carl Stormer y sus vaqueros acometen «Long Black Veil» a 'velocidad vertiginosa.

-Te esfuerzas para criarles y sacarles adelante y luego te escupen a la cara -dice su padre con voz apagada-. Oh. Así son las cosas -tantea el asiento de la butaca y se levanta con el perrito caliente a medio comer. Lo aguanta en la mano como un falo cercenado. E, increíblemente, empieza a comerlo... al tiempo que Chico ve que ha empezado a llorar-:

-Oooh, te escupen... así son las cosas.

-Bueno, ¿por qué diablos tuviste que casarte con ella? -explota de pronto Chico; y luego tiene que soltar el resto: Si no lo hubieras hecho, si no te hubieras casado con ella, Johnny seguiría vivo.

-Eso a ti no te importa en absoluto -ruge Sam entre lágrimas-. ¡Eso es cuestión mía!

-¿Ah sí? -grita Chico a su vez-. ¿De veras? ¡Claro, yo sólo tengo que vivir con ella! ¡Yo y Billy, nosotros tenemos que vivir con ella! ¡Y ver como te destroza! ¡Y eso que ni siquiera sabes...!

-¿Qué? -ruge su padre, con voz súbitamente lúgubre y baja. El trocito de salchicha que le queda en la mano cerrada parece un huesecillo sanguinolento-. ¿Qué es lo que no sé?

-No sabes de la misa la mitad -le contesta Chico, consternado por lo que ha estado a punto de decir.

-Mejor cállate ya, no sigas -dice su padre-. O te daré una paliza de muerte, Chico.

Sólo le llama Chico cuando está realmente furioso.

Chico se vuelve; Virginia está al otro lado de la habitación, ajustándose la falda, contemplándole con sus grandes, serenos, ojos castaños; son bellos sus ojos. El resto de su persona no lo es tanto, pero aquellos ojos le pertenecerán todavía durante años, piensa Chico, y siente de nuevo el odio enfermizo.

Así que curtimos su piel cuando murió, Clyde, y está ahí colgada en el cobertizo.

-¡Te tiene absolutamente dominado y no tienes agallas para hacer nada!

Todas estas voces acaban con la resistencia de que da un gemido aterrado, lanza el plato de salchichas y judías y se cubre la cara con las manos. El jugo de las judías salpica sus zapatos de domingo y se extiende por la alfombra.

Sam da un solo paso al frente y se detiene al ver a Chico hacer un gesto lacónico, como diciendo:

Anda, vamos, ¿por qué diablos eres tan condenadamente lento? Se quedan como estatuas, mientras habla Virginia; lo hace en voz baja, tan serena como sus ojos castaños.

-¿Has estado con una chica en tu cuarto, Ed? Ya sabes lo que pensamos tu padre y yo al respecto -y añade, casi como si lo recordara en el momento-: Se dejó una pañoleta.

La mira fijamente, incapaz de expresar sus sentimientos, de decirle la forma en que le parece sucia, la forma en que ataca certeramente por la espalda, la forma en que acecha y te corta los tendones paralizándote.

Podrías herirme si quisieras, dicen los serenos ojos castaños. Sé que sabes lo que estaba ocurriendo antes de su muerte. Pero ésa sería la única forma en que podrías herirme, ¿verdad, Chico? Y entonces sólo en el caso de que tu padre te creyera. Y si te creyera, el disgusto le mataría.

Su padre reacciona ante la maniobra de ella, arremetiendo como un oso:

-¿Has estado jodiendo en mi casa, cabroncete de mierda?

-Por favor, Sam, mide tus palabras, contrólate -dice Virginia en tono sereno.

-Por eso es por lo que no quisiste acompañarnos, ¿eh? Para poder jod... para poder...

-¡Suéltalo ya, anda! -dijo Chico, llorando-.

¡No dejes que lo haga ella por ti! ¡Di de una vez lo que quieras decir!

-¡Largo! -dice su padre-. Y no vuelvas hasta que estés dispuesto a pedir perdón a tu madre y a mí.

-¡No lo hagas! ¡No te atrevas a llamar a esa zorra mi madre! ¡Te mataré!

-¡Por favor, Eddie, por favor, cállate! -grita Billy. Sus palabras le llegan confusas y apagadas pues se cubre la cara con las manos-. ¡Deja de gritarle a papá! ¡Por favor, Eddie, cállate!

Virginia sigue inmóvil en el quicio de la puerta. Sus ojos tranquilos siguen clavados en Chico.

Sam retrocede un paso torpemente y tropieza con el sillón. Se deja caer en él pesadamente y desvía la cara, apoyándola en su velludo antebrazo.

-¡No puedo mirarte a la cara cuando dices esas cosas, Eddie! Me haces sentirme tan mal.

-¡Ella es quien te hace sentirte mal! ¿Es que no lo admitirás nunca?

Su padre no le contesta. Sigue sin mirarle siquiera. Busca otra salchicha con pan en la bandeja de la televisión. Busca la mostaza. Billy sigue llorando. Carl Stormer y sus vaqueros están cantando una canción de camioneros. «Mi carruaje es viejo, pero eso no quiere decir que sea lento», dice Carl a sus telespectadores de Maine occidental.

-El muchacho no sabe lo que dice, Sam -apunta con suavidad Virginia-. Es muy duro a su edad. Es duro crecer.

Le ha vencido. Esto es el fin, muy bien.

Se vuelve; se encamina hacia la puerta que da primero al cobertizo y luego afuera. Cuando la abre, mira a Virginia; ella aguanta la mirada tranquilamente cuando él pronuncia su nombre:

-¿De qué se trata, Ed?

-Las sábanas están manchadas de sangre -hace una pausa-. La desvirgué.

Cree haber visto aletear algo en los ojos de Virginia, aunque tal vez sólo fuera su propio deseo.

-Por favor, Ed, márchate. Estás haciendo daño a Billy.

Se va. El Buick no quiere arrancar y ya casi está resignado a caminar bajo la lluvia cuando prende el motor. Enciende un cigarrillo y sale marcha atrás hasta la 14. Suelta el embrague y está ya pasando la fábrica cuando empieza a dar sacudidas. La luz de la dínamo parpadea funestamente un par de veces y luego el coche sigue la marcha con cierta inseguridad. Al fin en marcha, lentamente, carretera arriba hacia Gates Falls.

Pasa sin dirigir una última mirada al Dodge de Johnny.

Johnny podría haber tenido trabajo fijo allí en la fábrica aunque sólo en el turno de noche. No le importaba en absoluto trabajar de noche, se lo había dicho a Chico, y la paga era mejor que en la pista de carreras, pero su padre trabajaba durante el día y trabajar en el turno de noche en la fábrica significaba tener que haber estado en casa con ella, solo en casa con ella, o con Chico en la habitación de al lado.., y las paredes eran muy finas. No puedo dejarlo y ella no me permitirá que lo intente, le dijo Johnny. Bueno, sé lo que este asunto significaría para padre. Pero ella es... sencillamente no cortará y yo no puedo hacerlo... No me deja en paz. Tú sabes lo que quiero decir. Tú ya la has visto; Billy es demasiado joven para comprenderlo, pero tú la has visto...

Sí. Él la había visto. Y Johnny se había ido de casa diciéndole a su padre que lo hacía porque en aquel trabajo podría conseguir piezas baratas para el Dodge. Y así sucedió que estaba cambiando un neumático cuando aquel Mustang perdió el control y se lanzó patinando descontrolado con el silenciador echando chispas; y así fue como su madrastra había matado a su hermano, así que sigue tocando hasta que yo pase, Blue, porque vamos a Stud City en este maldito Buick; y recuerda el olor del neumático y las vértebras de Johnny marcándose en su blanquísima camisa y recuerda a Johnny intentando incorporarse en el momento justo en que el Mustang arremetió contra él aplastándole contra el coche en que había estado trabajando y el propio Mustang y el golpe seco y el Chevy cayéndose de los gatos y el brillante resplandor

amarillo de la llamarada, el olor intenso a gasolina...

Chico pisa los frenos con ambos pies, haciendo que el coche se pare crujiendo y patinando en la orilla encharcada. Se inclina precipitada, alocadamente, sobre el asiento de al lado, abre de golpe la puerta del pasajero y suelta la vomitada amarillenta sobre el barro y la nieve. El ver el vómito le hace vomitar de nuevo y el pensar en ello le produce nuevas náuseas. El coche está a punto de calarse, pero consigue que no suceda. La luz del generador parpadea con renuencia cuando Chico acelera. Se queda sentado, siente los escalofríos recorriéndole. Pasa rápido un coche. Un Ford nuevo, blanco, salpicando agua y fango.

-Stud City -dice Chico-. En su nuevo coche potente. Fantástico.

Siente el sabor del vómito en los labios y en la garganta y taponándole las fosas nasales. No desea fumar un cigarrillo. Danny Carter le permitirá pasar la noche en su casa. Mañana estará a tiempo de tomar decisiones. Vuelve hasta la 14 y gira.

8

Bastante melodramático, ¿no?

El mundo ha visto una o dos historias mejores, lo sé... cien o doscientas mejores, sería más exacto. Debería llevar en todas las páginas PRODUCTO DE TALLER PREGRADUADO DE ESCRITURA CREATIVA, pues eso es lo que era, al menos hasta determinado punto. Me parece lamentablemente inmaduro y flojo ahora; el estilo de Hemingway (aparte el hecho de que, no sé por qué, toda la historia está en presente), el tema de Faulkner. ¿Podría ser algo más serio? ¿Más literario?

Pero ni siquiera su pretensión puede ocultar el hecho de que es un relato sumamente sexual escrito por un joven sumamente inexperto (cuando escribí Stud City me había acostado sólo con dos chicas y en una de las dos ocasiones había eyaculado precozmente por encima de la chica... así que no creo que tuviera mucho que ver con el Chico del relato anterior). Su actitud hacia las mujeres supera la hostilidad casi hasta el punto de lo desagradable: dos de las mujeres del relato son putas y la tercera es un mero receptáculo que dice cosas como: «Te quiero, Chico» y «Pasa y te daré pastelillos». Chico, por otro lado, es un héroe machista de clase obrera que podría haber alentado y surgido de los surcos de un disco de Bruce Springsteen (aunque Springsteen no era aún conocido cuando yo publiqué ese relato en la revista literaria de la universidad, donde aparecía entre un poema titulado «Imágenes de mí mismo» y un ensayo sobre la vida universitaria, escrito todo en minúsculas). Es el relato de un joven absolutamente inseguro e inexperto.

No obstante, era la primera narración que sentía como mía (la primera que consideré realmente completa, después de llevar intentándolo cinco años). La primera que puede todavía sostenerse por sí misma. Desagradable pero viva. Aún cuando ahora la leo, ahogando una sonrisa provocada por su seudo dureza y sus pretensiones, me es posible ver entre líneas la verdadera cara de Gordon Lachance, un Gordon Lachance más joven que este que vive y escribe ahora, un Gordon Lachance sin duda más idealista que el novelista de éxito más capaz de conseguir una revisión de los contratos de sus libros de bolsillo, pero no tan joven como aquel que salió aquel día con sus amigos en busca del cadáver de un chico llamado Ray Brower. Un Gordon Lachance a medio camino de perder su brillantez.

No, no es un buen relato: su autor estaba demasiado absorto escuchando las voces de los demás para poder escuchar con la debida atención su propia voz interior. Pero fue realmente la primera vez que utilizaba los lugares que conocía y mis propios sentimientos en una narración y sentí una especie de asombroso regocijo al ver que las cosas que durante años me habían preocupado adoptaban una forma nueva: una forma que yo dominaba y controlaba. Habían pasado años desde que se me había ocurrido la idea de que Denny estaba en el armario de su habitación; yo sinceramente la había creído olvidada. Y, sin embargo, aparece en el

relato, con leves cambios... pero controlada.

He resistido el impulso de cambiarla, de reescribirla, de revigorizarla... el impulso era bastante fuerte, pues el relato me resulta ahora bastante embarazoso. Pero aún me agradan cosas del mismo que sin duda habrían vulgarizado los cambios introducidos por este Lachance de ahora, que ya ha empezado a encanecer. Cosas como la imagen de las marcas de las vértebras en la camisa blanca de Johnny, o la de las ondas de la lluvia sobre el cuerpo desnudo de Jane, que resultan mejores de lo que lo son por sí mismas.

Fue también el primer relato que nunca enseñé a mis padres. Hay en él demasiado Denny. Y demasiado Castle Rock. Y sobre todo, demasiado mil novecientos sesenta. La verdad siempre la identificas, porque cuando te hieres a ti mismo o a algún otro con ella, siempre brota la sangre.

9

Mi habitación quedaba en la segunda planta y la temperatura allá arriba debía llegar casi a los cuarenta grados. Y después del mediodía llegaría casi a los cuarenta y cinco, aun con todas las ventanas abiertas. Me alegró de veras pensar que no dormiría allí aquella noche, y al recordar dónde íbamos a dormir volví a excitarme. Enrollé dos mantas y las até con un cinturón viejo. Reuní todo el dinero que tenía, unos sesenta y ocho centavos. Y ya estaba listo para partir.

Bajé por las escaleras de atrás para no encontrarme a mi padre al salir, pero no había que preocuparse por ello; seguía todavía en el huerto con la manguera formando en el aire inútiles arcoiris y mirando a través de ellos.

Bajé la calle Summer y atajé por un solar hasta Carbine... donde hoy están las oficinas del Call de Castle Rock. Subía por Carbine hacia el club cuando un coche se subió al bordillo y de él salió Chris. Llevaba en una mano su vieja mochila de hoy scout y dos mantas enrolladas y atadas con una cinta en la otra.

-Gracias, señor -dijo y corrió a mi lado al tiempo que el coche se alejaba. La cantimplora de boy scout le colgaba del cuello bajo el brazo y se balanceaba junto a su cadera. Le centelleaban los ojos.

-¡Gordie! ¿Quieres ver una cosa?

-Claro, seguro. ¿Qué?

-Ven, vamos por aquí -señaló la estrecha calleja que quedaba entre el comedor Blue Point y el almacén de Castle Rock.

-¿De qué se trata, Chris?

-¡Te digo que vengas!

Entró corriendo en la calleja, y al poco (justo lo que tardé en desdeñar mi sentido común) le seguí. Los dos edificios se acercaban levemente el uno hacia el otro, en vez de correr paralelamente entre sí, así que la calleja se estrechaba a medida que te adentrabas en ella.

Pasamos con bastante dificultad entre montones de periódicos viejos y centelleantes cascos rotos de cerveza y soda. Chris atajó por detrás del Blue Point y dejó el hatillo en el suelo. Había allí unos ocho o nueve cubos de basura en fila y el hedor era insoportable.

-¡Puaf! ¡Chris! ¡Vamos, dame un respiro! -Dame el brazo -dijo Chris.

-No, de veras, voy a arr...

Me quedé mudo y olvidé por completo los hediondos cubos de basura. Chris se había soltado la mochila y la había abierto y revuelto en su interior. Y me mostraba ahora una gran pistola con la empuñadura de madera oscura.

-¿Te gustaría ser el Llanero Solitario o Cisco Kid? -me preguntó, sonriendo.

-¡Por Cristo bendito, Chris! ¿De dónde la has sacado?

-De la cómoda de mi padre. Es una cuarenta y cinco.

-Sí, ya lo veo -dije, aunque, por lo que yo sabía, tanto podía haber sido una 38 o una 357... Pese a los muchos libros de John D. MacDonalds y Ed McBains que hubiera leído, la única pistola que yo había visto de cerca era la que llevaba el alguacil Bannerman; y, por mucho que los chicos le pedíamos que la sacara de la cartuchera, nunca lo hizo-. Amigo, tu padre te va a dar una buena cuando se entere. Y además dijiste que anda de malas.

Sus ojos seguían bailando.

Precisamente, amigo. No se dará cuenta de nada, no se enterará. Él y esos otros borrachos están en Harrison con seis u ocho botellas. Tardarán lo menos 1 una semana en volver. Malditos borrachos.

Arrugó los labios; Chris era el único de la pandilla que nunca tomaba un trago, ni siquiera para demostrar que tenía, ya sabes, huevos. Decía que no iba a ser un maldito borracho como su viejo. Y una vez me confesó (cuando los gemelos DeSpain aparecieron con una caja de seis cervezas que habían birlado a su viejo y todo el mundo tomó el pelo a Chris porque no quiso beber ni siquiera un sorbo) que le asustaba beber. Dijo que su padre estaba siempre pegado a la botella y ya no podría librarse de ella, que su hermano mayor estaba como una cuba cuando violó a aquella chica y que Ojo no hacía más que beber y beber con Ace Merrill y Charlie Hogan y Billy Tessio. ¿Qué oportunidades creía yo que tendría, me preguntó, de dejar de beber si empezaba a hacerlo? Tal vez parezca extraño que un chico de doce años se preocupe por la posibilidad de su incipiente alcoholismo, pero no lo era para Chris. En absoluto. Él había considerado largamente tal posibilidad. Había tenido ocasión de pensar mucho en ello.

-¿Te acordaste de las municiones?

-Tengo unas nueve o diez... todas las que quedaban en la caja. Creerá que las gastó tirándoles a las latas cuando estaba borracho.

-¿Está cargada?

¡Por amor de Dios!, ¿pero qué es lo que crees que soy?

Al fin tomé el arma. Me gustaba sentir su peso en la mano. Me imaginaba como Steve Carella de la Patrulla 84 persiguiendo a un tipo o cubriendo a Meyer o a Kling mientras irrumpían en el mugriento apartamento de un peligroso drogadicto. Apunté a uno de los cubos de basura y apreté el gatillo.

¡BLUAM!

El arma me rebotó en la mano. El cañón escupió fuego. Sentí como si me acabara de romper la muñeca. Se me hizo un nudo en la garganta. Apareció un gran agujero en la superficie metálica del cubo de basura: obra de un mago maligno, sin duda.

-¡Jesús! -grité.

Chris se reía sin parar como un loco (no podría decir si con ganas auténticas o por puro histerismo).

-¡Lo hiciste! ¡Lo lograste! ¡Gordie lo hizo! -gritaba como un loco-. ¡Oh, Gordie Lachance provoca el pánico en Castle Rock!

-¡Cierra el pico! ¡Larguémonos de aquí, de prisa! -grité y le agarré por la camisa.

Cuando ya nos alejábamos corriendo, la puerta trasera del Blue Point se abrió de golpe y apareció Francine Tupper, con su uniforme blanco de camarera.

-¿Quién anda por ahí? ¿Eh, quién anda tirando petardos por ahí?

Corrimos como almas que lleva el diablo, cortando por detrás del almacén y la ferretería y el Emporium Galorium, que vendía antigüedades y libros baratos y trastos viejos, saltamos la cerca raspándonos las manos y salimos al fin a la calle Curran. Según íbamos corriendo, le había pasado el arma a Chris, que no dejaba de reírse como un loco, pero que agarró la pistola y de algún modo consiguió guardarla bien en la mochila. Doblamos la esquina de la calle Curran salimos por detrás a Carbine, donde aminoramos la marcha para no llamar la atención.

Chris seguía riéndose.

-Amigo, tenías que haber visto la cara que pusiste. Fue algo digno de verse, algo absolutamente increíble. Extraordinario -movió la cabeza, se palmeó la pierna y lanzó un alarido.

-Sabías que estaba cargada, ¿no es cierto? ¡Eres un imbécil! ¡Ya verás en qué lío me he metido! ¡La Tupper me vio!

-Mierda, ella creyó que había sido un petardo. Además, la pobre no puede ver más allá de sus narices, lo sabes perfectamente. Cree que las gafas estropearían su linda carita -se colocó la palma en la región lumbar, se palmeó las caderas y empezó a reírse de nuevo.

-Bueno, es igual; fue un truco sucio, Chris. De veras.

-Vamos, Gordie -me puso una mano en el hombro-. Te aseguro que no sabía que estaba cargada, te lo juro; lo juro por mi madre. La saqué de la cómoda de mi padre. Y siempre la deja descargada. Debía de estar demasiado trompa la última vez que la usó.

-¿De veras no la cargaste tú?

-De veras.

-¿No te importa jurar en falso por tu madre y que se vaya al infierno por tu culpa?

-Te juro que digo la verdad -se santiguó y escupió, con expresión tan compungida e inocente como un niñito del coro; pero cuando llegamos junto al club y vio a Vern y a Teddy sentados en sus hatillos esperándonos, empezó otra vez a reírse y les contó toda la historia de pe a pa; y cuando al fin todos acabaron con las bromas, Teddy le preguntó a Chris pava qué creía él que necesitábamos una pistola. Para nada -dijo Chris-. A no ser que aparezca un oso. O algo por el estilo. Bueno, y además lo de pasar la noche en el bosque es serio.

Todos asentimos. Chris era el mayor y el más fuerte de la pandilla y se las arreglaba para salir siempre con razonamientos como ése. Por otro lado, Teddy se habría cuidado muy mucho de insinuar siquiera que le daba miedo la oscuridad.

-¿Dejaste la tienda montada en el campo detrás de tu casa? -preguntó Teddy a Vern.

-Claro. Y coloqué dentro dos linternas encendidas para que cuando oscurezca parezca que estamos dentro.

-¡Gran idea! -dije, y le di una palmada en la espalda. Tratándose de él, era realmente una idea genial. Sonrió y se sonrojó.

Pues en marcha -dijo Teddy-. ¡Vamos! Son ya casi las doce.

Chris se levantó y todos le rodeamos.

-Cruzaremos el campo de Beeman por detrás del sitio ese de accesorios de Sonny's Texaco -dijo-. Luego subiremos hasta las vías bajando por el basurero y cruzando el puente en dirección a Harlow.

-¿Qué distancia crees tú que habrá? -preguntó Teddy.

Chris se encogió de hombros.

-Harlow es grande. Creo que tendremos que recorrer por lo menos treinta y tantos kilómetros. ¿Qué dices tú, Gordie?

-Bueno, puede que sean cuarenta y tantos.

-Aunque fueran cuarenta y tantos, tendríamos que estar allí mañana a primera hora de la tarde; eso siempre que no haya por aquí gallinitas que se achiquen.

-Yo no veo gallinas por aquí -se apresuró a decir Teddy.

Nos miramos un instante.

-¡Cocorocó! -dijo Vern, y todos nos echamos a reír.

-Pues en marcha de una vez -dijo Chris, echándose la mochila al hombro.

Salimos del solar del club en grupo, Chris un poco adelantado.

10

Cuando cruzamos al fin el campo de Beeman y nos abrimos paso por el ceniciento terraplén en dirección a las vías del ferrocarril Great Southern & Western Maine (GS&WM), todos nos habíamos quitado las camisas y nos las habíamos atado a la cintura. Sudábamos como puercos. Desde el pico del terraplén, divisamos ya las vías hacia las que nos teníamos que dirigir.

Por muchos años que viva, jamás olvidaré aquel momento. Yo era el único que tenía reloj: un Timex barato que me había ganado vendiendo bálsamo Cloverine el año anterior. Sus manecillas marcaban las doce en punto y el sol caía a plomo sobre la tierra reseca, y sin sombras, con fuerza implacable. Sentías sus rayos perpendiculares atravesarte el cráneo y achicharrarte el cerebro.

A nuestra espalda quedaba Castle Rock, que se extendía sobre la gran colina conocida como Castle View, que rodeaba sus verdes y umbríos terrenos comunales. Más a lo lejos, río Castle abajo, podían verse las chimeneas de la fábrica textil que escupían al cielo humo color acero y desperdicios al agua. A nuestra izquierda quedaba el almacén de muebles y justo al frente las vías férreas, que brillaban resplandecientes al sol. Corrían paralelas al río Castle, que quedaba a nuestra izquierda. A la derecha había una gran extensión de maleza (donde hoy hay un circuito de motocicletas en el que todos los domingos a las dos en punto hay carreras). Un antiguo depósito de agua se alzaba en el horizonte, herrumbroso y un tanto pavoroso.

Nos quedamos allí aquel justo instante del mediodía; luego, Chris dijo impaciente:

-Vamos. Sigamos de una vez.

Caminamos entre las cenizas; pronto teníamos calcetines y zapatos llenos del polvo negro que levantábamos en oleadas a cada paso. Vern empezó a cantar «Roll Me Over in the Clover», pero en seguida se calló, lo cual fue un alivio para nuestros oídos. Sólo habían llevado cantimploras Teddy y Chris y todos las atacábamos a cada poco.

-Podremos volver a llenar las cantimploras en el basurero -dije-. Mi padre me indicó que es buena agua. El pozo está a ciento noventa pies de profundidad.

-Perfecto -dijo Chris, que era el valiente jefe del pelotón-. Allí podremos descansar un poco, además.

-¿Y qué hay de la comida? -preguntó súbitamente Teddy-. Seguro que a nadie se le ocurrió traerse algo para comer. Yo desde luego no traje nada.

Chris se detuvo.

-¡Mierda! ¡Tampoco yo! ¿Gordie?

Moví la cabeza, preguntándome cómo podía haber sido tan estúpido.

-¿Vern?

-Nada -dijo Vern-. Lo siento.

-Muy bien, veamos cuánto dinero tenemos -dije.

Me desaté la camisa que llevaba atada a la cintura, la extendí en el suelo y eché encima mis sesenta y ocho centavos. Brillaron ardorosamente a la luz del sol. Chris tenía un andrajoso dólar y dos centavos. Teddy tenía dos monedas de veinticinco centavos y dos de diez. Y Vern, exactamente siete centavos.

-Dos cuarenta y siete -dije-. No está mal. Al final de ese caminito que va al basurero hay una tienda. Alguien tendrá que bajar hasta allí y comprar unas hamburguesas y algunas tónicas mientras los demás descansan.

-¿Quién? -preguntó Vern.

-Lo echaremos a suertes cuando hagamos el alto. Vamos.

Me guardé todo el dinero en el bolsillo del pantalón y estaba atándome otra vez la camisa a la cintura cuando Chris vociferó:

Posé la mano en el raíl para sentirlo, aunque ya casi podía oírlo. La vía retumbaba con estruendo. Por un instante, fue como si tuviera el tren en la mano.

-¡Paracaidistas, a lanzarse! -gritó Vern, y de un brinco demencial y payasesco se plantó casi en la mitad del terraplén.

Vern se atrevía a jugar a paracaidistas en cualquier lugar en que el terreno fuera suave:

un cascajal, un henil, un terraplén como aquel mismo. A continuación saltó Chris. Ahora el tren se sentía verdaderamente fuerte. Lo más seguro es que se dirigiera a Lewiston por nuestro lado del río. En vez de saltar, Teddy avanzó en la dirección en que venía el tren: los gruesos cristales de sus gafas brillaban al sol. Su cabello largo se agitaba alborotado en mechones empapados de sudor sobre su frente.

-¡Eh, Teddy, vamos! -dije.

-Oh, oh, qué va, voy a regatearlo -me miró fijamente, con sus enormes ojos demenciales-. Voy a regatear el tren, ¿entiendes? ¿Qué significa un camión comparado con un tren?

-Estás de remate, amigo. ¿O es que quieres que te mate?

-¡Igual que en la playa de Normandía! -vociferó Teddy, corriendo al centro de las vías. Se situó en una de las traviesas manteniendo a duras penas el equilibrio.

Permanecí un instante asustado, paralizado: no podía creer que Teddy se propusiera estupidez semejante. Pero reaccioné en seguida, le agarré y tiré con fuerza de él, que protestaba y se debatía; le empujé hacia el terraplén. Salté detrás; consiguió atizarme un buen golpe cuando aún estaba en el aire. Me cortó la respiración, aunque pude golpearle el esternón con la rodilla y aterrizar sobre su espalda sin darle tiempo a incorporarse. Caí cuan largo era; Teddy me agarró por el cuello; y bajamos así rodando hasta el pie del terraplén golpeándonos y arañándonos mientras Chris y Vern nos miraban sorprendidos.

-¡Desgraciado hijo de perra! -gritaba Teddy-. ¡Tú no mandas en mí, yo hago lo que me da la gana! ¿Te enteras? ¡Te vas a acordar de esto, montón de mierda!

Recobré el aliento y al fin conseguí ponerme en pie. Retrocedí, mientras Teddy avanzaba, con las manos abiertas alzadas para parar sus golpes, entre divertido y asustado. Teddy no era precisamente el tipo al que pudieras irle con bromas cuando le daban aquellos ataques de furia. Una vez, se había enfrentado en aquel estado a uno de los mayores y cuando estaba ya con los dos brazos rotos, hizo morder el polvo al otro.

Escucha, Teddy, podrás hacer lo que te dé la gana en cuanto hayamos visto lo que vamos a ver, pero...

Lanza contra mí su puño con gran fuerza y consigo esquivarlo, golpe en el hombro,

-... hasta ese momento, es mejor que no nos vea nadie, tú...

golpe en la mejilla; en este punto, podríamos habernos lanzado a una pelea en serio si Vern y Chris

-¡Majadero!

no nos hubieran agarrado y separado.

Pasó el tren rugiendo con su atronar de descarga de diesel y el pesado traqueteo de las ruedas de la locomotora. Cayeron por el terraplén trozos de escoria y la discusión terminó... al menos hasta que pudiéramos volver a oírnos.

Sólo era un tren de carga; cuando pasó el vagón de cola, Teddy dijo:

-Voy a matarle. Voy a romperle los morros.

Se debatió para zafarse de Chris, pero éste le sujetó con más fuerza.

-Teddy, por favor, cálmate -le decía Chris en tono sereno; y se lo siguió diciendo hasta que Teddy dejó de debatirse y se tranquilizó; tenía las gafas torcidas y el cordón del aparato del oído le colgaba fláccido sobre el pecho, enganchado a la batería que se había guardado en el bolsillo de los pantalones.

Cuando al fin parecía completamente calmado, Chris se volvió y me preguntó:

-¿Qué diablos ha pasado, Gordon?

-Quería ponerse a regatear el tren. Y pensé que si lo hacía el maquinista le vería y lógicamente informaría de ello. Y mandarían un policía en nuestra busca.

-Oooh, estará demasiado ocupado manchándose los calzoncillos de chocolate -dijo Teddy; ya no estaba enfadado. Había pasado la tormenta.

-Gordie sólo intentaba hacer lo correcto, Teddy -dijo Vern-. Vamos, haced las paces.

-Haced las paces -insistió también Chris. -Bueno, está bien -dije; y tendí la mano con la palma hacia arriba-. ¿Amigos, Teddy?

-Lo habría hecho, habría conseguido regatearle; tú sabes muy bien que podía haberlo hecho, Gordie -me dijo.

-Sí -le contesté, aunque sólo de pensarlo me estremecía-. Lo sé.

-Muy bien, entonces amigos...

-Chócala de una vez, amigo -ordenó Chris, soltando al fin a Teddy.

Teddy me dio una palmada en la mano lo bastante fuerte como para hacerme daño y me ofreció luego la suya. Le di también una palmada.

-Maldito gallina Lachance -dijo Teddy.

–¡Cocorocó! -añadí yo.

-Venga, chicos, vámonos ya, ¿no?

–Vámonos a donde sea, pero no sigamos aquí -dijo Chris solemnemente, y Vern se volvió como si fuera a pegarle.

11

Hacia la una y media llegamos al basurero. Vera abrió fa marcha con su «¡Paracaidistas, abajo!» y llegamos al fin con grandes brincos; saltamos el nauseabundo regato que rezumaba de la alcantarilla que salía de entre la escoria. Un poco más adelante de esta zona cenagosa se encontraba la zona arenosa y llena de desperdicios que lindaba con el basurero propiamente dicho.

Lo rodeaba una valla de unos dos metros todo alrededor. Cada cinco o seis metros había letreros, descoloridos por el tiempo, en los que podía leerse:

Basurero de Castle Rock
Horario: 4-8 tarde
Cerrado los lunes
PROHIBIDO EL PASO

Subimos la valla, pasamos por encima y saltamos al otro lado. Teddy y Vern se encaminaron hacia el pozo que se accionaba con una de esas anticuadas bombas a las que hay que dar con ahínco para conseguir que el agua salga al fin. Había junto a la misma una lata llena de agua; y había que acordarse de dejarla llena para la siguiente persona que pasara. El mango de hierro de la bomba se proyectaba en un ángulo que semejaba un pájaro de una sola ala a punto de alzar el vuelo. Había sido verde en tiempos, pero los miles de manos que lo habían asido desde mil novecientos cuarenta apenas habían dejado rastro de pintura.

El basurero es uno de mis recuerdos más intensos de Castle Rock. Cuando pienso en él, recuerdo siempre a los pintores surrealistas, esos tipos que pintaban fláccidas esferas de reloj colgando de horcaduras de árboles o salas de casas victorianas en el centro del Sahara o locomotoras de vapor saliendo de chimeneas. Para mis ojos infantiles, cuanto veía en el basurero de Castle Rock estaba allí fuera de lugar.

Entramos por la parte posterior. Llegando por el frente, había un amplio camino sucio y polvoriento que cruzaba la puerta y que terminaba en una amplia zona semicircular que habían dejado tan llana como una pista de aterrizaje y que quedaba cortada abruptamente al borde de la zanja de descarga. La bomba (junto a la cual estaban ya Vern y Teddy, discutiendo quién bebía primero) quedaba detrás de esta gran zanja. Tendría unos veinte metros de profundidad y estaba llena de todo tipo de objetos vacíos, viejos o averiados. Había

Librodot

tal cantidad de cosas que sólo verlo hacía daño a la vista... o tal vez a lo que hacía daño en realidad fuera al cerebro, porque no acababas de decidir en cuál de ellos posar la mirada. Luego tu mirada se detenía, o quedaba apresada, en algo que resultaba tan fuera de lugar como las esferas de reloj o los salones victorianos en el desierto. La armadura de latón de una cama inclinándose ebria al sol. Una muñeca contemplando sorprendida sus muslos mientras alumbraba su propio relleno. Un automóvil volcado con el morro de cromo brillando al sol apuntando como un cohete tipo Buck Rogers. Un garrafón de agua de los que usan en las oficinas, transformado por gracia del sol estival en un ardiente y deslumbrante zafiro.

Y también había allí abundante vida salvaje: aunque no precisamente del tipo de la que puedes ver en las películas de Walt Disney ni en los zoos domésticos en que puedes acariciar a los animales. Ratas rollizas, marmotas robustas alimentadas a base de exquisiteces como hamburguesas podridas y verduras agusanadas; gaviotas a millares, y; entre ellas, acechando como atentos ministros introspectivos, algún que otro gran cuervo. Allí acudían también los perros vagabundos cuando no encontraban cubos de basura que volcar ni venados que perseguir; eran perros cruzados, miserables y de mal genio; solían atacarse entre sí ferozmente disputándose un trozo podrido de salchichón o menudillos de pollo que fermentaban al sol.

Pero estos perros no atacaban nunca a Milo Pressman, el encargado del basurero, porque Milo llevaba siempre a Chopper pegado a los talones. Y Chopper era (al menos hasta que Cujo, el perro de Joe Lamber, cogiera la rabia veinte años más tarde) el perro más temido e incomprendido de Castle Rock. Era el más fiero en sesenta kilómetros a la redonda y tan feo como para parar un reloj de campana. Los chicos contaban leyendas sobre su maldad y fiereza. Algunos decían que era medio pastor alemán, otros que era prácticamente bóxer y un chico de Castle View proclamaba que Chopper era un Doberman al que habían extirpado quirúrgicamente las cuerdas vocales para que no le oyeran cuando se disponía a atacar. Y había también quienes decían que era un borzoi o galgo ruso chiflado, y que Milo Pressman le alimentaba con una mezcla especial de sangre de pollo y otras cosas raras. Los mismos chicos decían que Milo no se atrevía a sacar a Chopper de su caseta sin llevarlo encaperuzado como un halcón de caza.

Una de las historias más repetidas sobre el perro era que Milo no le había entrenado sólo para atacar, sino para atacar partes específicas y concretas de la anatomía humana. Así que el desdichado chaval que saltara ilegalmente la valla del basurero para buscar tesoros ilícitos, podía oír a Milo Pressman gritar: «¡Chopper! ¡Ataca! ¡Mano!». Y Chopper agarraría aquella mano y la sujetaría rasgando piel y tendones, pulverizando huesos entre sus babeantes quijadas hasta que Milo le diera la orden de parar. Se rumoreaba que Chopper podía arrancar una oreja, un ojo, un pie o una pierna... y que quien repitiera el delito y por segunda vez fuera sorprendido por Milo y su siempre fiel Chopper, oiría el terrible grito: «¡Chopper! ¡Ataca! ¡Huevos!». Y aquel chaval sería soprano el resto de su existencia. Se le consideraba al propio Milo más normal y corriente. No era más que un infeliz trabajador medio tonto que complementaba su pequeño salario municipal arreglando cosas que la gente desechaba y vendiéndolas luego.

Aquel día no había por allí rastro de Milo ni de Chopper.

Chris y yo contemplamos a Vern preparando la bomba mientras Teddy accionaba frenético el manubrio. Al final fue recompensado con un chorro de agua clara. Al instante, ambos tenían la cabeza bajo el conducto, mientras Teddy seguía bombeando a toda pastilla.

-Teddy está loco -dije suavemente.

-Desde luego -respondió Chris con toda naturalidad-. No vivirá para cumplir el doble de los años que tiene ahora, estoy seguro. Creo que es por lo de las orejas. Sólo un loco haría lo de regatear camiones como lo hace él. Y tanto con gafas como sin ellas, no ve cuatro en un burro.

-¿Te acuerdas de aquella vez en el árbol?

-Claro.

El año anterior, Teddy y Chris habían estado gateando el gran pino que había detrás de mi casa. Habían llegado casi al pico cuando Chris dijo que no podían seguir subiendo porque

todas las ramas más altas estaban podridas. Teddy puso entonces aquel gesto demencial y obstinado y dijo que a la porra, que tenía todas las manos llenas de resina y que seguiría subiendo. De nada sirvieron las protestas de Chris. Así que allá se fue y realmente lo consiguió; claro que no pesaba más de unos treinta kilos. Y se quedó allí agarrando el pico del pino con una mano enresinada y gritando que era el rey del universo o cualquier otra memez por el estilo. Luego, la rama en que se apoyaba se quebró con un crac y él cayó a plomo. Lo que ocurrió en los segundos siguientes es una de esas cosas que te convencen de que tiene que haber Dios. Chris estiró la mano, por puro acto reflejo, y se encontró agarrando con fuerza un puñado de pelo de Teddy Duchamp. Se le hinchó la muñeca y no pudo volver a utilizar bien la mano derecha hasta pasadas dos semanas, pero aguantó a Teddy hasta que éste, maldiciendo y gritando, apoyó los pies en una rama firme y sana que aguantó su peso. De no haber sido por Chris, habría caído en picado hasta el suelo, a unos cuatro metros. Una vez ambos en tierra, Chris, lívido, se sintió medio mareado y con ganas de vomitar por el susto. Y Teddy quería pelearse con él porque le había tirado del pelo. Y seguro que se hubieran pegado si yo no hubiera estado allí para evitar que sucediera.

-Aún sueño con aquello de vez en cuando -dijo Chris, y me miró con ojos extrañamente desvalidos-. Sólo que en los sueños nunca consigo sujetarle. Agarro sólo dos cabellos y Teddy grita y allá se va. Extraño, ¿verdad?

-Sí -admití.

Y por un instante, nos miramos directamente a los ojos y vimos algunas de las cosas verdaderas que nos hacían ser amigos. Luego, ambos desviamos la mirada y miramos a Teddy y a Vern que se estaban tirando agua, gritando y riéndose y llamándose gallinas.

-Sí, pero le sujetaste -dije-. Chris Chambers nunca falla, ¿no es cierto?

-Ni siquiera cuando las damas dejan bajada la parte de abajo de la tapa -dijo.

Me hizo un guiño, formó una O con el pulgar y el índice y lanzó un escupitajo blanco a su través. -Eres único, Chambers

-Y que lo digas, Gordie -dijo, y ambos nos echamos a reír.

Vern gritó:

-¿Venid ya de una vez antes de que el agua se derrame!

-Te echo una carrera -dijo Chris.

-¿Con este calor? Tú no estás bien.

-Vamos -insistió, riéndose todavía-. Venga.

-De acuerdo.

-¡Ya!

Echamos a correr, pisando con fuerza el duro y seco suelo requemado por el sol, los torsos adelantados sobre nuestras veloces piernas, los puños cerrados. Llegamos a la vez, Vern junto a Chris y Teddy junto a mí, alzando al tiempo la mano en señal de victoria. Nos echamos a reír en el quieto hedor humoso del lugar, y Chris tiró la cantimplora a Vern. Una vez llena, Chris y yo nos acercamos a la bomba y primero bombeó él para mí y luego yo para él; el agua, sorprendentemente fría, borró de golpe hollín y calor, trasladándonos al helado y crudo enero. Volví a llenar luego la lata y volvimos a sentarnos a la sombra del único árbol que había en el recinto del basurero, un fresno enano a escasa distancia de la caseta de papel alquitranado de Milo Pressman. El fresno se inclinaba levemente hacia el oeste, como si deseara alzar las raíces como alza una anciana las sayas y alejarse a toda prisa del basurero.

-¡Extraordinario! -dijo Chris, riéndose aún y retirándose el pelo revuelto de la frente.

-Increíble! -dije yo, asintiendo y riéndome también.

-Todo esto es estupendo -dijo Vern.

Y no se refería sólo a que estuviéramos tan tranquilos en el basurero, ni a que hubiéramos engañado a nuestros padres, ni a nuestra proyectada caminata por las vías hacia Harlow; se refería a todo ello, por supuesto, pero yo percibí que había algo más y que todos lo sabíamos. Todo estaba allí y en torno nuestro. Sabíamos exactamente quiénes éramos y a dónde íbamos. Era grandioso.

Permanecimos sentados bajo el fresno un rato, hablando de los temas habituales: quién

tenía el mejor equipo (todavía los Yankees, con Mantle y Maris, por supuesto), cuál era el mejor coche (el Thunderbird del cincuenta y cinco, aunque Teddy votaba tercamente por el Corvette del cincuenta y ocho), quién era el tipo más valiente de Castle Rock que no perteneciera a nuestra pandilla (todos estábamos de acuerdo en que Jamie Gallant, que dio un corte de manga a la señorita Ewing y salió tranquilamente de la clase con las manos en los bolsillos mientras ella le gritaba), el mejor programa de la tele (si Los Intocables o Peter Gunn; ambos excelentes, con Robert Stack como Eliot Ness y Craig Stevens como Gunn); bueno, toda esa cháchara.

Teddy fue el primero en advertir que la sombra del árbol se iba alargando y me preguntó la hora. Miré el reloj y me sorprendió ver que eran ya las dos y cuarto.

-Bueno, chicos -dijo Vern-. Alguien tendrá que ir a buscar provisiones. El basurero abre a las cuatro. Y, no es por nada, pero no me gustaría estar aquí cuando aparezcan Milo y Chopper.

Hasta Teddy estaba de acuerdo en esto. No es que temiera a Milo, que era barrigudo y tenía por lo menos cuarenta años; pero todos los chicos de Castle Rock se arrugaban nada más oír el nombre de Chopper.

-Muy bien -dije-. Irá el que saque distinto. -Seguro que te toca a ti, Gordie -dijo Chris-. Que eres el más raro.

-Vete a la mierda -dije, y entregué una moneda a cada uno-. Venga, tiremos.

Las cuatro monedas brillaron al sol en el aire. Cuatro manos las arrebataron al vuelo. Cuatro golpes secos sobre cuatro sucias muñecas. Abrimos los puños. Dos caras y dos cruces. Tiramos de nuevo y sacamos cruz los cuatro.

-¡Oh Dios! Mal asunto -dijo Vern, sin decirnos nada que no supiéramos. Se creía que cuatro caras traía muy buena suerte. Y que cuatro cruces significaban desastre.

-Déjate de pijadas -dijo Chris-. Eso no significa nada. Volvamos a tirar.

-No, amigo -dijo Vern, nervioso-. Sabes muy bien que cuatro cruces traen mala suerte. ¿Recuerdas lo que les pasó a Clint Bracken y a los otros en Sirois Hill, en Durham? Billy me contó que estuvieron echando a suertes quién iba a por cervezas y les salió todo cruces; justo antes de subirse al coche. Y luego, ¡bang! Quedaron hechos mierda. No me gusta nada. En serio.

-Nadie se traga esas tonterías sobre buena y mala suerte -dijo Teddy con impaciencia-. Son bobadas de críos, Vern. ¿Quieres lanzar, o no?

Vern lanzó, aunque de bastante mala gana. Esta vez él, Chris y Teddy sacaron cruces. Mi moneda mostraba a Thomas Jefferson. Sentí un súbito temor. Como si un nubarrón hubiera cubierto algún sol interior. Al parecer, sobre ellos tres seguía pesando la mala suerte, como si, en silencio, el destino les hubiera señalado por segunda vez. Recordé de repente las palabras de Chris: Agarro sólo dos cabellos de Teddy en la mano y él grita y allá se va. Extraño, ¿verdad?

Tres cruces. Una cara.

Y acto seguido Teddy estaba soltando su risa doqueante y demencial y apuntándome y mi aprensión se esfumó.

-Tengo entendido que sólo los maricas se ríen de ese modo -dije y le hice un corte de manga.

-Iiiii, iii, iiiii, te fastidias, Gordie -se reía Teddy sin parar-. A por provisiones, jodido hermafrodita.

La verdad es que no me molestaba tener que ir. Había descansado y no me importaba recorrer el camino hasta la tienda.

-No me dediques los nombres cariñosos de tu madre -le dije a Teddy.

-Iiii, pero qué tonto eres, Lachance.

-Anda, Gordie -dijo Chris-. Te esperamos junto a la vía.

-Más valdrá que no os vayáis sin mí -dije. Vern se echó a reír.

-¡Cómo íbamos a dejar sola a la más guapa, Gordie!

-Anda, cierra el pico.

Todos cantaron entonces a coro:

-No cierro el pico, ni me achico; pero si te miro, vomito.

-¡Y luego llega vuestra mami amada, a limpiar con la lengua la vomitada! -dije, y salí pitando, alzando hacia ellos por encima del hombro el dedo corazón.

No he vuelto a tener amigos como aquellos que tenía a los doce años, de veras. ¿Y tú?

12

Una misma palabra evoca cosas distintas a cada individuo. Si yo digo, por ejemplo, verano, la palabra te sugerirá una serie de imágenes distintas a las que la misma palabra provoca en mí. Está bien. Para mí, verano irá siempre ligado al camino hacia el Florida Market con la calderilla tintineando en el bolsillo, a unos treinta y tantos grados de temperatura, con zapatos de lona. La palabra conjura una imagen de las vías del ferrocarril GS&WM perdiéndose a lo lejos, tan ardientes y blanquecinas bajo el sol que cuando cerrabas los ojos las seguías viendo, sólo que azules en vez de blancas. Hubo más cosas aquel verano que nuestro viaje a través del río en busca de Ray Brower, aunque eso es lo más relevante. Los Fleetwoods cantando «Come Softly to Me» y Robin Luke atacando «Susie Darlin» y Little Anthony vociferando «1 Ran All the Way Home». ¿Fueron todos ellos éxitos de aquel verano de mil novecientos sesenta? Sí y no. En su mayor parte, sí. En aquellos largos atardeceres púrpura de béisbol y rock and roll, el tiempo cambió. Creo que fue todo mil novecientos sesenta y que aquel verano se prolongó por espacio de años, conservándose mágicamente intacto en un entramado de sonidos: el dulce zumbido de los grillos, el ruido de ametralladora de los naipes que traqueteaban contra los radios de las bicis de algunos chicos que pedaleaban rumbo a casa para una tardía cena de fiambre y té helado, la monótona voz lejana de Buddy Knox cantando «Acompáñame, sé mi pareja y te haré el amor, te haré el amor», y la voz del cronista deportivo mezclándose con la canción y con el olor a yerba recién cortada: «Tres dos en estos momentos. Whitey Ford se inclina hacia delante... se lanza... ahora lo consigue... Ford se detiene... tira... ¡y allá va! ¡Williams lo ha conseguido otra vez! ¡Despídete! ¡RED SOX A LA CABEZA, TRES A UNO!». ¿Jugaba todavía con los Red Sox Ted Williams en mil novecientos sesenta? Puedes apostar lo que quieras a que sí. Era mi favorito. Lo recuerdo muy bien. Hacía un par dé años que había empezado a interesarme por el béisbol realmente, desde que tuve que afrontar la idea de que los jugadores de béisbol eran personas de carne y hueso como yo mismo. Lo supe cuando el coche de Roy Campanella volcó y los periódicos publicaron la cruda realidad a los cuatro vientos: había concluido su carrera, permanecería en una silla de ruedas el resto de su vida. Volví a recordarlo, con la misma sensación angustiosa, cuando me senté ante esta máquina de escribir una mañana hace dos años, puse la radio y oí que Thurman Munson había muerto cuando intentaba tomar tierra en su aeroplano.

Hubo también aquel verano películas que fuimos a ver al Gem, hace muchísimo ya demolido; películas de ciencia ficción como Gog, con Richard Egan, y del Oeste, con Audie Murphy (Teddy vio todas las películas que hizo Audie Murphy por lo menos tres veces; para él, Murphy era casi un dios) y películas de guerra, con John Wayne. Y hubo también partidos y comidas interminables, pradillos que segar, lugares a donde ir, paredes contra las cuales lanzar monedas, gente que te palmeaba la espalda. Y ahora me siento aquí intentando mirar a través del teclado de una IBM y ver de nuevo aquella época, intentando recordar todo lo bueno y lo malo de aquel verano verde y pardo y casi puedo sentir aún a aquel chico flaco y mentiroso en el interior de este cuerpo maduro y oír todavía aquellos mismos sonidos. Pero la apoteosis del recuerdo y la época es Gordon Lachance corriendo por el camino a buscar provisiones con la calderilla en el bolsillo y la espalda chorreándole sudor.

Pedí kilo y medio de carne picada y unos bollos para las hamburguesas, cuatro botellas

Librodot

de soda y un abridor de dos centavos para abrirlas. El propietario, un individuo llamado George Dusset, preparó la carne y se inclinó luego junto a la caja registradora con una mano rolliza apoyada en el mostrador junto al gran frasco de huevos duros, un palillo en la boca y su gran vientre de cerveza hinchando su blanca camisa de manga corta como vela hinchada por un gran viento. Se quedó allí sin moverse mientras yo compraba para asegurarse de que no intentaba birlar nada. No abrió la boca hasta que estaba ya pesando la carne picada.

-Te conozco. Eres hermano de Denny Lachance. ¿Verdad?

El palillo pasaba de una de las comisuras de sus labiosa la otra como impulsado por un resorte. Se estiró tras la caja registradora, agarró una botella de soda y la agitó.

-Sí, señor, pero Denny...

–Sí, ya lo sé. Es triste, muchacho. La Biblia dice: «En mitad de la vida nos topamos con la muerte». ¿Lo sabías? Sí. Yo perdí un hermano en Corea. Te pareces muchísimo a Denny, ¿te lo dice siempre la gente? ¿Eh?

-Sí señor, a veces.

-Recuerdo el año en que fue de los mejores del fútbol. Jugaba de medio. ¿Eh? Podía correr. ¡Dios santo y su santo hijito! Seguramente eres demasiado joven para recordarlo.

Mientras hablaba, miraba por encima de mi cabeza a través de la contrapuerta hacia-la calle ardiente y soleada, como si contemplara una bella visión de mi hermano.

-Sí que me acuerdo. Eh, señor Dusset.

-¿Sí, muchacho? -sus ojos seguían empañados por el recuerdo; el palillo temblaba levemente entre sus labios.

-Tiene usted el pulgar en la balanza.

-¿Qué? -bajó la vista, asombrado, hasta el punto en que su pulgar presionaba con firmeza el esmalte blanco. Si no me hubiera apartado un poco de él cuando empezó a hablar de Dennis, la carne picada me hubiera impedido verlo-. Oh, es verdad. Vamos, creo que me distraje pensando en tu hermano, Dios le tenga en su gloria.

George Dusset se santiguó. Cuando retiró el dedo de la balanza, la aguja retrocedió ciento cincuenta gramos. Colocó un poquito más de carne sobre la que ya estaba en el peso, y luego la envolvió con papel de carnicería.

-Muy bien -dijo, a través del palillo-. Veamos lo que hay aquí. Kilo y cuarto de carne picada, un dólar cuarenta y cuatro. Panecillos, veintisiete. Cuatro sodas, cuarenta centavos. Un abridor, dos centavos. Total... -lo sumó todo en la bolsa en la que iba a colocar la compra-. Dos dólares veintinueve centavos.

-Trece -dije.

Alzó muy despacio la vista hacia mí, frunciendo el ceño.

-¿Cómo?

-Dos dólares trece centavos. Se ha equivocado en la suma.

-Oye, chaval, acaso eres...

-Se ha equivocado al sumar -dije-. Primero, puso usted el dedo en la balanza y luego me cobra de más por la compra, señor Dusset. Necesitaba algo más, pero creo que ya no lo compraré -tiré dos dólares trece centavos en el mostrador delante de él.

Se quedó mirando el dinero; luego me miró a mí. Su ceño era ahora mucho más marcado, las arrugas de su rostro tan profundas como fisuras.

¡Pero qué es lo que eres tú, chaval! -dijo, en voz baja, en un tono siniestramente confidencial-. Te crees muy listo, ¿eh?

-No, señor -dije-. Pero no va a engañarme y quedarse tan tranquilo. ¿Qué cree usted que diría su madre si se enterara de que se dedica a engañar a los niños pequeños?

Metió todo lo que había comprado en la bolsa a trompicones, sin preocuparse de si las botellas de coca-cola entrechocaban o no. Y me entregó furioso la bolsa sin preocuparse, de si se me caía y se me rompían las botellas de soda o no. Su atezado rostro estaba rojo y embotado, su expresión ceñuda parecía ya algo permanente en él.

-Muy bien, chaval. Hemos terminado. Ahora lárgate de mi tienda como un tiro. Si vuelvo a verte por aquí, te echaré a patadas. ¿Oíste? Sabihondo hijoputa.

Tranquilo, no pienso volver -dije, dirigiéndome hacia la puerta y abriéndola de golpe. Fuera, la tarde tórrida susurraba soñolienta marcando su ritmo establecido, que sonaba a verde y dorado y a luz silenciosa-. Y tampoco vendrá ninguno de mis amigos. Y debo tener unos cincuenta o así.

-¡Tu hermano no se creía tan sabihondo! -vociferó George Dusset.

-¡Váyase a la mierda! -grité yo y salí disparado. Oí la puerta abriéndose de golpe y su mugido siguiéndome:

-¡Si vuelves a aparecer por aquí, te rompo los monos, enano miserable!

Corrí sin parar hasta coronar la primera loma, asustado y riéndome para mis adentros, el corazón golpeteándome enloquecido en el pecho. Aminoré entonces la marcha mirando hacia atrás por encima del hombro de vez en cuando por si acaso se le había ocurrido seguirme en el coche o algo por el estilo.

No lo hizo, y al poco rato llegué a la puerta del basurero. Guardé la bolsa con la compra dentro de la camisa, escalé la puerta y salté al otro lado. Había cruzado aproximadamente la mitad del recinto del basurero cuando vi algo que no me gustó: el Buick del cincuenta y seis de Milo Pressman aparcado detrás de su cabaña. Si Milo me veía no iba a pasarlo lo que se dice bien. Aunque no se advertía rastro de él ni de Chopper por parte alguna, de repente me pareció que la valla metálica del fondo del basurero estaba lejísimos. Empecé a pensar que más me habría valido dar la vuelta por fuera, pero ahora la entrada también me ' quedaba lejos para salir por donde había entrado. Si Milo me veía saltando la valla, tendría problemas cuando volviera a casa, pero eso me preocupaba menos que la posibilidad de que me echara el perro.

Una alarmante música de violín empezó a resonar en mi cabeza. Seguí caminando con decisión, procurando adoptar un aire natural, intentando dar la impresión de que era normalísimo que estuviera allí con la bolsa de la tienda asomándose fuera de mi camisa y encaminándome a la valla que separaba el basurero de la vía.

Estaría a unos quince metros de la valla y ya empezaba a creer que después de todo no iba a pasar absolutamente nada, cuando oí a Milo que gritaba:

-¡Eh, eh, tú, chaval! ¡No te acerques a la valla! ¡Sal inmediatamente de aquí!

Lo más razonable habría sido darle la razón, volverme y salir de allí, pero yo ya estaba tan nervioso que, en vez de hacer lo más sensato, corrí hacia la valla con un grito enloquecido. Vern, Teddy y Chris salieron de entre la maleza y se quedaron mirándome nerviosísimos a través de la alambrada.

-¡Vuelve aquí ahora mismo! -vociferaba Milo-. ¡Vuelve de inmediato o te echo el perro, maldita sea!

No me pareció que aquélla fuera precisamente la voz de la cordura y la sensatez, así que corrí aún más de prisa hacia la valla, agitando los brazos, mientras la bolsa de la compra me golpeteaba el pecho. Teddy empezó a soltar su risilla cloqueante, que más bien parecía un instrumento de viento tocado por un lunático.

-¡Vamos, Gordie, vamos! -gritaba Vern. Y Milo vociferaba:

-¡Atácale, Chopper, a él, Chopper!

Lancé por encima de la valla la bolsa con las viandas y Vern dio un empujón con el codo a Teddy para recogerla. Podía oír a mi espalda a Chopper avanzando, haciendo temblar la tierra, echando fuego por una de sus fosas nasales y hielo por la otra, rezumando sulfuro de sus impacientes quijadas. Llegué casi a la mitad de la valla de un salto, gritando. La coroné en menos de tres segundos y sencillamente salté: no pensé en lo que hacía, ni siquiera miré abajo para ver dónde iba a aterrizar. Y casi aterrizo sobre Teddy, que tampoco me veía porque estaba doblado riéndose como un loco. Se le habían caído las gafas y le lloraban los ojos... No caí sobre él por milímetros y aterricé en el terraplén de grava y arcilla a su izquierda. En el justo momento en que yo aterrizaba del otro lado de la valla, Chopper se daba contra ella desde el interior, y lanzaba un alarido de dolor y disgusto. Me volví, con la piel de una rodilla levantada y vi por primera vez al famoso Chopper y comprendí por vez primera la diferencia entre mito y realidad. En vez de un monstruo gigantesco con furibundos ojos enrojecidos y los

dientes saliendo de su boca como tubos de escape de un coche de carreras, me encontré frente a un perro mestizo de tamaño medio absolutamente vulgar, blanco y negro, que ladraba y saltaba contra la valla alzándose sobre las patas traseras para agarrarse a la misma.

Teddy daba brincos frente a él del otro lado de la valla, jugueteando con las gafas en la mano y enfureciéndole aún más.

-¡Anda, Choppie, guapo, come mierda! -invitaba Teddy, escupiéndole-. ¡Toma, Choppie, toma, come mierda!

Y acercaba el trasero hasta pegarlo bien a la valla y el pobre Chopper intentaba alcanzarle, sin conseguir más que darse buenos golpes en los morros. Empezó a aullar enloquecido echando espuma por la boca. Teddy seguía acercando las nalgas a la valla y Chopper seguía arremetiendo contra ella, fallando siempre, despellejándose el hocico, que había empezado ya a sangrarle. Teddy seguía exhortándole, llamándole Choppie y Chris y Vern estaban en el suelo y se reían tanto que ya apenas podían más que jadear.

Y llegó hasta la valla Milo Pressman, vestido con su mono manchado de sudor y la gorra de béisbol de los Gigantes de Nueva York y la boca crispada por la furia.

-Vamos, vamos -vociferaba-. ¡Ya está bien, muchachos, dejad de molestar a mi perro! ¿Me oís? Parad ya de una vez.

-¡Muerde, Choppie! -gritaba Teddy, corriendo arriba y abajo de nuestro lado de la valla como un prusiano loco pasando revista a sus tropas-. ¡Anda, atácame! ¡Atácame!

Chopper estaba absolutamente enloquecido. De verdad. Corría formando un amplio círculo, ladrando y aullando y espumarajeando, levantando pequeños terrones secos con las patas traseras. Dio la vuelta unas tres veces, supongo que haciendo acopio de valor, y luego se lanzó contra la valla de seguridad. Debía ir a unos ciento cincuenta kilómetros hora cuando se dio contra ella, no es broma, tenía los labios perrunos abiertos, con los dientes al descubierto, y las orejas le flotaban hacia atrás. Toda la valla produjo un sordo sonido musical cuando el alambre no sólo fue empujado hacia atrás contra los postes, sino estirado hacia atrás. Fue como una nota de cítara: yimmmmmmmm. Chopper emitió un alarido estrangulado, puso los ojos en blanco, hizo un tonel rápido invertido absolutamente sorprendente, aterrizando de espaldas con un golpe seco que alzó polvo a su alrededor. Se quedó un instante allí tirado y luego se arrastró con la lengua colgando a un lado de la boca.

En este punto, el propio Milo estaba ya prácticamente enloquecido por la furia. Su tez había adquirido un tono ciruela alarmante: hasta el cuero cabelludo se le había sonrojado bajo su pelo erizado. Sentado en el suelo, aturdido, con las dos rodilleras de los pantalones rotas, el corazón trompeteándome aún en el pecho tras el salto, vi a Milo. Parecía como la versión humana de Chopper.

¡A ti te conozco! -bramó Milo-. ¡Eres Teddy Duchamp! ¡Os conozco a todos! ¡Hijo, te juro que me las pagarás por asustar a mi perro de esa forma!

-Me gustaría verlo -bramó Teddy a su vez-. ¡Anda, salta la valla y demuéstramelo, bola de sebo!

-¿CÓMO? ¿QUÉ ES LO QUE ME HAS LLAMADO?

-¡Bola de sebo! -gritó Teddy encantado-. ¡CUBO DE MANTECA! ¡Anda, anda, decídete! -saltaba con los puños apretados y el sudor chorreándole por la cara-. ¡APRENDERÁS A ECHARLE TU MALDITO PERRO A LA GENTE! ¡ANDA! ¡ÁNIMO! ¡ME GUSTARÁ VER CÓMO LO INTENTAS!

-Maldita sea, ¡el cretino éste, hijo de un loco desgraciado y miserable! Ya me encargaré yo de que tu madre reciba una invitación para presentarse a declarar por lo que le has hecho a mi pobre perro.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Teddy con aspereza.

Había dejado de saltar. Tenía los ojos vidriosos y muy abiertos y la cara color plomizo.

Milo le había dicho muchas cosas a Teddy, que fue perfectamente capaz de repasarlas y elegir entre todas, sin problema, precisamente aquella que le afectaba; desde entonces he observado muchísimas veces esto, la habilidad de la gente para eso... para encontrar el botón Loco, pulsarlo, y no sólo pulsarlo, sino matraquearlo incesantemente.

-Tu papá estaba loco -dijo, riéndose-. Y por eso está en Togus. Más loco que un rebaño, peor que un cencerro, peor que un gato de rabo largo en un cuarto lleno de mecedoras. Completamente loco. No es raro que hagas tú lo que haces teniendo un loco por pad...

-¡Tu madre comía ratas muertas! -gritó Teddy-. ¡Y si vuelves a llamar loco a mi padre, te juro que te mataré, maldito chupapollas!

-¡Loco! -dijo Milo, muy ufano. Había encontrado la clave-. Tu padre es un loco. Tu padre está completamente abarrenado, como un cencerro, chaval.

Vern y Chris habían empezado a dominar su ataque de risa, tal vez al advertir la gravedad de la situación, y llamaron a Teddy; pero cuando Teddy le dijo a Milo que su madre comía ratas muertas, volvió su ataque de risa histérica y siguieron allí desternillándose, pataleando y sujetándose el estómago con las manos.

-No sigas, por favor -suplicaba Chris-. Por favor, no sigas. ¡No puedo soportarlo, voy a reventar!

Chopper daba vueltas aturdido describiendo un gran ocho detrás de Milo. Parecía el luchador que ha perdido la pelea unos diez segundos después de que el árbitro declare ganador al contrario por nocaut técnico. Teddy y Milo proseguían, entretanto, su discusión sobre el padre de Teddy, nariz contra nariz, separados por aquella alambrada que Milo no podía saltar por ser demasiado viejo y demasiado gordo.

-¡No vuelvas a nombrar a mi padre, ni una palabra más! ¡Mi padre tomó la playa de Normandía, maldito imbécil!

-¿Ah, sí? ¡No me digas! ¿Y dónde está ahora, enano cuatroojos? Allá en Togus, ¿no es cierto? ¡Y está en Togus porque le aplicaron el artículo ocho!

-Muy bien, ya está, se acabó. ¡Tú te lo has buscado! -dijo Teddy-. ¡Voy a matarte!

Se agarró a la valla y empezó a escalarla.

-Anda, vamos, inténtalo, cabroncete asqueroso. Milo retrocedió y aguardó, sonriendo.

-¡No! -grité.

Me levanté, agarré a Teddy por la culera de los pantalones y tiré de él. Ambos caímos de espaldas, él encima. Me aplastó las pelotas a base de bien y di un alarido. No hay nada más doloroso que el que te aplasten las bolas, ¿lo sabías? Pero no le solté.

-¡Suéltame! -decía Teddy sollozando y retorciéndose entre mis brazos-. ¡Déjame, Gordie! ¡No voy a consentir que se meta con mi viejo! ¡Suéltame, maldita sea, suéltame!

-Eso es precisamente lo que él quiere -le grité al oído-. Quiere que saltes, agarrarte por su cuenta, darte la gran paliza y luego llevarte a la poli.

-¿Eh? -Teddy se volvió, estirándose para mirarme con expresión de aturdimiento.

-No te metas donde no te llaman, chaval -dijo Milo, acercándose otra vez a la valla, con sus musculosos puños apretados-. Déjale que libre sus propias batallas.

-¡Sí, hombre! -dije-. Total, sólo le ganas unos doscientos kilos...

-También a ti te conozco -dijo Milo lúgubremente-. Te llamas Lachance -señaló en la dirección de Vern y Chris, que al fin habían logrado ponerse en pie, jadeantes aún de tanto reírse-. Y esos de ahí son Chris Chambers y uno de esos estúpidos chicos Tessio. Todos vuestros padres tendrán noticias mías, menos el loco ese que está en Togus. Y os veréis en el reformatorio, todos y cada uno de vosotros. ¡Delincuentes juveniles!

Se quedó quieto, muy erguido, las grandes manos pecosas extendidas como si quisiera jugar a «una patata, dos patatas», respirando con dificultad, los ojos entrecerrados, esperando que nos echáramos a llorar o le pidiéramos perdón, o, tal vez, que le entregáramos a Teddy para poder alimentar con él a Chopper.

Chris formó una O con el pulgar y el índice y escupió limpiamente a su través.

Vern se puso a canturrear mirando el cielo. Teddy dijo:

-Vamos, Gordie. Larguémonos de aquí antes de que empiece a vomitar.

-Oh, te acordarás de esto, chulillo deslenguado. Ya verás cuando te lleve a la policía.

-Oímos todos lo que dijiste de su padre -dije yo-. Somos todos testigos. Y además me echaste al perro. Y eso va contra la ley.

Milo parecía titubear.

Librodot

-Habías traspasado el límite.

-Y un cuerno. El basurero es propiedad pública.

-Saltaste la valla.

-Hombre, claro. Después de que azuzaste al perro contra mí -dije, con la esperanza de que Milo no recordara que también había saltado para entrar porque la puerta estaba cerrada-. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que me quedara esperando y le dejara destrozarme? Vámonos, chicos, larguémonos de una vez. Aquí apesta.

El formatorio -prometió amenazante Milo con voz temblona-. El formatorio es donde acabaréis por sabihondos.

-¡Tengo unas ganas de contarle a los polis que llamó maldito demente a un ex-combatiente! -le gritó Chris por encima del hombro, cuando nos alejábamos-. ¿Qué es lo que hizo usted en la guerra, señor Pressman?

-¡Qué diablos os importa a vosotros! -vociferó Milo-. ¡Os metisteis con mi perro!

–Póngalo en una bandeja y mándeselo al capellán

-susurró Vern, y acto seguido estábamos ya trepando por el terraplén de la vía.

-¡Volved! -gritaba Milo, pero su voz era ya más débil y parecía haber perdido interés.

Teddy le hizo un corte de manga. Yo me volví a mirar por encima del hombro cuando coronamos el terraplén. Milo seguía allá quieto tras la valla de seguridad: un hombre grande con una gorra de béisbol, con su perro sentado al lado; se había agarrado a la alambrada mientras nos gritaba y de repente sentí una gran lástima por él. Parecía el alumno de tercero más grande del mundo, que se hubiera quedado encerrado en el patio por error, gritando para que alguien fuera a sacarle. Siguió vociferando un rato y luego o bien se calló o dejamos de oírle al alejarnos. No volvimos a ver ni a oír a Milo Pressman ni a Chopper aquel día.

Discutimos un poco (en tonos correctos que realmente eran una especie de sondeo forzado) sobre la forma en que habíamos demostrado al rastrero de Milo Pressman que no éramos un grupo de mariquitas. Les conté cómo había intentado engañarnos el tipo de la tienda y todos guardamos un lúgubre y pensativo silencio.

Personalmente, estaba pensando que tal vez tuviera algo que ver con aquella tontería de la mala suerte, después de todo. Las cosas no podían haber ido peor. En realidad, pensé que tal vez fuera mejor volvernos atrás en aquel momento y ahorrar a mis padres el dolor de tener un hijo en el cementerio de Castle View y otro en el correccional de South Windham. Estaba seguro de que Milo acudiría a la policía en cuanto la idea de que en el momento de nuestro incidente el basurero estaba cerrado se filtrara en su espesa mollera. Momento en el cual caería en la cuenta de que yo realmente había transgredido los límites, sin que importara que el basurero fuera o no propiedad pública. Lo cual, seguramente, le daría todos los derechos del mundo a echarme a su estúpido perro. Y aunque Chopper no era el monstruo que se decía, sin duda me habría arrancado los fondillos de los pantalones de no haber ganado la carrera y haber conseguido saltar la valla. Todo esto me entristeció y estropeó el día. Y había también otra lúgubre idea rodándome en la cabeza: la de que en realidad aquello no era divertido y que tal vez mereciéramos la mala suerte. Tal vez fuera un aviso de Dios para que volviéramos a casa. ¿Qué pretendíamos, en realidad, al ir a ver el cadáver de un chico destrozado y machacado por un tren carguero?

Pero lo estábamos consiguiendo y ninguno de los cuatro deseaba volverse.

Habíamos llegado ya casi al puentecillo que cruzaba el río, cuando Teddy se echó a llorar. Parecía que una gran marejada interior hubiera roto el dique mental cuidadosamente construido. En serio, era exactamente lo que parecía por lo súbito e intenso de su irrupción. Los sollozos le hacían doblarse como si se tratara de puñetazos, parecía destrozado, llevándose las manos del vientre a los mutilados barujos de carne que habían sido sus orejas. Lloraba con gritos y fuertes sollozos.

Ninguno sabíamos qué diablos hacer. No era un llanto como cuando te lesionabas jugando al béisbol o al fútbol o cuando te caías de la bici. No existía ninguna lesión física. Nos alejamos un poco y nos quedamos mirándole con las manos en los bolsillos.

-Mira, hombre... -empezó a decir Vern en tono muy suave.

Chris y yo miramos esperanzados a Vern. «Mira, hombre» era siempre un buen comienzo; pero Vern no supo seguir.

Teddy se inclinó sobre las traviesas y se colocó una mano sobre los ojos. Parecía estar haciendo una parodia, una broma, sólo que aquello no era divertido.

Al fin, cuando se había calmado un poquito, Chris se le acercó. Era el más fuerte y el más valiente de la pandilla (puede que incluso más que Jamie Gallant, según mi opinión personal), y también era el más hábil para calmar a la gente y para conseguir que se hicieran las paces. En realidad, poseía una habilidad especial. Le había visto en el bordillo junto a un niño pequeño que sangraba por la rodilla, un chico al que ni siquiera conocía, y hacerle hablar de cualquier cosa: el circo que estaba a punto de llegar al pueblo, o los dibujos animados de la tele, hasta que el chaval se olvidaba de que se había hecho daño. Chris sabía hacerlo. Y era valiente, además, para saber hacerlo bien.

-Escúchame, Teddy, ¿qué puede importante a ti lo que un viejo montón seboso de mierda diga de tu padre? ¿Eh? En, serio, ¿qué puede importarte? Lo que él diga no cambia absolutamente nada, digo yo. ¿Qué puede importar lo que diga un montón de mierda como él? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh?

Teddy movió la cabeza con firmeza. No cambiaba nada, desde luego. Pero el oírlo en un día luminoso como aquél, algo que él debía haber mascullado una y otra vez mientras yacía despierto en la cama contemplando la luna descentrada en un paño de ventana, algo en lo que él había pensado a su forma lenta y torpe hasta considerarlo casi como algo sagrado, intentando darle algún sentido y luego enterarse de que los demás sencillamente consideraban a su padre loco... aquello le había impresionado, sin duda. Aunque no cambiara nada. Nada.

-Tomó la playa de Normandía, ¿no es cierto? -dijo Chris. Agarró una sucia y sudorosa mano de Teddy y se la palmeó.

Teddy asentía con firmeza, sin dejar de llorar. Le colgaban los mocos.

-¿Tú crees que ese montón de mierda estuvo en Normandía?

Teddy movió la cabeza con violencia.

-¡No-no-no-no!

-¿Crees que ese tipejo te conoce?

-¡No, no! No, pero...

-¿Crees que conoce a tu padre? ¿Es uno de los colegas de tu viejo?

Furioso, aterrado. Sólo de imaginarlo, Teddy hinchó el pecho y emitió nuevos sollozos. Se había retirado el pelo por detrás de las orejas, y el botoncito redondo de plástico color castaño del aparato del oído estaba en el centro de su oído derecho. La forma del aparato tenía más sentido que la de su oreja, si es que entiendes lo que quiero decir.

Chris dijo con calma:

-Hablar es fácil.

Teddy asintió, aún con la vista baja.

-¿Y qué me dices de lo que hay entre tú y tu padre? Las palabras no pueden cambiarlo.

Teddy movió la cabeza, indeciso ahora, como si no ' estuviera seguro de si esto era o no cierto. Alguien había redefinido su dolor, y lo había redefinido en términos sorprendentemente normales. Que tendría

(loco)

que examinar

(maldito artículo ocho)

más adelante. A fondo. En profundidad. En las largas noches de insomnio.

Chris le sorprendía.

-El te estaba tanteando, hombre -le dijo, con suaves cadencias, casi como un arrullo-. Te estaba provocando para que saltaras la valla, ¿no te das cuenta? El no sabe absolutamente nada de tu viejo. No sabe más que los comentarios que haya podido oír en el Mellow Tiger. Pura mierda, ¿no crees, Teddy? ¿Eh? ¿No te parece?

Se había calmado bastante. Casi no sollozaba. Se secó los ojos, dejando dos cercos tiznados a su alrededor; se levantó.

Librodot

-Estoy perfectamente -dijo, y el sonido de su propia voz pareció convencerle-. Sí, ya estoy bien. -Se irguió y volvió a ponerse las gafas, vistiendo su cara desnuda, según pensé. Sonrió tímidamente y se limpió los mocos en el brazo desnudo-. Soy un imbécil llorón, ¿eh?

-No, hombre, no -dijo Vern, incómodo-. Si alguien se metiera con mi padre...

-¡Le matarías! -se apresuró a decir Teddy, casi con arrogancia-. Le matarías sin pensarlo, ¿verdad, Chris?

-Desde luego -dijo Chris amablemente, y dio una palmada a Teddy en la espalda.

-¿Y tú, Gordie?

-Sin duda alguna -dije, preguntándome cómo podría importarle tanto a Teddy su padre, que había estado a punto de matarle, y, en cambio, a mí parecía importarme un pimiento mi propio padre, quien, por lo que podía recordar, no me había puesto la mano encima desde un día a los tres años o así, que saqué de debajo del fregadero un blanqueador y empecé a comérmelo.

Recorrimos otros doscientos metros de vía y Teddy dijo, con voz más calmada:

-Bueno, si os he fastidiado el día lo siento. Creo que no tuvo ninguna gracia toda la escena de la valla.

-No estoy muy seguro de querer pasarla bien -dijo Vern de pronto.

-¿Estás diciéndonos que te gustaría volver? -preguntó Chris mirándole fijamente.

-Oh, no, no -frunció el ceño, pensativo-. Pero el ir a ver el cadáver de un chico... no es que sea precisamente una fiesta. Digo yo, vamos. Quiero decir... -nos miró con cierta tensión-. Quiero decir que es muy probable que me asuste algo.

Todos guardamos silencio, y Vern prosiguió:

-Me refiero a que a veces tengo pesadillas. Como... bueno, seguro que todos os acordáis de cuando Danny Naughton nos dejó aquel montón de cuentos, los de los vampiros y gente despedazada y toda esa mierda. Madre mía, me despertaba por la noche en medio de una pesadilla sobre alguien colgado en una casa con la cara verde o algo parecido, ya sabéis, esas cosas, lo de pensar que hay algo debajo de la cama y que si dejas: caer la mano te la agarrará...

Cabeceamos todos, asintiendo. Sabíamos muy bien de lo que estaba hablando. Aunque supongo que me habría reído entonces si me hubieran dicho que algún día, no muchos años después, convertiría todos aquellos temores y pesadillas infantiles en un millón de dólares, más o menos.

-Y cuando me pasa no me atrevo a decir nada porque mi maldito hermano... bueno, ya conocéis a le faltaría tiempo para pregonarlo -se encogió de hombros, abatido-. Así que me da miedo mirar a ese chico porque si está... bueno, ya sabéis, si está realmente mal...

Tragué saliva y miré a Chris. Él miraba con gran seriedad a Vern y cabeceaba, animándole a continuar.

-Si está realmente mal -concluyó Vern-, soñaré con él y despertaré pensando que está debajo de mi cama, despedazado en un charco de sangre, como si acabara de pasar por una trituradora, sólo las cuencas de los ojos vacías y el pelo, pero moviéndose, no sé si me explico, moviéndose, sabéis, y disponiéndose a agarrar...

-Santo cielo -dijo Teddy con voz apagada-. Vaya una maldita historia para la hora de dormir.

-Yo no puedo evitarlo -dijo Vern, en tono defensivo-. Pero siento como si tuviera que verle, aunque el hacerlo me cueste luego pesadillas. ¿Comprendéis? Como si tuviéramos que hacerlo. Aunque... aunque seguro que no lo pasaremos bien.

-Ya -dijo Chris, en tono suave-. Seguro.

-No se lo contaréis a los otros chicos -dijo Vern en tono suplicante-. ¿Verdad? No me refiero a las pesadillas, que todo el mundo las tiene. Quiero decir lo de que pienso que hay algo debajo de mi cama. Soy demasiado grande para tener miedo del coco.

Le aseguramos que no lo contaríamos y cayó sobre nosotros un sombrío silencio. Eran sólo las tres y cuarto, pero parecía mucho más tarde. Hacía demasiado calor y habían sucedido demasiadas cosas. Ni siquiera habíamos llegado a Harlow. No teníamos más remedio que

olvidarnos de todo y empezar a caminar en serio si queríamos recorrer unos kilómetros antes de que se hiciera de noche.

Pasamos el empalme del ferrocarril y un letrero en un poste alto y herrumbroso y todos nos detuvimos para lanzar piedras a la banderola metálica que había arriba, pero nadie le dio. Y hacia las tres y media llegamos al río Castle y al puente de caballete del ferrocarril que lo cruzaba.

14

En aquel punto, y en mil novecientos sesenta, el río tenía más de cien metros de anchura; volví tiempo después al lugar y descubrí que en los años transcurridos se ha estrechado bastante. Siempre lo han utilizado para conseguir que hiciera funcionar mejor las fábricas y han hecho tantas presas que prácticamente está domado. Pero en aquellos días sólo había tres presas a todo lo largo del río, que cruza New Hampshire y la mitad de Maine. En aquella época el Castle era prácticamente libre y más o menos cada tres primaveras se desbordaba e inundaba la carretera 136 en el cruce de Harlow o Danvers o ambos.

Aquel día, a finales del verano más seco que Maine occidental conociera desde la Depresión, aún era ancho. Desde donde estábamos nosotros de la orilla de

Castle Rock, el inmenso bosque del lado de Harlow parecía un país completamente distinto. Los pinos y los abetos parecían azulados a la ardiente calina de la primera hora de la tarde. La vía cruzaba el río a unos quince metros del agua sobre un soporte apunta- lado de postes de madera embreada y vigas entrecruzadas. El agua era tan poco profunda que mirándola podía verse la parte superior de las espitas de cemento colocadas a treinta metros de profundidad en el lecho del río para aguantar el puentecillo.

El puente en sí mismo era bastante curioso: las vías corrían por una plataforma de madera, larga y estrecha. Había una separación de diez centímetros entre traviesa y traviesa, por donde se podía mirar todo el rato el agua. A los lados, sólo quedaban unos cincuenta centímetros entre el raíl y el borde del puente. 1 Tal vez si pasaba un tren hubiera espacio suficiente para que no te aplastara... pero el viento generado por la velocidad del carguero sin duda alguna te arrastra- ría, llevándote a una muerte segura contra las piedras del río poco profundo.

Mientras contemplábamos el puentecillo, todos sen- timos el miedo hormigueándonos en la boca del estómago... y, extrañamente mezclada con el miedo, sentíamos también la emoción de un gran desafío, un reto de veras importante, algo de lo que podríamos ufanarnos durante mucho tiempo después... si es que había un después. Aquella extraña luz tintineaba de nuevo en los ojos de Teddy y pensé que no veía en absoluto el puentecillo, sino una inmensa playa arenosa, un millar de lanchas de desembarco varadas en las espumeantes olas, diez mil infantes de Marina cargando playa adentro y las botas de combate hundiéndose en la arena.

¡Había rollos de alambre de púas! ¡Granadas contra los pequeños vehículos! ¡Nidos de ametralladoras tomados!

Estábamos junto a las vías, en el punto en que el terraplén bajaba hasta la orilla del río: donde terminaba el terraplén y empezaba el puentecillo. Mirando hacia abajo pude ver dónde empezaba a hacerse escarpado el declive. El terraplén daba paso a ralos matorrales de aspecto resistente y a rocosas losas grises. Más abajo, había unos cuantos abetos enanos cuyas raíces al aire se abrían tortuosamente paso entre las fisuras del terreno rocoso; parecían estar contemplando su propia imagen lastimosa en la corriente de agua.

En aquel trecho, el río parecía limpísimo; en Castle Rock era donde entraba en el cinturón industrial textil de Maine. Mas, pese a ser tan clara el agua que podía verse el fondo, no se veían peces (había que recorrer otros quince kilómetros río arriba en dirección a New

Librodot

Hampshire para poder ver algún pez). Así pues, no había peces. Y a las orillas del río podían verse sucios cercos de espuma color marfil viejo rodeando las rocas. Tampoco el olor del río era particularmente agradable. Olía como un canasto de la lavandería lleno de toallas mohosas. Las libélulas punteaban su superficie y depositaban con absoluta impunidad sus huevos en ella. No había truchas que pudieran comérselas. Válgame Dios, ni siquiera había carpas.

-Caramba -dijo Chris, con suavidad.

-Vámonos -dijo Teddy, en tono enérgico y arrogante-. Adelante -avanzaba ya entre los brillantes raíles, pisando con cuidado en las traviesas.

-Oíd -dijo Vern inquieto-, ¿alguno de vosotros sabe a qué hora debe pasar el siguiente tren?

Todos nos encogimos de hombros.

-Allá está el puente de la carretera 136 -dije yo.

-Oh, vamos, por favor -gritó Teddy-. Eso significa que tenemos que caminar unos ocho kilómetros río abajo por esta orilla y luego otros ocho subiendo por la otra orilla... nos llevará hasta la noche. Si utilizáramos el puentecillo llegaríamos al mismo punto en unos diez minutos.

-Pero si pasara un tren no tendríamos dónde me- ternos -dijo Vern.

No estaba mirando a Teddy mientras hablaba. Estaba mirando al río, rápido e imperturbable.

-¡Y qué diablos más da! -dijo Teddy con indignación.

Saltó el arcén y sujetó uno de los soportes de madera que había entre los raíles. No había ido muy lejos (sus pies casi tocaban el suelo), pero la idea de hacer aquello mismo en el centro del río, con una distancia de caída de ciento cincuenta metros hasta abajo y un tren bramando justo sobre mi cabeza, un, tren que sin duda alguna lanzaría ardientes chispas al pasar que podrían caerme en el pelo o en la nuca... la verdad es que no había nada en todo aquello que me hiciera particularmente feliz.

-Ya veis lo fácil que es -dijo Teddy.

Saltó al terraplén, se sacudió el polvo de las manos, y volvió a subir hasta donde estábamos nosotros.

-¿Quieres decirme que te vas a quedar así colgado mientras pasa, por ejemplo, un mercancías de unos doscientos vagones? -preguntó Chris-. No creo que , aguantaras ni siquiera cinco o diez minutos colgado así...

-¿Te acobardas? -gritó Teddy.

-No, sólo estoy preguntando lo que harías tú -contestó Chris, sonriendo-. Tranquilo, muchacho.

-Dad el rodeo si es lo que queréis -gritó Teddy con voz ronca-. ¿A quién diablos le importa? Ya o esperaré sentado. ¡Dormiré una siesta!

-Uno de los trenes ya ha pasado -dije yo, molesto-. Y tal vez no pasen más de dos diarios en dirección a Harlow. Mirad, fijaos -moví con el pie las yerbas que crecían entre las traviesas. En la vía que iba de Castle Rock a Lewinston, no había yerbas.

-¿Veis? ¿Os dais cuenta? -dijo Teddy triunfante.

-Claro que, aun así, existe la posibilidad de que pase un tren -añadí.-Sí -dijo Chris. Me miraba sólo a mí, con los ojos muy brillantes-. Atrévete, Lachance.

-Los valientes primero.

-De acuerdo -dijo Chris, e introdujo en su campo de visión a Teddy y a Vern-. ¿Alguien se achica? -¡NO! -gritó Teddy.

Vern carraspeó, gruñó, volvió a carraspear y al fin dijo también que no con voz muy débil. Nos miraba con una sonrisa leve y triste.

-Muy bien -dijo Chris.

Pero todos vacilamos un instante, incluso Teddy, mirando cautelosamente primero en una y luego en la otra dirección de la vía. Me arrodillé y así firmemente una de las vías férreas con una mano, sin importarme que estuviera tan caliente que podía abrasarme la mano. Estaba

silenciosa.

-Muy bien -dije; y en el mismo instante sentí como si alguien me hundiera un palo en la boca del estómago. Sentí como si el palo se hundiera hasta los mismos huevos y acabara luego sentándose a horcajadas sobre mi corazón.

Iniciamos la marcha por el puentecillo, en fila india: Chris el primero, Teddy luego, Vern a continuación y yo cerrando la marcha porque era el que había dicho que los valientes primero. Pisábamos en las traviesas de la plataforma que había entre las vías, y había que irse fijando en dónde se ponían los pies tanto si te daba miedo la altura como si no. Si fallabas, quedarías con una pierna colgando, seguramente con un tobillo roto por añadidura. El terraplén se alejaba debajo de mí, y cada nuevo paso parecía sellar nuestra decisión más firmemente... y hacerla parecer más suicida y estúpida. Me detuve para mirar arriba cuando vi que las piedras daban paso al agua allá abajo. Chris y Teddy se habían adelantado bastante, habían recorrido ya casi la mitad del camino y Vern les seguía de cerca asegurándose bien de dónde ponía los pies. Parecía una vieja dama probando unos zancos con la cabeza inclinada, la espalda doblada, y los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Demasiado lejos, oye. Tenía que seguir avanzando, y no sólo porque pudiera llegar un tren. Si retrocedía, sería un cobardica durante el resto de mi vida.

Así que me puse de nuevo en marcha. Después de caminar con la vista fija en las interminables traviesas durante un buen rato, con un atisbo del agua corriendo entre ellas, empecé a sentirme mareado y desorientado. Cada vez que posaba un pie sobre la traviesa, una parte de mi mente me aseguraba que se hundiría en el espacio abierto, aunque podía ver que no era así.

Me hice extraordinariamente consciente de todos los ruidos exteriores e interiores, semejantes en con- junto a una orquesta demencial afinando para empezar a tocar. El golpeteo firme de mi corazón, los latidos en los oídos, como un tambor tocado con escobillas, el crujido de los tendones, como cuerdas de violín tensadas al máximo, el constante silbido del río, el zumbido vehemente de una cigarra convirtiéndose en grito fijo, el chillido monótono de un pájaro carbonero y, en algún lugar muy lejos, el ladrido de un perro. Tal vez Chopper. Y me llegaba intenso el olor mohoso del río. Me temblaban los largos músculos de los mus- los. Pensaba que sería mucho más seguro (y también: más rápido) recorrer todo el camino a gatas. Pero no podía hacerlo. Ninguno de los cuatro podría hacerlo. Si las películas matinales del Gem nos habían enseñado algo, ese algo era que «Sólo los perdedores se arrastran». Éste era uno de los principales dogmas del «Evangelio según Hollywood». Los buenos caminan siempre bien erguidos y si te crujen los tendones como cuerdas de violín supertensadas por el flujo de adrenalina de tu organismo, y si te tiemblan los músculos largos de los muslos, por idéntica razón, bueno, aguanta, así ha de ser.

Tuve que pararme en medio del puentecillo y mirar el cielo un rato. Aquella desagradable sensación de mareo se había intensificado. Veía traviesas fantasmas... parecían flotar justo delante de mis narices. Se desvanecieron al poco rato y volví a sentirme bien. Miré al frente y vi que casi había alcanzado a Vern, que se iba demorando más cada vez. Chris y Teddy casi habían llegado al final del puente.

Aunque he escrito desde entonces siete libros sobre personas que pueden hacer cosas tan extrañas como leer la mente y preconizar el futuro, fue aquélla la primera y la última vez que sentí el chispazo psíquico. Estoy seguro de que fue eso; ¿cómo podría explicarse, si no? Me acuclillé y agarré la vía de mi izquierda con la mano. La sentí retumbar. Retumbaba con tal fuerza que era como si tuviera en la mano un manojo de serpientes metálicas.

¿Has oído alguna vez eso de «se le soltaron las tripas»? Pues yo sé lo que significa; sé lo que significa exactamente. Tal vez sea el tópico más exacto que se haya acuñado. Muchas veces desde entonces he sentido miedo y me he asustado muchísimo, pero nunca tanto como en aquel momento en que agarré aquel raíl vivo. Por un instante, pareció como si todo el mecanismo de mi garganta para abajo se debilitara de pronto y quedara sumido en una especie de desmayo interno. Un hilillo de orina se deslizó indiferente pierna abajo. Se me abrió la boca. Yo no la abrí, sencillamente se abrió ella misma por su cuenta, cayéndoseme el mentón

Librodot

como una trampilla a la que se quitan de golpe las bisagras. La lengua se me pegó al paladar. Todos mis músculos se tensaron. Eso era lo peor. Todo mi mecanismo interno estaba como en suspenso, pero mis músculos estaban como petrificados y. no me podía mover en absoluto. Fue sólo un instante, pero en el flujo temporal subjetivo me pareció toda una eternidad.

Todo mi potencial sensorial se intensificó, como si se hubiera producido un exceso de voltaje en el flujo eléctrico de mi cerebro pasando todo de ciento diez a doscientos veinte voltios. Oí un avión que pasaba cerca por el cielo y tuve tiempo de desear estar en él, tranquilamente sentado en un asiento de ventanilla, con una cocacola en la mano, contemplando allá abajo la brillante línea de un río cuyo nombre ignoraba. Podía ver todas las astillas y las mellas de la traviesa en la que estaba agachado. Y podía ver por el rabillo del ojo el chispeante raíl y mi propia mano asiéndolo. La vibración de aquel raíl penetró con fuerza tal en mi mano que cuando la retiré seguí sintiendo la vibración, las terminaciones nerviosas entrechocándose, hormigueando tal como hormiguea una mano o un pie cuando se nos ha quedado dormido y empieza a despertar. Podía saborear mi propia saliva, súbitamente eléctrica y amarga y como coagulada en las encías. Y algo aún peor, lo más espantoso de todo: podía oír el tren, aunque no podía saber de qué dirección venía ni a qué distancia estaba. Era invisible. Y únicamente sabía de su llegada por el raíl retumbante. Sólo aquello anunciaba su inminente llegada. La imagen de Ray Brower espantosamente destrozado y lanzado como un trapo bailó ante mis ojos. Pronto nos uniríamos a él, al menos Vern y yo; o al menos yo. Nosotros mismos nos habíamos invitado a nuestro propio funeral.

Este último pensamiento rompió mi parálisis y me puse en pie de un salto. Si alguien me hubiera estado mirando, seguramente le habría parecido un muñeco de resorte, aunque yo personalmente me sentí como un chico que avanza bajo el agua a cámara lenta, ascendiendo no a través de aire sino de agua, moviéndose muy despacio, avanzando con espantosa languidez y dificultad, con horrible lentitud hacia arriba.

Pero al final toqué la superficie.

-¡TREN! -grité.

Dejé atrás definitivamente la parálisis y eché a correr.

Vern se volvió a mirarme por encima del hombro. La sorpresa que distorsionaba su expresión era casi cómicamente exagerada, clara y grande como las letras de la primera cartilla. Me vio corriendo, saltando desmañada y torpemente de una traviesa a la siguiente y comprendió que no estaba bromeando. También él se echó a correr.

Pude ver a lo lejos a Chris saltando de las vías a la sólida seguridad del terraplén y le odié con odio tan fresco, amargo y jugoso como la savia de una hoja de abril. Estaba a salvo. Aquel mamón estaba a salvo. Le vi arrodillarse y agarrar la vía.

Estuve a punto de meter el pie izquierdo en el hueco que quedaba entre las traviesas, agité las manos, mis ojos tan ardientes como cojinetes de bolas de alguna pieza de maquinaria, incontrolable, mantuve el equilibrio y seguí corriendo. Ahora estaba justo detrás de Vern. Acabábamos de pasar aproximadamente la mitad del camino cuando oí por vez primera el tren. Venía detrás de nosotros, del lado de Castle Rock. Era un sonido bajo retumbante que se fue intensificando poco a poco y el ruido monótono del motor diesel y el más fuerte y más siniestro de las grandes ruedas acanaladas girando pesadamente sobre los raíles.

-¡Ohhhhhhh, mierda! -gritaba Vern.

-Corre, imbécil -le grité empujándole por detrás. -¡No puedo! ¡Me caeré!

-¡Corre más de prisa!

-¡OHHHHHH, MIERDA!

Pero corrió más de prisa, como un espantapájaros arrastrando torpemente los pies con la espalda desnuda abrasada por el sol, el cuello de la camisa colgando y balanceándose por debajo del tronco. Podía ver el sudor de sus omoplatos formando perfectas gotitas redondas. Podía ver la fina pelusa de su nuca. Sus músculos se contraían y se distendían, se contraían y se distendían. Su columna vertebral resaltaba en una hilera de bultitos, cada uno de los cuales formaba su propia sombra (podía verlos aproximándose cada vez más a medida que se

acercaban al cuello). Todavía portaba su hatillo y yo portaba el mío. Sus pisadas resonaban en las traviesas. Casi falló una, se inclinó hacia delante con los brazos extendidos y le empujé otra vez para que siguiera avanzando.

-¡Gordiiiie, no puedo! ¡OHHHH, MIEEEERDA!

-¡CORRE MÁS DE PRISA, IMBÉCIL! -vociferé.

¿Acaso disfrutaba yo con todo aquello? En cierto modo, de un modo peculiar, autodestructivo, que he experimentado a partir de entonces sólo cuando estoy completa y absolutamente borracho, sí. Guiaba a Vern Tessio igual que lleva un ganadero a una vaca especialmente buena al mercado. Y tal vez él disfrutara igual de su propio miedo, berreando como lo haría la misma vaca, vociferando y sudando, con el tórax subiendo y bajando como los fuelles de un herrero a toda prisa, manteniendo la marcha con torpeza, tambaleándose.

El ruido del tren era muy intenso ahora, la locomotora emitía un retumbar constante y firme. Oímos su pitido cuando cruzó el empalme en el que nos habíamos detenido para tirar piedras a la banderola metálica. Me gustara o no, había conseguido al fin mi Cancerbero. Esperaba que el puentecillo empezara a temblar bajo mis pies. Cuando eso ocurriera, estaría justo detrás de nosotros.

-¡MÁS DE PRISA, VERN! ¡MAAÁS DE PRISA! -¡Santo Dios Gordie OH Dios mío Gordie Oh Dios OHHHH MIERDAAA!

La bocina eléctrica del carguero rompió en aquel punto el aire en mil pedazos con un largo y estruendoso pitido, convirtiendo todo cuanto hubieras visto en el cine o en un tebeo o en tus propios ensueños en nada, permitiéndote saber lo que tanto héroes como cobardes oían realmente cuando la muerte inexorable caía sobre ellos:

¡JUUUUNNNNK! ¡JUUUUNNNNK!

Y luego Chris estaba bajo nosotros a la derecha y Teddy detrás suyo, con las gafas reflejando arcos de luz del sol y ambos estaban formulando una misma palabra, y esa palabra era: ¡Saltad!, pero el tren había borrado todo su significado, dejando sólo la forma en sus labios al formularla. El puentecillo empezó a temblar cuando el tren entró en él. Saltamos.

Vern aterrizó cuan largo era entre ceniza y polvo y yo aterricé a su lado. Yo no vi el tren, ni sé tampoco si el maquinista nos vería a nosotros: cuando, unos dos años después, mencioné a Chris la posibilidad de que no nos hubiera visto, él dijo: «No pitan de aquel modo sin más ni más, Gordie». Pero tal vez lo hiciera, tal vez se pusiera a pitar de aquel modo sólo porque sí. Supongo. Pero en aquel momento, todo esto no importaba absolutamente nada. Me apreté las manos contra los oídos y hundí la cara en el suelo cálido mientras el carguero pasaba, emitiendo un sonido de metal rozando contra metal. No sentía el impulso de mirarlo.

Era un carguero muy largo, pero yo no lo vi, no lo miré. Antes de que hubiera pasado del todo, sentí una mano cálida en el cuello y supe que era la de Chris.

Cuando pasó del todo (cuando estuve bien seguro de que había pasado del todo), alcé la cabeza como el soldado que sale de la trinchera tras una larga jornada de andanadas artilleras. Vern seguía pegado al suelo, temblando. Chris estaba sentado entre ambos, con las piernas cruzadas, con una mano apoyada en el sudoroso cuello de Vern y la otra aún en el mío.

Cuando al fin Vern se incorporó, temblando de pies a cabeza y lamiéndose compulsivamente los labios, Chris dijo:

-¿Qué os parecería si nos tomáramos esas cocas? ¿Le apetece a alguien tomarse una? A mí sí.

A todos nos apetecía.

15

Como a medio kilómetro en el lado de Harlow, las vías del ferrocarril penetran

directamente en el bosque. El terreno, tupidamente arbolado, desciende hacia una zona pantanosa. Estaba plagada de mosquitos casi tan grandes como avionetas, pero era fresca... deliciosamente fresca.

Nos sentamos a beber los refrescos a la sombra. Vern y yo nos echamos la camisa por los hombros para mantener alejados a los insectos, pero Teddy y Chris se sentaron desnudos de cintura para arriba, con un aire tan apacible e indiferente como el de los dos esquimales en un iglú. No llevábamos allí cinco minutos, cuando Vern se alejó entre los matorrales y se agazapó por allí, lo que nos llevó a un montón de bromas y codazos cuando regresó.

-¿Te asustaste mucho con el tren, Vern?

-No -contestó-. Iba a hacerlo de todas formas cuando llegáramos al otro lado. Tenía que hacerlo igualmente, tenía ganas antes, ¿comprendéis?

-¿Verrrrn? -corearon Chris y Teddy.

-Venga ya, que es cierto. En serio.

-Entonces, ¿no te importa que examinemos los fondillos de tus calzones para comprobar si hay chorretadas, eh? -preguntó Teddy. Vern se echó a reír, comprendiendo al fin que le estaban tomando el pelo.

-A la porra.

Chris se volvió hacia mí.

-¿Te asustaste, Gordie?

-Nada de nada -dije y di un sorbo a mi coca. -¿Nada de nada? ¡No me digas! -me dio un golpe en el brazo.

-En serio. No me asusté lo más mínimo.

-¿En serio? ¿No te asustaste? -Chris me miró de arriba abajo.

-En serio. Sencillamente estaba petrificado.

Esto les hizo gracia a todos, incluso a Vern, y nos reírnos un buen rato con ganas. Luego nos tendimos de espaldas, sin bromear ya, limitándonos a beber el refresco, callados. Sentía el cuerpo cálido, relajado y en paz consigo mismo. Todo en él era armonioso. Estaba vivo y contento de estarlo. Todo parecía destacarse con una especial dulzura, y aunque no podría decirlo muy alto, no creo que importara. Tal vez aquella sensación de dulzura era algo que deseaba sólo para mí.

Creo que aquel día empecé a comprender un poco lo que hace a los hombres temerarios. Hace un par de años, pagué veinte dólares para ver a Evel Kneivel intentar saltar el Cañón del Río Snake y mi esposa se horrorizó. Me dijo que, si hubiera sido romano, habría estado en el Coliseo mascando tranquilamente uvas y viendo cómo los leones destripaban cristianos. No tenía razón, pero no me era fácil explicárselo (en realidad creo que se habría creído que me burlaba de ella). No pagué aquellos veinte pavos para ver a aquel individuo morir en un circuito cerrado de televisión, aunque estaba absolutamente seguro de que era lo que ocurriría. Fui precisamente por las sombras que hay siempre en un lugar tras nuestros ojos, por eso que Bruce Springsteen llama en una de sus canciones la oscuridad que bordea una ciudad, y creo que siempre hay un momento en el que todos deseamos penetrar en esa oscuridad, pese a los torpes y limitados cuerpos que algún dios bromista nos concedió a los seres humanos. No... no a pesar de nuestros torpes cuerpos, sino precisamente por ellos.

-Eh, oye, cuéntanos esa historia -dijo de pronto Chris, incorporándose.

-¿Qué historia? -le pregunté, aunque estaba casi seguro de saber a cuál se refería.

Me sentía siempre incómodo cuando se hablaba de mis escritos, aunque parecía que a todos les gustaban: desear contar historias, desear incluso escribirlas... no era mucho más peculiar o audaz que querer ser inspector de alcantarillas o mecánico del Grand Prix.

Richie Janner, un chaval que había pertenecido a nuestra pandilla hasta que su familia se trasladó a Nebraska en mil novecientos cincuenta y nueve, fue el primero que descubrió que yo quería ser escritor, que quería dedicarme a escribir como trabajo exclusivo, profesionalmente. Estábamos un día allá arriba en mi cuarto, sencillamente pasando el rato, y encontró por casualidad un montón de hojas escritas debajo de los tebeos en una caja en mi armario. ¿Qué es esto?, pregunta Richie. Nada, le contesto yo, e intento quitarle las hojas de la

mano. Richie las retira para mantenerlas fuera de mi alcance... y, bueno, he de admitir que no puse gran empeño en recuperarlas. Deseaba que las leyera y, al mismo tiempo, no quería que lo hiciera: una inquietante mezcla de orgullo y timidez que sigo sintiendo aún hoy cuando alguien quiere ver lo que estoy escribiendo. El acto mismo de escribir es algo que se hace en secreto, como la masturbación... Bueno, yo tengo un amigo que hace cosas como escribir relatos en los escaparates de librerías y grandes almacenes, pero es un caso de valor fuera de lo normal, es el tipo de individuo con quien te gustaría poder contar si alguna vez te da un ataque al corazón en una ciudad en la que nadie te conoce. Para mí quiere siempre ser sexo y no llega nunca a serlo... es siempre esa masturbación adolescente en el lavabo, encerrado.

Richie se pasó sentado al borde de mi cama prácticamente toda la tarde leyendo todos aquellos papeles míos, inspirados casi todos por el mismo tipo de historietas que las que habían producido a Vern sus pesadillas. Y cuando al fin terminó, me contempló de un modo extraño y nuevo que me hizo sentirme muy especial, como si se viera forzado a reconsiderar y revalorar toda mi personalidad. Lo haces muy bien, me dijo. ¿Por qué no le enseñas estos relatos a Chris? Le dije que no, que quería que fuera un secreto; Richie me dijo: ¿Por qué? No es ninguna debilidad. Tú no eres ningún marica. Quiero decir que no es poesía.

De todos modos, le obligué a prometerme que no se lo contaría a nadie, promesa que, por supuesto, no cumplió; y resultó que a casi todos les gustaba lo que yo escribía, que prácticamente eran todos relatos sobre enterrados vivos o malhechores que regresaban de la muerte y mataban a los miembros del jurado que les habían condenado, o sobre maníacos que enloquecían y se dedicaban a hacer chuletas de un montón de gente antes de que el héroe, Curt Cannon, «despedazara al vociferante loco infrahumano con una andanada tras otra de su humeante automática del 45».

En mis relatos había siempre andanadas, nunca tiros.

Y, para variar, estaban los relatos de Le Dio. Le Dio era una ciudad de Francia que, durante mil novecientos cuarenta y dos, un tétrico pelotón de soldados estadounidenses intentaba tomar a los nazis (esto era dos años antes de que me enterara de que los Aliados no llegaron a Francia hasta mil novecientos cuarenta y cuatro).

Intentaban tomar la ciudad, ganándola calle a calle, a todo lo largo de unos cuarenta relatos que escribí entre los nueve y los catorce años. A Teddy le entusiasmaban los relatos de Le Dio y creo que por lo menos escribí unos doce sólo para él (cuando estaba ya más que harto de Le Dio y de escribir cosas como Mon Dieu y Cherchez le boche! y Fermez la porte). En Le Dio, los paisanos franceses andaban siempre diciendo a los soldados estadounidenses Fermez la porte! Pero Teddy se inclinaba sobre las hojas con los ojos muy abiertos, la frente moteada de gotitas de sudor y el rostro contraído. Algunas veces, casi podía oír yo las Brownings y los silbantes 88 resonándole en el cráneo. Su forma de clamar pidiéndome más relatos de De Lio era a un tiempo agradable y aterradora.

En la actualidad, mi trabajo es escribir, y el placer ha disminuido, y el placer masturbatorio y la culpabilidad se asocian cada vez más a menudo en mi mente con las imágenes fríamente clínicas de la inseminación artificial. Concluyo el asunto según las normas y reglas de mi contrato editorial. Y, aunque nadie me llamará nunca el Thomas Wolfe de mi generación, no me siento en absoluto un tramposo: doy el máximo de mí mismo cada maldita vez. El no hacerlo así sería, de un modo extraño, volverme marica... o lo que significara eso para nosotros entonces. Lo que me espanta es la frecuencia con que hiere en estos días. En aquel entonces, a veces me disgustaba lo malditamente bien que me hacía sentir la escritura. Ahora, contemplo a veces esta máquina de escribir y me pregunto cuándo se le agotarán las buenas palabras. No deseo que eso suceda, claro. Supongo que podré estar tranquilo mientras tenga cosas que contar, ¿no?

-¿Qué historia? -preguntó Vern, preocupado-. No será un relato de terror, ¿eh, Gordie? Creo que no me apetece mucho en estos momentos oír relatos de terror. No estoy preparado para eso, amigo.

-No, no es un relato de terror -dijo Chris-. Es uno muy divertido. Interesante, pero divertido. Anda, Gordie, cuéntanoslo de una vez.

Librodot

-¿Es de Le Dio? -preguntó Teddy.

-No, no es de Le Dio, psicópata de mierda -le dijo Chris, y le dio un golpe en la nuca-. Trata de un concurso de comer tartas.

-¡Oye! Ese relato todavía no lo he escrito -dije yo.

-Bueno, pero cuéntanoslo.

-¿Vosotros queréis que os lo cuente?

-Seguro, jefe -dijo Teddy.

-Bueno... Se desarrolla en un pueblo llamado Gretna, un lugar ficticio, claro. Gretna, Maine.

-¿Gretna? -preguntó Vern con una sonrisilla-. ¿Pero qué nombre es ése? En Maine no hay ningún Gretna.

Cállate, imbécil -dijo Chris-. Acaba de decirte que es un lugar de ficción, ¿no?

-Sí... pero Gretna parece muy estúpido...Un montón de nombres auténticos parecen estúpidos -dijo Chris-. Por ejemplo, ¿qué me dices de Alfred, Maine? ¿Y de Saco, Maine? ¿Y de Jerusalem's Lot? ¿Y de Castle-malditasea-Rock? ¿Eh? Aquí no hay ningún castillo. Casi todos los nombres de ciudades y pueblos son absurdos. Ni siquiera se para uno a pensarlo porque estamos acostumbrados a ellos. ¿No es cierto, Gordie?

-Sin duda -dije, aunque para mis adentros creía que Vern tenía razón, que Gretna era un nombre bastante tonto para un pueblo. Pero la verdad era que no había sido capaz de inventarme otro-. Bueno, el caso es que en aquel pueblo celebraban las fiestas de los pioneros, igual que se celebran aquí en Castle Rock...

-Oh sí, las fiestas de los pioneros... ¡menudas juergas! -dijo Vern con seriedad-. Metí a toda mi familia en esa cárcel sobre ruedas que tienen, hasta al cretino de Billy. Duró sólo media hora y me costó toda la paga, aunque mereció la pena sólo por saber dónde estaba ese hijoputa...

-¿Querrás cerrar el pico de una vez y dejarle que siga? -vociferó Teddy.

-¡Claro! Por supuesto. Desde luego -titubeó Vern.

-Sigue, Gordie -dijo Chris.

-En realidad no es gran cosa...

-Vamos, tampoco es que esperemos gran cosa de un majadero como tú -dijo Teddy-. Pero cuéntanoslo, anda.

Carraspeé.

-Bueno. Pues estamos en la fiesta de los pioneros; la última noche celebran estos tres actos importantes: hay rollos de primavera para los niñitos más pequeños y una carrera de sacos para los chicos de ocho o nueve años y luego el concurso de comer tartas para todos. Y el personaje principal de la historia es un chico gordísimo que cae mal a todos y que se llama Davie -Hogan.

-Como el hermano de Charlie Hogan, si tuviera un hermano -dijo Vern, y se calló cuando Chris le dio un capón en el cogote.

-Bien, pues este chico, que tiene nuestra misma edad, es muy gordo. Pesa unos setenta kilos y siempre le pegan y se ríen de él. Y en lugar de llamarle Davie, todos los chicos le llaman Gordinflón Hogan y aprovechan cualquier ocasión para ponerle en ridículo.

Todos asentían con seriedad, demostrando simpatía y comprensión por Gordinflón, aunque si alguna vez hubiera aparecido un chico semejante por Castle Rock nos habríamos dedicado a meternos con él y a fastidiarle y tomarle el pelo.

-Así que decide vengarse porque, bueno, ya está harto, ¿comprendéis? Él sólo participa en el concurso de comer tartas, que es como el broche final de las fiestas de los pioneros y en realidad todo el mundo lo entiende. El premio consiste en cinco pavos...

-Y va y lo gana y le da un corte de manga a todo el mundo -dice Teddy-. ¡Grandioso!

-No, es mucho mejor que todo eso -dijo Chris-. Limítate a escuchar, ¿quieres?

-Gordinflón hace sus cálculos y se dice: cinco pavos, ¿qué son cinco pavos? Si alguien recuerda aún algo después de dos semanas será sólo que el maldito cerdo de Hogan comió más que nadie, así que vayamos a su casa y démosle una buena, sólo que ahora le llamaremos

Zampatartas Hogan en vez de Gordinflón.

Siguen todos asintiendo, todos convencidos de que Davie Hogan era un tipo sesudo. Empiezo a cogerle gusto a mi propia historia.

-Pero todos esperan que él participe en el concurso, ¿comprendéis? Hasta sus padres. Bueno, prácticamente ya han gastado por él los cinco dólares.

-Claro. Seguro -dijo Chris.

-Así que está pensándolo y le disgusta todo el maldito asunto, porque el ser gordo en realidad no es culpa suya. Él no tiene la culpa de tener esas malditas glándulas... lo que sea, y...

-¡A mi prima le pasa lo mismo! -dijo Vern, con gran excitación-. ¡De veras! ¡Pesa casi cien kilos! Creen que es la glándula hiboide o algo parecido. Yo no sé nada de esas glándulas, pero qué horrible, mierda, la pobre parece un pavo relleno, y una vez...

-¿Quieres cerrar el pico de una maldita vez, Vern? -gritó Chris muy enfadado-. ¡No te aviso más! ¡Te lo juro! -había terminado la coca-cola y la agarró con firmeza blandiéndola sobre la cabeza de Vern.

-Bueno, está bien, lo siento. Sigue, Gordie. Es una historia macanuda.

Sonreí. En realidad, no me molestaban en absoluto las interrupciones de Vern, pero, claro, no podía decírselo a Chris. Él era el autodesignado Guardián del Arte.

-Así que se estuvo toda la semana de las fiestas dándole vueltas y vueltas al asunto. En el colegio, los chavales seguían acercándosele y preguntándole: «Eh, Gordinflón, ¿cuántas tartas vas a comerte? ¿Conseguirás comerte diez? ¿O veinte? ¿Serás capaz de llegar a ochenta?» Y Gordinflón, él, dice: «¿Cómo podría saberlo? Ni siquiera sé de lo que serán». Y, en fin, hay bastante interés este año en el concurso, porque el campeón es un grandullón que creo que se llama... esto... Bill Traynor, me parece. Y este Traynor ni siquiera es gordo. En realidad es un auténtico fideo. Pero zampa tartas como un fenómeno; el año anterior comió seis en cinco minutos.

-¿Enteras? -preguntó Teddy, asombradísimo. -Exactamente. Y Gordinflón es el más joven de los participantes del concurso, de siempre.

-Ánimo, Gordinflón -gritó emocionado Teddy-. ¡Acaba con esas malditas tartas!

-Cuenta lo de los otros participantes -dijo Chris.

-De acuerdo. Además de Gordinflón Hogan y de Bill Traynor, también participaba en el concurso Calvin Spier, el tipo más gordo de la ciudad (el encargado de la joyería).

-Joyería Gretna, seguro --dijo Vern, y sonrió con disimulo. Chris le dedicó una mirada asesina.

-Y un tipo que hace de disquero o pinchadiscos, como quieras, en una emisora de radio de Lewiston y que no es exactamente gordo sino, digamos, rechoncho, ya me entendéis. Y el último participante es Hubert Gretna Tercero, que era el director del colegio de Gordinflón Hogan.

-¿Tenía que competir contra su propio director? -preguntó Teddy.

Chris se agarró las rodillas y se balanceó atrás y adelante con gran regocijo.

-¿No es extraordinario? Sigue, Gordie.

Les tenía absortos. Todos estaban inclinados hacia delante. Sentía esa intoxicante sensación de poder. Lancé la botella de refrescos vacía entre los matorrales y divagué un poco más para regodearme. Recuerdo que oí otra vez al pájaro carpintero allá en el bosque, más lejos ahora, desgranando su monótono grito interminable, lanzándolo al cielo: diii-diii-diii.

-Y al fin se le ocurrió -dije-. La mejor venganza que jamás se le -ocurriera a un chico. Y llega al fin la gran noche: la clausura de las fiestas de los pioneros. El concurso de comer tartas se celebra justo antes de los fuegos artificiales. La calle Mayor de Gretna se ha cerrado al tráfico para que la gente pueda pasear por ella; han montado en la calle un tablado, adornado con banderolas, frente al cual se congrega una gran multitud. Asiste también un reportero gráfico para tomar una foto del ganador con toda la cara llena de arándanos, pues resulta que este año las tartas son de arándanos. Ay, casi se me olvidaba decíroslo: los concursantes han de comer las tartas con las manos debidamente atadas a la espalda. Así que

suben al entarimado...

16

De La venganza de Hogan el Gordinflón, por Gordon Lachance. Publicado originalmente en la revista Cavalier, marzo de 1975. Reproducido con permiso.

Subieron uno a uno al entarimado y se colocaron tras una larga mesa de caballetes cubierta con un mantel de hilo. La mesa estaba completamente abarrotada de tartas y colocada en el extremo delantero del tablado. Sobre ella había sartas de bombillas sin pantalla, de cien vatios, aureoladas por polillas y mariposas nocturnas que se golpeaban contra ellas. Sobre el entarimado, vivamente iluminado, podía leerse el siguiente letrero: GRAN CONCURSO DE GRETNA DE 1960. De cada lado del letrero colgaban abollados altavoces que Chuck Day había facilitado de su tienda de aparatos eléctricos. Bill Travis, el actual campeón, era primo de Chuck.

Según iban subiendo al entarimado los concursantes, con las manos atadas a la espalda y la camisa abierta como Sydney Carton camino de la guillotina, el alcalde Charbonneau anunciaba sus nombres por el sistema de altavoces de Chuck y les colocaba un gran babero blanco. Calvin Spier recibió solamente un aplauso simbólico; pese a su barriga, del tamaño de un tonel de cien litros, se le consideraba muy por debajo del chico de Hogan (el Gordinflón era el favorito de la mayoría, aunque demasiado joven e inexperto para conseguir mucho aquel mismo año).

Después de Spier, se anunció a Bob Cormier. Cormier era un disquero que hacía un popular programa de sobremesa en la WLAM de Lewiston. Le dieron un aplauso mayor, acompañado de gritos de las jovencitas del público. Las chicas le consideraban «encantador». John Wiggins, director del colegio de enseñanza primaria de Gretna, seguía a Cormier. Recibió un caluroso aplauso del sector más adulto del público y algunos abucheos de miembros reacios de su alumnado. Wiggins logró sonreír paternalmente y fruncir el ceño con severidad al mismo tiempo.

A continuación, el alcalde Charbonneau presentó a Gordinflón.

-Y he aquí un nuevo concursante de nuestro gran concurso anual, del cual esperamos grandes cosas en el futuro... el joven ¡David Hogan!

Gordinflón recibió un gran aplauso mientras el alcalde le ataba el babero, y cuando ya estaba casi apagándose el aplauso, un coro teatral ensayado fuera del alcance de las bombillas de cien vatios gritó al unísono:

« ¡Adelante, Gordinflón! »

Se oyeron carcajadas apagadas, carreras, algunas sombras que nadie podría (ni querría) identificar, algunas risillas nerviosas, algunos ceños severos y recriminatorios (el mayor el de Hizzoner Charbonneau, la representación más visible de la autoridad). En cuanto al propio Gordinflón, parecía no inmutarse ni siquiera darse cuenta de nada. La sonrisita que animaba sus gruesos labios y plegaba su gruesa papada permaneció inmutable cuando el alcalde, aún con un gran ceño, le ató el babero y le dijo que no hiciera ningún caso de los necios que había entre el público (como si el alcalde tuviera el más leve indicio de las monstruosas tomaduras de pelo que Hogan el Gordinflón había soportado y seguiría soportando mientras avanzara por la vida con el estruendo de un tanque alemán). El aliento del alcalde era cálido y olía a cerveza.

El último concursante en ser presentado fue el que recibió el aplauso más fuerte y prolongado: se trataba del legendario Bill Travis, uno noventa de altura, delgaducho y voracísimo. Travis era mecánico del taller de Amoco junto a la estación del tren, un tipo afable y agradable como el que más.

Era del dominio público en el pueblo que en el concurso de comer tartas se jugaba uno

algo más que los cincos dólares del premio: al menos, Bill Travis. Primero: la gente pasaba luego por el taller para felicitar a Travis por haber ganado el concurso y prácticamente todos los que pasaban a felicitarle, le pedían de paso que les llenara el depósito. Y los dos tanques de gasolina se vaciaban algunas veces durante un mes después del concurso. La gente solía acudir para que le cambiaran un silenciador o le engrasaran los cojinetes y se quedaban sentados en las sillas de teatro alineadas a lo largo de una pared (Jerry Maling, el propietario del Amoco, las había salvado del cine viejo cuando lo derribaron en mil novecientos cincuenta y siete), bebiendo refrescos de la máquina y charlando con Bill del concurso mientras él se dedicaba a cambiar las bujías o a indagar arrastrándose debajo de alguna camioneta buscando agujeros en el tubo de escape. Bill siempre parecía estar dispuesto a conversar, y ésta era una de las razones de que cayera tan bien en Gretna.

En el pueblo aún no se habían puesto de acuerdo sobre si Jerry Maling le daba a Bill una prima fija por los beneficios extra que la fiesta (o el festín) anual le proporcionaba o si conseguía un aumento proporcional. De cualquier modo, era indudable que a Travis le iba mucho mejor que a la mayoría de los mecánicos de pueblos pequeños. Tenía un rancho de dos plantas en la carretera de Sabbatus, a la que algunos sarcásticos se referían como «la casa que levantaron las tartas». Seguramente eso era una exageración, pero Bill no esperaba otra cosa; lo cual nos lleva a la segunda razón de que se jugaban más que cinco simples dólares en aquel concurso.

Me refiero a las apuestas. Tal vez la mayoría de la gente fuera sólo a reírse, pero una sustanciosa minoría acudía al concurso para apostar su dinero. Los apostadores estudiaban y analizaban a los concursantes con tanto celo como observan a los caballos quienes se dedican a vender información sobre los caballos de carreras. Acosaban a los amigos de los participantes en el concurso, a los parientes, e incluso a los conocidos. Indagaban todos y cada uno de los hábitos alimentarios de los concursantes. Y se dedicaba mucho tiempo a estudiar y discutir y elucubrar sobre la clase de tarta del año: la de manzana se consideraba una tarta «pesada», «ligera» la de albaricoque (aunque el concursante hubiera de resignarse a uno o dos días de carreritas urgentes después de haberse liquidado tres o cuatro tartas de albaricoque). La tarta oficial de aquel año, la de arándanos, se consideraba bastante neutra. Los apostadores, por supuesto, estaban especialmente interesados en los gustos de su hombre en cuanto a los arándanos. ¿Le gustaban? ¿Prefería el dulce de arándano al de fresa? ¿No le gustaría, por casualidad, echar arándanos en el cereal del desayuno? ¿Optaba exclusivamente por los plátanos-y-crema?

Había también otras preguntas de relativa importancia. ¿Era un comedor rápido que luego iba más despacio o un comedor lento que iba acelerando a medida que las cosas se ponían serias, o sencillamente un buen comilón que seguía al mismo ritmo todo el rato? ¿Cuántas salchichas podía ventilarse mientras veía un partido de béisbol en el campo de St. Dom? ¿Era un gran bebedor de cerveza? Si lo era, ¿cuántas botellas solía ventilarse en el transcurso de una tarde? ¿Era eructador? Un buen eructador se consideraba más duro de pelar.

Todos estos y otros datos se intercambiaban, se ofrecían las cantidades y se cerraban las apuestas. ¿Cuánto dinero cambiaba de mano en la semana siguiente al concurso de comer tartas? No tengo ni idea, pero si me pusierais una pistola en la sien y me obligarais a hacer un cálculo, yo lo situaría alrededor de los mil dólares, lo cual puede parecer una minucia, pero era una gran cantidad para circular en un pueblecito hace quince años.

Y como el concurso era limpio y se respetaba estrictamente un límite de tiempo de diez minutos, no se hacía ninguna objeción a que el competidor apostara por sí mismo, y Bill Travis lo hacía todos los años. Cuando saludó sonriendo a su público aquella noche estival de mil novecientos sesenta, se rumoreaba que había vuelto a apostar a su favor una suma sustancial aquel año y que lo más que había sido capaz de hacer aquel año eran apuestas de uno a cinco. Si no sois apostadores, permitidme explicároslo de este modo: Tenía que apostar doscientos cincuenta dólares para poder ganar cincuenta. No era gran cosa, pero era el precio del éxito: y mientras permanecía allí, embebido en el aplauso y sonriendo cordialmente, no parecía realmente muy preocupado por ello.

Librodot

-Ante ustedes el actual campeón que defenderá su título -vociferó el alcalde-. ¡El mismísimo Bill Travis de Gretna!

-¡Vete a por las diez, Billy, muchacho!

-¡Bravo por Billy!

-¿Cuántas te piensas ventilar esta noche, Billy?

-¡He apostado dos por ti, Bill! ¡No me dejes en la estacada, muchacho!

-¡Guárdame una tarta, Bill!

Cabeceando y sonriendo con absoluta modestia, Bill Travis dejó que el alcalde le colocara el babero y se lo atara. Se sentó a continuación en el extremo de la derecha de la gran mesa, cerca de donde permanecía el alcalde durante el concurso. Así pues, los comensales eran, de derecha a izquierda: Bill Travis, David Hogan el Gordinflón, Bob Cormier, el director del colegio John Wiggins y, en el extremo izquierdo, Calvin Spier.

A continuación, el alcalde presentó a Sylvia Dodge, que era incluso más popular dentro del concurso que el propio Bill Travis. Había sido presidenta de la Asociación de Mujeres de Gretna la tira de años (según algunos graciosos locales, desde la primera batalla de Manassas)[1] y era la encargada de supervisar el horneado de las tartas sometiéndolas a un estricto control personal de calidad, que incluía la ceremonia de pesarlas en la balanza de la carnicería del señor Bancichek para asegurarse que todos los pasteles se atenían a un margen determinado de variación de peso.

Sylvia sonrió majestuosamente a la multitud, su cabello azul tintineando bajo el ardiente brillo de las bombillas. Pronunció unas palabras sobre lo mucho que la complacía el que acudiera tanta gente a festejar a sus esforzados antepasados pioneros, aquellos que habían hecho grande el país, pues era grande no sólo al nivel superficial en el que el alcalde Charbonneau llevaría a los republicanos de la localidad a los asientos sagrados del gobierno municipal nuevamente en noviembre, sino al nivel nacional, en el que el equipo de Nixon y Lodge tomarían la antorcha de la libertad de nuestro gran general amado y la mantendrían alta para...

El estómago de Calvin Spier rugió sonoramente, ¡goinnnnng! Hubo un suave aplauso. Sylvia Dodge, que sabía perfectamente que Calvin era demócrata y católico (una sola de las dos cosas podía ser perdonable, pero jamás ambas combinadas), logró sonrojarse, sonreír y adoptar al mismo tiempo una expresión furiosa. Carraspeó y concluyó con una resonante exhortación a los chicos y chicas presentes diciéndoles que conservaran siempre alto el rojo, blanco y azul, no sólo en sus manos sino también en sus corazones y que recordaran que fumar era un hábito sucio y pernicioso que provocaba tos. Y los chicos y chicas que la escuchaban, casi todos los cuales al cabo de otros ocho años llevarían insignias pacifistas y no fumarían Camels sino mariguana, arrastraban los pies y esperaban emocionados que la acción comenzara.

-¡Menos charla y más comida! -gritó alguien al fondo, y se oyó un gran aplauso... más fuerte esta vez.

El alcalde entregó a Sylvia Dogde un cronómetro y un silbato plateado de policía, que tendría que utilizar al concluir los diez minutos de tiempo. En cuyo momento el alcalde se adelantaría y alzaría la mano del ganador.

-¿¿Estáis listos?? -atronó triunfal la voz del alcalde por los altavoces en toda la calle Mayor.

Los cinco concursantes declararon que estaban listos.

-¿¿Todos dispuestos?? -insistió Hizzoner.

Los comensales gruñeron que estaban realmente dispuestos. Calle abajo, un chico hizo estallar una retumbante sarta de fuegos artificiales.

El alcalde Charbonneau alzó una mano rechoncha y la bajó luego.

-¡¡¡ADELANTE!!!

Cinco cabezas se hundieron de golpe en cinco bandejas de tartas. El sonido semejaba el

[1] En esta localidad, situada al noroeste del estado de Virginia, se libraron dos batallas (1861 y 1862) durante la Guerra de Secesión estadounidense. (N. de los T.)

de grandes pies chapoteando en el fango. Estos sonidos chapoteantes se alzaron en el cálido aire nocturno y quedaron luego borrados cuando apostadores y espectadores del público empezaron a animar a sus favoritos. Y hasta que la primera tarta desapareció, la mayoría de la gente no advirtió que podría estarse fraguando un resultado sorprendente.

Hogan el Gordinflón, del que no se esperaba que ganase, debido a su edad e inexperiencia, comía como un poseso. Sus mandíbulas trituraron la corteza con insólita potencia y rapidez (las normas del concurso sólo exigían que se comiera la corteza superior de la tarta, pero no la capa inferior) y cuando acabó con ella se oyó un estruendoso sonido de absorción, semejante al de una aspiradora industrial cuando se pone en marcha. A continuación toda su cabeza desapareció en la bandeja. Y a los quince segundos se irguió para indicar que había concluido. Tenía frente y mejillas embadurnadas de arándanos y parecía un payaso listo para salir a escena. Había terminado, había acabado con la primera antes incluso que el legendario Bill Travis hubiera acabado siquiera la mitad.

Un asombroso aplauso se alzó en la calle cuando el alcalde examinó la bandeja de la tarta de Hogan y declaró que estaba suficientemente limpia. Señaló otra tarta en el marcador. Gordinflón se había engullido una tarta del tamaño reglamentario en sólo cuarenta y dos segundos. Un récord.

Se lanzó a la segunda tarta aún con más furia, hundiendo la cabeza en el suave relleno y, mientras pedía su segunda tarta, Bill Travis le miró. Confesaría a los amigos que tuvo la impresión de participar en un auténtico concurso por primera vez desde mil novecientos cincuenta y siete, año en el que George Gamache devoró tres tartas en cuatro minutos y acto seguido perdió el conocimiento, desplomándose. Se preguntó, según contó luego, si aquel contrincante sería un chico o un diablo. Recordó el dinero que se jugaba en aquello y redobló sus esfuerzos.

Pero si Travis redobló sus esfuerzos, Gordinflón los triplicó. Los arándanos saltaban de la bandeja de su segunda tarta, manchando todo el mantel como un cuadro de Jackson Pollock. Tenía arándanos en el pelo, arándanos en el babero, arándanos por toda la frente como si, en un paroxismo de concentración, hubiera empezado a sudar arándanos.

-¡Acabé! -gritó, retirando la cabeza de su segunda bandeja de tarta antes incluso de que Billy Travis hubiera terminado la corteza de la segunda.

-Mejor más despacio, chico -murmuró Hizzoner. El propio Charbonneau había apostado diez dólares a Billy Travis-. Tendrás que aminorar un poco si es que quieres aguantar.

Como si no le hubiera oído, Gordinflón atacó la tercera tarta, sin demorarse un segundo, moviendo las mandíbulas con rapidez demencial. Y entonces...

Pero debo hacer un alto para contaros lo de la botella vacía que había en el botiquín de la casa de los Hogan. Anteriormente, aquella botella estaba llena, en unos tres cuartos de su capacidad, con aceite de ricino amarillo perlado, tal vez el líquido más infame que el Buen Dios haya permitido aparecer sobre o bajo la faz de la tierra. Gordinflón había vaciado aquella botella, bebiéndose hasta la última gota y lamiéndola luego, retorciendo la lengua y sintiendo náuseas mientras pensaba en la dulce venganza.

Y cuando avanzaba en la devoración de la tercera tarta (Calvin Spier, que según las predicciones quedaría el último, ni siquiera había terminado todavía la primera), Gordinflón empezó deliberadamente a torturarse con espeluznantes y desagradables fantasías. No, no estaba comiendo tartas; estaba comiendo tripas de vacas. Estaba devorando una inmensa cantidad de sucias y grasientas tripas. Estaba devorando las entrañas de una tortuga cubiertas con dulces arándanos. Dulce de arándano podrido.

Acabó la tercera tarta y pidió la cuarta; ahora le llevaba una tarta de ventaja al legendario Bill Travis. La inconstante multitud, percibiendo la presencia de un nuevo e inesperado campeón, empezó a vitorearle y a animarle.

Pero Gordinflón ni esperaba ni tenía la menor intención de ganar. No podría haber seguido a aquel ritmo ni aunque estuviera en ello la vida de su madre. Y además, para él, ganar era perder; la venganza era el único galardón que perseguía. Su estómago gruñía lubricado con aceite de ricino, las náuseas subían y bajaban; concluyó la cuarta tarta y pidió la

Librodot

quinta, la Tarta Definitiva, Arándanos le sientan bien a Electra, como si dijéramos. Hundió la cabeza en la tarta, rompiendo la corteza de la misma, y se le llenó la nariz de arándanos. Se manchó toda la camisa de arándanos. El contenido de su estómago pareció adquirir de repente consistencia y peso. Masticó la corteza pastosa y la tragó. Inhaló arándanos. El momento de la venganza llegaba, estaba al alcance de la mano. Su sobrecargado estómago se sublevó. Lo sentía como si le atenazara una mano fuerte embutida en un guante de goma resbaladizo. Abrió la garganta.

Gordinflón alzó la cabeza.

Sonrió a Bill Travis, con todos los dientes color arándano.

El vómito retumbó garganta arriba como un camión de seis toneladas pasando como un tiro por un túnel.

Salió rugiendo de su boca en un chorro azul amarillento, caliente y humeante. Cayó sobre Bill Travis, que sólo tuvo tiempo de pronunciar una sílaba absurda, algo así como «¡Guuj!» Las mujeres gritaron. Calvin Spier, que había contemplado este imprevisto suceso con una expresión de sorpresa y

aturdimiento, se inclinó sobre la mesa, como si fuera a hablar, a explicar a los boquiabiertos espectadores lo que estaba sucediendo, y vomitó en la cabeza de Marguerite Charbonneau, esposa del alcalde. Éste gritó y retrocedió, manoteando en vano en dirección a su cabello, cubierto ahora de una pasta de fresas, alubias cocidas y salchichas a medio digerir (las dos últimas sustancias habían constituido la cena de Cal Spier). Se volvió entonces hacia su buena amiga María Lavin y depositó su propia cena en la elegante chaqueta de ante de María.

En rápida sucesión, como una repetición de los cohetes:

Bill Travis lanzó un gran y al parecer sobrecargado chorro de vómito sobre las dos primeras filas de espectadores con una expresión de desconcierto que parecía decir: Amigos, sencillamente me resulta imposible creer lo que estoy haciendo;

Chuck Day, que había recibido una generosa porción del regalo sorpresa de Bill Travis, vomitó por encima de su calzado Hush Puppies y parpadeó contemplándolos sorprendido, totalmente seguro de que aquellos zapatos no volverían a ser de ante;

John Wiggings, director de la escuela de enseñanza primaria de Gretna, separó sus amoratados labios y dijo en tono reprobatorio:

-¡Verdaderamente esto es... UUUAAAKKKJ!

Como corresponde a un hombre de su alcurnia y posición, lo depositó en su propia bandeja de tarta.

Hizzoner Charbonneau, que se encontró de pronto presidiendo lo que más habría parecido un pabellón hospitalario de enfermos del estómago que un concurso de comer tartas, abrió la boca para dar el asunto por concluido de una vez por todas e inundó el micrófono de vomitada.

-¡Que Dios nos asista! -suplicó Sylvia Dodge, y a continuación lo echó todo: almejas, ensalada de col, maíz con mantequilla y azúcar (por lo menos dos mazorcas), y una generosa porción del pastel de chocolate de Muriel Harrington, que abrió de golpe la salida de emergencia y aterrizó con un gran plaf húmedo en la espalda de la chaqueta Robert Hall del alcalde.

Gordinflón Hogan, en el pináculo de su joven existencia, desbordaba alegría ante el público. El vómito reinaba ahora por doquier. La gente se tambaleaba describiendo círculos beodos, llevándose las manos a la garganta y emitiendo débiles graznidos. Un lindo pequinés cruzó corriendo el escenario ladrando enloquecido y un hombre con tejanos y camisa de seda estilo oeste le echó encima una gran vomitada que a poco le ahoga. La señora Brockway, esposa del ministro metodista, soltó un prolongado regüeldo, seguido de un chorro de carne asada en descomposición, puré de patatas y pastel de manzana. Por cierto que el pastel de manzana parecía que no debía haber estado nada mal cuando fue ingerido. Jerry Maling, que se había acercado a ver su artilugio mecánico preferido, se retiró, decidido a poner terreno por medio entre él y aquel manicomio. Había recorrido unos quince metros cuando tropezó con un

cochecito rojo de juguete y comprendió que había aterrizado en un charco de cálido bilis. Jerry arrojó en su propio regazo y explicó luego a sus padres que agradecía al cielo el haber llevado puesto el mono. Y la señorita Norman, que daba clase de latín e inglés en el instituto de Gretna, en un paroxismo de corrección, vomitó en su propio bolso.

Hogan el Gordinflón lo contemplaba todo resplandeciente y sereno, el estómago tranquilo y reposado, cálido bálsamo que jamás volvería a conocer: la absoluta y plena satisfacción.

Se levantó, tomó el pringoso micrófono con cuidado, de la mano temblona del alcalde, y dijo...

17

-«Declaro nulo el concurso.»

»Depositó luego el micro sobre la mesa, salió por detrás del tablado y se encaminó directamente a casa.

Allí estaba su madre, que no había podido encontrar una niñera que cuidara a la hermana pequeña de Gordinflón, que tenía sólo dos años. Y nada más verle, todo lleno de vómito y de tarta, todavía con el babero puesto, le dice: «¿Ganaste, Davie?», pero él no le contesta maldita palabra, ¿comprendéis? Se limita a subir a su cuarto, cierra la puerta y se echa en la cama.

Tomé el último sorbo de la botella de Chris y la lancé a los arbustos.

-Vaya, está bien, estupendo. ¿Y qué ocurrió luego? -preguntó con gran interés Teddy.

-No sé.

-¿Qué quieres decir con lo de que no lo sabes? -preguntó Teddy.

-Pues que termina así. Cuando no sabes lo que pasa después, pues ése es el fin.

-¿Queeeeé? -gritó Vern. Su expresión era de disgusto y recelo, como si se sintiera timado-. ¿Qué majaderías estás diciendo? ¿Cómo podría terminar?

-Has de usar tu imaginación -dijo Chris pacientemente.

-No, de eso nada -dijo Vern furioso-. Es a él a quien le corresponde usar la suya. Él se inventó la maldita historia, ¿no?

-Claro. ¿Qué le ocurrió al tipo? -insistió Teddy-. Vamos, Gordie, cuéntanoslo.

-Creo que su padre estaba en el concurso y que cuando volvió a casa le dio una buena tunda.

-Ya, claro -dijo Chris-. Apuesto a que fue exactamente eso lo que sucedió.

-Y -añadí- los chicos siguieron llamándole Gordinflón, excepto algunos que empezaron a llamarle también Echa-las-Tripas.

-Pues vaya un final -dijo Teddy, con tristeza.

-Por eso no quería yo contároslo.

-Podrías haber hecho que disparara contra su padre y se largara y se uniera a los Rangers de Tejas -dijo Teddy-. ¿Eh? ¿Qué tal ese final?

Chris y yo intercambiamos una mirada. Chris se encogió de hombros, en un gesto prácticamente imperceptible.

-No está mal -dije.

-Oye, ¿tienes más historias de Le Dio, Gordie?

-Todavía no. A lo mejor se me ocurre alguna más -no quería disgustar a Teddy, pero en realidad no me interesaba gran cosa averiguar lo que estaba ocurriendo en Le Dio-. Lamento que no te haya gustado más ésta.

-Bueno, no estuvo nada mal -dijo Teddy-. En realidad, hasta el final es buena. Todo eso de las vomitadas es realmente bueno.

-Sí, es bueno, estupendo en realidad -convino Vern-. Pero Teddy tiene razón en lo del

Librodot

final. Resulta como una especie de timo.

-Ya -dije, y suspiré.

-Caminemos un rato -dijo Chris levantándose. Era todavía completamente de día, aunque nuestras sombras habían empezado a alargarse; el cielo aún era de un luminoso azul plomizo. Recuerdo que de niño siempre me parecía que los días de septiembre terminaban demasiado pronto, tomándome por sorpresa; era como si algo en mi interior esperara que fuera siempre junio, que la luz del día permaneciera en el cielo casi hasta las nueve y media-. ¿Qué hora es, Gordie?

Miré el reloj y me sorprendió ver que ya pasaba de las cinco.

-Sí, vámonos ya -dijo Teddy-. Tenemos que acampar antes de que anochezca para ver, para recoger leña y todo. Y además, tengo hambre.

-A las seis y media -prometió Chris-. ¿Todos de acuerdo?

Desde luego. Nos pusimos de nuevo en marcha, caminando ahora junto a las vías. Pronto el río quedaba ya tan lejos a nuestra espalda que ni siquiera podíamos oír su sonido. Zumbaban los mosquitos a nuestro alrededor. Aplasté uno en el cuello. Vern y Teddy caminaban delante de nosotros, tratando algún tipo de complicado intercambio de libros de historietas. Chris caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos, la camisa golpeándole rodillas y muslos como si fuese un mandil.

-Tengo Winston -dijo-. Los birlé de la cómoda de mi viejo. Uno para cada uno. Para después de la cena.

-¿Sí? ¡Estupendo!

-Es cuando sabe mejor un cigarrillo -dijo Chris con suficiencia-. Después de haber comido.

-Desde luego.

Caminamos un rato en silencio.

-Es un buen relato -dijo Chris de repente-. Ésos son un poco duros de mollera.

-No, no es eso. Es realmente un galimatías.

-Siempre dices lo mismo. No me vengas con historias que ni tú mismo te crees. ¿Vas a escribirlo? ¿El relato?

-Seguramente. Pero no hasta que pase un tiempo. No puedo esribirlos nada más haberlos contado. Tendrá que esperar.

-¿Qué dijo Vern? ¿Que el final era como un timo?

-Sí.

Chris se echó a reír.

-La vida es un timo, ¿no lo sabías? Míranos por ejemplo a nosotros ahora.

-Vamos, lo estamos pasando en grande.

-Seguro -dijo Chris-. Extraordinariamente, majadero.

Me eché a reír. También Chris.

-Salen de ti como las burbujitas de la gaseosa -dijo al cabo de un rato.

-¿El qué? -pero creía saber a qué se refería.

-Los relatos. La verdad es que me deja perplejo, chico. Es como si pudieras contar un millón de historias y no haber usado más que una mínima parte de lasque tienes. Creo que algún día serás un gran escritor, Gordie.

-No, no lo creo.

-Claro que sí. Lo serás. Hasta puede que escribas sobre nosotros si alguna vez andas escaso de material.

-Tendría que estar más bien escasísimo -le di un codazo.

Continuamos de nuevo en silencio y al cabo de un rato me preguntó de pronto:

-¿Estás preparado para volver a clase?

Me encogí de hombros. ¿Lo estaba alguien alguna vez? Te apetecía un poco lo de volver y ver a los amigos; sentías cierta curiosidad por los nuevos profesores y cómo serían: tiernas y lindas cositas recién salidas de la escuela de profesores, por las que podrías interesarte, o vejestorios que llevaban allí desde El Álamo. De un modo extraño, uno podía

hasta interesarse por las largas clases monótonas, porque cuando las vacaciones de verano tocaban a su fin, a veces sentías aburrimiento suficiente para creer incluso que podrías aprender algo. Pero el aburrimiento veraniego no tenía nada que ver con el aburrimiento escolar, que aparecía siempre al final de la segunda semana; y al principio ya de la tercera semana llegabas a la verdadera cuestión: ¿Podrías acertarle a Fiske el Maloliente en el cogote mientras el profesor escribía en el encerado las principales exportaciones de Sudamérica? ¿Cuántos sonidos conseguirías arrancar de la superficie barnizada del pupitre si tuvieras las manos realmente sudadas? ¿Quién podría soltar los pedos más fuertes en los vestuarios cuando nos cambiábamos para gimnasia? ¿A cuántas chicas conseguirías convencer para jugar al escondite a la hora del almuerzo? Enseñanza superior, pequeño.

-Enseñanza media -dijo Chris-. ¿Y sabes una cosa, Gordie? El próximo junio todos tendremos que irnos.

-¿Pero de qué estás hablando? ¿Por qué tendría que ocurrir eso?

-Porque no será igual que la primaria, sencillamente por eso. Tú harás el bachillerato superior, y Teddy, Vern y yo, todos, haremos formación profesional, y nos dedicaremos a jugar a los chinos con los demás retardados y a hacer ceniceros y jaulitas. Hasta puede que Vern tenga que ir a clases especiales para retrasados. Tú conocerás a muchos chicos nuevos. Chicos inteligentes. Las cosas son así, Gordie. Es así como las han organizado.

-Conoceré a un montón de memos, si es eso a lo que te refieres -le dije.

Me agarró el brazo.

-No, amigo, no digas eso. No lo pienses siquiera. Ellos entenderán tus relatos, no como Vern y Teddy.

-Al cuerno los relatos. Yo no voy a andar con un montón de memos. De eso nada.

-No seas tan imbécil.

-¿Es de imbécil querer estar con tus amigos?

Me miró pensativo, como si estuviera considerando si decirme algo o no. Caminábamos más despacio; Vern y Teddy nos habían adelantado casi un kilómetro. El sol estaba ya bajo y sus rayos nos llegaban en haces quebrados y polvorientos entre los árboles, dando un tono dorado, pero de un dorado deslucido y como de oro falso, ¿comprendes lo que quiero decir? Las vías se perdían a lo lejos en la penumbra, que justo estaba empezando a cubrir las cosas: parecía que pestañearan. Puntitos de luz destellaban aquí y allá en ellas como si un rico chiflado disfrazado de obrero se hubiera dedicado a incrustar un diamante en el acero cada sesenta metros o así. Todavía hacía calor. El sudor seguía recorriendo y puliendo nuestros cuerpos.

-Es de imbécil si tus amigos pueden hundirte -dijo al fin Chris-. Te conozco a ti y a tus padres. Les importas un carajo, ya lo sé. Sólo les importaba tu hermano mayor. Igual que mi padre cuando Frank «tuvo que veranear» en Portsmouth. Fue entonces cuando empezó a meterse todo el día con los otros hijos y a pegarnos continuamente. Tu padre no te pega, pero tal vez sea peor. Le importas un bledo. Seguro que si le dices que quieres hacer formación profesional, pasa la hoja del periódico y te contesta: «Bueno, está bien, Gordon, pregúntale a tu madre qué hay de cena». Y no me digas que no es así, porque le conozco.

No intenté contradecirle. Es realmente espantoso descubrir que otra persona, aunque sea un amigo, conoce exactamente tu situación.

-No eres más que un niño, Gordie...

-¡Caramba! Gracias, papi.

-¡Ojalá fuera yo tu padre, maldita sea! -dijo irritado-. ¡No andarías por ahí hablando de hacer esos malditos cursos de formación profesional si lo fuera! Puede que Dios te diera algo, Gordie, todos esos relatos que puedes inventarte, y te dijera: esto es lo que hemos conseguido para ti, chico. Procura no perderlo. Pero los niños lo pierden todo, a no ser que alguien vele por ellos; y si tus viejos están demasiado destrozados para hacerlo, tal vez tenga que hacerlo yo.

Puso una cara como si esperara que le diera un golpe. Una expresión fija y desdichada, a aquella luz verde oro del atardecer. Acababa de violar la norma esencial de los chicos de

aquellos tiempos. Podías decir lo que fuera de otro chico, podías criticarle y meterte con él, pero jamás criticarías a su padre ni a su madre, ni te meterías para nada con ellos. Aquello era algo sabido y aceptado, lo mismo que lo era el no invitar a tus amigos católicos a cenar a casa un viernes sin haberte asegurado previamente de que no había carne-de cena. Si algún chico se metía con tu padre o con tu madre, no te quedaba más remedio que zurrarle la badana.

-Esas historias que cuentas, Gordie, sólo son válidas para ti mismo. Si siguieras con nosotros sólo porque no quieres que la pandilla se deshaga, acabarías como todos los demás, como carne de cañón, sacando aprobadillos para seguir en los equipos, y todo eso. Si lo hicieras, Gordon, si hicieras los mismos malditos cursos de formación profesional, acabarías como todos los demás... Castigos, suspensos, y al poco tiempo lo único que te importará será cómo conseguir un coche para poder llevar a alguna tía a los bailes o a la Twin Bridges Tavern. Y luego la dejarás embarazada y te pasarás el resto de la vida en la fábrica o en algún taller de zapatería de Auburn o hasta puede que en Hillcrest desplumando pollos. Y nadie escribirá jamás ese relato de las tartas; nadie escribirá nada. Y todo porque no eres más que un presuntuoso de mierda con la cabeza llena de idioteces.

Cuando me dijo todo esto, Chris Chambers tenía doce años. Pero mientras me lo estaba diciendo, su rostro se fue contrayendo y transformándose en el de un adulto, en el de alguien mucho mayor, en el de alguien sin edad. Hablaba en un tono monótono y maquinal, a pesar de lo cual sus palabras me llenaron de espanto. Era como si él ya hubiera vivido todo aquello, aquella vida en la que te dicen que te acerques y que hagas girar la Rueda de la Fortuna y gira perfectamente y el tipo pisa un pedal y sale doble cero, gana la casa, todo el mundo pierde. Te dejan pasar gratis y luego te echan la soga al cuello, muy divertido, eh.

Me agarró el brazo y apretó con fuerza. Sus dedos se hundieron en mi carne. Se le marcaban los nudillos. De pronto vi sus ojos cenicientos y mortecinos... tan muertos, amigo, en realidad, que podrían acabar de salir de su propio ataúd.

-Sé lo que piensa la gente de mi familia en este pueblo. Sé lo que piensan y lo que esperan de mí. Nadie me preguntó siquiera aquella vez si había agarrado el dinero de la leche. Se limitaron a darme tres días de «vacaciones».

-¿Lo hiciste? -le pregunté.

Nunca se lo había preguntado, y si me hubieras dicho que alguna vez lo haría, te habría dicho que estabas loco. Las palabras salieron de mi boca sin pensarlo.

-Claro -dijo-. Claro que lo tomé -se quedó un momento en silencio, mirando a Teddy y a Vern-. Tú sabías que lo tomé, Teddy lo sabía, todo el mundo lo sabía. Hasta creo que Vern lo sabía.

Iba a negarlo, pero decidí no hacerlo. Tenía razón. No importaba lo que yo les hubiera dicho a mis padres de que a una persona se la consideraba inocente hasta que se demostrara su culpabilidad, tenía razón; yo le había creído culpable.

-Luego, tal vez me arrepintiera e intentara devolverlo -dijo Chris.

Le miré fijamente, con los ojos muy abiertos.

-¿Intentaste devolverlo? -pregunté.

-Dije tal vez. Sólo tal vez. Y tal vez hablara con la vieja señora Simons y se lo entregara, y tal vez el dinero estuviera allí, pero me dieron de todas formas los tres días de «vacaciones», porque el dinero no apareció. Y puede que a la semana siguiente la vieja señora Simons se presentara en el colegio con una flamante falda.

Miré a Chris, demasiado asombrado para poder pronunciar una sola palabra. Me sonrió, pero era una sonrisa torva, terrible, que no incluía sus ojos.

-Sólo tal vez -dijo, pero yo recordé la falda nueva: una falda de algodón en tonos pardos muy bonita, muy amplia. Recordé haber pensado que la señora Simons parecía más joven, casi bonita, con ella.

-Chris, ¿cuánto dinero era?

-Casi veinte pavos.

-¡Chris! -dije, en un susurro.

-Así que digamos que robé el dinero de la leche y que luego la vieja señora Simons me

lo robó a mí. Imagínate que salgo con esa historia. Yo, Chris Chambers.

Hermano de Frank Chambers y de Ojo Chambers. ¿Crees que alguien me habría creído?

-Ni hablar -dije, en un susurro-. ¡Santo cielo!

Volvió a ofrecerme su sonrisa helada y atroz.

-¿Y crees que aquella zorra se habría atrevido a hacer algo parecido si se hubiera tratado de alguno de esos niñitos de The View? ¿Si hubiera sido uno de ellos quien hubiera tomado el dinero?

-No -dije.

-Claro que no. Si hubiera sido uno de ellos, la Simons habría dicho: «Muy bien, muy bien, lo olvidaremos por esta vez, pero tendrás un buen castigo, y si se te ocurre volver a hacerlo, el castigo será doble». Pero tratándose de mí... en fin, tal vez llevara mucho tiempo deseando comprarse aquella falda. En cualquier caso, vio la ocasión y la aprovechó. Fui un imbécil por intentar devolverlo. Pero cómo iba a ocurrírseme siquiera... cómo... que una profesora, oh, qué más da ya, de todas formas. ¿Por qué diablos estoy ahora contándotelo?

Se pasó el brazo, con irritación, por los ojos y me di cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

-Chris -le dije-. ¿Por qué no haces los cursos del instituto y vas luego a la universidad? Puedes hacerlo perfectamente, eres inteligente.

-Oh, todo eso lo deciden ellos en su despacho. Y en sus reuniones. Los profesores, ya sabes, se sientan todos juntitos formando un círculo y todos ellos dicen: «Ya, ya, claro, claro». Lo único que les importa algo es cómo te portaste en la primaria y lo que piensan en el pueblo de tu familia. En realidad, de lo que se trata y lo que ellos están determinando es si contaminarás o no a esos preciosos niñitos que se preparan para la universidad. Pero puede que lo intente por mi cuenta. No sé si podré conseguirlo, pero puedo intentarlo. Porque quiero largarme de Castle Rock e ir a la universidad y no volver a ver a mi viejo ni a mis hermanos nunca. Quiero irme a algún sitio donde nadie me conozca y no tenga cosas en mi contra antes siquiera de empezar. Pero, claro, no sé si podré conseguirlo.

-¿Por qué no?

-La gente, Gordie. La gente te hunde.

-¿Quién? -pregunté, pensando que debía referirse a los profesores, o a monstruos adultos como la señora Simons, que había deseado tener una falda nueva, o tal vez a su propio hermano, que andaba con Ace y Billy y Charlie y los demás, o tal vez a sus propios padres.

-Tus amigos te hunden, Gordie. ¿Es que no lo sabes? -me dijo. Y señaló a Vern y a Teddy, que se habían parado a esperarnos; se estaban riendo por algo. En realidad, Vern aparecía a punto de reventar de risa-. Tus amigos, Gordie. Son como náufragos ahogándose que se agarran a tus piernas. No puedes salvarles. Sólo puedes hundirte con ellos.

-¡Venga ya, tardones! -gritó Vern, todavía riéndose.

-¡Venga, vamos! -gritó Chris, y, antes de que yo pudiera decir nada, echó a correr. Hice otro tanto, pero él alcanzó a los otros antes de que yo le alcanzara a él.

18

Seguimos caminando casi otros dos kilómetros y entonces decidimos acampar para pasar la noche. Había todavía suficiente luz, pero en realidad ninguno quería usarla. Estábamos agotados por todo lo ocurrido, la escena del basurero, el susto del puente; pero sin duda había algo más. Estábamos ya en Harlow, en el bosque. En algún lugar, ya no muy lejos, había un chico muerto, seguramente destrozado y cubierto de moscas. Y de gusanos, también, para entonces. Nadie deseaba acercarse a él demasiado, pues la noche estaba avanzando. Yo había leído en algún sitio (creo que en un relato de Algernon Blackwood) que el espíritu de una persona permanece cerca de su cadáver hasta que el cuerpo recibe cristiana sepultura, y

Librodot

no deseaba en absoluto despertarme por la noche y encontrarme frente al incandescente y desencarnado espíritu de Ray Brower, gimiendo y disparatando y flotando entre los negros y susurrantes pinos. Calculamos que acampando allí, nos separarían de él lo menos unos quince kilómetros; sin duda alguna, los cuatro sabíamos perfectamente que no existían cosas tales como espíritus y fantasmas, aunque, de cualquier forma, quince kilómetros seguían pareciéndonos una distancia razonable entre nosotros y aquello en lo que no creíamos.

Vern, Chris y Teddy recogieron leña y consiguieron hacer un modesto fuego de campamento sobre un lecho de cenizas. Chris limpió completamente de yerbas el terreno todo alrededor del fuego, pues el bosque estaba tan absolutamente seco por la sequía que era mejor tomar todas las precauciones. Mientras ellos hacían todo esto, yo afilé unos palos e hice lo que mi hermano Denny solía llamar «palillos de pioneros», que consistían en trozos de carne picada colocados en los extremos de ramitas verdes. Los tres se reían y discutían sobre su conocimiento de la vida en los bosques (que era prácticamente nulo; en Castle Rock había un grupo de boy scouts, pero casi todos los chicos de nuestra pandilla la consideraban una organización de cobardicas), discutiendo si era mejor cocinar sobre las llamas o sobre las brasas (punto discutible; estábamos demasiado hambrientos para esperar que se formaran brasas), si el musgo seco podría servir como leña, qué podrían hacer si se, les acababan las cerillas sin haber conseguido avivar la hoguera. Teddy decía que él podía hacer fuego frotando dos palitos. Chris argüía que de alguna forma se las ingeniarían. Pero no hubo necesidad de ello. Vern consiguió que a la segunda cerilla el musgo seco prendiera y también la pequeña pila de leña. El día era perfectamente calmo; el aire estaba absolutamente quieto. Alimentamos por turnos la débil hoguera hasta que empezó a animarse y empezaron a arder unos troncos que habían traído de una trampa que estaba a unos treinta metros bosque adentro.

Cuando las llamas empezaron a ceder un poquito, clavé los palos en que había colocado los «palillos de pionero» asegurándolos bien en el suelo formando ángulo con la hoguera. Nos sentamos alrededor contemplándolos mientras rielaban y goteaban y, por último, empezaban a dorarse. Nuestros estómagos iniciaron el canturreo previo a la ingestión.

Sin podernos esperar a que se hicieran bien, agarramos cada uno nuestra ración correspondiente, la metimos en los bollos y le arrancamos el palillo del centro. La carne estaba achicharrada por fuera, cruda por dentro y absolutamente deliciosa. La devoramos en cuestión de segundos; nos limpiamos la boca con la mano. Entonces, Chris abrió su mochila y sacó una cajita de vendas (la pistola estaba al fondo de la mochila, y como no le había dicho nada a Vern ni a Teddy, yo creía que era nuestro secreto). Abrió la cajita y nos dio un Winston abollado a cada uno. Los encendimos con ramitas del fuego y luego nos echamos hacia atrás, dueños del mundo, contemplando el humo del cigarrillo perdiéndose en el crepúsculo. Ninguno nos tragábamos el humo, pues de hacerlo toseríamos y eso supondría uno o dos días de aguantar las bromas de los otros. Y era bastante agradable simplemente chupar y soplar, escupiendo en la hoguera para oír el chisporroteo (aquel verano aprendí a descubrir a una persona que no sabe fumar: si no eres un experto, escupes muchísimo). Nos sentíamos muy bien. Fumamos los Winstons hasta el filtro, que echamos luego a la hoguera.

-No 'hay como un cigarrillo después de comer -dijo Teddy.

-Y que lo digas -convino Vern.

Los grillos habían empezado a canturrear en la verde penumbra. Alcé la vista hacia el trozo de cielo visible a través del corte de las vías; el azul se estaba tornando púrpura. La última luz del crepúsculo me produjo tristeza y serenidad a un tiempo, valiente aunque no realmente valiente, agradablemente melancólico.

Preparamos un lugar en la maleza junto al terraplén y colocamos allí nuestros sacos de dormir. Luego nos dedicamos durante más o menos una hora a alimentar el fuego y a charlar: el tipo de conversación que no volverás a recordar en cuanto pases de los quince y descubras a las chicas. Hablamos de cuál era el mejor bote de pesca de arrastre de Castle Rock, de si Boston quedaría eliminado aquel año y de que el verano se acababa. Teddy contó que una vez había estado en White Beach, en Brunswick, y un chico se había golpeado mientras nadaba

Librodot

bajo el agua y casi se había ahogado. Repasamos durante bastante tiempo los méritos de los profesores que habíamos tenido. Todos estábamos de acuerdo en que el señor Brooks era el individuo más débil de todo el colegio: parecía a punto de echarse a llorar sólo porque le contestaras con descaro. Y allí teníamos también a la señorita Cote (que se pronunciaba Cody) que era sin duda alguna la zorra más despreciable que Dios hubiera colocado sobre la faz de la tierra. Vern contó que le habían dicho que hacía unos dos años le había dado una paliza tal a un niño que casi le deja ciego. Miré a Chris, preguntándome si hablaría de la señorita Simons, pero no dijo nada en absoluto y ni me vio que le estaba mirando; él estaba mirando a Vern, asintiendo tranquilamente a lo que Vern decía.

Mientras la noche se echaba encima, no hablamos de Ray Brower, pero yo pensaba en él. Hay algo terrible y fascinante en la forma en que cae la noche en el bosque, donde su llegada no queda mitigada por las luces de las casas ni de los coches ni de las calles. Llegasin que las voces maternas llamando a sus hijos la anuncien. Si estás acostumbrado al pueblo, la llegada de la noche en el bosque parece más un desastre natural que un fenómeno natural; crece igual que el río Castle se hincha en primavera.

Y mientras pensaba en el cuerpo de Ray Brower en aquella luz (o en aquella falta de luz) no sentía temor alguno de que se nos apareciera de repente, un espíritu farfullante cuyo propósito era devolvernos al lugar de donde habíamos venido para que no perturbáramos su paz, sino una súbita e insólita oleada de compasión por el hecho de que estuviera solo e indefenso en la oscuridad que se estaba adueñando ahora de nuestro lado de la tierra. Estaba absolutamente desvalido, sin su madre que le protegiera, sin su padre, ni Jesucristo con toda su corte celestial. Estaba muerto y estaba absolutamente solo, tirado allá en la zanja; comprendí que si no dejaba de pensar en ello, acabaría echándome a llorar.

Así que conté un cuento de Le Dio, inventado sobre la marcha y no muy bueno; y cuando le puse fin, como a la mayoría de historias de Le Dio, con un soldado estadounidense soltando una agonizante declaración de patriotismo y amor por la chica que le esperaba allá en casa, en la cara triste y sabedora del sargento de la compañía, no era la cara blanca y asustada de ningún soldado raso de Castle Rock ni de White River Junction la que veía mentalmente, sino la cara de un muchacho mucho más joven, muerto ya, con los ojos cerrados, los rasgos contraídos, un arroyuelo de sangre corriéndole hacia la barbilla desde la comisura izquierda de los labios. Y tras él, en lugar de las destrozadas tiendas e iglesias de mi Le Dio, sólo el bosque oscuro y la vía férrea alzándose contra el cielo estrellado como un túmulo funerario prehistórico.

19

Desperté en plena noche totalmente desorientado, preguntándome cómo haría tanto fresco en mi dormitorio y quién habría dejado abiertas las ventanas. Tal vez Denny. Había estado soñando con Denny, que estábamos en el parque estatal de Harrison. Pero aquello había sido cuatro años antes.

No estaba en mi dormitorio; estaba en algún otro lugar. Alguien me sujetaba con fuerza en un abrazo osuno, alguien más se apoyaba en mi espalda y una tercera persona estaba agazapada a mi lado, con la cabeza inclinada, como escuchando.

-¿Qué diablos pasa? -pregunté, realmente asombrado.

Un largo gruñido como respuesta. Parecía Vern.

Eso me hizo comprender, me devolvió a la realidad, recordé dónde estaba... pero ¿qué estaban haciendo todos despiertos en plena noche? ¿O habría estado dormido sólo unos segundos? No, era imposible, porque una fina franja de luna flotaba en el centro justo de un cielo negrísimo.

Librodot

-¡No dejes que me agarre! -gimoteaba Vern-. Juro que seré bueno, me portaré siempre bien, levantaré la tapa de abajo antes de hacer pis, yo... yo...

Con cierto asombro, comprendí que estaba oyendo una plegaria... o al menos el equivalente a una plegaría para Vern Tessio.

Me incorporé de prisa, asustado.

-¿Chris?

-Cállate, Vern -dijo Chris. Era el que estaba agazapado y como escuchando-. No es nada.

-Oh, sí que lo es -dijo Teddy lúgubremente-. Es algo.

-¿Qué es? -pregunté.

Seguía soñoliento y desorientado, completamente descentrado de tiempo y lugar. Me asustaba el haber llegado demasiado tarde a lo que hubiera sucedido...quizá demasiado tarde para defenderme como era debido.

Entonces, como en respuesta a mi pregunta, un grito sordo y prolongado resonó lánguidamente en el bosque: era idéntico al grito que daría una mujer muerta de miedo y dolor.

-¡Oh, Dios mío bendito! -lloriqueó Vern lastimeramente.

Y volvió a atenazarme con aquel abrazo osuno que me había despertado, casi impidiéndome respirar y acrecentando mi propio terror. Conseguí con gran esfuerzo que me soltara y gateó y se colocó pegado a mi espalda como un cachorrillo incapaz de pensar en ningún otro sitio adonde ir.

-Es ese chico Brower -dijo Teddy con voz ronca-. Su espíritu está libre por el bosque.

-¡Santo cielo! -gritó Vern, como si tal idea no le sorprendiera lo más mínimo-. ¡Prometo que no volveré a coger libros sucios de la tienda de Shalie! ¡Prometo que no le daré mis zanahorias al perro nunca! Yo... Yo... Yo... -forcejeaba, esperando sobornar a Dios con lo que fuera e incapaz de pensar en algo realmente bueno, en el paroxismo de su terror-. ¡No volveré a fumar cigarrillos sin filtro! ¡No diré palabrotas! ¡No echaré el chicle en la bandeja de limosnas! ¡No volveré a...!

-Cállate, Vern -dijo Chris, y bajo su habitual rudeza autoritaria pude advertir, oír, el sonido retumbante del espanto. Me pregunté si tendría la carne de gallina y los pelos de punta como yo, si su miedo sería tan intenso como el mío.

Bajó la voz hasta que sólo fue un susurro y en tal tono siguió exponiendo las reformas que se proponía establecer si Dios le permitía seguir con vida después de aquella noche.

-Es un pájaro, ¿no? -pregunté a Chris.

-No. Al menos a mí no me lo parece. Creo que es un lince. Mi padre dice que gritan de un modo espantoso cuando se disponen a aparearse. Parece una mujer, ¿verdad?

-Oh, sí -dije.

Se me quebró la voz y dos cubos de hielo cayeron en el vacío que hubo entre ambas palabras.

-Pero ninguna mujer gritaría tan fuerte... -dijo Chris-. ¿Lo haría, Gordie? -añadió débilmente.

-¡Es el fantasma de ese chico! -volvió a susurrar Teddy; los cristales de sus gafas reflejaban la luz de la luna en débiles manchas un tanto nebulosas-. Voy a buscarlo.

No creo que hablara en serio, pero no podíamos esperar a averiguarlo. Cuando hizo ademán de levantarse, Chris y yo le agarramos y le obligamos a echarse de nuevo. Puede que lo hiciéramos con demasiada rudeza, pero, debido al miedo, teníamos los músculos como cables.

-¡Dejadme levantar, imbéciles de mierda! -gritó Teddy, debatiéndose-. Si digo que voy a buscarle, es que voy a buscarle. ¡Quiero verle! ¡Quiero ver al fantasma! ¡Quiero ver si...!

El salvaje grito sollozante volvió a rasgar la noche, cortando el aire como un cuchillo de hoja de cristal, dejándonos otra vez petrificados, con las manos sobre Teddy (si Teddy hubiera sido una bandera habríamos parecido el cuadro de los infantes de Marina de Iwo Jima). El grito escaló con asombrosa facilidad octava tras octava, alcanzando alturas increíbles,

permaneció un instante en un punto máximo y volvió luego a bajar hasta desaparecer en un registro insólitamente bajo semejante al zumbido de una abeja monstruosa: siguió a esto la explosión de lo que pareció una risotada demencial... y luego, otra vez el silencio.

-¡Que Dios se apiade de nosotros! -susurró Teddy, y no volvió a mencionar lo de adentrarse en el bosque para averiguar qué era lo que emitía aquel grito lastimero.

Los cuatro nos apretujamos los unos contra los otros; yo pensé en escapar, en echar a correr. Y dudo mucho que fuera yo el único... Si hubiéramos acampado de veras detrás de la casa de Vern (donde nuestros padres creían que estábamos) seguro que habríamos escapado. Pero Castle Rock estaba demasiado lejos de donde nos encontrábamos realmente y sólo pensar en cruzar aquel puente de las vías de noche me ponía la carne de gallina. Y correr adentrándonos más en Harlow y aproximándonos más al cadáver de Ray Brower era igualmente inconcebible. Estábamos atrapados. Si en verdad había algo allá en el bosque que quería agarrarnos, con toda seguridad lo haría...

Chris propuso que mantuviéramos la vigilancia durante toda la noche y a los demás nos pareció bien. Lo echamos a suertes y a Vern le tocó hacer el primer turno. A mí, el último. Así que Vern se sentó con las piernas cruzadas junto a los restos de la hoguera, mientras los otros tres volvíamos a echarnos. Nos apretujamos los tres juntitos como ovejas.

Yo estaba convencido de que me sería imposible dormir, pero lo conseguí; un sueño ligero, inquieto, que recorría el inconsciente como un submarino con el periscopio alzado. Mis sueños de duermevela estuvieron poblados de gritos salvajes que tal vez fueran reales o únicamente producto de mi imaginación. Vi (creí ver) algo blanco e informe moviéndose entre los árboles como una sábana grotescamente ambulante.

Y al final me deslicé en algo que sabía que era un sueño. Chris y yo estábamos nadando en White Beach, un cascajal de Brunswick que habían convertido en un lago en miniatura cuando las excavadoras llegaron al agua Era el lugar en que viera Chris a aquel chico que se golpeó la cabeza y estuvo a punto de ahogarse.

En mi sueño estábamos nadando tranquilamente bajo el ardiente sol de julio cayendo sobre nosotros. De lejos, de la balsa nos llegaban los gritos y risotadas de los chicos que subían y se tiraban o subían y los empujaban. Oía los cilindros vacíos de petróleo que mantenían la balsa a flote retumbando y entrechocando: un sonido no muy distinto al de campanadas de las iglesias, que son tan solemnes y tienen un tono tan profundo. En la playa de arena y grava, los cuerpos aceitados reposaban boca abajo sobre frazadas; niñitos con cubos se agachaban a la orilla del agua o se sentaban dichosos echándose porquería en el pelo con palas de plástico y los adolescentes se apiñaban en grupitos gesticulando y mirando a las chicas que paseaban incansables arriba y abajo en parejas o en tríos, jamás solas, con las zonas secretas de sus cuerpos cubiertas con inexpugnables trajes de baño. La gente corría a saltitos sobre los talones para llegar al bar. Y volvían con patatas fritas, pinchitos y bocadillos.

La señorita Cote pasó por nuestro lado en una balsa hinchable de goma. Estaba echada boca arriba, vestía su típico uniforme escolar de septiembre a junio: un traje gris dos piezas con un grueso jersey en vez de blusa bajo la chaqueta, una flor prendida sobre un pecho prácticamente inexistente y gruesos calcetines. Los zapatos negros de tacón alto rastrillaban el agua tras de sí formando pequeñas uves. Se había teñido el pelo en un tono azulado, como mi madre, y lo llevaba recogido en esos rizos tupidos de olor medicinal que parecen muelles de reloj. Las gafas le brillaban brutalmente al sol.

-A ver dónde ponéis los pies, chicos -dijo-. Mucho cuidado u os pegaré hasta dejaros ciegos. Puedo hacerlo; la junta directiva me ha concedido esa facultad. Vamos, señor Chambers, «El arreglo del muro», por favor. De memoria.

-Intenté devolver el dinero -decía Chris entonces-. ¡La vieja dama Simons dijo que de acuerdo, pero se lo quedó! ¿Me oye? ¡Se lo quedó! ¿Qué va a hacer usted ahora? ¿Le pegará hasta que se quede ciega?

-«El arreglo del muro», señor Chambers, por favor. De memoria.

Chris me dirigía una mirada de desvalimiento, como diciéndome: ¿No te lo dije? ¿No te dije lo que pasaría?, y luego empezó a nadar y a recitar. «Algo hay que no quiere al muro /

Librodot

Que hace hincharse bajo él el suelo helado...» Luego se hundió, llenándose de agua la boca.

Sacó de pronto la cabeza del agua, gritando: -¡Ayúdame, Gordie! ¡Ayúdame!

Y desapareció de nuevo bajo el agua. Mirando en el agua clara vi dos cadáveres hinchados, desnudos, unidos a sus tobillos. Uno era Vern y el otro Teddy, y tenían los ojos abiertos tan vacíos y sin pupilas como los ojos de las estatuas griegas. Sus penes pequeños y prepúbres flotaban fláccidamente hacia arriba como tiritas de algas blancas. La cabeza de Chris volvió a asomar en el agua. Alzó hacia mí una mano y emitió un grito lastimero y femenino que fue llenando ululante la atmósfera estival soleada y ardiente. Miré enloquecido hacia la playa, pero nadie había oído. El salvavidas (cuyo cuerpo bronceado y atlético se recostaba de modo muy atractivo en la silla de lo alto de su torre de madera cruciforme enjalbegada) se limitó a seguir sonriéndole a una chica que llevaba un traje de baño rojo. El grito de Chris se convirtió en un gorgoteo ahogado por el agua al hundirse de nuevo arrastrado por los cadáveres. Y mientras le hundían hasta lo más profundo, pude ver sus ojos agitados y distorsionados volverse suplicantes hacia mí. Pude verle alzar las blancas manos como estrellas marinas desvalidamente hacia la superficie del agua bañada por el sol. Pero en lugar de lanzarme al agua para intentar salvarle, nadé con frenesí hacia la orilla, o al menos hacia una zona donde el agua no me cubriera. Antes de que pudiera llegar (ni aproximarme siquiera), sentí que una mano blanda, implacable y descompuesta se cerraba en torno a mi pantorrilla y empezaba a tirar de mí hacia abajo. Un grito se alzó en mi pecho, pero antes de que saliera de mi boca, el sueño se desvaneció en un veteado facsímil de realidad. Era Teddy, que tenía una mano puesta en mi pierna. Estaba zarandeándome para despertarme.

Me tocaba hacer la guardia.

Aún medio dormido, casi hablando en sueños, le pregunté con voz apagada:

-¿Estás vivo, Teddy?

-Qué va. Estoy muerto y tú eres un negro miserable -dijo de mal humor.

Sus palabras me despejaron del todo. Me senté junto a la hoguera y Teddy se echó.

20

Durmieron los tres profundamente el resto de la noche. Yo lo pasé entrando y saliendo del sueño, dormitando, despertando, dormitando de nuevo... La noche no era silenciosa en absoluto. Oí el chillido-graznido triunfante de una lechuza, el débil grito de un animal pequeño, tal vez a punto de perecer devorado, el de algo un poco más grande moviéndose torpemente entre la maleza. Y bajo todo esto, el persistente y monótono canto de los grillos. No hubo más gritos. Yo dormitaba y despertaba, despertaba y dormitaba; supongo que, si me hubieran encontrado en tan negligente vigilancia en Le Dio, sin duda me habrían formado un consejo de guerra y me habrían fusilado.

Al despertar de uno de estos períodos de semisueño, noté de pronto, más despierto ahora, que algo había cambiado. Tardé unos segundos en descubrirlo: aunque la luna estaba baja, podía verme las manos reposando sobre las perneras de mis pantalones. Mi reloj marcaba las cinco menos cuarto. Estaba amaneciendo.

Me puse en pie, sintiendo el crujir de mi columna vertebral, me alejé un poco de los cuerpos amontonados de mis amigos y meé sobre un montón de hojas de zumaque. Empezaba a liberarme del nerviosismo nocturno. Podía sentirlo. Y era una sensación agradable.

Trepé hasta las vías y me senté en uno de los raíles, jugueteando con la grava entre los pies, sin prisa ninguna por despertar a los otros. En aquel preciso instante, el nuevo día resultaba algo demasiado bueno para compartirlo.

La mañana llegaba con presteza. El canto de los grillos empezaba a decaer, y las sombras de árboles y arbustos desaparecían como charcos tras un chaparrón. El aire poseía

esa peculiar insipidez que presagia el último día caluroso de una destacada sucesión de días calurosos. Los pájaros, que habían permanecido acurrucados en silencio toda la noche, igual que nosotros, empezaron a gorjear, dándose tono. Un abadejo se posó encima de la trampa de la presa de la que habíamos cogido leña para la hoguera, se atildó, y salió volando.

No sé cuánto tiempo permanecí sentado en la vía, contemplando el púrpura desaparecer del cielo tan en silencio como lo hiciera por la tarde. De todos modos, el suficiente para que mi trasero empezara a resentirse. Iba a incorporarme, cuando miré hacia la derecha

y, a no más de diez metros de distancia, vi una cervatilla en el firme de las vías.

El corazón me dio un vuelco con tal fuerza que creí que iba a salírseme por la boca. Sentí una gran excitación en estómago y genitales. No me moví. No podría haberlo hecho aunque hubiera querido. Los ojos de la cervatilla no eran pardos, sino de un negro intenso como el terciopelo que usan en las joyerías para exponer las joyas. Sus orejitas eran ante arañado. Me miraba con serenidad, con la cabeza levemente inclinada en lo que tomé por curiosidad, al ver a un chico con el pelo enmarañado, con pantalones con vueltas y camisa caqui con los codos remendados y el cuello subido al estilo de la época. Lo que yo estaba viendo era una especie de regalo, algo que se me ofrecía con una despreocupación realmente pasmosa.

Nos quedamos largo rato mirándonos... creo. Luego, la cierva se volvió y se alejó hasta el otro lado de las vías, moviendo despreocupadamente su rabo corto y blanco. Encontró yerba y se puso a pacer. No podía creerlo. Se había puesto a pacer. No se volvió a mirarme; ni necesitaba hacerlo; yo estaba petrificado.

El raíl empezó entonces a retumbar debajo de mi trasero a los pocos segundos, la cervatilla alzó la cabeza en dirección a Castle Rock, olisqueando el aire con su negra naricilla partida, y luego dio tres gráciles saltos y desapareció, perdiéndose en el bosque sin más sonido que el de una rama muerta que se quebró con un sonido seco y apagado.

Seguí sentado mirando como hipnotizado el lugar donde había estado la cierva, hasta que el verdadero ruido del carguero quebró la quietud y el silencio. Me deslicé entonces hasta donde los otros dormían.

El estruendoso y lento paso del tren les despertó; bostezaban y se rascaban. Bromeamos un poco, con ciertos nervios aún, sobre «el caso del fantasma llorón», según le llamó Chris, aunque no creas que demasiado. A la luz del día resultaba más divertido que interesante... casi un poco vergonzoso. Mejor olvidarlo.

Tenía en la punta de la lengua lo de la cervatilla, pero al fin decidí no contárselo. Es algo que me guardé sólo para mí. Nunca lo he contado, ni siquiera escrito, hasta este momento, hasta hoy. Y he de deciros que una vez escrito desmerece, parece algo casi insignificante. Para mí fue lo mejor de todo el viaje, la parte más limpia; y es algo a lo que vuelvo sin poder evitarlo cuando tengo algún problema: mi primer día entre la maleza en Vietnam y el tipo que salió al claro en que estábamos, con la mano cubriéndose la nariz y cuando retiró la mano no tenía nariz debajo porque se la habían arrancado de un tiro; y cuando el médico nos dijo que nuestro hijo menor podría ser hidrocefálico (aunque, gracias a Dios, resultó ser sólo un poco cabezón); y las largas semanas de locura que precedieron a la muerte de mi madre. Me sorprendía de pronto volviendo a aquella mañana, viendo de nuevo sus suaves orejas y el blanco destello de su rabo. Pero qué importan ochocientos millones de chinos rojos, ¿verdad? Las cosas más importantes son las más difíciles de explicar, porque, de alguna forma, las palabras las minimizan, las degradan. Es muy difícil conseguir que los extraños se interesen por las cosas agradables e importantes de nuestra vida.

21

Librodot

Las vías corrían hacia el suroeste y se internaban en un laberinto de retoños de abeto y tupido monte bajo. Desayunamos a base de moras tardías, pero las moras nunca te hartan; simplemente, te calman un poco el hambre una media hora o así, y luego el estómago empieza a rugir de nuevo. Volvimos a las vías (serían aproximadamente las ocho, entonces) e hicimos un breve descanso. Teníamos los labios manchados de moras y los torsos llenos de arañazos. Vern clamaba a voz en grito por un par de huevos fritos con bacon.

Aquél fue el último día de calor, y creo que fue el peor de todos. La calina se fue desvaneciendo; y hacia las nueve, el cielo era color acero claro, exactamente de ese tono que sólo mirarlo te hace sentir más calor.

El sudor nos caía en regueros por el pecho y la espalda, dejando huellas sobre tizne y suciedad. Mosquitos y moscas revoloteaban en torno nuestro en nubes exasperantes. El saber que aún teníamos por delante largos kilómetros no nos hacía sentirnos mejor. Pero la fascinación que sentíamos por todo el asunto nos hacía caminar más de prisa que si tuviéramos que hacer algo, con aquella temperatura. Estábamos completamente locos por ver el cadáver de aquel chico: no puedo expresarlo de forma más lisa y llana. Tanto si era inofensivo como si resultaba poseer poder para asesinar el sueño con cien pesadillas monstruosas, queríamos verlo. Creo que habíamos llegado a creer que merecíamos verlo.

Eran aproximadamente las nueve y media cuando Teddy y Chris descubrieron agua. Nos llevaban bastante delantera. Nos gritaron para decírnoslo. Echamos a correr hasta donde estaban. Chris se reía muy contento.

-¡Mirad, lo hicieron los castores! -indicó.

Era obra de los castores, desde luego. Bajo el terraplén del ferrocarril corría una alcantarilla bastante ancha un poco más allá y los castores habían sellado su extremo derecho con uno de sus pulcros e industriosos diques: palos y ramitas unidos con hojas, ramitas y barro seco. Los castores son cabroncetes hacendosos, desde luego. Tras el dique había un límpido estanque resplandeciente, y los árboles que lo bordeaban tenían mordisqueada toda la corteza hasta casi una altura de un metro en algunos lugares.

-El ferrocarril eliminará este lugar de inmediato -dijo Chris.

-¿Por qué? -preguntó Vern.

-Aquí no puede haber un estanque -dijo Chris-. Podría socavar su preciosa vía férrea. En primer lugar, por eso es por lo que colocaron ahí la alcantarilla. Se cargarán a unos cuantos castores, aterrorizarán a los demás y luego vaciarán de golpe su dique. Y entonces esto volverá a ser una ciénaga, que seguramente es lo que era antes.

-Creo que tienes razón -dijo Teddy.

Chris se encogió de hombros.

-¿A quién le importan los castores? Desde luego al Great Southern & Western Maine, no; eso seguro.

-¿Crees que será bastante profundo para nadar? -preguntó Vern, contemplando ávidamente el agua.

-Hay una forma de averiguarlo -dijo Teddy. -¿Quién va primero? -pregunté.

-¡Yo! -dijo Chris. Alcanzó la orilla, dejó caer las zapatillas sacudiendo los pies y se soltó de un tirón la camisa que llevaba atada a la cintura. Dejó caer pantalones y calzoncillos con un solo empujón de los pulgares. Se apoyó primero en una pierna y luego en la otra para sacarse los calcetines Y luego se lanzó al agua en una profunda zambullida. Emergió, sacudiendo la cabeza para retirarse de los ojos el pelo mojado-. ¡Está buenísima! -gritó.

-¿Es muy profundo? -le gritó Teddy a su vez. Nunca había aprendido a nadar.

Chris hizo pie en el agua y ésta le cubría hasta los hombros. Advertí algo en uno de ellos: algo gris negruzco. Decidí que sería barro y lo olvidé. Si me hubiera fijado con más detenimiento, me habría ahorrado muchas pesadillas posteriores.

-Venga, venid, gallinas.

Se volvió y surcó el agua nadando con torpeza a brazadas de pecho, se volteó y volvió. Todos nos habíamos desnudado ya. Vern se lanzó el segundo. Yo a continuación...

La zambullida era increíble: el agua estaba limpia y fresca. Nadé hasta donde estaba

Chris, disfrutando de la suavísima sensación de no tener nada más que el agua sobre la piel. Me puse de pie en el agua y todos nos sonreímos.

-¡Fantástico! -lo dijimos casi al unísono.

-¡Mamón! -me dijo, echándome agua en la cara y alejándose a nado.

Jugamos en el agua casi durante media hora antes de darnos cuenta de que la charca estaba llena de sanguijuelas. Nos zambullíamos, nadábamos bajo el agua, nos hundíamos unos a otros. En ningún momento vimos las sanguijuelas. Luego, Vern entró en la parte más profunda, se tiró de cabeza e hizo el pino. Cuando, formando una trémula y triunfante uve, alzó en el aire las piernas, vi que estaban completamente cubiertas de burujos gris negruzcos iguales al que viera antes en el hombro de Chris. Eran sanguijuelas... de las grandes.

Chris se quedó con la boca abierta y yo sentí helárseme la sangre en las venas. Teddy dio un alarido y palideció. A continuación, los tres braceábamos hacia la orilla todo lo de prisa que podíamos. Hoy día sé más sobre las sanguijuelas de agua dulce de lo que sabía entonces, pero el hecho de que sean prácticamente inofensivas no ha servido de mucho contra el terror casi patológico que me producen desde aquel día. Su extraña saliva contiene un anestésico anticoagulante, de forma que su anfitrión no siente nada cuando se le pegan. Si no las ves, siguen alimentándose hasta que sus repulsivos cuerpos hinchados se desprenden por sí mismos o hasta que explotan.

Una vez en la orilla, Teddy bajó la vista, se vio, y le dio un ataque de histeria. Gritaba mientras se iba arrancando las sanguijuelas de la piel.

Vern salió a la superficie y nos miró asombrado.

-¿Qué diablos pasa con...?

-¡Sanguijuelas! -gritó Teddy, arrancándose dos de los muslos temblones y lanzándolas lo más lejos posible-. Malditas cabronas -se le quebró la voz en un chillido en la última palabra.

-¡DiosmíoDiosmíoDiosmíoDiosmío! -gritaba Vern. Chapoteó cruzando la charca y salió del agua tambaleante.

Aún estaba helado. Había cesado el calor del día. Yo no hacía más que decirme que tenía que controlarme. Que no podía ponerme a gritar. Que no podía ser un cobarde. Me quité una media docena de los brazos y algunas más del pecho.

Chris se colocó de espaldas a mí y me dijo:

-¿Gordie? ¿Tengo alguna más por detrás? ¡Quítamelas si me queda alguna, por favor, Gordie!

Tenía más en la espalda, sí. Unas cuatro o cinco, que semejaban una especie de grotescos botones negros.

Desprendí de la espalda de Chris sus blandos y suaves cuerpos. "

Me quité aún más de las piernas y luego Chris me quitó a mí las que tenía en la espalda.

Estaba empezando a tranquilizarme un poco en el preciso instante en que bajé la vista y vi al abuelito de todas ellas pegado a mis testículos, su cuerpo cuatro veces el tamaño normal. Su piel gris negruzca había adquirido un tono rojo púrpura. Y entonces empecé a perder el control. No exteriormente, a gran escala, sino interiormente, que es lo grave.

Rocé su cuerpo terso y pegajoso con el dorso de la mano. Siguió fijo. Intenté repetirlo y no pude obligarme a tocarlo. Me volví hacia Chris, intenté explicárselo, no pude. Le hice un gesto, señalando para que viera. Sus mejillas, ya intensamente pálidas, palidecieron aún más.

-No puedo quitármela -dije, con labios entumecidos-. Po... podrías... tú...

Pero retrocedió moviendo la cabeza; le temblaban los labios.

-No puedo, Gordie -dijo, sin poder apartar la vista del bicho-. Lo siento de verdad, pero no puedo. No. Oh. No.

Se volvió, se dobló apretándose el vientre con una mano como el mayordomo de una comedia musical, y vomitó sobre unas matas de enebro.

Contrólate, me decía yo, mirando la sanguijuela pegada a mí como una absurda barba. Su cuerpo seguía hinchándose a ojos vistas. Tienes que armarte de valor y quitártela. Ánimo. Sé valiente. Es la última. La última.

Volví a intentarlo; la arranqué y, al hacerlo, se me reventó entre los dedos. Mi propia sangre me recorrió la palma 'de la mano y la muñeca en un cálido flujo. Empecé a llorar.

Seguí llorando mientras caminaba hacia donde había dejado la ropa y me vestía. Quería dejar de llorar, pero sencillamente parecía incapaz de cerrar el grifo. Llegaron luego los escalofríos y temblores, empeorando aún más todo.

Vern llegó a mi lado corriendo, todavía desnudo.

-¿Me queda alguna, Gordie? ¿Me queda alguna? ¿Me queda alguna?

Se retorcía delante de mí como un bailarín enloquecido en un tablado de feria.

-¿Se han ido? ¿Eh? ¿Eh? ¿Se han ido, Gordie?

Mantenía los ojos fijos más allá de mí, tan abiertos y blancos como los del caballo de cartón de un tiovivo.

Asentí y seguí llorando. Parecía que el llorar fuera a ser mi nueva profesión. Me puse la camisa y me abotoné hasta el último botón del cuello. Me puse calcetines y zapatos. Poco a poco, las lágrimas empezaron a amainar. Al fin sólo me quedaban sollozos y estremecimientos y también éstos cesaron.

Se me acercó Chris, secándose la boca con un puñado de hojas de olmo. Su mirada era amplia, muda y apologética.

Cuando todos acabamos de vestirnos, permanecimos mirándonos un momento y luego empezamos a subir hacia las vías. Me volví una vez más a contemplar la sanguijuela reventada que yacía sobre las matas en que habíamos estado danzando y gritando y quitándonoslas. Parecía desinflada, pero aún siniestra.

Catorce años después, vendí mi primera novela e hice mi primer viaje a Nueva York. «Será una fiesta de tres días -me dijo por teléfono mi nuevo editor-. Se fusilará sumariamente a todo el que diga bobadas».

Pero fueron sin duda tres días de bobadas continuas.

Quise hacer, mientras estuve allí, todas las cosas propias del forastero: ver el programa escénico del Radio City Music Hall, subir al edificio del Empire State (a la mierda el World Trade Center; el edificio que King Kong escaló en mil novecientos treinta y tres siempre será para mí el más alto del mundo); visitar de noche Times Square. Keith, mi editor, parecía contentísimo enseñándome su ciudad. El último recorrido turístico que hicimos fue un paseo en el ferry de State Island. Y mientras estaba apoyado en la barandilla, bajé por casualidad la vista y vi cantidad de condones usados flotando en el apacible oleaje. Por un instante, el recuerdo fue casi absoluto: o tal vez fuera un caso real de viaje en el tiempo. De cualquier forma, por un segundo, estuve realmente en el pasado, haciendo un alto a la mitad de aquel terraplén y volviéndome a mirar la sanguijuela reventada: muerta, desinflada... pero aún siniestra.

Algo debió advertir Keith en mi expresión, porque dijo: «No es muy agradable, ¿verdad?».

Me limité a mover la cabeza; deseaba decirle que no hacía falta llegar hasta allí y tomar el ferry para ver condones usados; deseaba decirle: el único motivo por el que alguien escribe cuentos es poder entender el pecado y prepararse para cierta mortalidad futura. Por eso, en los cuentos se emplea normalmente el tiempo pasado, Keith, mi buen amigo, hasta en aquellos de los que se venden millones de ejemplares en ediciones de bolsillo. Las únicas formas artísticas útiles son la religión y los cuentos.

Como ya habréis imaginado, aquella noche yo estaba borrachísimo.

Lo que en realidad le dije fue: «Oh, estaba pensando en otra cosa».

Las cosas más importantes son siempre las más difíciles de expresar...

22

Librodot

Seguimos avanzando por la vías (no sé realmente hasta dónde llegamos) y yo empecé a pensar: Bueno, muy bien, creo que podré controlarlo; de todas formas, ya ha pasado, qué tontería, no eran más que sanguijuelas; y seguía pensando esto cuando, de repente, se me nubló la vista y me desmayé.

Debí caer con fuerza, pero aterrizar en las traviesas fue como zambullirme en un cálido lecho de plumas. Alguien me dio la vuelta. Sentía débil el roce de sus manos. Sus rostros eran globos desencarnados que me miraban desde kilómetros de distancia. Me miraban con la misma expresión con que mira el árbitro al luchador que ha recibido un golpe insignificante y aprovecha para tomarse un descanso de diez segundos sobre la lona. Sus palabras me llegaban en suaves fluctuaciones, en oleadas que se acercaban y se alejaban.

-... a él?

-... estar completamente...

-... si crees que el sol...

-Gordie, estás...

Luego, debí decir algo completamente absurdo, porque empezaron a mostrarse realmente preocupados.

Será mejor que volvamos con él, amigo -dijo Teddy, y perdí de nuevo el conocimiento por completo.

Al recobrarlo de nuevo, me sentía perfectamente. Chris estaba acuclillado a mi lado diciendo:

-¿Puedes oírme, Gordie? ¿Me oyes, amigo?

-Sí -le dije,' y me incorporé. Un enjambre de puntitos negros estalló delante de mis ojos y desapareció luego. Esperé por si volvían; como no lo hicieron, me levanté.

Maldita sea, Gordie, me has dado un susto de muerte -dijo Chris-. ¿Quieres un poco de agua? -Sí.

Me pasó su cantimplora, mediada de agua. Di tres sorbos y sentí el agua cálida bajarme por la garganta.

-¿Por qué te desmayaste, Gordie? -preguntó Vern con avidez.

Cometí el terrible error de mirarte a la cara -dije.

-¡Iiiii-Iiiii-Iiiii! -cloqueó Teddy-. ¡Condenado Gordie! ¡Qué tonto eres!

-¿De verdad te encuentras bien? -insistió Vern.

-Claro. Seguro. Pasé... un mal momento, pensando en las sanguijuelas. Los tres asintieron con seriedad. Descansamos un poco a la sombra y luego reanudamos la marcha, de nuevo Vern y yo a un lado de las vías y Chris y Teddy al otro. Creíamos que estábamos acercándonos

.

23

No estábamos tan cerca como imaginábamos; si hubiéramos tenido la idea de dedicar dos minutos a consultar un mapa de carreteras, habríamos averiguado por qué. Sabíamos que el cadáver de Ray Brower tenía que encontrarse cerca del camino de Harlow, que muere en la ribera del río Royal. Las vías del tren cruzan el río Royal en otro puente de caballetes. Y nosotros nos hicimos el siguiente cálculo: en cuanto nos acercáramos al Royal, estaríamos aproximándonos al camino de Harlow en el que Billy y Charlie habían aparcado cuando vieron el cadáver. Y como el Royal estaba sólo a unos quince kilómetros del Castle, calculamos que teníamos que estar ya cerca.

Pero esos quince kilómetros eran en línea recta y el curso de las vías entre el Castle y el Royal no es precisamente recto, sino que, por el contrario, hacen una curva muy pronunciada

para eludir una zona montañosa de terreno poco firme, conocida como Los Riscos. De cualquier forma, si hubiéramos consultado un mapa habríamos visto con toda claridad esa curva y habríamos comprendido que teníamos que recorrer unos veinticinco kilómetros en vez de quince.

Chris empezó a sospechar la verdad cuando el mediodía llegó y ,pasó, y no divisábamos el Royal por parte alguna. Paramos entonces y él subió a un pino alto a echar una ojeada. Cuando bajó nos dio un informe bastante simple: no llegaríamos hasta el Royal por lo menos hasta las cuatro de la tarde, y eso sólo en el caso de que nos diéramos bastante prisa.

-¡Vaya una mierda! -gritó Tedd-. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Nos miramos; estábamos todos cansados y sudorosos. Y hambrientos y desanimados. La gran aventura se había convertido en un gran esfuerzo... desagradable y terrorífico a veces. Y a aquellas alturas ya nos habrían echado de menos en casa, además, y si Milo Pressman no había mandado a la policía tras nosotros, seguro que lo había hecho el maquinista del tren que nos habría visto cruzando el puentecillo. Habíamos estado planeando regresar a Castle Rock en autoestop, pero a las cuatro sólo faltaban unas tres horas para que se hiciera de noche, y nadie recoge a cuatro chicos en un camino vecinal cuando ya ha oscurecido.

Intenté evocar la imagen de mi corza paciendo en la verde yerba matinal, pero hasta aquello resultaba poco agradable, artificial, no mucho mejor que un trofeo disecado sobre la chimenea de un pabellón de caza, con los ojos pintados para darles aquel vivaz brillo falso.

-Llegaremos antes si seguimos las vías. Venga, vamos -dijo al fin Chris.

Se volvió y empezó a caminar siguiendo las vías, con la cabeza baja, los zapatos polvorientos y su sombra un pequeño charquito bajo él. Al cabo de un minuto o así, los tres le seguimos en fila india.

24

En los años transcurridos entre entonces y el momento en que escribo esto, he pensado muy poco, al menos de un modo consciente, en aquellos dos días de septiembre. Las asociaciones que producen los recuerdos son tan desagradables como cadáveres de ahogados en el río sacados a la superficie a cañonazos al cabo de una semana. En consecuencia, nunca he analizado realmente nuestra decisión de seguir las vías. En otras palabras, he considerado a veces qué decidimos hacer pero nunca cómo tomamos la decisión.

Pero ahora es mucho más simple. Estoy seguro de que si hubiera surgido la idea de hacer autoestop la habríamos desechado: seguir las vías habría parecido más razonable, más inteligente. Pero si la idea hubiera surgido y no la hubiéramos desechado enérgicamente, ninguna de las cosas que ocurrieron después hubiera ocurrido. Hasta puede que Chris y Teddy y Vern estuvieran hoy vivos. No, no murieron en el bosque ni en las vías. En esta historia sólo mueren algunas sanguijuelas y Ray Brower, y en realidad él ya estaba muerto antes incluso de que empezara. Pero es cierto que de los cuatro que lanzamos la moneda al aire para ver a quién le tocaba bajar hasta el Florida Market a buscar provisiones, sólo aquel al que le tocó bajar sigue hoy vivo: el Viejo Marinero de treinta y cuatro años, como en el poema de Coleridge, que está aquí contigo, Amable Lector, en el papel de Invitado de Boda (¿no debieras en este punto recurrir a la foto de la solapa para comprobar si mi mirada te atrapa en su hechizo?). Si adviertes cierta presunción por mi parte, estás en lo cierto, aunque tal vez tenga motivos. A una edad en la que a los cuatro se nos consideraría demasiado jóvenes e inexpertos para ser presidentes, tres de los cuatro han muerto; y si los sucesos insignificantes se agigantan con el tiempo, si tal vez hubiéramos hecho lo elemental y sencillamente, hubiéramos hecho autoestop hasta Harlow, hoy estarían vivos.

Podríamos haber recorrido en coche todo el trayecto de la carretera 7 hasta la iglesia de

Librodot

Shiloh, que está en la intersección de la autopista y el camino de Harlow (al menos lo estaba hasta mil novecientos sesenta y siete, en que la destruyó un incendio, debido, al parecer, a una colilla que algún vagabundo tiró). Con suerte razonable, podríamos haber llegado a donde estaba el cadáver al atardecer del día anterior.

Pero la idea no habría perdurado. No habría sido desechada con argumentos firmemente apoyados y profunda retórica social, sino con ceños y gruñidos y pedos y cortes de manga. La parte verbal de la discusión se habría desarrollado con aportaciones tan agudas y brillantes como «Mierda», «Porras, no» y el viejo argumento eficaz de «¿Vive alguno de los hijos de tu madre?»

Estaba por debajo, inexpresada (tal vez por ser demasiado elemental) la idea de que aquello era algo grande. No se trataba de andar tirando petardos o atisbando por los agujeros de la madera de la parte de atrás del excusado de chicas del parque estatal de Harrison. Aquello era algo equiparable a hacerlo con una chica por vez primera o a ingresar en el Ejército o a comprar la primera botella de licor: entrar estruendosamente en la tienda, ya me entiendes, elegir una botella de buen escocés, mostrar al dependiente tu tarjeta de reclutamiento y tu permiso de conducir y salir luego con una sonrisa y la bolsa de papel en la mano, miembro de un club con pocos derechos y privilegios más que nuestra vieja casa del árbol de tejado de hojalata.

Todos los acontecimientos fundamentales tienen un importante ritual, los ritos de iniciación, el pasillo mágico en el que se produce el cambio. Comprar condones. Plantarte delante del sacerdote. Alzar la mano y prestar juramento. O, si lo prefieres, bajar por las vías férreas para encontrar a medio camino a un amigo de tu misma edad, igual que yo subía por la calle Pine al encuentro de Chris si él iba a venir a mi casa o como bajaba Teddy por la calle Gates para salirme al encuentro cuando yo iba a ir a la suya. Parecía correcto hacerlo de esta forma porque el rito de iniciación es un pasillo mágico y así siempre proporcionamos un pasadizo: que es el que recorres cuando te casas, por el que te bajan cuando te entierran. Nuestro pasillo eran aquellos raíles y caminábamos entre ellos, avanzando con dificultad hacia nuestra meta, fuera lo que fuese. No puedes ir en autoestop a una cosa así. Y quizás también nos pareciera que era lógico también que nos resultase más difícil de lo que esperábamos. Todos los sucesos que rodearon nuestra excursión la habían convertido al fin en lo que nosotros creímos todo el tiempo que era: algo de suma importancia.

Lo que nosotros ignorábamos cuando bordeábamos Los Riscos era que Billy Tessio, Charlie Hogan, Jack Mudgett, Norman Bracowicz el Peludo, Vince Desjardins, el hermano mayor de Chris, Ojo, y el propio Ace Merrill estaban de camino para echar una ojeada al cuerpo del chico (Ray Brower se había hecho famoso, de una forma extraña, y nuestro secreto se había convertido casi en un secreto a voces). En el momento en que nosotros iniciábamos la última etapa de nuestro viaje, ellos se apretujaban en el cuarteado y destrozado Ford del cincuenta y dos de Ace y en el Studebaker rosa de Vince.

Billy y Charlie habían conseguido guardar su gran secreto durante aproximadamente unas treinta y seis horas. Luego, Charlie se lo reveló a Ace mientras jugaban al billar; y Billy se lo había contado a Jack Mudgett mientras pescaban en el puente de Boom Road. Tanto Ace como Jack habían jurado solemnemente guardar el secreto poniendo a sus madres por testigos; y así, al mediodía, toda la pandilla estaba ya, en el secreto. Supongo que deduciréis la consideración que a semejantes imbéciles les merecían sus madres.

Se congregaron todos en la sala de billares y Bracowicz el Peludo expuso la teoría (que ya has oído, Amable Lector) de que podrían convertirse en héroes (por no decir en personajes de radio y televisión) «descubriendo» el cuerpo del chico Brower. Todo lo que tendrían que hacer, sostenía Bracowicz, era disponer de dos coches con los maleteros llenos de pertrechos de pesca. En cuanto encontraran el cuerpo, su historia sería un éxito completo. «Nosotros simplemente nos disponíamos a recoger algunos sollos en el río Royal, oficial, je-je-je, y mire lo que encontramos.»

Estaban ya devorando los kilómetros que separaban Castle Rock de la zona de Harlow en el preciso instante en que nosotros al fin empezábamos a aproximarnos al lugar.

Librodot

25

Hacia las dos empezó a nublarse el día; en un principio, ninguno de los cuatro le dimos importancia. No llovía desde principios de julio, ¿por qué iba a llover ahora? Pero hacia el sur las nubes eran cada vez más espesas y empezaron a formar grandes cúmulos color púrpura, como cardenales, que empezaron a avanzar lentamente hacia nosotros. Los contemplé con detenimiento, intentando divisar bajo ellos esa especie de membrana que indica que ya ha empezado a llover a treinta kilómetros, o a ochenta. Pero no había aún' rastro de lluvia. Sólo se estaban formando las nubes.

Vern tenía una ampolla en el talón y tuvimos que pararnos y descansar mientras rellenaba el talón de su zapatilla con musgo que arrancó de la corteza de un viejo roble.

-¿Crees que lloverá, Gordie? -preguntó Teddy. -Me parece que sí.

-¡Vaya mierda! -dijo, y suspiró-. ¡Un final asqueroso de un día asqueroso!

Me eché a reír y él me hizo un guiño.

Nos pusimos de nuevo en marcha, un poco más despacio ahora en consideración al pie herido de Vern. De las dos a las tres, empezó a cambiar la luz del día; ya no había duda: iba a llover. Seguía haciendo el mismo calor, incluso más pegajoso, pero estábamos seguros de que iba a llover. También lo estaban los pájaros. Aparecieron como surgidos de la nada y empezaron a cruzar el cielo farfullando y gritándose en tonos chillones. Y la luz: la firme luminosidad punzante pareció dar paso a una claridad como filtrada, perlada casi. Y también nuestras sombras, que habían empezado a crecer de nuevo, se volvieron borrosas e indefinidas. El sol había empezado a navegar entre nubes cada vez más densas, apareciendo y desapareciendo, y el cielo había adquirido hacia el sur un matiz cobrizo. Veíamos acercarse cada vez más la masa de cúmulos, fascinados por sus dimensiones y por su muda amenaza. De vez en cuando, parecía como si en su interior se encendiera una inmensa bombilla de magnesio, tornando su tono púrpura momentáneamente en una luz grisácea. Vi una horqueta mellada de luz salir de la parte inferior de las nubes más próximas. Tenía brillo suficiente para imprimir un tatuaje azul en mis retinas. Le siguió el prolongado y trepidante retumbar del trueno.

Nos lamentamos un poco de que fuera a pillamos la lluvia, pero sólo porque era lo que se esperaba que hiciéramos: por supuesto, todos esperábamos con interés que lloviera. Estaría fría, sería refrescante... y sin sanguijuelas.

Eran poco más de las tres y media cuando vimos, por un claro entre los árboles, una corriente de agua.

-¡Ahí está! -gritó alborozado Chris-. ¡Ese río es el Royal!

Apretamos el paso, con fuerzas renovadas. La tormenta estaba más cerca ya. Se levantó un poco de aire y, en cosa de segundos, la temperatura pareció descender unos diez grados. Bajé la vista y vi que mi sombra había desaparecido por completo.

Caminábamos ahora de dos en dos, vigilando cada pareja una orilla del terraplén del ferrocarril. Sentía la boca seca, palpitante de tensión enfermiza. El sol navegaba tras otra masa de nubes y ya no volvió a salir. Por un momento, vi los bordes del cúmulo bordados de oro, como la nube de una ilustración del Antiguo Testamento, y luego el vientre rojo oscuro y rastreante de la masa de cúmulos borró todo rastro del sol: el día estaba completamente encapotado: las nubes cubrían voraces los restos de azul. Podíamos oler el río tan nítidamente como si fuéramos caballos... o tal vez fuera también el olor de la lluvia que se cernía en el aire. Rendía sobre nosotros un océano, contenido en una finísima bolsa que podría romperse y desatar el diluvio en cualquier instante.

Procuraba mirar a la maleza, pero mis ojos volvían continuamente a aquel cielo

turbulento y cargado; podía leerse en sus tonos oscuros toda la fatalidad que se quisiera: agua, fuego, viento, granizo. La fresca brisa que se había levantado arreció, silbando entre los abetos. Cayó un rayo impresionante, que pareció caer justo sobre nosotros y que me hizo gritar y taparme los ojos con las manos. Dios acababa de retratarme: un niñito con la camisa atada a la cintura, todo el pecho desnudo sucio y las mejillas llenas de polvo. Oí la desgarrante caída de algún árbol grande a no más de sesenta metros. El fragor del trueno que siguió me hizo encogerme. Deseé estar en casa leyendo un buen libro, en un lugar seguro... por ejemplo, en la bodega de las patatas.

-¡Oh, Dios mío! -gritó Vern, en tono medroso y fuerte-. ¡Oh, Dios mío bendito, mirad eso!

Miré en la dirección que indicaba Vern y vi una bola de fuego rodando por el raíl de la izquierda de las vías, avanzando a gran velocidad y silbando exactamente como un gato escaldado. Nos pasó a toda pastilla cuando nos volvíamos para mirarla, absolutamente pasmados, conscientes por primera vez de que tales cosas podían existir realmente. A unos diez metros de nosotros, hizo un súbito ¡plaf! y desapareció sin más, dejando tras de sí un intenso olor a ozono.

-¿Qué diablos estaré yo haciendo aquí, Dios mío? -murmuró Teddy.

-¡Increíble! -exclamó Chris, encantado, con la cara alzada-. ¡Esto va a ser algo absolutamente increíble!

Pero yo estaba con Teddy. Mirar el cielo me producía una desalentadora sensación de vértigo. Era como mirar por un despeñadero misterioso e insondable. Cayó otro rayo que nos hizo agachamos. Esta vez el olor a ozono era más fuerte, más apremiante, más sofocante. El trueno llegó sin pausa perceptible.

Aún resonaba en mis oídos el trueno, cuando Vern empezó a chillar triunfal:

-¡AHÍ! ¡ESTÁ AHI! ¡AHI MISMO! ¡LE ESTOY VIENDO!.

Podría ver a Vern ahora mismo, si quisiera. Sólo tendría que recostarme un momento y cerrar los ojos. Se alza en el raíl de la izquierda, como un explorador en la proa de su barco, protegiéndose con una mano los ojos del rayo plateado que acaba de caer y apuntando y señalando con la otra mano.

Nos acercamos corriendo a él y miramos en la dirección que indicaba. Yo pensaba para mí: La imaginación de Vern se ha desbocado con él, eso es todo. Las sanguijuelas, el calor, ahora esta tormenta... Los ojos le están jugando malas pasadas... eso es todo. Pero no se trataba en absoluto de eso, aunque, por una fracción de segundo, lo deseé. Y en aquella precisa fracción de segundo supe que jamás había deseado ver un cadáver, ni siquiera el de una marmota atropellada.

En el lugar en que nos encontrábamos, las lluvias de primavera habían arrastrado parte del terraplén, dejando una bajada de guijarros insegura, en perpendicular. Las cuadrillas ferroviarias de mantenimiento no habían llegado hasta allí en sus carretones amarillos a diesel, o bien había ocurrido tan recientemente que no se había informado todavía. El derrumbe terminaba en un cenagoso laberinto de maleza. Entre la maleza y las zarzas asomaba una única mano blanca y pálida.

¿Nos quedamos sin respiración? Yo sí, desde luego.

La brisa era ya viento: áspero e irregular; no llegaba de ninguna dirección concreta; saltaba y remolineaba y arremetía contra nuestra piel sudorosa y nuestros poros abiertos. Yo apenas me daba cuenta. Creo que una parte de mi mente esperaba oír gritar a Teddy: ¡Paracaidistas... abajo! y pensé que si le oía decirlo realmente, sencillamente me volvería loco. Habría sido mucho mejor ver todo el cuerpo de una vez; pero, en su lugar, allí estaba únicamente aquella mano fláccida, abierta, espantosamente blanca, con los dedos lánguidamente separados, como la mano de un ahogado. Aquella mano nos contó la verdad de todo. Explicaba todos los cementerios del mundo. Siempre que me entero de alguna atrocidad, vuelve a mi mente la imagen de aquella mano. En algún lugar, unido a aquella mano, estaba el resto de Ray Brower.

El relámpago flameó y cayó. Los truenos seguían a los relámpagos como si 'sobre

nuestras cabezas se hubiera iniciado una carrera automovilística.

Chris emitió un sonido que no llegaba siquiera a ser una imprecación, que era sólo una larga sílaba monótona sin sentido alguno; un suspiro que, por casualidad, había pasado por sus cuerdas vocales.

Vern se lamía los labios de forma bastante compulsiva, como si hubiera probado algún manjar desconocido, algo tan raro que le repugnara y deleitara al mismo tiempo.

Teddy se limitaba a mirar. El viento agitaba su pelo graso y revuelto, retirándoselo primero de las orejas, cubriéndoselas después. Su rostro era absolutamente inexpresivo. Podría deciros que vi allí algo... quizá lo viera en percepción retrospectiva... pero no entonces.

Las hormigas negras recorrían la mano en todas direcciones.

Empezó a alzarse en el bosque un ruido cuchicheante, intenso, a ambos lados de las vías, como si la floresta acabara de advertir nuestra presencia y estuviera comentándolo. Y había empezado ya a llover.

En la cabeza y los brazos empezaron a caerme gotas del tamaño de monedas de diez centavos. Caían sobre el terraplén, y la tierra se oscurecía un instante, y volvía a su color de antes en cuanto absorbía la humedad.

Cayeron aquellas gruesas gotas quizá durante unos cinco segundos y luego cesaron. Miré a Chris, que a su vez me miraba, pestañeando.

Luego, la tormenta arreció de golpe, como si alguien hubiera tirado de la cadena en el cielo. El sonido cuchicheante de la lluvia se convirtió en el de una discusión violenta. Era como si nos censuraran por nuestro descubrimiento, lo cual resultaba aterrador. Nadie te habla de la falacia patética hasta que llegas a la universidad... e incluso entonces advertí que sólo los muy sabihondos creían de verdad que era una falacia.

Chris saltó abajo; tenía ya el pelo empapado y pegado a la cabeza. Le seguí. Vern y Teddy se apresuraron también en seguirnos, pero Chris y yo llegamos los primeros junto al cuerpo de Ray Brower. Estaba boca abajo. Chris me miró a los ojos, con expresión rígida e inflexible... la cara de un adulto. Moví levemente la cabeza, como si me hubiera hablado en voz alta.

Creo que se encontraba en aquel lugar y relativamente intacto, en vez de estar en la vía y completamente destrozado, porque, cuando el tren le dio, intentaba apartarse, salirse de la vía, y le lanzó dando vueltas. Había aterrizado con la cabeza apuntando en dirección a las vías, con los brazos estirados como un buceador a punto de lanzarse al agua. Había aterrizado en aquel hueco cenagoso de terreno que estaba convirtiéndose en un pequeño pantano. Tenía el pelo rojo oscuro. La humedad ambiental le había rizado levemente las puntas. Tenía sangre en la cabeza, pero no mucha. Eran peor las hormigas. Llevaba una camisa verde oscuro y pantalones vaqueros. Estaba descalzo; a poca distancia del cadáver, entre unos zarzales, vi un par de astrosas zapatillas. Permanecí un momento confuso. ¿Por qué estaba él aquí y allá su calzado? Luego comprendí; y tal comprensión fue como un golpe bajo. Mi esposa, mis hijos, mis amigos, todos creen que el tener una imaginación como la mía ha de ser muy agradable; aparte de darme tanta pasta, me permite pasarme una película mental cuando me aburro... Tienen razón en parte; pero de vez en cuando se vuelve y te ataca con esos largos dientes, esos dientes afilados como los de un caníbal. Y ves cosas que preferirías no ver, cosas que te mantienen en vela hasta el alba. En aquel instante del que hablo vi una de esas cosas; y la vi con absoluta certeza, con claridad absoluta: al darle, el tren le había lanzado fuera de sus zapatillas, exactamente igual que había arrancado la vida de su cuerpo.

Para mí, aquello fue la culminación de todo. El chico estaba muerto. El chico no estaba enfermo; el chico no estaba dormido. El chico ya no se levantaría nunca por la mañana, ni se pondría malo por comer demasiadas manzanas verdes ni le saldría sarpullido del zumaque venenoso ni gastaría del todo la goma del extremo de su lápiz durante un examen difícil de matemáticas. El chico estaba muerto; muerto del todo. Ya nunca saldría en primavera con el saco de yute al hombro a recoger con sus amigos los cascos de botella que la nieve al derretirse, dejaba al descubierto. Ya no despertaría a las dos de la madrugada el primero de noviembre este año para vomitar un gran trozo de dulce barato de la fiesta de Todos los

Librodot

Santos. No le tiraría de las trenzas a ninguna niña en el salón de actos del colegio. No le rompería a nadie la nariz, ni a él se la romperían ya nunca. El chico ya no podía, no, no haría, nunca ya, no podría, no tendría que, no. Era la parte de la batería en que la terminal dice NEG. La ranura en que has de meter una moneda. La papelera junto a la mesa del profesor, que huele siempre a virutas de madera del sacapuntas y a mondas de naranja del almuerzo. La casa encantada de las afueras del pueblo con los cristales de las ventanas rotos, los letreros de PROHIBIDO EL PASO derrumbados en los campos, el desván lleno de murciélagos, el sótano lleno de ratas. El chico estaba muerto, señor, señora, señorito, señorita. Podría seguir el día entero y no aproximarme siquiera a aclarar la distancia exacta entre sus pies descalzos sobre la tierra y sus zapatillas sucias colgando en los matorrales. Eran setenta y tantos centímetros, eran un número infinito de años luz. El chico estaba desconectado de sus zapatillas ya sin esperanza alguna de reencuentro. Estaba muerto.

Le pusimos boca arriba, de cara a la lluvia, al relámpago y al firme estruendo de la tormenta.

Tenía cara y cuello completamente llenos de hormigas y de bichos, que entraban y salían rápidos por el cuello de su camisa de manga corta. Tenía los ojos abiertos, pero horriblemente desinecronizados: tan alzado uno que apenas podíamos ver un diminuto arco de su iris, mientras que el otro miraba recto al frente, a la tormenta. Sobre la boca y en la barbilla tenía sangre seca (de la nariz, supuse) y tenía un lado de la cara desgarrado y amoratado. Aun así, pensé, su aspecto no era desagradable. Yo me había golpeado una vez contra una puerta que abrió mi hermano Dennis de golpe y los moretones resultantes fueron mucho peores que los de aquel chico, más la nariz rota; y todavía me tomé dos raciones de todo para cenar después.

Teddy y Vern estaban de pie detrás nuestro y si a aquel único ojo que miraba fijo al frente le hubiera quedado la más mínima visión, supongo que a Ray Brower le habríamos parecido portaféretros de una película de terror.

Le salió de la boca un escarabajo que le recorrió la mejilla sin vello, pasó a una ortiga y desapareció. -¿Has visto? -preguntó Teddy, en un tono extraño, alto y desmayado-. ¡Apuesto a que está lleno de bichos! Seguro que tiene la cab...

-Cállate, Teddy -dijo Chris, y Teddy se calló, como aliviado.

El relámpago surcó el cielo, encendiendo el único ojo del chico. Daba casi la impresión de que estuviera contento de que le hubieran encontrado, y de que le hubieran encontrado precisamente chicos de su misma edad. Tenía el torso hinchado y había en torno suyo un vago olor viciado, como un olor a pedos rancios.

Me di la vuelta, seguro de que iba a vomitar, pero tenía el estómago vacío, tranquilo, en calma. Me metí los dedos en la garganta para provocarme el vómito, pues lo necesitaba; era como si pudiera devolverlo todo y liberarme. Mi estómago respondió sólo con un leve movimiento; y quedó de nuevo en calma.

El ruido firme del aguacero y el retumbar de la tormenta habían apagado por completo el sonido de los coches aproximándose por el camino de Harlow, que queda a pocos metros de la zona pantanosa en que nos encontrábamos nosotros. Y también nos había impedido oír el crujir de la maleza bajo pisadas acercándose desde el final del camino donde habían aparcado.

Y la primera noticia que tuvimos de ellos fue la voz de Ace Merrill por encima del estruendo de la tormenta, diciéndonos:

-¿Pero qué diablos hacéis vosotros aquí?

26

Saltamos todos como impulsados por un resorte y Vern dio un grito (más tarde admitiría

que, por un instante, creyó que quien hablaba era el chico muerto).

Al otro lado de la zona pantanosa, donde el bosque empezaba de nuevo, ocultando el final del camino, se alzaban Ace Merrill y Ojo Chambers, borrosos y desdibujados por la cortina de lluvia. Vestían ambos cazadoras rojas del instituto, el tipo de prenda que puedes comprar en secretaría si estudias en el centro, y el mismo tipo que regalan a los jugadores de los equipos universitarios. Todos llevaban el pelo aplastado, y la mezcla del agua de lluvia y Vitalis les chorreaba por la cara como lágrimas sintéticas.

-¡No te joroba! -dijo Ojo Chambers-. ¡Pero si ése es mi hermano pequeño!

Chris miraba a Ojo con la boca abierta. Aún llevaba la oscura camisa chorreante atada alrededor de la cintura. La mochila, ahora verde oscuro por la lluvia, aún colgaba de sus desnudos omoplatos.

-Largo, Rich -dijo, con voz temblona-. Nosotros le encontramos. Tenemos derecho.

-A la mierda vuestros derechos. Daremos parte de que le encontramos nosotros.

-No; de eso nada -dije yo. Me sentí de repente furioso con ellos, apareciendo así en el último minuto. Si hubiéramos pensado en ello, habríamos comprendido que ocurriría algo parecido... pero esta vez, de alguna manera, los mayores, los chicos más grandes, no se saldrían con la suya... no agarrarían sin más lo que querían, como si por derecho divino les correspondiera, como si su forma cómoda de hacer las cosas fuera la única forma. Ellos habían ido hasta allí en coche (y creo que fue eso lo que más me enfureció, que habían llegado en coche)-. Nosotros somos cuatro, Ojo. Intentadlo y veréis.

-Oh, claro que lo intentaremos, no te preocupes -dijo Ojo; y los árboles se movieron tras ellos.

Y allí aparecieron Charlie Hogan y Billy, el herma.. no de Vern, maldiciendo y secándose los ojos. Sentí un gran peso en el vientre, que se acrecentó aún más cuando Bracowicz y Desjardins aparecieron detrás de Charlie y de Billy

-Ya estamos todos -dijo Ace-. Así que...

-¡VERN! -gritó Billy Tessio en ese tono terrible y acusador de mi-juicio-llegará-y-sin-tardanza. Apretó los puños chorreantes-. ¡Enano hijoputa! ¡Estabas debajo del porche! ¡Mamón asqueroso!

Vern vaciló.

Charlie Hogan se puso claramente lírico:

-¡Enano mirón, lamecoños cabrón! ¡Te daré una paliza de impresión!

-¿En serio? ¡Anda, prueba! -dijo bruscamente Teddy con voz ronca. Los ojos le brillaban de furia tras las gafas mojadas-. ¡Venga, vamos, hombretones, luchad por él! Vamos, vamos...

Billy y Charlie no necesitaban que se lo dijeran dos veces. Empezaron a avanzar juntos y Vern volvió a vacilar, visualizando sin duda los fantasmas de Palizas Pasadas y Palizas Futuras. Vaciló... pero se mantuvo firme. Estaba con sus amigos y nos había costado mucho llegar hasta allí; nosotros no habíamos llegado en coche.

Pero Ace detuvo a Billy y a Charlie, sencillamente tocándoles en el hombro.

-Vamos, chicos, escuchad -dijo. Hablaba con paciencia, como si no estuviéramos allí en medio de la lluvia-. Nosotros somos más que vosotros. Y además somos mayores. Os damos la oportunidad de marcharos sin más y se acabó. Y me importa un bledo a dónde. Convertíos en árboles y- echad hojas.

El hermano de Chris soltó una risilla y Bracowicz dio a Ace una palmada en la espalda como reconocimiento a su gran ingenio. El gran jefe de la crema de la delincuencia juvenil.

-Porque nosotros nos lo llevaremos -dijo Ace, sonriendo afablemente, y uno podía imaginárselo sonriendo exactamente con la misma sonrisa afable antes de asestarle una gran patada en la cabeza a algún maleducado que hubiera cometido el espantoso error de abrir la boca mientras Ace estaba preparando una jugada-. Si os marcháis, nosotros nos lo llevaremos. Si os quedáis, os daremos la gran paliza y nos lo llevaremos de todas formas. Además -añadió, intentando dorar su pillaje con un poco de justicia-, Charlie y Billy fueron quienes le encontraron; así que, de todos modos, ellos tienen todos los derechos.

-Ellos se acobardaron -soltó Teddy-. ¡Vern nos lo contó todo! ¡Estaban desesperados y aterrados! -contrajo la cara en una aterrada y gimoteante parodia de Charlie Hogan-: «¡Ojalá no hubiéramos cogido aquel coche! ¡Ojalá no hubiéramos ido para nada por el camino de Harlow! Oh, Billiii, ¿qué vamos a hacer? ¡Oh, Billiii, creo que voy a empezar a cagarme de miedo de un momento a otro! ¡Oh, Billiii...»

-¡Basta ya! -dijo Charlie, empezando otra vez a avanzar. La furia y un súbito embarazo crispaban su cara-. Chaval, como quiera que te llames, seguro que la próxima vez te morderás la lengua antes de abrir la boca. Vas a ver.

Miré furioso a Ray Brower, que contemplaba sereno la lluvia con su único ojo, tirado allí en el suelo, pero por encima de todo. La tormenta seguía rugiendo, pero la lluvia había empezado a amainar.

-¿Qué dices tú, Gordie? -me preguntó Ace. Sujetaba a Charlie del brazo igual que un buen amaestrador sujetaría a un perro arisco-. Tendrás al menos algo de la sensatez de tu hermano. Diles que se vuelvan. Dejaré que Charlie muela a palos al cuatroojos y luego nos ocuparemos de nuestro asunto. ¿Qué dices?

Se equivocó al mencionar a Denny. Yo estaba dispuesto a razonar con él, a indicarle lo que ya sabía perfectamente, que puesto que Billy y Charlie habían renunciado a sus derechos, éstos nos correspondían ahora a nosotros. Quería contarle lo del tren de mercancías que casi nos atropella a Vern y a mi en el paso del río Castle. Y también lo de Milo Pressman y su intrépido (y estúpido) compañero, el Perro-Prodigio. Y lo de las sanguijuelas también. Supongo que lo que en realidad quería decirle era: Vamos, compréndelo, lo que es justo es justo. Tú lo sabes. Pero tuvo que meter a Denny en el asunto, y en lugar de un razonamiento sensato, pronuncié mi propia sentencia de muerte:

-¡Chúpame la gorda, matón de pacotilla!

La boca de Ace formó una perfecta O de sorpresa (la expresión era tan insólitamente remilgada que en otras circunstancias habría significado un aluvión de carcajadas, por decirlo de algún modo). Todos los demás, a ambos lados de la ciénaga, me miraban fijamente, pasmados.

Luego, Teddy gritó alborozado:

-¡Así se habla, Gordie! ¡Muy bueno, amigo!

Yo permanecía aturdido, sin creérmelo del todo. Era como si algún actor suplente enloquecido hubiera irrumpido en escena en el momento crítico y hubiera declamado algo que ni siquiera figuraba en el guión. Decirle a alguien que te la chupara era lo peor que le podías decir sin recurrir a su madre. Vi por el rabillo del ojo que Chris se había quitado la mochila y hurgaba frenéticamente en ella, pero no caí en la cuenta de lo que estaba haciendo, al menos no en aquel momento.

-Muy bien -dijo Ace suavemente-. A por ellos. Pero cuidado con el chico Lachance. A ese mierda voy a partirle yo los dos brazos.

Yo estaba muerto de miedo. No me meé por encima como en el paso del ferrocarril, pero debió ser porque no tenía nada en absoluto en la vejiga. Porque Ace se proponía exactamente lo que había dicho. Hablaba completamente en serio. Los años transcurridos desde aquel día me han hecho cambiar de opinión sobre muchas cosas, pero no sobre eso. Cuando dijo que iba a romperme los dos brazos, eso era precisamente lo que se proponía hacer.

Empezaron a avanzar hacia nosotros entre la lluvia, más floja ahora. Jackie Mudgett sacó del bolsillo una navaja automática y tocó el cromo. Quince centímetros de acero revolotearon a la media luz de la tarde. Vern y Teddy se aprestaron a colocarse en posición de lucha a mi lado. Teddy lo hizo afanosamente, Vern con una expresión desesperada de acorralamiento en la cara.

Los grandes avanzaban en fila, chapoteando en la ciénaga, que se había convertido en una poza de lodo con tanta lluvia. El cadáver de Ray Brower yacía a nuestros pies como un barril saturado de agua. Me dispuse a pelear... y justamente entonces se oyó el disparo.

Librodot

¡KA-BLAM!

¡Dios mío, fue un sonido maravilloso! Charlie Hogan dio un bote. Ace Merrill, que en el instante en que se oyó el disparo me miraba fijamente, dio un respingo y miró a Chris. Sus labios volvieron a formar una O. Ojo parecía absolutamente atónito.

-¡Oye, Chris, es de papá! -dijo-. ¡Te has ganado una buena!

-Pues eso no es nada comparado con la que te vas a ganar tú -dijo Chris.

Estaba terriblemente pálido; toda la vida parecía habérsele concentrado en los ojos que le llameaban en la cara.

-Gordie tiene razón. Sólo sois un montón de matones de pacotilla. Charlie y Billy no tienen ningún derecho, y todos lo sabéis. No habríamos sido tan imbéciles como para venir hasta aquí si hubieran dicho que iban a hacerlo ellos. Ellos se limitaron a ir a cualquier sitio, soltar toda la historia y dejar que Ace Merrill actuara por ellos -alzó la voz hasta el grito-. ¡Pero no vais a llevároslo!, ¿me oís?

-Escúchame -dijo Ace-. Será mejor que bajes eso antes de que te arranques un pie de un tiro. No serías capaz de darle ni a una marmota -empezó de nuevo a avanzar sonriendo con su dulce sonrisa-. Eres un enano asqueroso de mierda y voy a hacer que te comas esa maldita pistola.

-Ace, quédate donde estás o disparo. Te lo juro por Dios.

-Irás a la cárcel -canturreó Ace, sin titubear.

Seguía sonriendo. Los otros le miraban con aterrada fascinación... tal como Teddy y Vern y yo mirábamos a Chris. Merrill era el tipo más duro en varios kilómetros a la redonda, y yo no creía que Chris le amilanara. ¿Entonces, qué posibilidad quedaba? El no creía realmente que un chaval de doce años fuera a dispararle. Pero se equivocaba; creo que Chris hubiera disparado contra él antes de permitirle quitarle la pistola de su padre. En el espacio de aquellos pocos segundos, estuve convencido de que habría problemas, los más graves en que yo me había visto. Cuestión de asesinato, quizás. Y todo por los derechos sobre un cadáver.

Chris dijo suavemente, con gran pesar:

-¿Dónde lo prefieres? ¿En el brazo o en la pierna? Yo no puedo elegir. Elige tú por mí.

Y Ace se detuvo.

27

Pude ver en su cara crispada un súbito terror, debido, según creo, más al tono de Chris que a sus palabras; parecía absolutamente convencido de que las cosas iban a ir de mal en peor, y de lamentarlo sinceramente. Si se trataba de un farol, sigue siendo aún el mejor que he visto en mi vida. También los otros chicos mayores le creyeron. Tenían la cara torcida como si alguien acabara de prender un petardo potentísimo de mecha corta.

Ace consiguió dominarse, poco a poco. Tenía tensos los músculos de la cara; apretó los labios y logró mirar a Chris tal como mirarías a un individuo que acaba de proponerte un negocio importante como fusionarse con tu empresa, negociar tus derechos o darte una patada en los huevos; era una expresión casi curiosa de espera que te permitía saber que el miedo había desaparecido o estaba controlado. Ace había reconsiderado sus probabilidades de salir ileso y había decidido que no tenía tantas como creía. No obstante, seguía siendo peligroso, tal vez más que antes. Creo que fue la representación más cruda y real de guerra fría que haya presenciado. Ni uno ni otro faroleaban. Ambos hablaban completamente en serio.

-Muy bien -dijo Ace suavemente dirigiéndose a Chris-. Pero sé perfectamente dónde vas

Librodot

a ir a parar, cabrón.

-No, no lo sabes -dijo Chris.

-Enano asqueroso -gritó Ojo-. Esto te va a costar muy caro. Te lo aseguro.

-¡Tócame los huevos! -contestó Chris.

Ojo avanzó con un sonido inarticulado de furia; Chris disparó al agua a unos diez metros de él; saltó el agua con un chapoteo. Ojo retrocedió, maldiciendo.

-Muy bien. ¿Y ahora qué? -preguntó Ace.

-Pues ahora os metéis todos en los coches y volvéis como tiros por donde vinisteis. Luego, ya es cosa vuestra. Pero no os lo llevaréis.

Tocó levemente, casi reverentemente, a Ray Brower con la punta de la empapada zapatilla y concluyó: -¿Entendido?

-Ya te engancharemos -dijo Ace. Estaba empezando a sonreír de nuevo-. ¿Es que no lo comprendes? -Puede que sí y puede que no.

-Puedes estar seguro -dijo Ace, sonriendo-. Y te atizaremos. No, creo que no lo comprendes. Os mandaremos a todos al maldito hospital con un montón de malditas fracturas. En serio.

-Vamos ya, ¿por qué no te largas de una vez y vas a joder un poco más a tu madre? Creo que le encanta cómo se lo haces.

A Ace se le heló la sonrisa en la cara.

-Te mataré por esto. Nadie insulta a mi madre.

-Ace, quédate donde estás o disparo. Te lo juro por Dios.

-Irás a la cárcel -canturreó Ace, sin titubear.

Seguía sonriendo. Los otros le miraban con aterrada fascinación... tal como Teddy y Vern y yo mirábamos a Chris. Merrill era el tipo más duro en varios kilómetros a la redonda, y yo no creía que Chris le amilanara. ¿Entonces, qué posibilidad quedaba? El no creía realmente que un chaval de doce años fuera a dispararle. Pero se equivocaba; creo que Chris hubiera disparado contra él antes de permitirle quitarle la pistola de su padre. En el espacio de aquellos pocos segundos, estuve convencido de que habría problemas, los más graves en que yo me había visto. Cuestión de asesinato, quizás. Y todo por los derechos sobre un cadáver.

Chris dijo suavemente, con gran pesar:

-¿Dónde lo prefieres? ¿En el brazo o en la pierna? Yo no puedo elegir. Elige tú por mí.

Y Ace se detuvo.

27

Pude ver en su cara crispada un súbito terror, debido, según creo, más al tono de Chris que a sus palabras; parecía absolutamente convencido de que las cosas iban a ir de mal en peor, y de lamentarlo sinceramente. Si se trataba de un farol, sigue siendo aún el mejor que he visto en mi vida. También los otros chicos mayores le creyeron. Tenían la cara torcida como si alguien acabara de prender un petardo potentísimo de mecha corta.

Ace consiguió dominarse, poco a poco. Tenía tensos los músculos de la cara; apretó los labios y logró mirar a Chris tal como mirarías a un individuo que acaba de proponerte un negocio importante como fusionarse con tu empresa, negociar tus derechos o darte una patada en los huevos; era una expresión casi curiosa de espera que te permitía saber que el miedo había desaparecido o estaba controlado. Ace había reconsiderado sus probabilidades de salir ileso y había decidido que no tenía tantas como creía. No obstante, seguía siendo peligroso, tal vez más que antes. Creo que fue la representación más cruda y real de guerra fría que haya presenciado. Ni uno ni otro faroleaban. Ambos hablaban completamente en serio.

-Muy bien -.dijo Ace suavemente dirigiéndose a Chris-. Pero sé perfectamente dónde

vas a ir a parar, cabrón.

-No, no lo sabes -dijo Chris.

-Enano asqueroso -gritó Ojo-. Esto te va a costar muy caro. Te lo aseguro.

-¡Tócame los huevos! -contestó Chris.

Ojo avanzó con un sonido inarticulado de furia; Chris disparó al agua a unos diez metros de él; saltó el agua con un chapoteo. Ojo retrocedió, maldiciendo.

-Muy bien. ¿Y ahora qué? -preguntó Ace.

-Pues ahora os metéis todos en los coches y volvéis como tiros por donde vinisteis. Luego, ya es cosa vuestra. Pero no os lo llevaréis.

Tocó levemente, casi reverentemente, a Ray Brower con la punta de la empapada zapatilla y concluyó:

-¿Entendido?

-Ya te engancharemos -dijo Ace. Estaba empezando a sonreír de nuevo-. ¿Es que no lo comprendes?

-Puede que sí y puede que no.

-Puedes estar seguro -dijo Ace, sonriendo-. Y te atizaremos. No, creo que no lo comprendes. Os mandaremos a todos al maldito hospital con un montón de malditas fracturas. En serio.

-Vamos ya, ¿por qué no te largas de una vez y vas a joder un poco más a tu madre? Creo que le encanta cómo se lo haces.

A Ace se le heló la sonrisa en la cara.

-Te mataré por esto. Nadie insulta a mi madre.

-Tengo entendido que tu madre jode por dinero -le informó Chris. Y cuando Ace empezaba a palidecer, cuando su tez se aproximaba a la blancura fantasmal de la de Chris, éste añadió-: En realidad, me contaron que las chupa por monedas para el tocadiscos. Tengo entendido...

Entonces la tormenta arreció de nuevo, con intensidad súbita. Sólo que ahora granizaba en vez de llover. En vez de un susurro o un parloteo, invadió el bosque el repiqueteo de selváticos tambores absurdos de una mala película: el sonido producido por las grandes piedras de granizo al repiquetear contra los árboles. Las punzantes piedras empezaron a golpearme los hombros (parecía que las arrojaran con fuerza malévola e intencionada). Y el granizo empezó a golpear la cara de Ray Brower con un horrendo sonido chapoteante que nos hizo acordarnos de él, y de su inmensa e ilimitada paciencia.

Primero falló Vern, con un grito sollozante. Subió corriendo el terraplén con inmensas zancadas. Teddy aguardó un segundo más, y luego echó también a correr, detrás de Vern, cubriéndose la cabeza con las manos. Por parte de los mayores, Vince Desjardins retrocedió con torpeza hasta unos árboles próximos y Bracowicz le siguió. Pero los demás permanecieron firmes, y Ace volvió a sonreír.

Quédate conmigo, Gordie -me dijo Chris con voz trémula y baja-. Quédate a mi lado, amigo.

Estoy aquí.

-Vamos -le dijo entonces Ace, y no sé mediante qué mágica fuerza pudo hablar con firmeza, sin que se advirtiera el más leve temblor en su voz. Parecía estar dando instrucciones a un niñito tonto.

-Ya os atraparemos -dijo Ace-. No lo vamos a olvidar así como así, si es eso lo que te crees. Esto es muy importante, chaval.

-Muy bien. Ahora largo de una vez; ya nos atraparéis otro día.

-Estaremos al acecho, Chambers. Estaremos...

-¡Largo! -gritó Chris y apuntó con la pistola. El otro dio un paso atrás.

Miró un instante más a Chris, cabeceó y se dio la vuelta.

-Vamos -dijo a los otros. Y se volvió a mirar una vez más a Chris por encima del hombro-. No te perderemos de vista.

Volvieron atrás por entre los árboles. Chris y yo permanecimos inmóviles pese al

granizo que caía sobre nosotros con fuerza irritándonos la piel y amontonándose a nuestro alrededor como nieve de verano. Permanecimos, pues, quietos y atentos y, sobre el trepidante sonido de calipso de las piedras golpeando los troncos de los árboles, oímos arrancar los coches.

-No te muevas de aquí -me dijo Chris y él empezó a cruzar la ciénaga.

-¡Chris! -le grité, aterrado.

-¡Espérame ahí!

Me pareció que tardaba una eternidad. Acabé convencido de que los otros estaban emboscados y le habían agarrado. Seguí firme en mi puesto sin más compañía que Ray Brower, deseando que alguien (cualquiera) volviera. Al cabo de un rato, volvió Chris.

-Lo conseguimos -dijo-. Se largaron.

-¿Seguro?

-Claro. Los dos coches.

Alzó las manos sobre la cabeza, las unió con la pistola entre ambas y movió el doble puño en un irónico gesto de victoria. Bajó luego las manos y me sonrió. Creo que fue la sonrisa más triste y aterrada que he visto en mi vida.

-«Chúpame la gorda...» ¿Quién te dijo que la tenías gorda, Lachance?

-La más grande de cuatro condados -le dije. Temblaba de pies a cabeza.

Nos miramos un instante con afecto. Luego, tal vez avergonzados por lo que veíamos, bajamos la vista a

un tiempo. Un desagradable escalofrío de miedo me recorrió y el súbito plas plas plas de las pisadas de Chris me indicó que también él se había dado cuenta. Los ojos de Ray Brower se habían agrandado y miraban fijos y vacíos como los que nos contemplan desde las estatuas griegas. Tardamos sólo un segundo en comprender lo sucedido, pero el comprenderlo no disminuyó nuestro terror: se le habían llenado los ojos de granizo, que al convertirse en agua rodaba por sus mejillas; parecía que llorara por su propia y grotesca situación: un miserable premio por el que competían dos pandillas de chicos estúpidos. También su ropa estaba cubierta de blanco granizo. Parecía envuelto en su propio sudario.

-Oh Gordie, oye -dijo Chris, con voz temblorosa-. ¡Qué horrible, amigo! Vaya un espectáculo desagradable para él.

-No creo que él sepa...

-Tal vez lo que oímos anoche fuera su espíritu. Tal vez supiera que iba a ocurrir esto. Vaya un espectáculo. Te lo digo en serio.

Las ramas crujían bajo nuestros pies. Me volví, seguro de que nos habían rodeado, pero Chris volvía a contemplar el cadáver, tras una mirada breve y casi indiferente. Eran Vern y Teddy, los dos con los pantalones empapados pegados a las piernas, ambos sonriendo como perros que han estado sorbiendo huevos.

-¿Qué vamos a hacer, amigo? -preguntó Chris.

Y sentí que me recorría un extraño escalofrío. Tal vez estuviera hablando conmigo... o tal vez estuviera... pero seguía contemplando el cadáver de Ray Brower.

-Nos lo llevaremos, ¿verdad? -preguntó Teddy, confuso-. Seremos héroes, ¿no es cierto? -miró a Chris, luego a mí, y de nuevo a Chris.

Chris alzó la vista como si acabara de despertar de un sueño. Torció los labios. Avanzó hacia Teddy con grandes zancadas, le plantó ambas manos en el pecho y le dio un gran empujón. Teddy se tambaleó, extendió los brazos para guardar el equilibrio y cayó de culo, con un chapoteo. Contempló atónito a Chris como una rata almizclera sorprendida. Vern contemplaba cautelosamente a Chris, como si temiera que se hubiera vuelto loco. Tal vez no le faltara mucho.

-Tuviste el pico bien cerrado -le dijo Chris a Teddy-. Paracaidistas abajo, yo solo. Cobardica piojoso.

-Fue el granizo -gritó Teddy, irritado y avergonzado-. No fue por los chicos, Chris. ¡Me asustan las tormentas! ¡No puedo evitarlo! Les habría atacado a todos a la vez, ¡lo juro por mi madre! ¡Pero me asustan las tormentas! ¡Mierda! ¡No puedo evitarlo! -y se echó a llorar, allí

sentado en el agua.

-¿Y tú qué? -preguntó Chris, volviéndose a Vern-. ¿También a ti te asustan las tormentas?

Vern movió la cabeza fatuamente, asombrado aún por la furia de Chris.

-Oh-, bueno, yo creí que íbamos a correr todos.

-Pues debes de leer el pensamiento. Porque corriste el primero.

Vern tragó saliva dos veces y no contestó.

Chris le miró con ojos taciturnos y desquiciados. Luego, se volvió a mí.

-Vamos a hacerle una camilla, Gordie.

-Si tú lo dices, Chris.

-¡Claro! Como los exploradores.

Su voz había empezado a alcanzar extraños registros agudos.

-Como hacen los malditos exploradores. Una camilla... palos y camisas. Como en el manual. ¿Conforme, Gordie?

-Bueno, si quieres. Pero, ¿y si esos chicos...?

-¡A la mierda con ellos! -gritó-. ¡No sois más que un montón de gallinas! ¡Oh, qué asco!

-Chris, podrían avisar al alguacil. Para que nos hiciera volver.

-¡Él es nuestro y nos lo llevaremos de aquí!

-.Esos chicos son capaces de decir cualquier cosa con tal de crearnos problemas -le dije. Mis palabras resultaban débiles, estúpidas y en absoluto convincentes-. Dirían cualquier cosa y harían correr la bola. Sabes muy bien que la gente es capaz de crear problemas a otros a base de mentiras, amigo. Igual que con el dinero de la leche...

-¡NO ME IMPORTA! -gritó, y arremetió contra mí con los puños en alto.

Pero tropezó con el cuerpo de Ray Brower, con un ruido sordo; el cadáver se movió. Tropezó y cayó cuan largo era y yo esperé a que se levantara y tal vez que me diera un puñetazo en la boca; pero en vez de hacerlo, se quedó allí tirado con la cabeza hacia el terraplén y los brazos extendidos sobre la cabeza como un buceador a punto de saltar, exactamente en la misma postura en que estaba Ray Brower cuando le encontramos. Miré frenético los pies de Chris para ver si llevaba aún las zapatillas puestas. Luego, empezó a llorar y a gritar, sacudiendo el cuerpo en el agua enfangada, chapoteando a su alrededor, alzando y bajando los puños, moviendo violentamente la cabeza de un lado al otro. Teddy y Vern le miraban con curiosidad porque nadie había visto nunca llorar a Chris Chambers. Tras uno o dos minutos, volví hasta el terraplén, subí hasta la vía y me senté en uno de los raíles. Teddy y Vern me siguieron. Y allí nos quedamos sentados bajo la lluvia, en silencio, como esos tres Monos de la Virtud que venden en los grandes almacenes y en esas tiendas míseras de regalos que parecen estar siempre al borde de la quiebra.

28

Chris tardó lo menos veinte minutos en subir hasta la vía y sentarse a nuestro lado. Habían empezado a disiparse las nubes y el sol asomaba en algunos claros. Parecía que en los últimos cuarenta y cinco minutos el tono de los arbustos se hubiera intensificado. Estaba lleno de barro. Tenía el pelo todo embarrado y de punta. Sólo tenía limpios los círculos que le rodeaban los ojos.

-Tienes razón, Gordie -dijo-. En realidad, nadie tiene derecho a llevárselo. Mala suerte, ¿eh?

Asentí. Pasaron cinco minutos. Nadie decía nada. Y se me ocurrió una idea... sólo por si avisaban de verdad a Bannerman. Bajé de nuevo hasta donde había estado Chris de pie. Me puse de rodillas y empecé a barrer cuidadosamente el agua y los yerbajos con los dedos.

-¿Qué haces? -me preguntó Teddy, poniéndose a mi lado.

-Me parece que está a tu izquierda -dijo Chris, señalando.

Busqué por allí y al cabo de uno o dos minutos encontré los dos casquillos. Centellearon a la nueva luz del sol. Se los di a Chris. Cabeceó y se los guardó en el bolsillo de los pantalones.

-Vámonos ya -dijo Chris.

-Eh, ¿qué dices? -vociferó Teddy, con verdadera aflicción-. Yo quiero que nos lo llevemos.

-Escucha, tonto -dijo Chris-. Si le lleváramos, podríamos acabar todos en el reformatorio. Gordie tiene razón. Esos tipos podrían inventarse cualquier historia. ¿Y si se les ocurre decir que le matamos nosotros? ¿Qué te parecería eso?

-¡Me importa un bledo! -dijo Teddy malhumorado. Nos miró luego, con absurda esperanza-. Además no pueden echarnos más de un par de meses o así. Como mucho. Sólo tenemos doce años, diablos, no van a mandarnos a la cárcel de Shawshank.

Si tienes antecedentes, no te admiten en el Ejército, Teddy -dijo Chris con calma.

Yo estaba seguro de que no era más que una mentira descarada, aunque no parecía precisamente aquél el momento oportuno para decirla. Teddy se quedó mirando a Chris un buen rato; le temblaban los labios. Al fin consiguió decir, con voz chillona:

-¿En serio?

-Pregúntaselo a Gordie.

Se volvió a mí, esperanzado.

-Tiene razón -dije yo, sintiéndome un auténtico mierda-. Tiene razón, Teddy. Lo primero que hacen cuando te presentas voluntario es averiguar si tienes antecedentes.

-¡Válgame Dios!

-Ahora volveremos hasta el paso sobre el río -dijo Chris-, y allí nos desviaremos, bajando de las vías para entrar en Castle Rock como si llegáramos por la otra dirección. Si nos preguntan de dónde venimos, diremos que acampamos en Brickyard Hill y que nos perdimos.

-Milo Pressman sabe que eso es mentira -dije-. Y el majadero del Florida Market también.

-Bueno, diremos que Milo nos asustó y que entonces fue cuando decidimos ir hasta la fábrica de ladrillos.

Asentí. Aquello serviría. Siempre que Vern y Teddy no lo desmintieran, claro.

-¿Y si nuestros padres se han visto? -preguntó Vern.

-Puedes preocuparte de eso si quieres -dijo Chris-. Mi papaíto estará trompa todavía.

-Pues vamos entonces -dijo. Vern, atisbando la cortina de árboles que había entre nosotros y el camino de Harlow. Parecía estar esperando que Bannerman, acompañado de un par de sabuesos, cayera sobre nosotros en cualquier momento-. Vamos mientras aún estamos a tiempo.

Ya estábamos de pie todos, dispuestos a partir. Los pájaros cantaban enloquecidos, encantados con la lluvia y el sol y los gusanos y creo que absolutamente con todo lo que en el mundo existe. Todos nos volvimos, como movidos por un resorte, a mirar a Ray Brower.

Seguía allí solo de nuevo. Se le habían desviado los brazos al darle la vuelta y ahora los tenía extendidos como dando la bienvenida al sol. Por un instante pareció perfecto, la escena más natural dispuesta por un funerario. Luego te fijabas en el cardenal, en la sangre coagulada de la barbilla y del labio superior y advertías que el cadáver estaba empezando a hincharse. Y veías que los moscones azules habían aparecido con el sol y revoloteaban a su alrededor, zumbando indiferentes. Y recordabas aquel olor nauseabundo de aire viciado, a pedo en un cuarto cerrado. Era un chico de nuestra misma edad, estaba muerto y yo me negaba a admitir la idea de que pudiera haber en todo ello algo natural; la rechazaba aterrado.

-De acuerdo -dijo Chris, queriendo indicar que había que espabilarse, pero la voz salió de su garganta como un puñado de cerdas de un cepillo de ropa viejo-. Tardaremos el doble.

Iniciamos la marcha, casi al trote, hacia el camino por el que habíamos llegado. No hablábamos. No sé los demás, pero yo estaba demasiado ocupado pensando para hablar.

Librodot

Había cosas que me intrigaban del cuerpo de Ray Brower: me intrigaban entonces y me intrigan ahora. Un gran cardenal a un lado de la cara, una herida en la cabeza, sangre en la nariz. Y nada más: al menos nada más visible. Mucha gente acaba en peores condiciones en peleas de bar y siguen bebiendo. Pero tenía que haberle golpeado el tren; ¿cómo, si no, habrían quedado sus zapatillas en un sitio y él en otro? ¿Pero cómo no le había visto el maquinista? ¿Podría ser que el tren le hubiera dado con fuerza suficiente para lanzarle lejos pero no para matarle? Creo que, con la adecuada concurrencia de circunstancias, eso es lo que podría haber ocurrido. ¿Le habría golpeado el tren con fuerza de costado, cuando él intentaba retirarse? ¿Le habría dado y le habría lanzado hacia atrás en un rápido salto mortal por el terraplén? ¿Habría permanecido tal vez tendido despierto durante horas temblando en la oscuridad, ya no únicamente solo sino además desorientado, completamente separado del mundo? Tal vez muriera de miedo. Así había muerto una vez un pájaro con las plumas de la cola aplastadas en mis manos. Su cuerpecito temblaba y se agitaba débilmente, abría y cerraba el pico, sus ojos brillantes y oscuros me miraban con fijeza. Luego, la vibración cesó, se inmovilizó su pico medio abierto, y sus ojos perdieron el brillo. Podría haberle pasado lo mismo a Ray Brower. Tal vez hubiera muerto sencillamente porque le aterraba seguir vivo.

Pero había también otra cosa que me preocupaba e inquietaba aún más, creo. El chico había salido a buscar arándanos. Creía recordar que las noticias decían que llevaba una olla para echar los arándanos. Cuando regresamos, fui a la biblioteca y miré en los periódicos sólo para asegurarme; estaba en lo cierto. Cuando salió a buscar arándanos llevaba consigo una olla o un cubo... algo parecido. Pero no lo habíamos encontrado. Le encontramos a él y encontramos sus zapatillas. Lo debía haber tirado en algún punto entre Chamberlain y la zona pantanosa de Harlow en que murió. Quizás al principio lo asiera con más fuerza, como si le uniera al hogar y la seguridad. Y luego, a medida que su terror aumentaba y, con él, aquella sensación de estar absolutamente solo, sin más posibilidad de salvación que lo que él pudiera hacer por sí mismo, cuando el auténtico terror se apoderó de él, tal vez lo arrojara a uno u otro lado de las vías, sin darse cuenta casi de que lo hacía.

He pensado en volver allá y buscarlo; ¿os parece muy morboso? He pensado en ir con mi Ford casi nuevo y salir de él una clara mañana de verano, yo solo, mi esposa e hijos en otro mundo lejano donde si das a un interruptor las luces se encienden en la oscuridad. Y he pensado cómo sería. Sacar mi mochila de la parte de atrás y apoyarla en el parachoques mientras me quito con cuidado la camisa y me la ato a la cintura. Me embadurno pecho y hombros con Muskol insecticida y luego avanzo por el bosque hacia el lugar pantanoso en que le encontramos. ¿Se habría marchitado la yerba donde reposó su cuerpo? Claro que no, no habrá ni rastro, pero aun así te lo preguntas, y te das cuenta de que sólo una delgada película separa tu disfraz de hombre racional (el escritor por coderas de cuero en la chaqueta de pana) y los cabrioleantes mitos gorgónicos de la infancia. Subir luego el terraplén, ahora cubierto de malas yerbas, y caminar lentamente junto a las vías herrumbrosas y las traviesas podridas, hacia Chamberlain.

Estúpida fantasía. Una expedición en busca de un cubo de arándanos de hace veinte años, que probablemente se habría hundido en el bosque o habría quedado enterrado por una máquina excavadora que allanó un solar de medio acre para una inmobiliaria, o estaría tan cubierto de yerbas y zarzas que sería ya imposible dar con él. Pero estoy seguro de que sigue allí, en algún lugar a lo largo de la vieja línea ferroviaria, y, a veces, siento el impulso casi frenético de ir a buscarlo. Suelo sentirlo por la mañana, cuando mi esposa está duchándose y mis hijos están viendo Batman y Sccoby-Doo en el canal 38 de Boston y yo me siento muy parecido al Gordon Lachance preadolescente que pisara una vez la tierra, caminando y arrastrándose a veces sobre el vientre como un reptil. Aquel chico era yo, creo. Y la idea que sigue, que me hiela como un chorro de agua fría, es: ¿A qué chico te refieres?

Sorbiendo una taza de té, mirando al sol que se filtra por las ventanas de la cocina, oyendo la televisión desde un extremo de la casa y la ducha del otro, sintiendo palpitarme las sienes, lo que significa que tomé demasiada cerveza anoche, creo firmemente que podría encontrarlo. Vería el claro metal brillando a través de la herrumbre, el brillante sol estival

reflejándolo para mí. Bajaría de las vías, retiraría las yerbas que hubieran crecido y entrelazado estrechamente su mango y entonces podría... ¿qué? Bueno, sencillamente arrancarlo del tiempo. Le daría vueltas y vueltas en la mano, maravillándome de su tacto, asombrándome por el hecho de que la última persona que lo tocó lleva muchos años en su tumba. ¿Y si hubiera una nota dentro? Ayudadme, me he perdido. Claro que no la habría. Los chicos no salen a buscar arándanos con lápiz y papel... pero supongámoslo. Imagino que mi temor, el temor que sentiría, sería tan oscuro como un eclipse. Sin embargo, es principalmente la simple idea de tener en mis manos aquel cubo, supongo, símbolo tanto de mi existencia como de su muerte, lo que prueba que realmente sé qué chico era, cuál de los cinco. Agarrarlo. Leer todos los años en su capa de herrumbre y el desvanecimiento de su brillo. Sentir su contacto, intentar comprender los soles que brillaron sobre él, las lluvias que cayeron sobre él y las nieves que lo cubrieron. Y preguntarme dónde estaba yo cuando cada una de tales cosas le ocurría en su solitario lugar, dónde estaba, qué hacía, a quién amaba, cómo me iba, dónde estaba. Lo sujetaría en mis manos, lo interpretaría, lo sentiría... y contemplaría mi propio rostro en cualesquiera reflejo que quedara. ¿Podéis entenderlo?

29

Eran poco más de las cinco de la mañana del domingo, víspera del Día del Trabajo, cuando llegamos a Castle Rock. Habíamos estado caminando toda la noche. Nadie se quejó, aunque todos teníamos ampollas en los pies y estábamos muertos de hambre. La cabeza me latía con una jaqueca espantosa y las piernas me fallaban y me ardían de cansancio. Habíamos tenido que bajar en dos ocasiones gateando el terraplén para quitarnos de en medio cuando pasaban los cargueros.

Uno de ellos venía en nuestra dirección, pero avanzaba demasiado de prisa para saltar. Clareaba ya cuando llegamos al puentecillo del río Castle otra vez. Chris se quedó mirándolo, miró luego el río y se volvió a mirarnos a nosotros.

-A la mierda. Yo cruzaré por aquí. Si me pilla un tren ya no tendré que preocuparme del maldito Merrill.

Pasamos todos por allí (sería más apropiado decir que nos arrastramos laboriosamente). No pasó ningún tren.

Cuando llegamos al basurero, saltamos la valla (ni rastro de Milo ni del perro, no a aquellas horas, y menos siendo domingo por la mañana) y fuimos directamente al pozo. Vern bombeó el agua y todos pusimos por turno la cabeza bajo el chorro de agua fresca, echándonos agua por el cuerpo y bebiendo hasta no poder más. Luego tuvimos que ponernos las camisas porque la mañana parecía fresca. Caminamos (renqueamos) hasta el pueblo y nos quedamos un poco en la acera contemplando nuestro club. Para no tener que mirarnos los unos a los otros, miramos nuestra casita del árbol.

-Bueno -dijo al fin Teddy-. Os veré el miércoles en clase. Creo que estaré durmiendo hasta entonces.

-Yo también -dijo Vern-. Estoy demasiado agotado para cohetes.

Chris emitió un monótono sonido entre los dientes y no dijo nada.

-Oye, amigo -dijo torpemente Teddy-. Nada de resentimientos, ¿de acuerdo?

-Claro -dijo Chris, y su rostro agotado y sombrío se iluminó súbitamente con una sonrisa tierna y luminosa-. Lo conseguimos, ¿no? Les dimos una lección a los cabrones.

-Claro -dijo Vern-. Eres brillantísimo. Ahora Billy me dará la lección a mí.

-¿Y qué? -dijo Chris-. Richie se echará en cuanto pueda sobre mí y seguro que Ace le dará un buen repaso a Gordie y algún otro se consagrará a Teddy. Pero lo conseguimos.

-Eso es cierto -dijo Vern. Pero aún no parecía feliz.

Librodot

Chris me miró.

-Lo conseguimos, ¿no es cierto? -preguntó, con suavidad-. Y mereció la pena, ¿no?

-Seguro -dije.

-A la porra con ello -dijo Teddy, con aire de indiferencia-. Éste se despide. Me voy a llamar a casa y ver si mamá me ha incluido en la Lista de los Diez Más Buscados.

Todos nos echamos a reír; Teddy nos dedicó su mirada sorprendida y confusa. Nos despedimos. Luego, él y Vern partieron en su dirección y a mí no me quedaba más remedio que irme en la mía... Dudé un instante.

-Te acompaño -dijo Chris.

-De acuerdo, estupendo.

Caminamos en silencio una manzana o así. Castle Rock estaba asombrosamente tranquilo a aquellas horas y yo sentí una sensación casi sagrada de que el cansancio se esfumaba. Nosotros estábamos despiertos y todo el mundo estaba durmiendo, y al doblar la esquina casi esperaba ver a mi corza al fondo de la calle Carbine, por donde la vía del tren pasa por el patio de carga de la fábrica.

Al final, Chris dijo:

-Lo contarán.

-Puedes estar seguro. Pero no hoy ni mañana, si es eso lo que te preocupa. Creo que pasará mucho tiempo antes de que lo cuenten. Tal vez años.

Se volvió a mirarme, sorprendido.

-Tienen miedo, Chris. En especial Teddy, de que no le admitan en el Ejército. Pero también Vern tiene miedo. Les quitará horas de sueño, claro, y algunas veces, durante este otoño, estarán a punto de contárselo a alguien, pero de verdad creo que no llegarán a hacerlo. Y después... ¿sabes qué? Parece una idiotez, pero... creo que casi se olvidarán de que alguna vez sucedió.

Chris asentía moviendo lentamente la cabeza.

-No me lo había planteado así. Tú ves las intenciones de las personas, Chris.

-Ojalá fuera cierto, amigo.

-Lo haces realmente.

Caminamos otra manzana en silencio.

-No conseguiré salir nunca de este pueblo -dijo Chris, y suspiró-. Cuando vuelvas de la universidad a pasar las vacaciones de verano, podrás vernos a Teddy y a Vern y a mí en lo de Suckey después del turno de siete a tres. Si es que te apetece vernos, claro; aunque supongo que lo más seguro es que no te apetezca -se echó a reír; una risa tétrica.

-Acaba ya con esa monserga, ¿quieres? -le dije, procurando parecer más fuerte de lo que me sentía (estaba pensando en cuando estábamos allá en el bosque y cuando Chris dijo: Y tal vez hablara con la vieja señora Simons y se lo entregara, y tal vez el dinero estuviera allí y me dieron de todas formas los tres días de «vacaciones» porque el dinero no apareció. Y puede que a la semana siguiente la vieja señora Simons se presentara en el colegio con una flamante falda nueva... La mirada. La expresión de sus ojos).

-No es ninguna monserga, papaíto -dijo Chris. Me rasqué el pulgar con el índice.

-He aquí el violín más pequeño del mundo interpretando «Mi corazón bombea rojo pis por ti».

-Era nuestro -dijo Chris, con los ojos lúgubres a la luz matinal.

Habíamos llegado a la esquina de mi calle y nos paramos. Eran las seis y cuarto. Pudimos ver hacia el pueblo la camioneta del Telegram del domingo deteniéndose frente a la papelería del tío de Teddy. Un hombre con vaqueros y camisa de manga corta tiró un fardo de periódicos. Cayeron al revés en la acera mostrando las tiras cómicas en color (siempre Dick Tracy y Blondie en primera página). Luego la furgoneta siguió su marcha, empeñado su conductor en llevar el mundo exterior a los otros pueblecitos de la ruta: Otisfield, Norway-South Paris, Waterford, Stoneham. Quería decirle algo más a Chris, pero no sabía cómo hacerlo.

-Bueno, amigo, chócala -dijo, en tono cansado.

-Chris...

-Chócala.

Lo hice.

-Te veré.

Sonrió... aquella sonrisa suya tierna y luminosa. -No si yo te veo primero, cara tonto.

Se alejó, riéndose todavía, moviéndose ágil y airosamente, como si no estuviera re ventado como yo ni tuviera ampollas como yo, y picaduras y mordeduras de mosquitos y niguas y jejenes, como yo. Como si no tuviera preocupación de ningún tipo, como si se encaminara a un lugar realmente importante en vez de simplemente a una casa (correspondería más a la verdad decir choza) de tres habitaciones, sin instalaciones sanitarias y con los cristales rotos cubiertos con plástico y con un hermano que seguramente le estaba esperando escondido en el porche de delante. Aunque yo hubiera sabido decir lo correcta, seguramente no habría podido decirlo. Las palabras destruyen las funciones del amor (supongo que es terrible que un escritor diga esto, pero creo que es cierto). Si hablas para decirle a una cierva que no le deseas ningún daño, se esfumará con un simple meneo del rabo. Lo malo es la palabra. El amor no es lo que los poetas cretinos como McKuen quieren hacerte creer. El amor tiene dientes que muerden; y las heridas jamás cicatrizan. Ninguna palabra, ninguna combinación de palabras puede curar esas mordeduras del amor. Pero también lo contrario es cierto, ésa es la ironía. Si esas heridas cierran, las palabras se mueren con ellas. Podéis creerme. Me gano la vida con las palabras y sé que es cierto.

30

La puerta de atrás estaba atrancada, así que saqué la llave de reserva de debajo del felpudo y entré en casa. La cocina estaba vacía, silenciosa, suicidamente limpia. Pude oír el zumbido de los tubos fluorescentes al dar el interruptor. Hacía literalmente años que no estaba levantado antes que mi madre; ni siquiera podía recordar la última vez que tal cosa había sucedido.

Me quité la camisa y la eché en el cubo de plástico para la ropa que había detrás de la lavadora. Tomé un paño limpio de debajo de la pica, lo mojé y me froté bien con él (cara, cuello, pecho, vientre). Me bajé luego la cremallera de los pantalones y me restregué bien la entrepierna (especialmente los testículos) hasta que empezó a dolerme la piel. Parecía que no pudiera quedar bien limpio allí, pese a que la roncha rojiza que me había hecho la sanguijuela ya casi no se notaba. Aún tengo ahí una marca diminuta en forma de semicírculo. Mi esposa me preguntó una vez de qué era, y, sin darme siquiera cuenta de que lo hacía, le mentí.

Cuando terminé de restregarme, tiré el trapo. Estaba asqueroso.

Saqué una docena de huevos y me preparé seis revueltos. Cuando estaban cuajados a medias en la sartén, añadí un plato de piña triturada y medio litro de leche. Me disponía a sentarme para empezar a comer cuando apareció mi madre, su cabello gris recogido atrás en un moño. Vestía una bata rosa desvaído y fumaba un Camel.

-Gordon, ¿dónde has estado?

-De acampada -dije, y empecé a comer-. Primero en el campo de casa de Vern y luego subimos hasta Brickyard Hill. La madre de Vern quedó en decírtelo. ¿No lo hizo?

-Seguramente hablaría con tu padre -dijo, y pasó a mi lado hacia el fregadero. Parecía un fantasma rosado. La luz de los fluorescentes no la favorecía en absoluto; daba un tono casi amarillento a su piel. Suspiró... casi un sollozo-. Por las mañanas es cuando más echo en falta a Dennis -dijo-. Miro siempre en su cuarto y está siempre vacío, Gordon.

-Claro. Es horrible -dije.

-Dormía siempre con la ventana abierta y las sábanas... ¿Gordon? ¿Decías algo?

Librodot

-Nada importante, mamá.

-... y las sábanas subidas hasta la barbilla -concluyó.

Luego se quedó mirando por la ventana, de espaldas a mí. Seguí comiendo. Temblaba de pies a cabeza.

31

La verdad nunca se descubrió.

Oh, no quiero decir que no encontraran el cuerpo de Ray Brower; sí que lo encontraron. Pero ninguno de nuestra pandilla ni de la de los mayores se llevó el mérito de encontrarlo. Al final, Ace debió decidir que lo más seguro era la llamada anónima, pues fue así como se comunicó el lugar en que se encontraba el cadáver. Me refería a que nuestros padres nunca supieron dónde habíamos estado aquel fin de semana.

El padre de Chris seguía bebiendo, tal como había dicho Chris. Y su madre se había ido a Lewiston a casa de su hermana, como solía hacer casi siempre que el señor Chambers andaba de borrachera. Se fue y dejó a Ojo al cuidado de los niños pequeños. Y él había cumplido con su obligación largándose con sus colegas delincuentes juveniles y dejando a Sheldon (de nueve años) a Emery (de cinco años) y a Deborah (de dos años) apañárselas por su cuenta.

A la segunda noche de ausencia, la madre de Teddy empezó a preocuparse y llamó a la madre de Vern. La madre de Vern se limitó a decirle que seguíamos en la tienda. Lo sabía porque la noche anterior había visto luz dentro. La madre de Teddy dijo que esperaba que no estuviéramos fumando cigarrillos allá dentro y la madre de Vern dijo que le había parecido luz de linterna y que además estaba segura de que ninguno de los amigos de Vern ni de Billy fumaban.

Mi padre me hizo algunas preguntas vagas, mostrándose levemente preocupado por mis respuestas evasivas, dijo que teníamos que ir a pescar juntos algún día y eso fue todo. Si nuestros padres se hubieran encontrado en los ocho o quince días siguientes, seguramente que habría descubierto todo; pero no se encontraron.

Milo Pressman tampoco habló. Supongo que pensaría dos veces que iba a ser su palabra contra la nuestra y que todos juraríamos que me había echado el perro.

Así que la historia nunca salió a la luz; aunque claro está que no acabó ahí.

32

Casi ya a finales de mes, un día en que volvía del colegio, un Ford negro del cincuenta y dos se detuvo a mi lado. Era inconfundible. Neumáticos gansteriles de banda blanca y tapacubos giratorios, altas defensas de cromo y, en el volante, una calavera de Lucite con una rosa engastada en ella. Pintados en la parte posterior había dos naipes: un dos y una jota tuerta; y debajo, en letras góticas, las palabras NAIPE SALVAJE.

Se abrieron violentamente las puertas y aparecieron Merrill y Bracowicz.

-¿Matón de pacotilla, verdad? -dijo Ace sonriendo, con su afable sonrisa-. A mi madre le gusta la forma en que se lo hago, ¿verdad?

-Vamos a machacarte, pequeño -dijo Bracowicz.

Tiré los libros en la acera y eché a correr. Corría como un desesperado, pero me

agarraron antes de llegar a la esquina. Ace me derribó de un golpe; y caí al suelo de bruces. Me di contra el cemento en la barbilla y no sólo vi las estrellas; vi constelaciones enteras, nebulosas completas. Estaba llorando ya cuando me levantaron, no tanto por las heridas y la sangre de codos y rodillas, ni siquiera por el miedo sino por una inmensa e impotente rabia. Chris tenía razón. Había sido nuestro.

Me debatí, me revolví y estuve a punto de soltarme y librarme de ellos. Entonces Bracowicz me hundió la rodilla en la entrepierna. El dolor fue asombroso, increíble, absolutamente insólito. Amplió los horizontes del dolor de la antigua pantalla lisa a la Vistavisión. Empecé a gritar. Gritar parecía ser mi mejor alternativa.

Ace me dio dos puñetazos en la cara, dos buenos golpes. El primero me cerró el ojo izquierdo. Hasta pasados cuatro días no pude volver a ver bien por aquel ojo; el segundo me partió la nariz con un crujido que me sonó como los cereales crujientes al masticarlos resuenan en el interior de la cabeza. Luego, la anciana señora Chalmers salió de la galería con su bastón asido con una de sus artríticas manos y un cigarrillo Herbert Tareyton asomando de la comisura de sus labios. Empezó a gritarles, diciendo:

-¡Eh, eh, oíd, chicos! ¡Quietos! Policía. ¡Policiiiiía!

-Más valdrá que no te me acerques, ratero de mierda -dijo Ace sonriendo, y me soltaron y se fueron. Me levanté y me doblé, tanteando con cuidado mis doloridos testículos, absolutamente convencido de que acto seguido empezaría a vomitar y me moriría.

Todavía estaba gritando, además. Pero cuando Bracowicz empezó a dar vueltas a mi alrededor, al ver sus piernas de palillo saliendo de sus botas de motociclista, me enfurecí. Le agarré y le mordí la pantorrilla por encima de los pantalones. Le mordí con todas mis fuerzas. También él empezó a gritar. Y empezó a brincar sobre una sola pierna e, insólitamente, a llamarme tramposo. Yo estaba mirándole saltar a la pata coja cuando Ace me pisoteó la mano izquierda; me destrozó dos dedos. Los oí romperse. No sonaban a cereales crujientes, sino a galletitas saladas. Luego, los dos volvieron al coche. Ace contoneándose con las manos en los bolsillos de atrás, el otro saltando a la pata coja y lanzando maldiciones contra mí, por encima del hombro. Yo me encogí y me acurruqué en la acera, llorando. Tía Evvie Chalmers avanzó hacia mí, dando golpes irritada con su bastón al caminar. Me preguntó si necesitaba un médico. Me incorporé y casi conseguí dejar de llorar. Le dije que no necesitaba ningún médico.

-Tonterías -vociferó ella. Tía Evvie era sorda, siempre hablaba a voces-. Vi dónde te dio aquel bravucón. Muchacho, tus frutillas van a hinchársete hasta alcanzar el tamaño de tarros de confitura.

Me hizo entrar en su casa, me dio un paño húmedo para que me limpiara la nariz (que para entonces ya había empezado a parecer un calabacín) y me dio un vaso de café con sabor medicinal que me tranquilizó algo. Siguió diciéndome a voces que debería llamar al médico y yo insistí en que no lo hiciera. Al final, se dio por vencida y yo me fui a casa. Muy despacio, caminé hasta mi casa. Todavía no tenía los huevos del tamaño de tarros de confitura, pero estaban en camino.

Mamá y papá me echaron una ojeada y se pusieron a despotricar (si he de ser sincero, ya era bastante sorprendente incluso el que se fijaran). ¿Quiénes habían sido? ¿Podría identificarles en una rueda de sospechosos? (Esta última pregunta la hizo mi padre, que nunca se perdía Los intocables ni Naked City.) Le contesté que creía que no podría identificarles en una rueda de sospechosos. Les dije que estaba cansado. En realidad, creo que estaba conmocionado (conmocionado y más que algo borracho por el café de tía Evvie, que debía de ser coñac en más de un sesenta por ciento). Les dije que creía que eran de otro pueblo, de «la parte alta», lo que todo el mundo entendía por Lewiston-Auburn.

Me llevaron al doctor Clarkson. El doctor Clarkson, que aún vive, era ya entonces lo bastante viejo como para tratar a Dios de igual a igual. Me escayoló la nariz y dedos y dio a mi madre una receta para un calmante. Luego, con algún pretexto, consiguió hacer salir a mis padres de la sala de reconocimiento y volvió arrastrando los pies a mi lado, la cabeza

Librodot

inclinada, como Boris Karloff abordando a Igor.

-¿Quién fue, Gordon?

-No lo sé, doctor Clar...

-Mientes.

-No, señor. Oh-oh.

Sus mejillas cetrinas empezaron a colorearse.

-¿Por qué tienes que encubrir a los cretinos que te hicieron esto? ¿Crees que te respetarán por ello? Se reirán de ti y te llamarán idiota. «Oh -dirán-, ahí va el idiota ese al que pateamos el otro día. ¡Ja, ja! ¡Jooo, Jooo! ¡Jua, jua, jua, jua!»

-No sé quiénes son. De verdad.

Pude ver sus manos disponiéndose a sacudirme, pero, claro, no podía hacerlo. Así que me mandó con mis padres, sacudiendo la cabeza y murmurando no se qué sobre delincuentes juveniles. Seguramente se lo contaría todo aquella noche a su buen amigo Dios mientras se tomaban su jerez y se fumaban sus puros.

No me importaba que aquella pandilla de cretinos de Ace y los demás me respetaran o creyeran que era idiota, o el que ni siquiera pensaran en mí. Pero estaba Chris para preocuparse. Su hermano Ojo le había roto un brazo por dos sitios y le había puesto la cara como una salida de sol canadiense. Le tuvieron que meter una punta de acero en el brazo. La señora McGinn vio carretera abajo a Chris arrastrándose por el arcén, sangrando de los dos oídos y leyendo una historieta de Richie Rich. Le llevó a la sala de urgencias de un hospital, donde Chris dijo al médico que le atendió que se había caído por las escaleras del sótano, a oscuras.

-Muy bien -dijo el médico, tan disgustado con Chris como el doctor Clarkson conmigo; y llamó al alguacil Bannerman.

Mientras el médico hacía esta llamada desde su despacho, Chris avanzó lentamente por el vestíbulo, sujetando el cabestrillo provisional contra el pecho para que no se le moviera el brazo y los huesos rotos se rozaron unos con otros; y utilizó una moneda para llamar por teléfono a la señora McGinn (más tarde me contó que era la primera llamada a pagar en destino que hacía en su vida y que le aterraba la idea de que la señora McGinn pudiera negarse a aceptarla. Pero la aceptó).

-Chris, ¿estás bien? -le preguntó.

-Sí, gracias -contestó Chris.

-Lamento no haberme podido quedar contigo, pero tenía pasteles en el...

-No se preocupe, señora McGinn -dijo Chris-. ¿Puede ver usted el Buick en nuestro patio de entrada?

El Buick era el coche que conducía la madre de Chris. Tenía diez años y cuando se calentaba el motor olía a zapatos fritos.

-Sí, ahí está -dijo la señora McGinn con cautela. Mejor sería no meterse mucho en los asuntos de aquellos Chambers. Basura blanca pobre; irlandeses miserables.

-¿Podría ir usted a casa y decirle a mamá que baje al sótano y quite la bombilla del portalámparas?

-Oye, Chris, en realidad... mis pasteles...

-Dígale -dijo Chris, implacable- que lo haga de inmediato. A menos que quiera que mi hermano vaya a la cárcel.

Hubo una larga y prolongada pausa, tras la cual la señora McGinn aceptó dar el recado. No hizo preguntas y Chris no le dijo mentiras. El alguacil Bannerman fue a la casa de los Chambers, pero Richie Chambers no fue a la cárcel.

También Vern y Teddy recibieron lo suyo, aunque no tanto como Chris y yo. Cuando Vern llegó a casa, Billy estaba esperándole. Se le acercó por detrás con un tubo y le atizó con bastante fuerza como para dejarle inconsciente con cuatro o cinco porrazos. Vern sólo estaba atontado, pero Billy temió haberle matado y le dejó. Y una tarde, cuando Teddy volvía del club a casa, le agarraron entre tres. Le dieron de puñetazos y le rompieron las gafas. Él les hizo frente, pero dejaron de pegarle cuando vieron que les buscaba a tientas como un ciego.

Vagábamos juntos por el colegio como los restos de una fuerza de asalto coreana. Nadie sabía con exactitud lo que habla pasado, pero todos entendían que habíamos tenido un encontronazo muy grave con los mayores y que nos habíamos portado como hombres. Corrieron algunos rumores. Todos ellos absolutamente falsos.

Cuando nos quitaron las escayolas y desaparecieron las marcas de los porrazos, Vern y Teddy se alejaron. Habían descubierto a un grupo de chavales de su edad a los que podían dominar. Casi todos eran tontos de verdad, lelos, pequeños cretinos de quinto curso, pero Vern y Teddy seguían trayéndoles a la casa del árbol mandándoles de allá para acá y pavoneándose con ellos como generales nazis.

Chris y yo empezamos a ir cada vez menos al club y al cabo de un tiempo el lugar era suyo por abandono. Recuerdo que fui una vez en la primavera del sesenta

y uno, y el lugar no me gustó nada. No recuerdo haber vuelto. Vern y Teddy se fueron convirtiendo lentamente en dos caras más en los estudios o los castigos de las tres y media. Nos saludábamos con un gesto, nos decíamos hola. Y eso era todo. Sucede. Los amigos entran y salen de tu vida como ayudantes de camarero en un restaurante, ¿no te has fijado nunca? Pero cuando pienso en aquel sueño, los cadáveres tirando de mí implacablemente bajo el agua, me parece bien que así sea. Algunos se ahogan, eso es todo. No es justo, pero sucede. Algunas personas se ahogan.

33

Vern Tessio murió en un incendio que destruyó un edificio de apartamentos de Lewiston en mil novecientos sesenta y seis (en Brooklyn y en el Bronx llaman a ese tipo de edificios de apartamentos «casas pobres», creo). El departamento de bomberos comunicó que el incendio se inició hacia las dos de la madrugada y para el amanecer todo el edificio era sólo un montón de ceniza en el hueco del sótano. Había habido una gran juerga; y Vern estaba allí. Alguien se durmió en uno de los dormitorios con el cigarrillo encendido, tal vez el propio Vern, completamente ido, pensando en sus monedas enterradas bajo el porche. A Vern y a otros cuatro que murieron en el incendio, les identificaron por la dentadura.

Teddy terminó en un sórdido accidente de coches. Creo que fue en el setenta y uno, o tal vez a principios del setenta y dos. Cuando yo era pequeño había un dicho que decía: «Sí sales adelante solo eres un héroe. Lleva a alguien contigo y serás una mierda». A Teddy, que lo único que había deseado, desde que tuvo edad suficiente para desear algo, fue ingresar en el Ejército, le rechazaron en las Fuerzas Aéreas y le declararon no apto en la oficina de reclutamiento.

Sólo hacía falta verle las gafas y el aparato del oído para saber que ocurriría aquello; cualquiera se habría dado cuenta... cualquiera, salvo Teddy. En su primer año de instituto le castigaron a no ir durante tres días a clase por llamar saco de mierda al tutor. Él había observado que Teddy iba con mucha frecuencia (casi todos los días) a inspeccionar nuevas informaciones sobre el Ejército. Así que le dijo a Teddy que sería mejor que pensara en otra carrera y fue precisamente entonces cuando Teddy perdió los estribos.

Iba un año retrasado por faltas repetidas, faltas de puntualidad y asistencia a cursos de retrasados... pero consiguió graduarse. Tenía un Chevrolet Bel Air antiguo y lo usaba para recorrer los mismos lugares que antes que él habían frecuentado Ace y Bracowicz: la sala de billares, el salón de baile, Suckey's Tavern, que ahora está cerrada, y Mellow Tiger, que no lo está. Con el tiempo, consiguió un trabajo en el Departamento de Obras Públicas de Castle Rock, para rellenar agujeros.

El accidente ocurrió en Harlow. El coche de Teddy iba lleno de amigos suyos (dos de los cuales habían pertenecido al grupo aquel que él y Vern se habían dedicado a mangonear

Librodot

allá por mil novecientos sesenta), y se estaban pasando un par de porros y un par de botellas de Popov. Chocaron contra un poste, que arrancaron, y dieron seis vueltas de campana. Una de las muchachas resultó técnicamente viva. Permaneció seis meses en lo que las enfermeras y enfermeros del Hospital General de Maine llaman «Sala de Coles y Nabos», hasta que algún alma caritativa le desconectó el aparato de respiración artificial. Teddy Duchamp recibió a título póstumo el premio del Cerote de Oro del Año.

Chris se apuntó a los cursos para la universidad en su segundo año de la primera etapa del instituto (los dos sabíamos que, si esperaba más para hacerlo, sería demasiado tarde; no podría ponerse al día). Todos le riñeron por ello: sus padres, que consideraban que estaba dándose tono; sus amigos, la mayoría de los cuales le tildaron de mariquita; el tutor, que no le consideraba capacitado para conseguirlo, y casi todos los profesores, a quienes no agradaba precisamente su presencia (peinado con un gran flequillo de lado, chaqueta de cuero, botas de mecánico) materializándose en sus clases sin previo aviso. Se advertía a simple vista que el ver aquellas botas y aquella cazadora con tantas cremalleras les ofendía por considerarlas irreconciliables con materias tan elevadas como el álgebra, el latín y las ciencias naturales; semejante atuendo sólo era concebible en los muchachos que seguían la formación profesional. Chris se sentaba entre aquellos chicos y chicas vivarachos y bien vestidos de las familias de clase media de Castle View y Brickyard Hill cual un Grendel mudo y caviloso que en cualquier momento pudiera volverse contra ellos rugiendo estruendosamente y engullirlos con sus caros zapatitos, sus vistosas camisas y sus jerseyes Peter Pan incluidos.

Estuvo a punto de renunciar por lo menos una docena de veces aquel año. Le acosaba especialmente su padre, que le acusaba de creerse mejor que él, y de querer «ir a la universidad para poder arruinarme». Una vez, le rompió una botella de Rhinegold en la nuca y Chris terminó otra vez en la sala de urgencias del hospital, donde le tuvieron que dar cuatro puntos para cerrar la herida. Sus antiguos amigos, la mayoría de los cuales se estaban ahora especializando en el Área del Humo, se reían de él por la calle. El tutor intentó convencerle de que hiciera al menos algunas asignaturas de formación profesional para que luego no tuviera que partir de cero. Y, por supuesto, lo peor era esto: había estado haciendo el vago durante los primeros siete años de sus estudios y ahora le llegaba el momento de pagar la factura con creces.

Estudiábamos juntos casi todas las noches, a veces hasta seis horas seguidas. Después de aquellas sesiones acababa siempre agotado, y, a veces, incluso asustado: asustado por su incrédula rabia por lo espantosamente elevada que era aquella factura. Antes incluso de que pudiera empezar a entender los principios del álgebra, tenía que aprender de nuevo los quebrados, de los que él y Vern y Teddy ni siquiera se habían enterado por pasarse la clase jugando al «billar de bolsillo».

Antes de empezar siquiera a entender el Pater noster qui est in caelis, tenía que aprender lo que eran los sustantivos, y las preposiciones y los complementos. Dentro de su libro de gramática, con letras bien claras, estaban las palabras: A LA MIERDA Los GERUNDIOS. Tenía buenas ideas para las redacciones, pero su ortografía era realmente infame y en cuanto a la puntuación, parecía que puntuase con una escopeta. Destrozó un ejemplar de Warriner's y se compró otro en una librería de Portland, que fue el primer libro de pasta dura que poseyó realmente, y que se convirtió para él en una especie de Biblia.

Pero para nuestro primer curso de la segunda etapa en el instituto, ya le habían aceptado. Ninguno logró grandes honores, pero yo quedé en séptimo lugar y él en el decimonoveno. A ambos nos admitieron en la Universidad de Maine, pero yo fui al campus de Orono y él se matriculó en el de Portland. En Derecho. ¿Te imaginas? Más latín.

Salimos durante todo el bachillerato, pero no hubo jamás una chica entre nosotros. ¿Puede dar eso la impresión de que éramos maricas? Eso habrían pensado casi todos nuestros antiguos amigos, incluidos Vern y Teddy. Pero era sólo cuestión de supervivencia. Ambos estábamos en apuros y nos aferrábamos el uno al otro. Creo que ya he explicado el caso de Chris; mis motivos para aferrarme a él no eran tan precisos. Su deseo de salir de Castle Rock y de la sombra de la fábrica me parecía que era lo mejor de mí, mi mejor parte, y no podía

dejarle flotar o hundirse a su suerte. Si él se hubiera ahogado, creo que aquella parte mía se habría ahogado también con él.

Casi a finales de mil novecientos setenta y uno, Chris entró un día en un bar de Portland a tomar un plato combinado. Justo delante suyo, dos individuos empezaron a discutir sobre quién de los dos iba primero en la cola. Uno de ellos sacó una navaja. Y Chris, que siempre había sido el mejor de la pandilla en lo de conseguir que hiciéramos las paces, se interpuso entre los dos y recibió un navajazo en la garganta. El hombre de la navaja había cumplido condena en varias instituciones penitenciarias; hacía sólo una semana que acababa de salir de la prisión estatal de Shawshank. Chris murió casi instantáneamente.

Leí la noticia en el periódico (Chris estaba terminando su segundo año de estudios para graduados). Yo, por mi parte, llevaba año y medio casado y era profesor de inglés en un instituto de enseñanza media. Mi esposa estaba embarazada y yo estaba intentando escribir un libro. Cuando leí la noticia: ESTUDIANTE RECIBE CUCHILLADA MORTAL EN RESTAURANTE DE PORTLAND, le dije a mi esposa que salía a tomar un batido de leche. Salí del pueblo en el coche, aparqué a un lado de la carretera y lloré por Chris. Lloré durante casi una maldita media hora, creo. No podía hacerlo delante de mi esposa, pese a lo mucho que la quiero. Hubiera sido una debilidad.

34

¿Y yo?

Como ya dije, ahora soy escritor. Muchísimos críticos creen que lo que escribo es una mierda. Y muchas veces creo que tienen razón... pero aún me entusiasma poner esas dos palabras «Escritor independiente» en el apartado de profesión de los formularios que hay que rellenar en los despachos de los médicos y en las oficinas de créditos Mi historia se parece tantísimo a un cuento de hadas que resulta absurda.

Vendí mi libro e hicieron una película, que tuvo excelentes críticas y además fue un éxito extraordinario. Y todo esto había ocurrido ya cuando yo tenía veintiséis años. También de mi segundo libro se hizo una película. Y del tercero. Ya os lo dije: es absolutamente absurdo. De momento, a mi esposa no le molesta que yo esté durante el día por la casa y ya tenemos tres hijos. Los tres me parecen perfectos y soy bastante feliz.

Pero, como ya he dicho, escribir no es tan fácil ni divertido como antes. A veces tengo fortísimos dolores de cabeza, y entonces tengo que quedarme echado en una habitación a oscuras hasta que se me pasan. Dice el médico que no son verdaderas migrañas; él los llama «dolores de tensión» y me aconseja que trabaje menos. A veces me obsesiono. Es un hábito absurdo, pero no puedo evitarlo. Y me pregunto si tendrá algún sentido lo que estoy haciendo, y qué es lo que me corresponde hacer un mundo en el que un hombre puede hacerse rico jugando a «imaginemos».

Pero es curioso cómo volví a ver a Ace Merrill. Mis amigos han muerto, pero Ace está vivo. Le vi saliendo del aparcamiento de la fábrica nada más sonar las tres, la última vez que bajé a mis hijos a visitar a mi padre.

Ya no tenía el Ford del cincuenta y dos, sino una rubia Ford del setenta y siete. Una desvaída pegatina decía REAGAN/BUSH 1980. Llevaba el pelo cortado al cepillo y estaba gordo. Los rasgos afilados y agradables que yo recordaba habían desaparecido bajo un alud de carne. Yo había dejado a los niños con papá el tiempo suficiente para ir al centro y comprar el periódico. Esperaba en la esquina de las calles Maine y Carbine y él me lanzó una mirada mientras yo esperaba para cruzar. No hubo indicio alguno de reconocimiento en el rostro de aquel individuo de treinta y dos años que, en otra dimensión temporal, me había partido la nariz.

Librodot

Le observé mientras dejaba su Ford en el sucio aparcamiento que hay junto al Mellow Tiger, salir, tironearse de los pantalones y entrar en el local. Podía imaginarme el breve fragmento de Oeste rural cuando abrió la puerta, la breve vaharada de Knick y Gansert de barril, los gritos de recibimiento de los otros parroquianos cuando cerró la puerta y posó su inmenso trasero en el mismo taburete que seguramente le había aguantado al menos durante tres horas todos los días de su vida (excepto los domingos) desde que tenía veintiún años.

Así que ahora Ace es eso, pensé.

Miré hacia la izquierda: más allá de la fábrica podía verse el río Castle, no tan caudaloso ya, pero algo más limpio, corriendo aún bajo el puente entre Castle Rock y Harlow. El viaducto de caballetes que había río arriba ha desaparecido, pero el río sigue aún su curso. Yo también.

Librodot

Cuento de invierno

EL MÉTODO DE RESPIRACIÓN

Para Peter y Susan Straub

1. El club

He de admitir que aquella cruda noche de viento y nieve me vestí algo más de prisa de lo normal. Era el veintitrés de diciembre de mil novecientos setenta y tantos; sospecho que lo mismo hicieron otros miembros del club. Es notoria la dificultad de encontrar taxi en Nueva York en noches tormentosas, así que pedí uno por teléfono a radio-taxi. Llamé a las cinco y media diciendo que pasaran a recogerme a las ocho en punto (mi esposa arqueó una ceja, pero se abstuvo de hacer comentarios). A las ocho menos cuarto estaba yo abajo, en el doselete del edificio de apartamentos de la calle Cincuenta y ocho Este en el que Ellen y yo vivíamos desde mil novecientos cuarenta y seis; a las ocho y cinco, cuando ya el taxi se retrasaba cinco minutos, caminaba impaciente arriba y abajo.

El taxi llegó a las ocho y diez; pero cuando al fin subí, estaba demasiado contento por su llegada y por poder librarme del viento, como para mostrar al chófer la justificada indignación que sentía por su retraso. Al parecer el viento que soplaba aquella noche formaba parte de un frente frío procedente del Canadá y era realmente fuerte. Silbaba y gemía en la ventanilla del taxi, apagando de vez en cuando la salsa que emitía la radio y haciendo tambalearse al gran vehículo Checker sobre las ballestas. Había aún muchas tiendas abiertas, pero apenas se veían compradores de última hora en las aceras; y los pocos que se veían, parecían realmente incómodos y afligidos.

Había estado nevando a intervalos todo el día; empezó a hacerlo de nuevo, diminutos copos primero que al poco giraban en grandes torbellinos delante nuestro en la calle. Al regresar a casa aquella noche, pensaría yo en la combinación de nieve, un taxi y la ciudad de Nueva York con inquietud mucho mayor... pero, lógicamente, eso aún no lo sabía.

En la esquina de las calles Segunda y Cuarenta atravesaba el cruce flotando como un espectro una gran campana de Navidad.

-Mala noche -dijo el taxista-. Mañana habrá dos docenas de más en el depósito de cadáveres. Borrachos congelados y unas cuantas vagabundas congeladas.

-Seguro.

El taxista se quedó pensativo.

-Bueno, ¡es una liberación, al fin y al cabo! -dijo por último-. Menos asistencia social, ¿verdad?

-La amplitud y profundidad de su espíritu navideño son asombrosas -dije.

Se quedó de nuevo pensativo.

-¿Es usted uno de esos liberales compasivos? -dijo al fin.

-Me niego a contestar a su pregunta -le dije-, basándome en que mi respuesta podría incriminarme.

El hombre me concedió un bufido de «Por-qué-metocarán-siempre-los-sabihondos», pero no hizo comentario alguno.

Me dejó en la esquina de las calles Segunda y Treinta y cinco, y recorrí caminando media manzana hasta el club, inclinado contra el silbante viento, sujetándome el sombrero con la mano enguantada. En cuestión de segundos, parecía que toda mi fuerza vital se hubiera replegado quedando reducida a una aleteante llamita azul del tamaño de la luz piloto de un horno de gas. A los setenta y tres, un hombre siente el frío antes y más intensamente. Aquel hombre debiera estar junto al fuego, o al menos junto a una estufa eléctrica. A los setenta y tres, la fogosidad ya casi no es ni un recuerdo; tiene más de informe académico.

La última nevisca estaba amainando, pero aun así, la nieve me golpeaba en la cara como si fuera arena. Me complació ver que habían echado arena en las escaleras de la entrada del 249-B (obra de Stevens, seguro), buen conocedor del proceso alquímico básico de la vejez que no convierte el plomo en oro sino en vidrio los huesos. Considerando tales cosas, creo que Dios piensa casi igual que Groucho Marx.

Y allí estaba Stevens, aguantando la puerta abierta; al instante siguiente, me encontraba

Librodot

ya dentro. Crucé el vestíbulo de paneles de caoba, crucé las dobles puertas abiertas en un tercio y entré en la biblioteca-sala de lectura-bar.

Era una sala oscura en la que aquí y allá brillaban charquitos de luz: las lámparas de lectura. Una luz más firme e intensa brillaba al otro lado del entarimado de roble y pude oír el constante chasquido de los troncos de abedul en una inmensa chimenea. El calor llenaba todos los rincones de la estancia, lo cual tal vez no sea nada especialmente agradable para quienes disponen de un fuego igual en su casa. Crujió un periódico: un crujido seco, que denotaba cierta impaciencia. Johanssen, seguro con su Wall Street Journal. Después de diez años, podía detectarse su presencia sólo por la forma en que comprobaba sus valores. Divertido... y un tanto asombroso.

Stevens me ayudó a quitarme el abrigo, murmurando que hacía una noche espantosa; la WCBS estaba pronosticando intensas nevadas antes del día siguiente.

Convine en que realmente la noche era espantosa y me volví a mirar otra vez aquella gran sala de alto techo. Una noche crudísima, un fuego bien vivo y un cuento de aparecidos. ¿Dije ya que a los setenta y tres años el apasionamiento es ya cosa del pasado? Tal vez lo sea. Pero sentí algo cálido en el pecho ante la idea... algo que no estaba provocado por el fuego ni por el serio y decoroso recibimiento de Stevens.

Creo que se debía a que aquella noche le tocaba a McCarron contar el cuento.

Hacía diez años que acudía yo a la residencia que se alza en el número 249-B de la calle Treinta y cinco (a intervalos casi, aunque no exactamente, regulares). Considero el lugar como un «club de caballeros», ese curioso arcaísmo anterior a la feminista Gloria Steinem. Pero ni siquiera ahora estoy seguro de que lo sea realmente, ni siquiera de cómo se creó.

La noche que Emlyn contó su cuento (el cuento del método de respiración) debíamos ser unos trece socios en total, aunque sólo seis nos habíamos atrevido a salir en noche tan cruda y espantosa. Puedo recordar años en los que solamente éramos unos ocho socios y otros años en los que llegábamos a veinte por lo menos, e incluso a más.

Supongo que Stevens debe saber cómo sucedió todo (algo de lo que estoy absolutamente seguro es de que Stevens está allí desde el principio, sea el tiempo que sea...) y creo que Stevens es mayor de lo que parece. Mucho, muchísimo más viejo de lo que parece. Tiene un vago acento brooklyniano, aparte de lo cual es tan extraordinariamente correcto y tan sarcásticamente puntilloso como un mayordomo inglés de tercera generación. Su reserva forma parte de su encanto, a menudo exasperante, y su sonrisilla es como una puerta cerrada a cal y canto. Jamás he visto los archivos del club, si es que los lleva. Jamás me ha entregado un recibo de cuotas: no hay cuotas. Jamás me ha llamado el secretario del club: no hay secretario; y en el 249-B de la calle Treinta y cinco no hay teléfonos. No hay caja de bolas blancas y negras para votar. Y el club (si es que es un club) nunca ha tenido un nombre.

Fui por primera vez al club (pues así seguiré llamándolo) como invitado de George Waterhouse. Waterhouse dirigía la empresa de asesores legales en la que yo había trabajado desde mil novecientos cincuenta y uno. Mi ascenso dentro de la empresa (una de las tres más importantes de Nueva York), aunque firme, había sido extraordinariamente lento; yo era muy tenaz y diligente en el trabajo, pero carecía de auténtico brío y de genio. Había visto a hombres, que habían empezado cuando yo, avanzar al galope mientras que yo seguía al paso: y la verdad es que lo veía sin auténtica sorpresa.

Waterhouse y yo habíamos intercambiado algún que otro comentario jocoso y asistido a la cena que daba la empresa todos los años en octubre; y ésa había sido prácticamente nuestra relación hasta el otoño de mil novecientos sesenta y tantos, en que se presentó en mi despacho un día a principios de noviembre.

Su visita era por sí misma bastante insólita y de momento me sugirió ideas lúgubres (despido), contrarrestadas por otras más frívolas (un ascenso inesperado). Era una visita chocante. Waterhouse se apoyó en el quicio de la puerta con la distinguida insignia Phi Beta Kappa brillando suavemente sobre el chaleco y charló con afabilidad de vaguedades: nada de cuanto decía parecía tener el menor interés o importancia. Yo esperaba que concluyera las vaguedades y fuera al grano: «Y en cuanto al sumario de Casey...» o «Nos han pedido que

Librodot

investiguemos la designación del alcalde de Salkowitz de...» Pero, al parecer, no iba a hablarme de ningún caso. Echó un vistazo a su reloj, dijo que había disfrutado con nuestra charla y que tenía que irse.

Seguía yo aún parpadeando, bastante perplejo, cuando se volvió y dijo, como si tal cosa:

-Suelo ir los martes por la noche a un sitio... una especie de club. Viejos ñoños, la mayoría, pero algunos son una compañía agradable. Y la bodega es excelente, si uno sabe apreciarlo. Y, de vez en cuando, alguien cuenta una buena historia también. ¿Por qué no se pasa alguna noche por allí, David? Como invitado mío.

Balbucí algo como respuesta; ni siquiera ahora podría decir el qué. Me sentía apabullado por semejante ofrecimiento. El ofrecimiento en sí tenía un tono casual e impulsivo, pero no había absolutamente nada de casual e impulsivo en los ojos de Waterhouse, hielo azul anglosajón bajo las tupidas espirales blancas de sus cejas. Y si no recuerdo con precisión lo que contesté es porque de repente sentí la certeza absoluta de que tal ofrecimiento (pese a ser vago y sorprendente) era el ofrecimiento específico que yo había estado esperando que me hiciera.

Cuando se lo conté aquella noche, Ellen reaccionó con divertido enojo. Llevaba trabajando con Waterhouse, Carden, Lawton, Frasier y Effingham algo así como quince años y era bastante evidente que no podía abrigar grandes esperanzas de subir mucho más de la posición de nivel medio que ocupaba en aquel momento; y Ellen pensaba que aquello era el sucedáneo del reloj de oro, que la empresa me ofrecía.

-Ancianos contando historias de guerra y jugando al póquer -comentó Ellen-. Una velada así y esperarán que seas feliz en tu puesto hasta que te jubiles, supongo... ah, te reservé dos Beck's.

Me besó cálidamente. Supongo que algo había visto en mi expresión (bien sabe Dios que después de tantos años juntos sabe leer en mí como en un libro abierto).

Nada ocurrió en el transcurso de varias semanas. Cuando me acordaba de la extraña oferta de Waterhouse (extraña sin duda viniendo de un individuo con quien no coincidía ni doce veces al año y al que sólo veía fuera del trabajo en unas tres reuniones anuales, incluyendo la cena que la empresa daba en octubre), suponía que había malinterpretado la expresión de sus ojos, que en realidad me había hecho tal ofrecimiento por decir algo y luego lo había olvidado por completo. O se había arrepentido de haberlo hecho... ¡ay!

Y luego, un buen día, se me acercó a última hora de la tarde (era un hombre de casi setenta años, ancho de hombros y de aspecto atlético todavía). Estaba yo en aquel preciso instante poniéndome el gabán, con la cartera entre los pies.

-Si todavía le apetece tomarse una copa en el club, ¿por qué no viene esta noche?

-Bueno... yo...

Me plantó en la mano una hojita de papel y añadió: -Bien... aquí está la dirección.

Aquella noche, estaba esperándome al pie de las escaleras y Stevens sujetaba la puerta abierta para que pasáramos. La bebida era excelente, tal como había prometido Waterhouse. No hizo la menor tentativa de presentarme (lo cual tomé en aquel momento por esnobismo, aunque después desecharía tal idea); dos o tres se me presentaron ellos mismos. Uno de los que así lo hicieron era Emlyn McCarron, ya entonces próximo a los setenta años. Me tendió la mano, que estreché brevemente. Tenía la piel seca, correosa, áspera; diría que casi tortuguesca. Me preguntó si jugaba al bridge. Le contesté que no.

-Estupendo -dijo-. No se me ocurre nada que haya colaborado tanto a acabar con la conversación inteligente de las veladas nocturnas en este siglo como ese maldito juego.

Y tras esa declaración, desapareció en la oscuridad de la biblioteca, en la que los estantes de libros parecían subir y subir hasta el infinito.

Miré a mi alrededor buscando a Waterhouse, pero había desaparecido. Sintiéndome algo incómodo y bastante desplazado, me encaminé lentamente hacia la chimenea. Era, según creo haber mencionado ya, grandiosa: resultaba especialmente grande en Nueva York, donde a los inquilinos de pisos, tales como yo mismo, les era difícil incluso imaginar semejante dádiva bastante grande para hacer algo más que tostadas o palomitas de maíz. En la chimenea del

249-B de la calle Treinta y cinco Este podía asarse un buey entero. No tenía repisa; ocupaba su lugar un gran arco de piedra. El arco estaba partido en el centro por una dovela que sobresalía levemente. Quedaba justo al nivel de mis ojos y aunque la luz era bastante pobre pude leer sin dificultad la leyenda grabada en la piedra: Lo IMPORTANTE ES EL CUENTO, NO QUIEN LO CUENTA.

-Tome, David -dijo Waterhouse a mi lado, y me sobresalté. No me había abandonado en absoluto. Simplemente había ido a algún sitio a buscar bebida-. Escocés... con soda, ¿no?

-Sí, gracias, señor Waterhouse.

-George -dijo-. Aquí simplemente George.

Bueno, pues George -dije, aunque me resultaba bastante extraño llamarle por su nombre de pila-. -¿Qué es todo...?

-¡Salud! -dijo él.

Bebimos.

-Stevens atiende el bar. Prepara estupendas bebidas. Le gusta decir que es una habilidad insignificante, pero vital.

El escocés mitigó mi sensación de extrañeza y desorientación (digamos que limó un poco los bordes de tal sensación, aunque su núcleo persistía: me había pasado casi media hora delante del ropero preguntándome qué ponerme; al fin me había decidido por unos pantalones marrón oscuro y una chaqueta de tweed casi a juego, esperando no ir a encontrarme entre un grupo de individuos con esmoquin o bien con camisasde leñador y vaqueros... al parecer, de todos modos, había atinado bastante en lo relativo al atuendo). Un nuevo lugar y una nueva situación le hacen a uno extraordinariamente consciente de todo acto social, por insignificante que sea; y en aquel momento, con el vaso en la mano y hecho ya el brindis de rigor, deseaba muchísimo asegurarme de no pasar por alto ninguna formalidad.

-¿Hay algún libro de invitados en el que deba firmar? -pregunté-. ¿O alguna otra cosa parecida? Waterhouse me miró un tanto sorprendido.

-No tenemos nada de eso -dijo-. Al menos, que yo sepa.

Recorrió con la mirada la sombría y silenciosa estancia, Johanssen hacía ruido con el Wall Street Journal. Vi a Stevens, fantasmal con su chaquetilla blanca, cruzar una puerta al fondo de aquella estancia. George posó su vaso en una mesita auxiliar y echó un tronco al fuego, cuyo chisporroteo serpeó por la negra garganta de la chimenea arriba.

-¿Qué significa? -le pregunté, señalando la inscripción de la dovela-. ¿Lo sabe?

Waterhouse leyó la inscripción detenidamente, como si lo hiciera por primera vez. Lo IMPORTANTE ES EL CUENTO, NO QUIEN LO CUENTA.

-Supongo que sí -dijo-. También usted lo sabrá si vuelve. Sí. Yo diría que se le ocurrirán una o dos ideas. En su momento. Diviértase, David.

Se alejó. Y, aunque pueda parecer extraño, por quedarme completamente solo en un medio absolutamente extraño para mí, disfruté realmente. En primer término, siempre me han gustado los libros y allí tenía una interesante colección de libros que podía examinar. Recorrí lentamente las estanterías, examinando sus cantos todo lo bien que la debilísima luz me permitía, sacando alguno de vez en cuando y deteniéndome una vez a observar por la estrecha ventana la intersección con la Segunda Avenida. Me quedé allí plantado mirando por el cristal bordeado de hielo las luces del tráfico que en el cruce pasaban del rojo al verde y al ámbar y al rojo de nuevo y súbitamente sentí que me embargaba una extrañísima (y pese a ello muy agradable) sensación de paz. No fue algo que me invadiera; parecía, por el contrario, como si me poseyera a hurtadillas. Oh claro, puedo oíros decir, es absolutamente lógico; el ver acercarse y alejarse una luz produce sensación de paz a todo el mundo.

Perfectamente. No tenía sentido. Os lo concedo. Pero igualmente sentía aquella sensación. Y por primera vez en años me hizo pensar en las noches de invierno de la granja de Wisconsin en que me crié: tendido en la cama en un cuarto de arriba lleno de corrientes de aire, observando el contraste entre el silbido del viento de enero fuera, amontonando nieve seca como arena a lo largo de muchos kilómetros, y el calor que emanaba mi cuerpo bajo dos edredones.

Librodot

Había algunos libros de Derecho, aunque sumamente raros: Veinte casos de mutilación y sus resoluciones según el Derecho inglés es uno de los títulos que recuerdo. Recuerdo también Casos de animales domésticos. Lo abrí y efectivamente era un libro de texto sobre el tratamiento legal (de la ley estadounidense, en este caso) de casos relacionados de alguna manera con animalitos domésticos: desde gatos que heredaban grandes fortunas hasta un ocelote que había roto su cadena y herido gravemente a un cartero.

Había obras de Dickens, obras de Defoe, y una colección casi infinita de Trollope; y había también una colección de novelas (once) de un autor llamado Edward Gray Seville. Estaban encuadernadas en preciosa piel verde y el nombre de la editorial, grabado en oro en el canto, era Stedham & Son. No tenía la menor noticia del autor ni de sus editores. La fecha de edición de la primera obra de Seville (Ésos eran nuestros hermanos) era 1911. Y 1935 la fecha de la última, Breakers.

Dos estanterías más abajo de la colección de novelas de Seville había un gran volumen tamaño folio en el que figuraban cuidadosos y detallados dibujos para entusiastas del juego denominado «Equipo Erector». Al lado otro volumen, también en folio, en que se mostraban famosas escenas de películas famosas. Cada fotografía ocupaba una página entera y junto a cada fotografía, en la página de al lado, poemas en verso libre, bien sobre las mismas escenas a las que acompañaban, o inspirados en ellas. No es que la idea tuviera nada de extraordinario, aunque los poemas estaban firmados por poetas notables, tales como Frost, Marianne Moore, William Carlos Williams, Wallace Stevens, Louis Zukofsky, Erica Jong, por mencionar sólo algunos. Hacia la mitad del libro encontré un poema de Algernon Williams, que acompañaba a aquella fotografía de Marilyn Monroe intentando bajarse la falda. El poema en cuestión se titulaba «El tañido» y empezaba así:

La forma de la falda,
diríamos,
es la de una campana;
las piernas, el badajo...

Y más por el estilo. No es que sea un poema horroroso, pero por supuesto tampoco el mejor de los de Williams, ni excelente en ningún sentido. Y estaba en condiciones de juzgarlo, pues a lo largo de los años había leído gran parte de la obra de Williams. De todas formas, no recordaba este poema sobre Marilyn Monroe, que sin duda lo es, pues así lo proclama el poema incluso separado de la fotografía (al final, el autor escribe: Mis piernas proclaman mi nombre: Marilyn, ma belle). He procurado localizarlo muchas veces y me ha sido imposible... lo cual no significa nada, claro. Los poemas no son como las novelas o los procesos legales; se parecen más a las hojas caídas, y cualquier volumen general titulado Obras Completas, etcétera, es falso casi por fuerza. Los poemas se pierden con gran facilidad bajo los sofás (lo cual es, sin duda, uno de sus encantos, y también una de las razones de que perduren). Pero...

En determinado momento, apareció Stevens con un segundo escocés (estaba yo ya sentado, solo, con un libro de Ezra Pound). El escocés era tan bueno como el primero. Mientras lo saboreaba, vi a George Gregson y a Harry Stein (este último llevaba muerto seis años la noche que Emlyn McCarron nos contó el cuento del método de respiración) salir de la estancia por una puerta especial que no debía tener más de un metro de altura. Era una especie de puerta-agujero-madriguera-conejil, como por la que se deslizó Alicia. Dejaron aquella diminuta puerta abierta; y al poco de su extraña salida de la biblioteca pude oír el seco clic de las bolas de billar.

Stevens se acercó y me preguntó si deseaba otro escocés. Decliné su oferta con

auténtico pesar. Asintió. «Muy bien, señor.» Su expresión era imperturbable; mas, aun así, tuve la vaga impresión de que, en cierta forma, le había complacido.

Poco después me sobresaltó el sonido de risas, sacándome de mi lectura. Alguien había echado al fuego un paquetito de polvos químicos y, por un instante, las llamas se volvieron multicolores. Y me hallé entonces recordando mi infancia... mas no de forma nostálgico-romántico-sentimental. Siento gran necesidad de remarcar esto, Dios sabrá por qué. Recordé las veces que había hecho de niño exactamente lo mismo; y mi recuerdo era intenso, placentero y absolutamente limpio de pesar.

Advertí a continuación que casi todos los presentes acercaban sus sillas al amor del fuego, formando con ellas un semicírculo. Apareció Stevens con una humeante bandeja repleta de maravillosas salchichas calientes. Harry Stein apareció de nuevo por la puerta-agujero-madriguera-conejil y se me acercó y se presentó, precipitada pero afablemente. Gregson seguía en la sala de billar y, a juzgar por el sonido, practicando tiros.

Tras unos instantes de indecisión, acerqué también mi silla al fuego, como los demás. Contaron un cuento... no muy agradable. Lo contó Norman Stett; y, como no tengo intención de contarlo aquí, tal vez comprendáis lo que quiero decir con lo de desagradable si os digo que trataba de un individuo que se asfixia en una cabina telefónica.

Cuando Stett (que también ha muerto ya) concluyó su relato, alguien dijo: «Podría haberlo reservado para Navidad, Norman»; y todos se echaron a reír; ignoraba yo, por entonces, en qué consistía la broma.

Tomó a continuación la palabra el propio Waterhouse; un Waterhouse que yo no habría podido imaginar ni en un millón de años. Licenciado en la Universidad de Yale, con la distinción Phi Beta Kappa, cabello plateado, traje tres piezas, director de una empresa de asesores legales tan grande que más era una sociedad que una simple empresa... bien, pues este Waterhouse contó la historia de una profesora que se queda atascada en el retrete. El retrete quedaba detrás del colegio de una sola aula en que ella enseñaba. Y precisamente el día en que consiguió encajar el trasero en uno de los dos agujeros del excusado era el día previsto para llevar el retrete al Prudential Center de Boston, como contribución del condado de Anniston a la exposición «Así era la vida en Nueva Inglaterra». La maestra no hizo el menor ruido en todo el rato que llevó cargar y fijar el excusado en el camión de remolque plano; estaba absolutamente paralizada por la vergüenza y el miedo, explicó Waterhouse. Y cuando la puerta del retrete se abrió en el control de la Ruta 128 de Somerville a la hora de máxima afluencia...

Pero dejemos aparte el cuento de Waterhouse, y todos los demás que le siguieron; no es lo que yo quiero contar esta noche. En determinado momento apareció Stevens con una botella de brandy que superaba con mucho la simple bondad; se acercaba bastante a lo exquisito. Sirvió una ronda y Johanssen hizo un brindis: el brindis, podríamos decir: por el cuento, no por quien lo cuenta.

Por ello bebimos.

Y al poco los hombres empezaron a marcharse. No era tarde; ni siquiera era medianoche. Pero ya había observado yo que cuando uno pasa de los cincuenta a los sesenta cada vez es tarde más pronto. Vi que Waterhouse introducía los brazos en el gabán que Stevens aguantaba abierto para ayudarle a ponérselo y decidí que era hora de que también yo me fuera. Me extrañaba que Waterhouse se marchara sin dirigirme una palabra siquiera (pues, a todas luces, tal parecía estar haciendo; si yo hubiera tardado cuatro segundos más en colocar en su estante el libro de Pound, él se habría marchado ya), aunque, en realidad, no más extraño que cuanto había presenciado en el transcurso de la velada.

Salí prácticamente pisándole los talones; Waterhouse miró a su alrededor, como sorprendido de verme, y casi como si acabaran de sacarle de una especie de semisueño.

-¿Quiere compartir el taxi? -me preguntó, en el mismo tono que si acabáramos de encontrarnos por casualidad en aquella calle ventosa y fría.

-Gracias -repuse.

De hecho, le daba las gracias por mucho más que por la oferta de compartir el taxi, lo

cual creo que era bien evidente por mi tono; mas, por su forma de asentir, él parecía indicar claramente que era sólo por el taxi.

Bajaba lentamente por la calle un taxi con la luz de libre encendida (los tipos como George Waterhouse son afortunados encontrando taxis hasta en las más crudas noches neoyorquinas en que uno juraría que no hay ni uno solo libre en toda la isla de Manhattan) y lo paró.

Ya en el interior, resguardados del frío, mientras el taxímetro marcaba el recorrido con clics regulares, comenté a Waterhouse que su cuento me había gustado muchísimo. No podía recordar haberme reído tanto y con tantas ganas desde los dieciocho años, le dije; y lo cierto es que nada tenía esto de adulación, pues era la simple y pura verdad.

-¿De veras? Es usted muy amable.

Su tono era pasmosamente cortés. Me retraje; advertí que me ruborizaba levemente. No siempre es necesario oír el portazo para saber que acaba de cerrarse una puerta.

Cuando el taxi se detuvo junto a mi domicilio, reiteré a Waterhouse mi agradecimiento; pareció mostrarse un poco más afable.

-Me alegro de que pudiera venir habiéndole avisado con tan poco tiempo -me dijo-. Vuelva cuando guste, cuando le apetezca. No espere invitación. En el 249-B no somos nada ceremoniosos. El jueves es el mejor día para los cuentos, pero el club está abierto todas las noches.

Así pues, ¿tendré que hacerme socio?

Tenía la pregunta en la punta de la lengua. Deseaba formularla; consideraba necesario hacerlo. Y estaba meditándola, oyéndola mentalmente (a mi aburrido estilo de abogado) para comprobar si la frase era correcta (tal vez resultara un poquito demasiado brusca), cuando Waterhouse indicó al taxista que siguiera. Y al instante siguiente les vi alejarse en dirección a Park. Permanecí un instante paralizado en la acera mientras el bajo del gabán me azotaba las piernas, pensando: Sabía que iba a hacerle esa pregunta; lo sabía y mandó al taxista que siguiera con toda intención para que no se la hiciera.

Me dije luego que aquello era completamente absurdo, hasta paranoico. Y lo era. Pero también era cierto. Podía burlarme cuanto quisiera; pero todas mis bromas no cambiarían la certeza esencial.

Me encaminé lentamente hacia la entrada del edificio de apartamentos y entré.

Cuando me senté en la cama para sacarme los zapatos, Ellen estaba más dormida que despierta. Se dio la vuelta y emitió un confuso sonido interrogativo, sin abrir la boca. Le dije que siguiera durmiendo.

Repitió el mismo sonido en el mismo tono interrogante, que esta segunda vez se aproximaba bastante a algo así como «¿Queeeetal?»

Dudé un instante, con la camisa a medio desabotonar. Y pensé con rapidez y absoluta claridad: Si se lo cuento, nunca veré el otro lado de aquella puerta.

-Muy bien -le dije-. Viejecitos contando sus batallitas.

-Ya te lo advertí.

-Pero no estuvo mal. Puede que vuelva. Podría serme beneficioso en la empresa.

--«La empresa» -dijo Ellen, con cierto desdén-. ¡Vaya un viejo buitre que estás hecho, mi amor!

-Bueno, creo que es una forma de hacer relaciones -dije, pero Ellen se había dormido.

Me desnudé, me duché, me sequé frotándome bien, me puse el pijama y... en vez de irme a dormir, que era lo que lógicamente debería haber hecho (pasaba ya algo de la una en aquel momento), me puse la bata y tomé otra botella de Beck's. Me senté a la mesa de la cocina, dando lentos sorbos, mirando por la ventana hacia el frío cañón de Madison Avenue, pensando. La verdad es que, debido a la ingestión nocturna de alcohol (que para mí era una cantidad exagerada), no estaba demasiado lúcido. Pero la sensación no era en absoluto desagradable y no tenía ningún síntoma de resaca inminente.

Lo que se me había ocurrido cuando Ellen me preguntó cómo lo había pasado era tan ridículo como lo que había pensado de George Waterhouse cuando se alejó en el taxi: qué

demonios podría tener de malo explicarle a mi esposa una velada absolutamente inofensiva en el aburrido club de hombres de mi jefe... y, aun en el caso de que no estuviera bien hablarle de ello, ¿quién diablos iba a enterarse de que se lo había contado? Evidentemente, era todo tan ridículo y paranoico como mis anteriores cavilaciones... y, lo presentía, igualmente cierto.

Al día siguiente me encontré con George Waterhouse en el pasillo, entre la sección de contabilidad y la sala de lectura. ¿Me encontré con él? Sería mucho más exacto decir que nos cruzamos. Me dirigió una inclinación de cabeza y siguió de largo, sin una palabra, tal como había hecho siempre a lo largo de los años.

Durante todo el día sentí doloridos los músculos del estómago. Y ése fue mi único indicio de que la velada de la noche anterior había sido real.

Transcurrieron tres semanas. Cuatro... cinco. Waterhouse no volvía a invitarme. Llegué a convencerme de que había fallado en algo. Había sido incorrecto en algo. Al menos, eso era lo que me decía a mí mismo. Y la idea me resultaba deprimente y molesta. Esperaba que tal sensación desapareciera poco a poco, que perdiera intensidad, tal como suele ocurrir al fin con todas las decepciones. Pero recordaba aquella noche en los momentos más extraños: los charquitos de luz aislados de las lámparas de lectura de la biblioteca, tan quedos, tranquilos y, de algún modo, civilizados; el cuento absurdo y cómico que contó Waterhouse de la maestra con el trasero atascado en el retrete; el intenso olor a cuero de las estrechas estanterías de libros. Casi todo lo que pensé mientras estuve sentado junto a aquella estrecha ventana contemplando los helados cristales cambiar del verde al ámbar y al rojo. Y recordaba también la sensación de paz que allí me había invadido.

Durante aquel mismo período de cinco semanas, fui a la biblioteca y encontré cinco libros de poesía de Algernon Williams (yo tenía otros tres que ya había releído). Uno de los volúmenes de la biblioteca se pretendía Poemas Completos de... Releí algunos de mis favoritos de siempre, mas en ninguno de los libros encontré el poema titulado «El tañido».

En el mismo viaje a la biblioteca pública de Nueva York, intenté localizar en el catálogo obras de un autor llamado Edward Gray Seville. Lo más aproximado que encontré fue una novela de misterio de una autora llamada Ruth Seville.

Vuelva si le apetece. No espere invitación.

En realidad, estaba esperando una invitación, por supuesto. Mi madre me había enseñado hacía siglos a no creer sin más a quienes te dicen a la ligera: «Vuelve cuando quieras», o «Para ti la puerta siempre está abierta». Claro que no creía necesitar que apareciera un lacayo uniformado a la puerta con una tarjeta de invitación en una bandeja dorada, no es eso a lo que me refiero; pero sí quería algo, aunque sólo fuera un comentario casual como «¿Volverá alguna noche, David? Espero que no le aburriéramos». Algo así.

Al ver que ni siquiera llegaba un ofrecimiento de este tipo, empecé a considerar más en serio lo de volver sin más; después de todo, a veces la gente quiere realmente que te pases cuando te apetezca. Di por sentado que, en algunos lugares, la puerta estaba siempre abierta; y también que las madres no siempre tienen razón.

... No espere invitación...

Sea como sea, el caso es que el diez de diciembre de aquel año me encontré poniéndome la chaqueta gruesa de tweed y los pantalones castaño oscuro otra vez, y buscando de nuevo mi corbata roja. Y recuerdo sentirme aquella noche más consciente que de costumbre del latir de mi corazón.

-¿Al fin se decidió George Waterhouse a pedirte que fueras? -me preguntó Ellen-. ¿Te ha pedido que vuelvas a la pocilga con todos los demás cerditos chovinistas?

-Eso es -le contesté, pensando que era la primera vez en doce años, por lo menos, que le mentía... pero luego recordé que a mi vuelta de la primera reunión también había contestado a su pregunta con una mentira. Viejos contando sus batallitas, le había dicho en aquella ocasión.

-Bueno, puede que de veras haya un ascenso en ciernes -dijo, sin gran entusiasmo. Aunque diré en su honor que tampoco había en su tono gran amargura.

-Cosas más extrañas han ocurrido -le dije, y le di un beso de despedida.

-Oink, oink -dijo ella, cuando yo ya salía por la puerta.

Aquella noche, el recorrido en taxi me pareció larguísimo. La noche era fría, calma y estrellada.

El taxi era un Checker y me sentía en su interior muy pequeño, como un niñito que se asoma a la ciudad por primera vez.

Cuando el taxi se detuvo justo en la residencia sentía realmente algo tan simple y pleno como emoción: sí me sentía emocionado. Mas esa simple emoción parece ser una de las cualidades de la vida que perdemos casi sin advertirlo y el reencontrarla cuando uno se hace mayor siempre constituye una sorpresa como el encontrar uno o dos cabellos negros en el peine propio cuando hace años que no ves ninguno.

Pagué al taxista; bajé del coche; subí los cuatro peldaños que llevaban a la puerta de entrada. Una vez ante la puerta, mi emoción tornóse simple aprensión (sentimiento este último con el que los ancianos están mucho más familiarizados). ¿Qué hacía exactamente yo en aquel lugar?

La puerta era de grueso roble y me pareció tan sólida como la del torreón de un castillo. No había timbre, al menos que yo viera, ni aldaba, ni cámara de circuito cerrado de televisión discretamente disimulada en alguna hendidura; y, desde luego, Waterhouse no estaba allí esperándome. Permanecí quieto un momento; miré a mi alrededor. La calle Treinta y cinco Este se me antojó súbitamente más oscura, más fría, más amenazadora. Todas las residencias parecían misteriosas, como si ocultaran secretos que más valía no indagar. Y sus ventanas semejaban ojos.

En algún lugar, tras una de esas ventanas, puede haber un hombre o una mujer planeando asesinar, pensé. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Planeándolo o haciéndolo.

La puerta se abrió súbitamente y entonces apareció Stevens.

Una intensa oleada de alivio me embargó. No me considero un hombre extraordinariamente imaginativo (al menos no en circunstancias ordinarias), pero este último pensamiento poseía la absoluta y pavorosa claridad de lo profético. Habría balbucido en voz alta de no haber mirado primero a Stevens a los ojos. Aquellos ojos no me conocían. Los ojos de Stevens no me conocían en absoluto.

Y se produjo a continuación otro ejemplo de aquella pavorosa claridad profética: vi el resto de mi velada nocturna con todo detalle. Tres horas en un bar tranquilo. Los escoceses (unos cuatro quizá) para mitigar el bochorno de haber sido tan estúpido como para acudir a donde no se me quería. La humillación que los consejos de mi madre habían pretendido evitar. Y que acompaña al hecho de reconocer que te has propasado.

Me vi volviendo a casa un poco achispado, pero no muy a gusto. Me vi sentado durante el viaje en taxi, simplemente allí sentado en vez de observando a través de las lentes infantiles con emoción y expectación.

Y me oí diciéndole a Ellen: Cansa un poco después de un rato... Waterhouse contó la misma historia de ganar un lote de carne para el Tercer Batallón en una partida de póquer... y juegan corazones a dólar el punto, ¿te imaginas?... ¿Volver...? Tal vez lo haga, aunque lo dudo... Y así terminaría todo, supongo, aparte de mi propia humillación.

Vi todo esto en el vacío de los ojos de Stevens. Luego, se le animaron los ojos, sonrió levemente y dijo: -¡Señor Adley! Pase. Déme el abrigo.

Entré, Stevens cerró la puerta tras de mí con firmeza. ¡Qué diferente puede resultar una puerta cuando estás del otro lado! Stevens tomó mi abrigo y se fue. Me quedé un momento en el vestíbulo, contemplando mi propia imagen en el gran espejo: un individuo de sesenta y tres años, cuya cara envejecía demasiado de prisa para seguir pareciendo de edad mediana. De todas formas, la imagen me agradaba.

Pasé a la biblioteca.

Allí estaba Johanssen, leyendo su Wall Street Journal. En otra islita de luz se sentaba Emlyn McCarron, inclinado sobre una mesa de ajedrez, frente a Peter Andrews. McCarron era, y es, un individuo cadavérico, dueño de una nariz larga y afilada; Andrews era corpulento, cargado de hombros y colérico. Una gran barba rojiza le caía sobre el chaleco.

Sentados allí frente a frente sobre el tablero taraceado con las fichas talladas de marfil y ébano, semejaban tótems indios: águila y oso.

Y allí estaba también Waterhouse, leyendo el Times del día con el ceño fruncido. Alzó la vista, cabeceó al verme sin la menor sorpresa y desapareció de nuevo tras el periódico.

Stevens me trajo un escocés que no le había pedido.

Me lo llevé a las estanterías y volví a aquella tentadora y sorprendente colección de libros verdes. Precisamente aquella noche empecé a leer las obras de Edward Gray Seville. Empecé por Esos eran nuestros hermanos. De entonces para acá, las he leído todas y las considero once de las mejores novelas de nuestro siglo.

Casi al final de la velada contaron un cuento (sólo uno) y Stevens sirvió brandy para todos. Concluido el cuento, todos empezaron a levantarse, disponiéndose a partir. Stevens habló desde las dobles puertas que daban al vestíbulo. Habló en tono suave y bajo, pero todos le oímos perfectamente:

-¿Y bien? ¿Quién nos traerá un cuento de Navidad?

Todos dejaron de hacer lo que estuvieran haciendo y miraron alrededor. Y empezaron luego a charlar en tonos bajos y amistosos y luego a reír a carcajadas.

Sonriendo, pero serio, Stevens dio un par de palmadas, como el maestro de escuela que intenta llamar al orden a los alumnos revoltosos.

-Vamos, vamos, caballeros, ¿quién preparará el cuento?

Peter Andrews, el de la barba rojiza y cargado de hombros, carraspeó.

-Bueno, yo he estado pensando en algo... pero no sé si será adecuado. Es decir, si es...

-Será perfecto -le interrumpió Stevens, y siguieron más risas. Todos palmearon a Andrews afablemente.

El aire frío de la calle recorrió el vestíbulo cuando los hombres empezaron a salir.

Y allí estaba Stevens, mi abrigo como por arte de magia en sus manos; y me lo ofrecía.

-Buenas noches, señor Adley. Siempre es un placer.

-¿De veras se reúnen ustedes por Nochebuena? -le pregunté, abotonándome el abrigo. Me fastidiaba un poco perderme el cuento de Andrews, pero ya habíamos decidido que iríamos en coche a Schenectady a pasar las fiestas con la hermana de Ellen.

Stevens consiguió mostrarse sorprendido y divertido a un tiempo.

-Por supuesto que no -dijo-. Un hombre debe pasar la Nochebuena con su familia, ¿no lo cree usted así también, señor?

-Sin duda alguna.

-Siempre nos reunimos el jueves antes de Navidad. En realidad, ésa es la única noche del año en que casi siempre hay una gran concurrencia.

No había utilizado la palabra socios, según advertí... ¿Simple casualidad o elusión intencionada?

-En el salón principal se han contado muchos cuentos, señor Adley, cuentos de todo tipo, cómicos, trágicos, irónicos, sentimentales. Pero el jueves antes de Navidad siempre se cuenta un cuento de misterio.

Y así ha sido siempre, al menos desde que puedo recordar.

Aquello al menos explicaba el comentario que había oído yo en mi primera visita, el de que Norman Stett podría haber guardado su relato para Navidad. Me rondaban los labios otras preguntas, pero vi cautela en los ojos de Stevens; no era la advertencia de que no contestaría mis perguntas, sino más bien la de que más me valdría no formularlas.

-¿Algo más, señor Adley?

Todos los demás se habían ido ya. Estábamos solos en el vestíbulo, que me pareció de pronto más oscuro; y el rostro largo de Stevens me pareció también más pálido, y sus labios más rojos. Un tronco chisporroteó en el hogar y el brillo rojizo iluminó un instante el piso de madera pulido. Me pareció oír, procedente de alguna de aquellas habitaciones aún-no-exploradas, una especie de golpe deslizante. Un sonido que no me gustó nada, francamente. En absoluto.

-No -dije, con voz no demasiado firme-. Creo que no.

Librodot

-Así pues, buenas noches -dijo Stevens; yo crucé el umbral.

Oí cerrarse tras de mí la pesada puerta. Oí girar la llave y acto seguido avanzaba yo hacia las luces de la Tercera Avenida, sin volverme a mirar por encima del hombro, temeroso en cierta forma de hacerlo, como si, en caso de hacerlo, pudiera ver alguna fiera espantosa que me seguía los pasos, o vislumbrar algún secreto que era mejor que siguiera siéndolo. Cuando alcancé la esquina, vi un taxi libre y lo paré.

-¿Más batallitas? -me preguntó Ellen aquella noche. Estaba en la cama con Philip Marlowe, el único amante que ha tenido.

-Una o dos historias de guerra -le dije, colgando el abrigo-. Prácticamente me pasé el rato sentado leyendo un libro.

-Cuando no estabas gruñendo, oink, oink. -Sí, claro, cuando no estaba gruñendo.

-Escucha esto: La primera vez que posé los ojos en Terry Lennox estaba borracho en un Rolls Royce Silver Wraith junto a la terraza de The Dancers -leyó Ellen-. Su rostro era juvenil, pero tenía el cabello de un blanco sucio. Podías decir por sus ojos que estaba como una cuba pero, por lo demás, su aspecto era el de cualquier joven agraciado con esmoquin que hubiera estado gastando demasiado dinero en un garito de los que para tal fin y para ningún otro existen. ¿Qué te parece? No está nada mal, ¿eh? Es...

-El largo adiós -dije, sacándome los zapatos-. Me lees el mismo pasaje una vez cada tres años. Forma parte de tu ciclo vital.

Frunció la nariz, mirándome.

-Oink, oink.

-Gracias -le dije.

Volvió al libro. Fui a la cocina a buscar una botella de Beck's. Cuando regresé al dormitorio, Ellen había posado El largo adiós abierto sobre la colcha y me miraba fijamente.- David, ¿vas a hacerte socio de ese club?

-Supongo que podría... si me lo pidieran -me sentía incómodo. Tal vez le hubiera dicho otra mentira. Creo que si en el 249-B de la calle Treinta y cinco Este existían algo así como los socios, yo ya era uno de ellos.

-Me parece bien -dijo-. Hacía ya mucho tiempo que necesitabas encontrar algo. Creo que ni siquiera te dabas cuenta de ello, pero así es. Yo tengo el Comité de Ayuda y la Comisión de Derechos de la Mujer y la Sociedad de Teatro. Pero tú necesitas algo. Gente con quien envejecer, supongo...

Me metí en cama. Me senté a su lado y alcé El largo adiós... Era un ejemplar de bolsillo absolutamente nuevo. Recordé que le había comprado la edición original en pasta dura como regalo de cumpleaños... en mil novecientos cincuenta y tres.

-¿Somos viejos? -le pregunté.

-Imagino que sí -dijo, y me sonrió espléndidamente.

Posé el libro y le acaricié el pecho.

-¿Demasiado viejos para esto?

Alzó las sábanas con decoro femenino y luego, riéndose, las tiró al suelo empujándolas con los pies.

-¿Lo comprobamos, papi? -dijo Ellen.

-Oink, oink -dije yo, y ambos nos echamos a reír.

Y llegó el jueves antes de Navidad. Aquélla fue una noche muy parecida a cualquier otra, con dos excepciones notables: una de ellas, sin duda, la mayor concurrencia (seríamos unos dieciocho); y el que en el ambiente se respiraba una intensa e indescriptible excitación: Johanssen se limitó a echar un vistazo superficial a su Journal y se unió luego a McCarron, Hugh Beagleman y a mí. Nos sentamos junto a las ventanas, hablando de esto y aquello y acabamos en una discusión apasionada (y cómica a veces) sobre los automóviles de antes de la guerra.

Ahora que lo pienso, aquella noche tuvo también una tercera peculiaridad: Stevens había preparado un delicioso ponche de leche y huevo. Era suave, aunque estaba aderezado con ron y especias. Se servía de un fabuloso cuenco Waterford que parecía una escultura de

hielo; el animado murmullo de la conversación fue subiendo de nivel a medida que descendía el del ponche.

Atisbé desde el rincón por la puertecilla que daba a la sala de billar y me asombró ver a Waterhouse y a Norman Stett echando tarjetas de béisbol en lo que parecía una chistera de castor auténtico. Ambos reían estruendosamente.

Se hacían y se deshacían grupos. Fue pasando el tiempo... y en determinado momento, a la hora en que normalmente la gente empezaba a irse, vi a Peter Andrews sentado frente a la chimenea con un paquete blanco del tamaño aproximado de un sobre de semillas en la mano. Lo echó al fuego sin abrirlo y al instante las llamas empezaron a danzar con todos los colores del espectro (yo juraría que también con algunos que no figuran en él), antes de volver a su tono amarillento. Se dispusieron las sillas. Podía ver por encima del hombro de Andrews la dovela con su inscripción: Lo IMPORTANTE ES EL CUENTO, NO QUIEN LO CUENTA.

Stevens se movía entre nosotros, sin inmiscuirse en nada, recogiendo los vasos del ponche y sustituyéndolos por copas de brandy. Se oían murmullos de «Feliz Navidad» y «Muchas felicidades, Stevens» y, por primera vez, vi allí dinero que cambiaba de mano: un billete de diez dólares se ofrecía tranquilamente aquí, otro que parecía de cincuenta pasaba de mano allá, otro que vi claramente que era de cien surgió de otra butaca...

-Gracias, señor McCarron... señor Johanssen... señor Beagleman -todo esto en un murmullo cortés.

Llevaba yo por entonces viviendo en Nueva York el tiempo suficiente para saber que las Navidades son una feria de propinas; algo para el carnicero, el panadero, el farolero, sin mencionar al portero, al super y a la señora de la limpieza que viene martes y viernes. Nunca conocí a nadie de mi propia clase que no considerara esto una molestia necesaria, pero aquella noche no advertí el más mínimo fastidio de ese tipo. El dinero se daba de buena gana, incluso afanosamente; y, de repente, sin motivo alguno (tal como parecían venirle a uno las ideas en 249-B), pensé en el chico contestándole a Scrooge en el quieto y frío aire de una mañana de Navidad londinense: «¿Cuál? ¿El ganso que es tan grande como yo?». Y Scrooge, casi loco de alegría, diciendo entre risillas: «¡Qué buen chico! ¡Es un muchacho excelente!».

Saqué también la cartera. En la parte posterior, detrás de las fotos de Ellen, llevo siempre, para cualquier posible emergencia, un billete de cincuenta dólares. Cuando Stevens me ofreció el brandy, lo deslicé en su mano, sin la menor sensación de fastidio, aunque yo no era un hombre rico.

-¡Feliz Navidad, Stevens! -dije.

-Gracias, señor. Lo mismo le deseo a usted.

Terminó de repartir los brandys y de recoger sus honorarios y se retiró. En determinado momento, cuando Peter Andrews iba por la mitad de su relato, miré a mi alrededor y vi a Stevens de pie junto a las dobles puertas: una lúgubre sombra de apariencia humana, rígida y silenciosa.

-Como casi todos ustedes saben -dijo Andrews, dando un sorbo a su vaso y carraspeando para aclararse la garganta-, soy abogado -tomó otro sorbo-. Hace veinte años que tengo despacho en Park Avenue. Pero anteriormente fui asesor legal de una empresa de abogados que tenía negocios en Washington, D.C. Una noche de julio, me pidieron que me quedara hasta más tarde para terminar una lista de citaciones de casos de un sumario que no tiene nada absolutamente que ver con esta historia. Pero luego se presentó un individuo: individuo que en aquellos momentos era un senador muy conocido y que posteriormente estaría a punto de ser elegido presidente. Tenía toda la camisa manchada de sangre y los ojos parecían ir a salírsele de las cuencas.

»-Tengo que hablar con Joe -dijo. Se refería a Joseph Woods, el director de mi empresa, uno de los abogados más influyentes del sector del derecho privado de Washington y amigo personal del senador.

»-Hace ya horas que se fue a casa -le dije yo. La verdad es que he de confesarles que estaba muy asustado; el senador tenía el aspecto de acabar de sufrir un terrible accidente automovilístico o de haber tenido una pelea a navajazos. Y de alguna forma, el verle la cara

Librodot

(que hasta entonces yo sólo había visto en fotografías de los periódicos y en el programa Meet the Press) llena de sangre, la mirada enfurecida y una mejilla crispándosele espasmódicamente... en fin, todo eso me asustó más todavía-. Puedo llamarle si usted... -estaba ya manipulando el teléfono mientras decía esto, deseando a toda costa descargar en otro aquella inesperada responsabilidad. Advertí también las huellas ensangrentadas que sus pisadas habían dejado a su paso en la alfombra.

»-He de hablar inmediatamente con Joe -insistió, como si no me hubiera oído-. Hay algo en el maletero de mi coche... algo que encontré en Virginia. Le he disparado y acuchillado y no puedo matarlo...

»Soltó una risilla que se convirtió en seguida en una risotada y al fin empezó a gritar. Y seguía gritando cuando conseguí establecer comunicación telefónica con el señor Woods y le dije que volviera inmediatamente a la oficina, por amor de Dios, que volviera lo antes posible...

Mas no es mi intención contaros ahora el cuento que Peter Andrews nos contó aquella noche. La verdad es que no estoy muy seguro de atreverme a contarlo. Baste decir que era tan horripilante que durante semanas soñé con él; y en una ocasión Ellen clavó en mí los ojos, mientras desayunábamos y me preguntó por qué había gritado en plena noche de repente: «¡Su cabeza! ¡Su cabeza sigue gritando en la tierra!».

-Estaría soñando -le dije-. Un sueño de esos que luego no puedes recordar...

Y bajé de inmediato la vista hacia mi taza de café; creo que aquella vez Ellen se dio cuenta de que mentía.

Estaba yo trabajando en la sala de lectura un día del mes de agosto, al año siguiente, cuando me llamaron por teléfono. Era George Waterhouse. Me preguntó si podía subir a su despacho. Cuando llegué, allí estaban también Robert Carden y Henry Effingham. Tuve por un instante la certeza de que iban a acusarme de algún acto realmente espantoso de estupidez o ineptitud.

Carden se me acercó dando un rodeo y dijo:

-George cree que ha llegado el momento de que le nombremos socio provisional, David. Y los demás estamos de acuerdo.

-Es el sistema -dijo Effingham con una sonrisa-, pero es la vía establecida que hay que seguir. Con un poquillo de suerte, podremos nombrarle socio de pleno derecho para Navidad.

Aquella noche no tuve pesadillas. Ellen y yo salimos a cenar, bebimos demasiado, fuimos luego a un local de jazz al que no íbamos hacía casi diez años y escuchamos a ese asombroso hombre negro de ojos azules llamado Dexter Gordon tocar la trompeta casi hasta las dos de la madrugada. A la mañana siguiente, despertamos con dolor de cabeza y malestar de estómago, ambos incapaces aún de creer lo que había sucedido. Por un lado, mi sueldo había dado un salto de ocho mil dólares anuales, cuando hacía ya mucho que nuestras esperanzas de que semejante prodigio se produjera habían muerto.

Aquel otoño, la empresa me envió seis semanas a Copenhague y a mi regreso me enteré de que John Hanrahan, uno de los asiduos asistentes al 249-B, había muerto de cáncer. Se llevó a cabo una recaudación para su esposa, que no había quedado en muy buena situación. Se me encargó que sumara el total recaudado (todo entregado en efectivo) y que lo cambiara por un cheque de caja. Ascendía a más de diez mil dólares. Entregué el talón a Stevens e imagino que él lo enviaría por correo.

Y dio la casualidad de que Arlene Hanrahan pertenecía a la Sociedad teatral de Ellen, quien, algún tiempo después, me contó que Arlene había recibido un cheque anónimo por valor de diez mil cuatrocientos dólares, en cuya matriz había escrito el breve y nada esclarecedor mensaje: Amigos de su difunto esposo John.

-¿No es lo más sorprendente que hayas oído en tu vida? -me preguntó Ellen.

-No -repuse yo-, pero puede que figure entre las diez cosas más sorprendentes... ¿Hay más fresas, Ellen?

Transcurrieron los años. Fui descubriendo toda una serie de habitaciones en la parte superior del 249-B: una sala de escritura, un dormitorio, en el que a veces algunos de los asistentes se quedaban a pasar la noche (aunque yo personalmente, después del ruido rodante que oyera aquel día, habría preferido inscribirme en un buen hotel), un gimnasio, pequeño pero bien equipado, y una sauna. Y también había dos boleras instaladas en una habitación larga y estrecha que ocupaba todo el largo del edificio.

En el transcurso de aquellos mismos años, volví a leer las novelas de Edward Gray Seville y descubrí a un extraordinario y sorprendente poeta (tal vez de la talla de Ezra Pound y Wallace Stevens), llamado Norman Rosen. Según la solapa posterior de uno de los tres volúmenes de su obra que había en la biblioteca del 249-B, había nacido en mil novecientos veinticuatro y le habían matado en Anzio. Aquellos tres volúmenes habían sido publicados por Stedham & Son, Nueva York y Boston.

Recuerdo que una clara tarde primaveral de uno de aquellos años (aunque no podría decir exactamente cuál), volví a ir a la biblioteca pública de Nueva York y que solicité por lo menos veinte tomos de Literary Market Place (LMP), que es una publicación anual del tamaño de un listín de Páginas Amarillas de una gran ciudad; y me temo que desconcerté bastante a la bibliotecaria de la sala de libros de consulta. Pero insistí y consulté paciente y atentamente todos los volúmenes. Y pese a que en LMP se registran todas las editoriales grandes y pequeñas de Estados Unidos (además de agentes, compiladores y clubs de libros), Stedham & Son no figuraba en parte alguna. Un año después (o tal vez fueran dos) hablé con un librero que se dedicaba a los libros antiguos y le pregunté por aquella editorial. Me dijo que jamás la había oído nombrar.

Pensé en preguntarle a Stevens (vi la advertencia brillar en sus ojos) y me guardé la pregunta para mí.

Y a lo largo de todos aquellos años se contaron historias.

Diré cuentos, para utilizar el mismo término que Stevens. Cuentos divertidos, cuentos de amores dichosos y de amores desdichados, cuentos inquietantes. Y sí, también algunas historias de guerra, aunque ninguna del tipo a que Ellen aludía cuando me lo sugirió.

La que recuerdo con más claridad es la que contó

Gerard Tozeman: la de una base de operaciones estadounidense que cuatro meses antes de que terminara la primera guerra mundial recibió un ataque directo de la artillería alemana en el que perecieron todos sus ocupantes, excepto el propio Tozeman.

Lathrop Carruthers, el general estadounidense al que por entonces ya todos consideraban absolutamente loco (había sido el responsable de más de dieciocho mil bajas: vidas y miembros empleados tan a la ligera como tú o yo podríamos usar una moneda para la máquina de discos), se hallaba ante un mapa de las líneas del frente cuando el proyectil estalló. Estaba precisamente explicando otra demencial operación de flanqueo: una operación que habría constituido un éxito en el mismo sentido en el que lo habían sido todas las operaciones anteriores de Carruthers: en crear nuevas viudas.

Y cuando el polvo se asentó, Gerard Tozeman, sordo y aturdido, sangrando por la nariz, los oídos y ambos ojos, y con los testículos hinchándosele, buscaba una salida de aquella especie de matadero que sólo unos minutos antes era el cuartel general de oficiales y tropezó con el cuerpo de Carruthers. Se quedó contemplándolo y al poco empezó a reírse y a gritar. Él no podía oír sus propias voces porque estaba sordo por la explosión, pero sus gritos notificaron a los médicos que quedaba algún superviviente entre aquel montón de astillas.

Según Tozeman, la explosión no había mutilado a Carruthers... al menos no en el sentido de lo que por mutilación entendían los soldados de aquella lejana guerra: perder los brazos, perder las piernas, perder los ojos; pulmones abrasados por el gas. No, según Tozeman, nada de eso le había sucedido. Su madre habría podido reconocerle de

Librodot

inmediato. Pero el mapa...

... el mapa ante el cual se hallaba Carruthers con su sanguinario puntero cuando el proyectil estalló...

De alguna forma, aquel mapa se había incrustado en la cara del general. Tozeman se encontró de pronto escrutando una espantosa mascarilla tatuada. Aquí estaba la pedregosa costa de Bretaña sobre el saliente huesudo de la frente de Lathrop Carruthers. Y acá fluía el Rhin, con un costurón azul bajándole por la mejilla izquierda. Y aquí estaban algunas de las más bellas provincias vinícolas del mundo, formando depresiones y lomas sobre su barbilla. Y aquí se encontraba el Saar, que rodeaba su garganta como el dogal de un ahorcado... y, grabada sobre uno de sus ojos saltones, podía leerse la palabra VERSALLES.

Éste fue nuestro relato de Navidad del año mil novecientos setenta y tantos.

Recuerdo muchos otros que no hacen al caso. Hablando con propiedad, tampoco pertenece aquí el de Tozeman... pero fue el primer «cuento de Navidad» que yo oí en 249-B y no he podido resistir la tentación de contároslo.

Luego, el jueves después del Día de Acción de Gracias de este año, cuando Stevens dio unas palmadas para que le prestáramos atención y preguntó quién nos obsequiaría este año con el cuento de Navidad, Emlyn McCarron gruñó:

-Creo que yo sé uno bastante apropiado. Además es cuestión de contarlo ahora o nunca; Dios va a sellarme la boca definitivamente bastante pronto.

En todos los años que llevaba yo asistiendo al 249-B, nunca había oído a McCarron contar una historia. Tal vez por eso avisé tan pronto al taxi y tal vez también por eso, cuando Stevens nos sirvió el ponche a los seis que en tan cruda y ventosa noche nos habíamos aventurado a salir, me sintiera tan vivamente excitado. Y no era yo el único; vi la misma excitación en los demás rostros.

McCarron, seco y viejo y correoso, se sentaba en un sillón junto al fuego con el paquete de polvos en las manos nudosas. Echó el paquete al fuego y vimos las llamas destellar en múltiples colores antes de tornar de nuevo al amarillo. Stevens sirvió brandy y le entregamos sus honorarios navideños. En una ocasión, había yo oído el clic de calderilla en aquella ceremonia anual cuando ésta pasaba de la mano del donante a la del receptor. Y otra vez vi, justo un instante a la luz del fuego, un billete de mil dólares. En ambas ocasiones, el murmullo de la voz de Stevens había sido idéntico, bajo, considerado y absolutamente correcto. Habrían pasado más o menos diez años desde la primera vez que visitara yo el 249-B con George Waterhouse, y, aunque en el exterior el mundo había cambiado muchísimo, allí dentro no había cambiado nada y Stevens parecía no haber envejecido siquiera un mes, ni un sólo día siquiera.

Se retiró hacia las sombras y, por un instante, el silencio fue tan perfecto que pudimos oír el leve silbido de la savia bullente al salir de los troncos que ardían en la chimenea. Emlyn McCarron miraba con fijeza el fuego y todos los demás seguimos su mirada. Las llamas parecían especialmente vivas aquella noche. Me sentía casi hipnotizado por la contemplación del fuego, tal como supongo que debieron sentirse alguna vez nuestros antepasados cavernícolas mientras fuera de sus frías cuevas nórdicas rugía y silbaba el viento.

Y por último, aún sin dejar de contemplar el fuego, levemente inclinado hacia delante de forma que sus antebrazos reposaban sobre sus muslos y las manos unidas colgaban entre sus rodillas, McCarron inició el relato.

2. El método de respiración

Tengo ahora casi ochenta años; así pues, nací con el siglo. Toda mi vida he estado relacionado con un edificio que se alza casi justo frente al Madison Square Garden; ese

edificio, que parece una inmensa prisión lóbrega (algo sacado de la dickensiana Historia de dos ciudades), es, en realidad, un hospital, como la mayoría de ustedes saben. Estoy hablando del Harriet White Memorial Hospital. La Harriet White en cuya memoria lleva su nombre el hospital fue la primera esposa de mi padre, que hizo sus prácticas de enfermera cuando en Central Park aún pacían auténticas ovejas. En el patio anterior del edificio se alza en un pedestal una estatua de esta dama, y, si alguno de ustedes la ha visto, seguro que se ha preguntado cómo una mujer con expresión tan severa e intransigente pudo haberse dedicado a ocupación tan tierna, pues el lema cincelado en el pedestal de la estatua (una vez libre de la tontería latina) es aún menos alentador: No hay solaz sin dolor; así pues, concebimos la salvación mediante el sufrimiento. Catón, con vuestro permiso... ¡y sin él!

Yo nací en ese edificio gris de piedra el veinte de marzo de mil novecientos. Y volví a él, como médico residente, en mil novecientos veintiséis. Veintiséis años son bastantes años para estar simplemente empezando en el mundo de la medicina, pero ya había hecho prácticas en Francia como médico residente, al final de la primera guerra mundial, intentando volver a colocar y arreglar intestinos desgarrados y había practicado también comprando en el mercado negro morfina que, a menudo, estaba teñida y que, a veces, era peligrosa.

Tal como ocurrió con la generación de médicos siguiente a la segunda guerra mundial, nosotros constituíamos un grupo de matasanos de sólida formación práctica y es notable el reducido número de deserciones que indican los archivos de las principales escuelas de medicina en los años mil novecientos diecinueve a mil novecientos veintiocho. Nosotros éramos más viejos, más juiciosos y teníamos más experiencia. ¿Éramos también más sabios? No lo sé; pero seguro que éramos más cínicos. Ninguna de todas esas bobadas que se cuentan en las novelas populares de temas médicos existía, esas tonterías de desmayos y vómitos en la primera autopsia. Después del bosque de Belleau, en que las ratas criaban a veces camadas enteras de crías entre los intestinos reventados de los soldados abandonados a su propia putrefacción allá, en tierra de nadie, ya no podíamos permitírnoslo. Nosotros habíamos dejado vómitos y desmayos atrás.

El Harriet White Memorial Hospital tuvo también gran importancia en algo que sucedería cuando llevaba yo trabajando allí nueve años. Y ésa es la historia que deseo contarles, caballeros. Tal vez consideren que no es un cuento propio de Navidad (aunque su escena final se representó en Nochebuena), mas, pese a ser realmente pavoroso, creo yo que expresa el poder asombroso de nuestra maldita especie destinada al fracaso. Y en él veo un ejemplo de la maravilla de nuestra voluntad... al tiempo que su horrible y tenebroso poder.

El propio nacimiento, caballeros, es horrendo para muchos; ahora está de moda que los padres asistan al nacimiento de sus hijos, y aunque tal moda haya servido para cargar a muchos hombres con una culpabilidad que no creo que merezcan (culpabilidad que algunas mujeres utilizan con toda intención y con crueldad casi presciente), parece ser, en conjunto, algo sano y saludable. He visto hombres salir de la sala de partos blancos y tambaleantes, les he visto desmayarse como niñitas, incapaces de soportar los gritos y la sangre. Recuerdo un padre cuyo comportamiento fue absolutamente correcto hasta que, de repente, en el momento en que su hijo absolutamente sano hacía su entrada en este mundo, se puso a dar gritos histéricos. El niño tenía los ojos abiertos, parecía estar mirando en torno suyo... y luego clavó los ojos en su padre.

El nacimiento es maravilloso, caballeros, pero jamás, ni siquiera mediante un gran esfuerzo de la imaginación, lo hallé bello. El útero de una mujer es como un motor. La concepción lo pone en marcha. Se mueve de forma lenta al principio... pero, cuando el ciclo creativo se aproxima al clímax del nacimiento, el motor acelera y acelera y acelera. Su anterior ronroneo se convierte en firme zumbido, luego en retumbar y su actividad y funcionamiento produce al final un bramido aterrador y vociferante. Una vez que el motor se pone en marcha, toda futura madre comprende que su vida está en juego. O da a luz al hijo y el motor se acallará de nuevo, o seguirá acelerando con mayor estruendo y dificultad hasta explotar, matándola entre sangre y dolor.

El relato que voy a contarles es la historia de un nacimiento, caballeros, en vísperas del

Librodot

nacimiento que la humanidad lleva celebrando durante casi dos mil años.

Empecé a practicar la medicina en mil novecientos veintinueve; mal año para empezar cualquier cosa. Mi abuelo podía enviarme una pequeña suma de dinero, por lo que era más afortunado que la mayoría de mis colegas; mas, aun así, durante los cuatro años siguientes hube de vivir prácticamente de mi trabajo.

Hacia mil novecientos treinta y cinco, las cosas habían mejorado un poco. Me había creado una clientela fija y atendía también a bastantes pacientes externos del White Memorial. Y en abril de aquel año atendí por primera vez a una mujer joven, a la que llamaré Sandra Stansfield, que se parece bastante a su verdadero nombre. Era esta paciente una mujer joven, blanca, y que confesó tener veintiocho años. Después de haberla examinado, calculé que su verdadera edad debía ser unos tres o cinco años menos de los por ella confesados. Era rubia, delgada y alta para aquel tiempo (uno setenta y dos). Era bastante guapa, aunque de una forma austera que resultaba casi ominosa. Sus rasgos eran claros y regulares, inteligente su mirada... y su boca exactamente tan resuelta como la boca de piedra de la estatua de Harriet White que hay frente al Madison Square Garden. El nombre que dio para la ficha no fue el de Sandra Stansfield, sino el de Jane Smith. Mi subsiguiente examen indicó que estaba embarazada aproximadamente de dos meses. No llevaba anillo de casada.

Tras el examen preliminar (pero antes de disponer de los resultados de la prueba de embarazo), mi enfermera Ella Davidson dijo:

-Aquella chica de ayer... ¿Jane Smith? Si ese nombre no es falso es que yo nunca he oído uno.

Estaba de acuerdo con ella. No obstante, admiraba a la mujer. No había adoptado el habitual comportamiento lacrimoso, vergonzoso, timorato y titubeante... Se había mostrado franca y práctica. Hasta el nombre falso que había elegido parecía ser más una cuestión práctica que de vergüenza. No había hecho el más mínimo esfuerzo por dar sensación de verosimilitud. Era como si dijera: Necesitan un nombre para el formulario, porque así lo establece la ley. Ahí va un nombre. Pero, antes de confiar en la ética profesional de un hombre que no conozco, confiaré en mí misma, si no le importa.

La enfermera sornó e hizo algunos comentarios sobre «chicas modernas» y «descaradas atrevidas»; pero era una buena mujer y creo que tales comentarios eran sólo pura rutina. Sabía perfectamente, igual que yo, que fuera lo que fuera mi nueva paciente, no era ninguna ramerilla descarada. No. Jane Smith era sencillamente una mujer joven extremadamente seria y extremadamente resuelta, si es que a ambos adjetivos puede acompañar adverbio tan suave como «sencillamente». Era la suya una situación desagradable, que solía denominarse, como recordarán ustedes, caballeros, «meterse en un lío», o «cometer un desliz»; hoy en día parece ser que muchas jóvenes utilizan un raspado para salir del lío; y ella se proponía superar la situación con cuanta dignidad y gracia pudiera.

Una semana después de su primera visita, volvió al consultorio. Era aquél un día delicioso (uno de los primeros auténticos días de primavera). La brisa era suave, el cielo azul claro y en el ambiente se respiraba un aroma... ese olor indefinible y cálido que parece ser el anuncio de la naturaleza de que se inicia de nuevo su propio ciclo de nacimiento. El tipo de día en el que desearíamos no tener ninguna responsabilidad en absoluto y estar sentados, frente a una hermosa mujer en un lugar como, por ejemplo, Coney Island, o Palisades, al otro lado del río Hudson, con el cesto de la merienda sobre un mantel de cuadros y la dama en cuestión luciendo un gran sombrero de ala ancha blanco y un vestido sin mangas tan bello como el día.

El vestido de «Jane Smith» tenía mangas, pero en verdad era casi tan hermoso como el día; un elegante lino blanco ribeteado de marrón. Llevaba escarpines marrones, guantes blancos y un sombrero cloche algo pasado de moda (éste fue el primer detalle que me indicó que distaba mucho de ser una mujer rica).

Librodot

-Está usted encinta -le dije-. Aunque creo que tenía pocas dudas al respecto, ¿no es así?

Si va a haber lágrimas, llegarán en este momento, pensé.

-Así es -me contestó ella, con perfecta compostura. Y no vi en sus ojos más rastros de lágrimas que nubes tormentosas en el horizonte de aquel luminoso día-. Suelo ser bastante regular.

Hubo un silencio entre ambos.

-¿Para cuándo cree que nacerá? -me preguntó tras la pausa, con un levísimo suspiro, apenas perceptible. Era el sonido que haría un hombre o una mujer antes de inclinarse para recoger una carga pesada.

-Para Navidad -dije-. Yo le daría la fecha del diez de diciembre, pero lo mismo puede ser dos semanas antes que dos semanas después.

-Muy bien -vaciló un momento. Luego concluyó, de prisa-: ¿Me atenderá usted? ¿Pese a que no estoy casada?

-Sí -repuse-. Sólo con una condición.

Frunció el ceño; en aquel momento, su rostro se pareció más que nunca al de Harriet White. Es difícil creer que la expresión de una mujer de sólo unos veintitrés años pueda ser especialmente formidable; pero la suya lo era. Se dispuso a marcharse; y el hecho de tener que pasar de nuevo por todo el desagradable proceso con otro médico no la detendría.

-¿Y cuál sería esa condición? -me preguntó, con perfecta y franca cortesía.

Y entonces fui yo quien sintió la necesidad de bajar la vista, desviarla de sus serenos ojos color avellana. Pero aguanté su mirada.

-He de saber su verdadero nombre. Podemos seguir tratándonos en términos puramente prácticos, si así es como usted prefiere que sea, y puedo hacer que la señorita Davidson extienda sus recibos a nombre de Jane Smith. Pero si hemos de recorrer todos esos siete meses juntos, me gustaría poder llamarla por el nombre por el cual atiende en todas las demás facetas de su vida.

Concluí este discursillo absurdamente engolado y la observé mientras parecía meditar mis palabras. Estaba bastante seguro de que se levantaría, me agradecería el tiempo que le había dedicado y desaparecería para siempre. Me disgustaría que eso sucediera. Me agradaba aquella mujer. Incluso diré más: me agradaba su forma directa de desenvolverse en una situación que habría reducido al noventa por ciento de las mujeres a un papel de personas mentirosas, ineptas e indignas, aterradas por el reloj viviente que llevaban en su interior, y tan intensamente avergonzadas de su estado que les resultaría imposible hacer ningún plan razonable para salir adelante.

Supongo que hoy día muchos jóvenes considerarán tal estado mental absurdo, desagradable e incluso inverosímil. La gente se siente hoy día tan impaciente por demostrar su amplitud de miras que una mujer embarazada que no lleve anillo de casada puede recibir un trato doblemente solícito que una casada. Pero ustedes recordarán, caballeros, los tiempos en que la situación era bastante distinta: recordarán los tiempos en que rectitud e hipocresía se combinaban para crear una situación endemoniadamente difícil a la mujer que «se metía en un lío». En aquellos tiempos, una mujer casada encinta era una mujer radiante, segura de su posición y orgullosa de cumplir la misión por la cual se creía que Dios la había colocado en la Tierra. Una mujer soltera encinta era, a los ojos del mundo, y probablemente también a los suyos propios, una ramera. Era, para utilizar la palabra que usaba Ella Davidson, «fácil», y en aquel mundo y en aquellos tiempos, la «facilidad» no se perdonaba así como así. Esas mujeres solían desaparecer para tener sus hijos en otros pueblos o ciudades. Algunas tomaban pastillas o se tiraban de los edificios. Otras se ponían en las sucias manos de abortistas chapuceros o intentaban hacer ellas mismas la tarea; en mis años como médico, han muerto delante de mis propios ojos cuatro mujeres de resultas de punciones en el útero (en uno de los casos, la punción se hizo con el cuello punzante de una botella de Dr. Pepper atado al mango de una escobilla de ropa).

Ahora resulta difícil creer que tales cosas ocurrieran, pero en verdad ocurrían, caballeros. Ocurrían. Era, simple y llanamente, la peor situación en que pudiera llegar a verse

una joven saludable.

-Muy bien -dijo al fin-. Es bastante justo. Me llamo Sandra Stansfield.

Me tendió la mano. Con cierta perplejidad, la tomé y la estreché. Me alegro de que Ella Davidson no me viera hacerlo. No hubiera hecho ningún comentario, pero seguro que durante una semana el café hubiese sido más amargo.

Sandra sonrió (supongo, que por mi propia expresión de perplejidad) y me miró abiertamente.

-Espero que seamos amigos, doctor McCarron. Precisamente en estos momentos necesito un amigo. Estoy asustadísima.

-Lo comprendo; procuraré ser su amigo, si puedo, señorita Stansfield. ¿Puedo hacer algo ahora por usted?

Abrió el bolso de mano y sacó del mismo un lápiz y un cuaderno barato. Abrió el cuaderno, balanceó el lapicero y me miró con fijeza. Por un terrible instante, creí que iba a pedirme el nombre y la dirección de un abortista. Y entonces dijo:

-Me gustaría saber cuáles son los mejores alimentos. Quiero decir para el niño.

No pude evitar echarme a reír. Ella me contempló entonces con cierta sorpresa.

-Perdone... es sólo que adopta usted un aire tan... práctico y profesional.

-Imagino que sí -dijo-. Pero ahora este niño es parte de mi profesión, ¿no es así, doctor McCarron?

-Sí, claro. Tengo un cuadernillo que doy a todas mis pacientes embarazadas. Es una especie de guía sobre la dieta, el peso, la bebida, el tabaco y otras muchas cosas. Por favor, no se ría cuando lo lea. Me ofendería profundamente si lo hiciera, pues lo escribí yo mismo.

Y así era, efectivamente, aunque más se trataba de un folleto que de un cuadernillo; y, con el tiempo, se convertiría en mi libro Guía práctica para el embarazo y el parto. En aquellos tiempos me interesaban muchísimo la obstetricia y la ginecología (y hoy me siguen interesando), aunque no era la especialidad adecuada por entonces, a menos que tuvieras muchísimas relaciones en la zona residencial de la ciudad. E incluso en tal caso, podrías tardar diez o quince años en conseguir crearte una clientela.

Como había abierto el consultorio a edad bastante avanzada para ello a causa de la guerra, me parecía que no tenía tiempo que perder. Y me contentaba con saber que vería a muchísimas futuras madres felices y asistiría a bastantes partos en el curso de mi ejercicio como médico de medicina general. Y así fue. Calculo que habré traído al mundo al menos a unos dos mil niños... suficientes para llenar cincuenta aulas.

Seguía lo que se publicaba sobre partos y embarazo con más interés que lo dedicado a cualquier otro campo de la práctica médica general. Y como mis ideas al respecto eran firmes y entusiastas, escribí mi propio folleto de instrucciones en vez de ir pasando los viejos cuentos que por entonces se imponían con mucha frecuencia a las madres jóvenes. No enumeraré ahora el catálogo general de tales embustes, porque nos llevaría toda la noche, pero sí mencionaré un par.

Se urgía a las futuras madres a que estuvieran lo menos posible de pie y a que no recorrieran ninguna distancia considerable, para evitar abortos o posibles lesiones a la criatura. Dar a luz es un trabajo muy duro, y tales consejos equivaldrían a decirle a un jugador que se entrenara para el gran partido procurando estar el máximo tiempo sentado para no agotarse. Otro gran consejo dado por muchos buenos médicos era que las futuras madres moderadamente obesas empezaran a fumar... ¡a fumar! Había en la época una frase publicitaria que expresaba perfectamente la razón para ello. Decía: «Tómate un Lucky en vez de un dulce». Quienes consideran que, al entrar en el siglo veinte, entramos en la era de la luz y de la razón en medicina, no tienen la menor idea de lo terriblemente absurda que podía ser a veces esta ciencia. Puede que no importe. Se les habría puesto el pelo blanco.

Entregué el cuadernillo a la señorita Stansfield, que lo ojeó con atención durante unos cinco minutos. Le pedí permiso para encender mi pipa y me lo concedió distraídamente, sin levantar siquiera la vista. Cuando al fin lo hizo, mostraba una leve sonrisa.

-¿Es usted un revolucionario, doctor McCarron? -me preguntó.

-¿Por qué lo pregunta? ¿Porque aconsejo a las futuras madres que hagan los recados a pie en vez de tomar un humeante y traqueteante vagón de metro?

-«Vitaminas prenatales», sean lo que sean... se recomienda nadar... y hacer ¡ejercicios respiratorios! ¿Qué ejercicios respiratorios?

-Eso va después y... no, no soy radical. En absoluto. Pero sí voy cinco minutos atrasado para la visita siguiente.

-Oh, lo siento -se puso inmediatamente de pie, guardando el grueso cuadernillo en el bolso.

-No se preocupe.

Se encogió de hombros en su abrigo ligero mirándome con sus francos ojos color avellana al hacerlo.

-No -dijo---. No es radical en absoluto. Sospecho que en realidad es bastante... ¿Sereno? ¿Es ésa la palabra exacta?

-Espero que sirva -dije-. Es una palabra que me agrada. Si habla con la señorita Davidson le entregará un cuadro de visitas. Me gustaría volver a verla a principios del mes que viene.

-A su señorita Davidson no le caigo muy bien.

-Oh, vamos, estoy seguro de que eso no es cierto en absoluto -pero yo nunca había sido un mentiroso especialmente bueno y la afabilidad creada entre nosotros desapareció de súbito. No la acompañé hasta la puerta del consultorio-. ¿Señorita Stansfield? -se volvió, distante e inquisitiva-. ¿Se propone usted conservar a la criatura?

Me observó un momento y luego sonrió. Una sonrisa misteriosa que considero especial de las mujeres embarazadas.

-¡Oh sí! -dijo, y salió de mi despacho.

Al final de aquel día había tratado a gemelos idénticos de casos idénticos de zumaque venenoso, sajado un divieso, extraído del ojo una astilla metálica a un

soldado y enviado a una de mis pacientes de más edad al White Memorial; estaba casi seguro de que tenía cáncer; así que, para entonces, había olvidado por completo a Sandra Stansfield. Ella Davidson me la hizo recordar, cuando me dijo:

-Puede que no sea tan descarada, después de todo.

Alcé la vista del historial de mi última paciente. Había estado mirándolo, sintiendo esa vacía e inútil inquietud que sienten casi todos los médicos al comprender que no pueden hacer absolutamente nada, y pensando que tenía que hacerme un tampón especial para aquellos casos, sólo que en lugar de decir CUENTA POR PAGAR O PAGADO O PACIENTE TRASLADADO, dijera simplemente: DECRETO DE MUERTE, tal vez con una calavera y unas tibias cruzadas encima, como en los frascos de veneno.

-¿Cómo dice?

-Su señorita Jane Smith. Hizo algo muy curioso esta mañana antes de irse.

La expresión y actitud de la señorita Davidson dejaban perfectamente claro que era un tipo de cosa curiosa que le agradaba.

-¿De qué se trata?

-Cuando le entregué la tarjeta para la próxima visita, me pidió que le dijera a cuánto ascendían sus gastos. Todos sus gastos. Parto y estancia en el hospital incluidos.

Sin duda aquello era realmente curioso. Recuerden ustedes que les estoy hablando de mil novecientos treinta y cinco y que la señorita Stansfield daba la impresión de ser una mujer que se valía por sí misma. ¿Se defendía bien, holgadamente incluso? No lo creo. Su vestido, calzado, y guantes parecían ser elegantes, pero no llevaba joyas, ni siquiera de bisutería. Y estaba también su sombrero, aquel cloche claramente pasado de moda.

-¿Lo hizo usted? -le pregunté.

La señorita Davidson me miró como si pudiera haber perdido el juicio.

-¿Que si lo hice? ¡Claro que lo hice! Y me pagó todo. Y en efectivo.

Esto, que al parecer había sorprendido muchísimo a la señorita Davidson (de manera sumamente agradable, claro), a mí no me sorprendió lo más mínimo. Algo que las Janes

Smith del mundo no pueden hacer es firmar cheques.

-Sacó una libreta de banco del bolso, la abrió y contó el dinero directamente sobre mi mesa. Luego -prosiguió la señorita Davidson- se guardó el recibo donde había estado antes el dinero, volvió a guardar en el bolso la libreta del banco y me dio los buenos días. ¡No está nada mal, cuando una piensa en cómo hemos tenido que acosar a algunas de esas personas llamadas «respetables» para conseguir que pagaran las facturas!

Había algo que me desazonaba. No me complacía que la señorita Stansfield hubiera hecho tal cosa, ni que la señorita Davidson se sintiera tan satisfecha y complaciente con el arreglo, y tampoco estaba contento conmigo mismo, por alguna razón que ni pude determinar entonces ni puedo ahora. Algo había en todo aquello que me hacía sentir pequeño.

-Pero no podía pagar ahora por su estancia en el hospital, ¿no es cierto? -pregunté; era una cosa ridículamente pequeña para aferrarse a ella, pero fue todo lo que pude encontrar en aquel momento para volcar en ello mi disgusto y mi casi divertida frustración-. Después de todo, no sabemos el tiempo que tendrá que estar allí. ¿O es que ahora se dedica usted a leer la bola de cristal, Ella?

-Ya le dije todo eso a ella, doctor, y me preguntó cuál era la estancia media si no había complicaciones. Le dije que seis días. ¿No es correcto, doctor McCarron?

Tuve que admitir que sí.

-Entonces me dijo que deseaba pagar por seis días, y que en caso de que luego estuviera más, ya pagaría la diferencia, y que si...

-... y que si era menos le reembolsaríamos la cantidad que fuera -concluí yo cansinamente. Pensaba: ¡Condenada mujer, de todos modos! Y me eché a reír. Tenía valor. Eso no podía negárselo nadie. Todo tipo de valor.

La señorita Davidson se permitió sonreír también... y si siempre me siento tentado, ahora que me encuentro en la senectud, a creer que conozco cuanto hay que conocer sobre mis congéneres, intento recordar aquella sonrisa. Habría apostado mi vida a que anteriormente jamás había visto a la señorita Davidson, una de las mujeres más «formales» que he conocido, sonreír tiernamente al pensar en una chica que esperaba un hijo fuera del matrimonio.

-¿Valor? No lo sé, doctor. Pero conoce su propia mente; de eso no me cabe la menor duda.

Pasó un mes y la señorita Stansfield acudió puntual a su cita, surgiendo sencillamente de aquel inmenso y sorprendente flujo de humanidad que era, y es, la ciudad de Nueva York. Llevaba un vestido azul que parecía fresco, y al que confería un aire de originalidad, una especie de gracia especial, pese al hecho de ser bien evidente que había sido sacado de la barra de entre docenas de vestidos idénticos. Su calzado era el mismo que llevaba la vez anterior.

La examiné detenidamente y encontré su estado normal en todos los aspectos. Así se lo dije; esto la complació.

-Encontré las vitaminas prenatales, doctor McCarron.

-¿De veras? Está bien.

Sus ojos brillaron con picardía.

-El boticario me previno contra ellas.

-Dios me libre de los boticarios -dije; ella soltó una sonrisilla cubriéndose la boca con la mano: un gesto infantil-. Jamás conocí a ninguno que no fuera un médico frustrado. Y republicano. Las vitaminas prenatales son nuevas, así que tiene prevención contra ellas. ¿Siguió usted su consejo?

-No. Seguí el suyo. Es usted mi médico.

-Gracias.

-No hay de qué -me miró francamente, ya sin sonreír-. Doctor McCarron, ¿cuándo empezará a notárseme?

-Calculo que, como muy pronto, en agosto. O en septiembre, si elige usted trajes que sean... bueno, holgados.

-Gracias -recogió el bolso, pero no se levantó como para irse de inmediato. Supuse que deseaba hablar y no sabía... cómo ni por dónde empezar.

-Trabaja usted, ¿no es cierto?

Asintió.

-Sí. Trabajo.

-¿Puedo preguntar dónde? Bueno, si realmente prefiere...

Se echó a reír, una risa insegura, seca, tan diferente de una risilla entrecortada como lo es el día de la noche.

-En unos grandes almacenes. ¿En qué otro sitio de la ciudad podría trabajar una mujer soltera? Vendo perfumes a señoras gordas que se enjuagan el pelo y se lo arreglan haciéndose ondas minúsculas.

-¿Hasta cuándo seguirá trabajando?

-Hasta que mi delicada situación se note. Supongo que entonces me pedirán que me vaya, para que no moleste a ninguna de esas señoras gordas. El que le atendiera una mujer embarazada sin anillo de casada podría darle un susto de muerte, doctor.

Y los ojos se le llenaron de lágrimas súbitamente. Empezaron a temblarle los labios y yo busqué a tientas un pañuelo. Pero consiguió dominarse y que no le cayeran las lágrimas. Sus ojos rebosaron un momento. Pestañeó. Apretó los labios; se calmó de nuevo. Al parecer, había decidido no dejarse llevar por las emociones... y lo consiguió. Fue algo digno de contemplar, caballeros.

-Lo siento -dijo-. Ha sido usted muy amable conmigo. Y no pagaré su amabilidad explicándole una historia de lo más vulgar.

Se levantó para marcharse, por lo cual yo me levanté también.

-No soy mal oyente -le dije-. Y hoy dispongo de tiempo. Mi siguiente paciente canceló la visita.

-No -dijo ella-. Gracias, pero no.

-Muy bien -dije-. Pero hay aún algo más. -¿Sí?

-No es mi política hacer que mis pacientes (ninguno de mis pacientes) paguen por adelantado servicios que aún no se les han prestado. Quiero que si usted... es decir, si en cualquier momento cree que le gustaría... o tiene que... -dije torpemente; me interrumpí.

-Llevo cuatro años en Nueva York, doctor McCarron, y soy ahorradora por naturaleza. A partir de agosto (o septiembre) tendré que vivir de lo que me quede en mi cuenta de ahorros hasta que pueda volver a trabajar. No es una gran cantidad y a veces, sobre todo por la noche, tengo miedo.

Me miró fijamente con aquellos maravillosos ojos suyos color avellana. Prosiguió:

-Así que pensé que sería mejor (más seguro) pagar primero por el niño. Lo primero de todo. Porque ése es el lugar que ahora ocupa el niño en mi pensamiento y porque luego la tentación de gastar ese dinero podría ser enorme.

-Entiendo -dije-. Pero recuerde, por favor, que considero que lo ha pagado sin que se hayan presentado las facturas. Y si lo necesita, dígalo.

-¿Y volver a sacar al dragón de la señorita Davidson? -volvió a sus ojos aquel brillo pícaro-. No creo que lo haga. Y ahora, doctor...

-¿Piensa trabajar el mayor tiempo posible?

-Sí. Tengo que hacerlo. ¿Por qué?

-Creo que voy a asustarla un poquito antes de que se vaya -le dije.

Abrió un poco más los ojos.

-No lo haga -dijo-. Ya estoy bastante asustada.

-Pues es exactamente lo que voy a hacer. Siéntese otra vez, señorita Stansfield... Por favor -añadí al ver que no se movía.

Se sentó, de mala gana.

-Se da usted cuenta de que se halla en una situación única y en absoluto envidiable -le

Librodot

dije, sentándome en la esquina de la mesa-. Y se está desenvolviendo usted muy bien.

Ella iba a decir algo; alcé una mano para indicarle que se callara.

-Eso está muy bien. La felicito por ello. Pero me disgustaría mucho ver que perjudica usted al niño por preocuparse sólo de su seguridad económica. Tuve una paciente que, pese a mis enérgicos consejos en contra, siguió fajándose mes tras mes, apretándose la faja cada vez más, a medida que su embarazo avanzaba. Era una mujer frívola y estúpida, una mujer pesadísima y creo que en realidad no deseaba el hijo en absoluto. Yo no suscribo muchas de esas teorías sobre el subconsciente tan en boga hoy día, pero si las suscribiera, diría que, de alguna forma, ella (o al menos una parte de ella) se proponía matar a la criatura.

-¿Y lo consiguió? -su expresión era muy tranquila.

-No, en absoluto. Pero el niño nació retardado. Es muy probable que hubiera nacido así de todas formas, no puedo decir lo contrario (pues casi nada sabemos de las causas de tales fenómenos). Pero pudo haberlo causado ella.

-Entiendo lo que quiere decir ---dijo la joven en voz baja-. No quiere usted que yo... que me faje para poder trabajar un mes o mes y medio más. Admito que lo había pensado. Así que... gracias por el susto.

En esta ocasión la acompañé hasta la puerta. Me habría gustado preguntarle lo mucho (o lo poco) que le quedaba en la libreta de ahorros y hasta qué punto estaba nerviosa. Pero no me contestaría; lo sabía perfectamente. Así que me limité a despedirme y a hacer un chiste sobre las vitaminas. Se fue. Y, durante el mes siguiente, a veces me sorprendí pensando en ella y...

En aquel momento, Johanssen interrumpió la narración de McCarron. Eran viejos amigos y supuse que eso le daba derecho a plantearle una pregunta que seguramente se nos había ocurrido a todos los oyentes.

-¿La amabas, Emlyn? ¿Es de ese amor de lo que trata todo esto, todas esas historias sobre sus ojos y su sonrisa y el que te sorprendías pensando en ella...?

Supuse yo que el doctor McCarron se disgustaría por la interrupción, pero no fue así.

-Tienes derecho a hacerme esa pregunta -dijo; hizo una pausa, contemplando el fuego.

Parecía haberse sumido en una especie de adormilamiento. La leña chisporroteó en el fuego, lanzando las chispas chimenea arriba, y McCarron miró en torno suyo, primero a Johanssen y luego a los demás.

-No. No la amaba. Lo que he dicho sobre ella puede parecerse a lo que diría y en lo que se habría fijado un hombre enamorado: sus ojos, su atuendo, su risa...

Encendió la pipa con un encendedor especial parecido a una saeta que había traído, aguantando la llama hasta que hubo un lecho de brasas. Luego cerró el encendedor con un chasquido, se lo echó al bolsillo de la chaqueta y lanzó un penacho de humo que envolvió lentamente su cabeza formando una especie de membrana aromática.

-La admiraba. Eso era todo. Y mi admiración se acrecentaba con cada visita. Supongo que algunos de ustedes pensarán que ésta es una historia de amor frustrado por las circunstancias. Nada más lejos de la verdad. Fui enterándome de su historia poco a poco, a lo largo de los seis meses siguientes; y cuando ustedes la oigan, caballeros, convendrán conmigo en que realmente era tan normal y corriente como ella misma me había dicho. La ciudad la había atraído como a otros miles de muchachas; procedía de un pequeño pueblecito de...

... de Iowa o Nebraska. O tal vez de Minnesota; en realidad, no lo recuerdo ya. Había actuado en las obras de teatro que se representaban en el instituto de enseñanza media y también en el teatro del pueblecito (alabanzas del semanario local, escritas por un crítico teatral con una licenciatura en inglés del Junior College Cow and Sileage) y se vino a Nueva

York decidida a abrirse paso como actriz.

Incluso en eso era práctica (todo lo práctica que un objetivo en absoluto práctico puede permitirle ser a uno, de cualquier forma). Me explicó que se vino a Nueva York porque no creía en la inexpresada tesis de las revistas de cine de que cualquier chica que llegue a Hollywood puede convertirse en estrella de la noche a la mañana, que puede estar tomando soda a sorbitos un día en el Drugstore de Schwab y al día siguiente actuar junto a Gable o MacMurray. Ella vino a Nueva York, me dijo, porque creía que aquí le resultaría más fácil abrirse paso... y creo yo que también porque el teatro verdadero le interesaba más que el cine.

Encontró trabajo como vendedora de perfumes en unos grandes almacenes y se inscribió en clases de interpretación. La muchacha era inteligente y extraordinariamente decidida, y tenía una voluntad de acero... aunque, por supuesto, era tan humana como el que más. Y estaba sola. Tanto como probablemente sólo puedan llegar a sentirse las muchachas procedentes de pequeños pueblecitos del Medio Oeste al llegar a la gran ciudad.

La nostalgia no siempre es una emoción vaga, melancólica y casi bella, aunque sea así como la imaginamos en general. Puede ser una espada extraordinariamente aguda, y no sólo una dolencia metafórica, sino absolutamente real. Y puede hacernos cambiar la idea que tenemos del mundo; los rostros que vemos en la calle no sólo nos parecen indiferentes sino desagradables, feos... incluso malignos. La añoranza es una enfermedad real: el dolor de la planta desarraigada.

Y la señorita Stansfield, con todo lo admirable que pudiera haber sido y pese a toda su gran resolución, no estaba inmunizada contra esta enfermedad. Considero innecesario explicar el resto. En las clases de interpretación conoció a un joven con el que salió varias veces. No lo amaba, pero necesitaba un amigo. Y para cuando descubrió al fin que ni lo era ni lo sería nunca, se habían producido ya dos incidentes. Incidentes sexuales. Descubrió que estaba embarazada. Y se lo dijo al joven, que, a su vez, le aseguró que permanecería a su lado y que haría «lo propio». Al cabo de una semana, había desaparecido de su alojamiento sin dejar rastro. Y fue entonces cuando la muchacha vino a visitarme.

Durante su cuarto mes de embarazo, inicié a la señorita Stansfield en el método de respiración (hoy conocido como Método Lamaze); pero en aquellos tiempos, caballeros, aun no se había oído hablar de Monsieur Lamaze.

Advierto que la frase «en aquellos tiempos» surge a cada poco en mi relato. Les pido por ello disculpas, aunque es algo que no puedo evitar... y no puedo evitarlo porque gran parte de lo que les he contado, caballeros, y de lo que les contaré, sucedió de la forma en que sucedió precisamente por acaecer «en aquellos tiempos».

Pues, en aquellos tiempos, hace unos cuarenta y cinco años, una visita a la sala de partos de cualquier gran hospital de Estados Unidos habría producido a cualquiera la misma impresión que la visita a un manicomio. Mujeres llorando desesperadas, mujeres pidiendo a gritos la muerte, mujeres gritando que era imposible soportar semejante dolor, mujeres pidiendo a voces a Cristo perdón por sus pecados. Mujeres soltando maldiciones y palabrotas que ni sus padres ni sus esposos imaginaban siquiera que pudieran conocer. Y se aceptaba todo esto como bastante normal, pese a que la mayoría de las mujeres del resto del mundo dan a luz en silencio casi absoluto, aparte de los broncos sonidos identificables con un gran esfuerzo físico.

Y los médicos eran, en parte, responsables de esta historia, lamento decirlo. Las historias que las mujeres embarazadas oyen sobre el parto de boca de las amigas y las parientas que ya han pasado por ese trance, sin duda contribuían también a ello. Créanme: si alguien te dice que una experiencia concreta va a dolerte, te dolerá. El dolor reside prácticamente en la mente y si una mujer asimila la idea de que el acto de dar a luz es muy doloroso (tal como le dicen su madre, sus hermanas y su propio médico), esa mujer, sin duda, se prepara mentalmente para sentir un gran dolor.

Librodot

Ya a los seis años de ejercicio estaba yo acostumbrado a ver a las mujeres enfrentarse a un doble problema: no sólo el hecho de que estaban embarazadas y tenían que disponerlo todo para el futuro hijo, sino también con el hecho (la mayoría de ellas lo consideraban como un hecho, de todas formas) de que habían entrado en el oscuro valle de la muerte. Muchas se consagraban realmente a poner todas sus cosas en orden para que, en caso de morir, sus maridos pudieran seguir adelante sin ellas.

No es éste lugar ni ocasión para dar una conferencia sobre obstetricia, pero han de saber ustedes que «en aquellos tiempos», y desde hacía muchísimo, el acto de dar a luz era extraordinariamente peligroso en los países occidentales. Una revolución en la práctica de la medicina iniciada hacia mil novecientos había hecho mucho más seguro todo el proceso del parto, pero eran poquísimos los médicos que se molestaban en explicárselo a sus pacientes embarazadas. Dios sabrá por qué. Por lo cual, ¿a quién podría extrañarle que casi todas las salas de parto parecieran el Pabellón Nueve de Bellevue?

Aquellas pobres mujeres, cuyo plazo se cumplía irremisiblemente experimentando un proceso que, debido al decoro victoriano de aquellos tiempos, les había sido explicado en los términos más vagos e imprecisos... aquellas mujeres sintiendo que el motor del parto se ponía al fin en marcha a toda potencia... Y les embarga el temor y el asombro, que interpretan de inmediato como dolor insoportable y casi todas creen que pronto morirán como perros.

En el curso de mis lecturas sobre el tema de la gestación, descubrí el principio del parto silencioso y el método de respiración. El gritar derrocha la energía que se emplearía mucho mejor en expulsar a la criatura, causa en la mujer una hiperoxigenación que crea una situación crítica para el organismo femenino, obligando a las glándulas suprarrenales a trabajar a gran velocidad, el pulso y la respiración se aceleran... Y todo esto es absolutamente innecesario. El método respiratorio estaba destinado a ayudar a la madre a centrar su atención en el esfuerzo concreto que estaba realizando y a controlar el dolor utilizando los propios recursos del organismo.

Se utilizaba ampliamente ya por entonces en la India y en África; en Estados Unidos, lo utilizaban también los shoshone y los kiowa, y los esquimales lo habían utilizado siempre. Pero, tal como pueden imaginarse, a la mayoría de los médicos occidentales les interesaba poquísimo. Uno de mis colegas (un individuo inteligente) me devolvió mi cuadernillo mecanografiado sobre embarazo en el otoño de mil novecientos treinta y uno, con una raya roja en todo el apartado sobre el método respiratorio. Y al margen había garrapateado que si deseara conocer las «supersticiones de los negros» no tenía más que pararse en un puesto de periódicos y comprarse un ejemplar de Cuentos fantásticos.

En fin, no seguí sus indicaciones ni eliminé el apartado sobre respiración del cuadernillo... pero obtuve resultados variados con el método: algunas mujeres lo utilizaron con gran éxito; en cambio, otras que parecían haber captado perfectamente la idea en principio, lo olvidaban todo en cuanto sus contracciones empezaban a ser realmente intensas. En casi todos estos últimos casos, descubrí que la idea había sido minada y destruida por amigas y parientas bienintencionadas que jamás habían oído nada parecido, por lo que se negaban a creer que fuera realmente eficaz.

El método se basaba en la idea de que, aunque jamás hay dos partos exactamente iguales en los detalles específicos, todos son parecidísimos en general. Hay cuatro etapas: dilatación, descenso y coronación del niño, nacimiento y expulsión de la placenta. Mediante las contracciones, los músculos pelvianos y abdominales se endurecen completamente; a veces las futuras madres advierten su inicio al sexto mes. Muchas primerizas esperan algo más desagradable, como retortijones; pero, según me han dicho, es distinto: es una intensa sensación física que puede acabar en algo como un calambre. Una mujer preparada para utilizar el método respiratorio empieza a respirar con una serie de inspiraciones y espiraciones breves y medidas, cuando siente que la contracción va a empezar. Expele cada inspiración en un resoplido, como si estuviera soplando una trompeta estilo Dizzy Gillespie.

En la etapa media del parto, cuando empiezan a producirse contracciones más dolorosas cada quince minutos o así, la mujer empieza a hacer más prolongadas las inspiraciones,

Librodot

seguidas de largas espiraciones; en la forma en que respira un corredor de maratón al iniciar la etapa final. Cuanto más fuerte es la contracción, más prolongada será la inspiración-espiración. En mi cuadernillo, yo denominaba a esta etapa «remontar las olas».

Y denominé, a cada forma de respirar en la etapa final, que es la que atañe en especial a la historia que les estoy contando, «locomotora»; los instructores de Lamaze suelen denominarla etapa de respiración «choco-cho». El parto final va acompañado de dolores descritos con gran frecuencia como apagados e intensos. Les acompaña la irresistible urgencia de la madre de empujar... de expulsar al hijo. Éste es el momento, caballeros, en el que ese maravilloso y terrible motor alcanza su crescendo absoluto. El cuello del útero está plenamente dilatado. El niño ha iniciado su breve recorrido por el canal de nacimiento y si se mirara directamente justo entre las piernas de la madre, podría verse la fontanela de la criatura latiendo a pocos centímetros del exterior. La madre que utilice el método de respiración empieza en este punto a inspirar y espirar a breves intervalos, entre los labios, sin llenar los pulmones, sin hiperoxigenarse, sino casi en un jadeo perfectamente controlado. Es exactamente el sonido que hacen los niños para imitar a una locomotora a vapor.

Todo esto produce un efecto físico saludable: la madre mantiene en el organismo elevada cantidad de oxígeno, sin llegar a un nivel peligroso, por un lado, y permanece consciente y alerta, puede hacer preguntas y responder a las que se le hagan, puede seguir las instrucciones que se le den. Mas, sin duda alguna, los efectos mentales del método de respiración son aún más importantes que los puramente físicos. Pues la madre siente que participa activamente en el nacimiento de su hijo, que, en cierta medida, es quien dirige el proceso. Siente plenamente la experiencia y también el dolor.

Comprenderán ustedes, caballeros, que el proceso completo depende sobre todo del estado mental de la paciente. El método de respiración es singularmente vulnerable y delicado, y si yo hubiera tenido considerable número de fracasos, los habría explicado del modo siguiente: de lo que un médico puede convencer a una paciente, pueden disuadirla sus parientes, que alzan las manos aterrados al oír hablar de tan bárbara práctica.

Al menos en este sentido, la señorita Stansfield era la paciente ideal. No tenía amigos ni parientes que le quitaran la fe en el método de respiración (aunque, he de añadir en justicia, dudo muchísimo que alguien la hubiera hecho volverse atrás de cualquier cosa una vez que hubiera tomado una decisión al respecto) cuando ya lo había aceptado y creía en él. Porque la señorita Stansfield creía realmente en el método de respiración.

-Es algo parecido a la autohipnosis, ¿verdad? -me preguntó la primera vez que hablamos del tema en serio.

Asentí complacido:

-¡Exactamente! Pero ha de evitar que eso le haga creer que se trata de un ardid, o que le fallará en el momento más difícil.

-No lo creo en absoluto. Y le estoy muy agradecida. Practicaré asiduamente, doctor McCarron.

Era justo el tipo de mujer para la que se inventó el método de respiración; y cuando me dijo que practicaría, decía exactamente la verdad. Jamás vi a nadie entregarse a algo con semejante entusiasmo... aunque, por supuesto, el método de respiración se adaptaba de maravilla a su temperamento. En este mundo, hay hombres y mujeres sumisos a millones y algunos de ellos son personas extraordinariamente afables. Pero hay otros tan extraordinariamente tenaces que les duelen las manos de llevar el control de sus propias vidas; y era seguro que la señorita Stansfield pertenecía a esos últimos.

Cuando digo que se entregó de lleno al método de respiración, es exactamente eso lo que quiero decir... y creo que la historia de su último día en los grandes almacenes en que trabajaba vendiendo productos de cosmética y perfumes lo corrobora.

Llegó el término de su trabajo lucrativo a últimos del mes de agosto. La señorita Stansfield era una joven delgada, con buena salud y aquél era su primer hijo, claro. Cualquier médico podría explicar que a una mujer así puede no «notársele» en absoluto que está encinta hasta el quinto o incluso el sexto mes; y que luego, un buen día, como de repente, todo se des-

Librodot

cubre, y «se nota» muchísimo.

La señorita Stansfield apareció en mi consultorio para su visita mensual a primeros de septiembre; me dijo, sonriendo con tristeza, que había descubierto que el método respiratorio tenía otra aplicación.

-¿Y cuál es? -le pregunté.

-Da mejores resultados incluso que contar hasta diez cuando uno está terriblemente enfurecido con alguien -dijo. Le bailaban los ojos color avellana-. Aunque, claro, te miran como si hubieras enloquecido de repente al ver que te pones a aspirar y a soplar.

Y me contó lo sucedido. El lunes anterior había ido a trabajar, como de costumbre; sólo se me ocurre pensar que la extraña y abrupta transición de joven delgada a joven sin duda embarazada (transformación que de veras puede producirse de forma tan súbita como el paso del día a la noche en el trópico), se había producido, en su caso, durante el fin de semana. O tal vez su supervisora decidiera al fin que sus sospechas ya no eran simples sospechas.

-Quiero verla en mi oficina a la hora del descanso

-le dijo secamente aquella mujer, una tal señora Kelly.

Siempre había sido bastante amable con la señorita Stansfield. Le había enseñado las fotografías de sus dos hijos (ambos estudiaban ya en el instituto) y habían intercambiado recetas de cocina. Y la señora Kelly andaba siempre preguntándole si ya había conocido a un «buen chico». Pero tal cordialidad y amabilidad se habían esfumado el lunes, y cuando la señorita Stansfield entró en el despacho de la señora Kelly a la hora del descanso, según me contó, supo lo que se avecinaba.

-Se ha metido usted en un lío -le dijo aquella mujer anteriormente tan amable, con sequedad.

-Sí -repuso la señorita Stansfield-. Así es como lo llama mucha gente.

Las mejillas de la señora Kelly se habían tornado del color del ladrillo viejo.

-No se haga la ingeniosa conmigo, señorita -le dijo-. Por el aspecto de su vientre, lleva ya bastante tiempo haciéndose la ingeniosa.

Podía imaginármelas a ambas mientras la señorita Stansfield me contaba la historia: ella, con sus francos ojos color avellana fijos en la señora Kelly, perfectamente controlada, negándose a bajar la vista, a llorar o a mostrarse avergonzada de cualquier otra forma. Creo que ella tenía una idea mucho más práctica del lío en que estaba metida de la que podía tener su supervisora con sus dos hijos ya casi adultos y su respetable marido, dueño de una barbería propia y que votaba a los republicanos.

-He de decirle que ha demostrado usted muy poca vergüenza engañándome como lo ha hecho -explotó la señora Kelly con acritud.

-Nunca la he engañado. Nunca se mencionó mi estado hasta este momento -miró con curiosidad a la señora Kelly-. ¿Cómo puede decir que la he engañado?

-La llevé a mi casa -gritó la señora Kelly-. La invité a cenar... con mis hijos -miró a la señorita Stansfield con repugnancia extrema.

Y fue en este punto cuando la señorita Stansfield empezó a enfurecerse. Me contó que en su vida se había sentido tan furiosa. Sabía muy bien la reacción que podía esperar cuando se descubriera su estado, pero, como cualquiera de ustedes, caballeros, podrán confirmar, la diferencia entre la teoría académica y la aplicación práctica puede ser a veces sorprendentemente grande.

Apretando con fuerza las manos unidas sobre el regazo, la señorita Stansfield dijo:

-Si lo que me está sugiriendo usted es que intenté, o que de alguna forma podría haber intentado, seducir a sus hijos, le diré que es lo más sucio y repugnante que he oído en mi vida.

La señora Kelly saltó hacia atrás como si la hubieran abofeteado. El color rojizo se esfumó de sus mejillas, dejando sólo dos manchitas de rubor. Las dos mujeres se miraron lúgubremente por encima de la mesa llena de muestras de perfumes en aquella habitación que olía vagamente a flores. La señorita Stansfield dijo que aquel instante le pareció mucho más largo de lo que podía haber sido realmente.

La señora Kelly abrió de un tirón uno de los cajones y sacó un cheque color crema.

Sujeto a él había una tira, rosa brillante, de despido. Y mostrando los dientes, como si realmente fuera mordiendo las palabras al pronunciarlas, dijo:

-Habiendo en la ciudad centenares de chicas decentes que buscan trabajo, la verdad es que no creo que necesitemos emplear a una prostituta como usted, querida.

Me explicó la señorita Stansfield que fue aquel «querida» final, despectivo, lo que acabó completamente con su paciencia y desbordó su furia contenida. Al instante siguiente, la señora Kelly abría incrédula la boca y desorbitaba los ojos mientras la señorita Stansfield, con las manos unidas como eslabones de una cadena de acero, con fuerza tal que se hizo cardenales (le estaban desapareciendo ya pero aún eran claramente visibles cuando vino a la consulta a primeros de septiembre) empezó a respirar entre dientes como una «locomotora».

Tal vez no tuviera nada de divertido, pero no pude evitar echarme a reír al imaginar la escena, y también la señorita Stansfield rió conmigo. La señorita David-son se asomó (quizá para asegurarse de que no nos habíamos puesto óxido nitroso) y volvió a salir.

-No se me ocurrió otra cosa -decía la señorita Stansfield, riendo aún y secándose los ojos con un pañuelo-. Porque en aquel momento me vi arrojando todos aquellos frascos de perfume (absolutamente todos), tirándolos de la mesa al suelo, que era de cemento sin alfombrar. No es que pensara en ello. ¡Me vi haciéndolo! Vi los frascos-muestra chocando contra el suelo y llenando la estancia de una horrible mezcla de aromas que los obligaría a llamar a los fumigadores.

»Iba a hacerlo, estaba a punto de hacerlo ya, nada me habría impedido hacerlo. Y entonces empecé a respirar como una "locomotora"... y todo fue perfecto. Tomé con calma el cheque, la hoja de despido, me levanté y salí del despacho. No pude darle las gracias, claro... porque seguía respirando como una "locomotora".

Reímos de nuevo; luego ella se tranquilizó.

-Ahora ya todo ha pasado, incluso puedo sentir cierta lástima por ella... ¿o tal vez eso suena a engreimiento?

-En absoluto. Creo que es un sentimiento admirable.

-¿Puedo enseñarle lo que me compré con la indemnización por el despido, doctor McCarron?

-Sí, si quiere hacerlo.

Abrió el bolso y sacó una cajita plana.

-Lo compré en una casa de empeños -dijo-. Por dos dólares. Ha sido la única vez durante toda esta pesadilla que me he sentido avergonzada y sucia. ¿No es extraño?

Abrió la caja y la posó en mi mesa para permitirme ver el interior. No me sorprendió lo que vi. Era una simple alianza de oro.

-Haré lo que sea necesario -dijo-. Estoy en lo que la señora Kelly llamaría «una respetable casa de huéspedes». La casera ha sido amable y amistosa conmigo... pero también lo era la señora Kelly. Creo que a partir de ahora me pedirá en cualquier momento que me vaya y supongo que si le dijera algo del resto del alquiler o del depósito por desperfectos que le entregué cuando me instalé en su casa, se reiría en mis propias narices.

-Querida joven, eso sería totalmente ilegal. Hay tribunales y abogados que la ayudarían a usted a contestar tal...

-Los tribunales son clubs de hombres -dijo ella con firmeza- y no se saldrían de su línea para ayudar a mujeres como yo. Tal vez recuperara el dinero; tal vez no. En cualquier caso, los gastos, los problemas y lo... lo desagradable de todo el asunto... en realidad no creo que mereciera la pena... En fin, ni siquiera tenía que habérselo mencionado. Todavía no ha sucedido y tal vez no ocurra nunca. En cualquier caso, de ahora en adelante intentaré ser más práctica de lo que he sido hasta ahora.

Alzó la cabeza, sus ojos chispeaban al posarse en los míos.

-Sólo por si acaso, me he fijado en un lugar en el Village... Está en una tercera planta, pero es limpio y son cinco dólares al mes menos que donde estoy ahora -sacó el anillo de la caja-. Lo llevaba puesto cuando la casera me enseñó la habitación.

Se lo colocó en el tercer dedo de la mano izquierda, con una leve mueca de disgusto de

la que no creo que fuera consciente.

-Así. Ahora soy la señora Stansfield. Mi esposo era camionero y resultó muerto en la ruta Pittsburgh-Nueva York. ¡Qué triste! Pero ya no seré una ramerilla y mi hijo no será un bastardo.

Alzó hacia mí la vista; otra vez tenía lágrimas en los ojos. Cuando la miré, una lágrima se desbordó y le rodó mejilla abajo.

-Por favor -le dije, disgustado, y extendí la mano para tomar la suya, sobre la mesa. Estaba completamente helada-. Por favor, no, querida.

Volvió la mano, que era la izquierda, en mi mano, y miró el anillo. Sonrió; aquella sonrisa era tan amarga como hiel y vinagre, caballeros. Otra lágrima rodó por su mejilla. Sólo otra.

-Cuando oiga decir a los cínicos que los días de la magia y los milagros han pasado ya, doctor McCarron, sabré que están equivocados, ¿verdad? Cuando una alianza que puedes comprar en una tienda de empeños por dos dólares elimina al instante la bastardía y la disipación, ¿qué otra cosa si no magia podríamos llamarle a eso? Magia barata.

-Señorita Stansfield... Sandra, si puedo... si necesitara usted ayuda, si hay algo que yo pueda hacer...

Retiró la mano de la mía... si le hubiera tomado la mano derecha en vez de la izquierda, quizá no lo hubiera hecho. Ya lo he dicho, caballeros, no la amaba, pero en aquel momento podría haberla amado; creo que estaba a punto de enamorarme de ella. Tal vez, si hubiera tomado su mano derecha en vez de la otra, en la que llevaba la alianza, y si ella me hubiera permitido mantenerla un poquito más en la mía, hasta que mi propio calor la templara, tal vez entonces hubiera podido ser.

-Es usted un hombre bueno y amable, y ha hecho mucho por mí y por mi hijo... y su método de respiración es un tipo de magia muchísimo mejor que esta horrible del anillo. Después de todo, impide que me encarcelen acusada de destrucción voluntaria, ¿no es así?

Al poco rato se fue, y me acerqué a la ventana para verla bajar por la calle hacia la Quinta Avenida. ¡Oh Dios, cuánto la admiraba en aquel momento! Parecía tan ligera y tan joven y su embarazo era tan manifiesto... aunque nada en ella sugería timidez ni vacilación. Caminaba absolutamente erguida y segura, corno si tuviera todo el derecho a su lugar en la acera.

La perdí de vista y volví a mi escritorio. Al hacerlo, la fotografía enmarcada que cuelga en la pared junto a mi diploma llamó mi atención y un extraño e intenso escalofrío me recorrió. Toda mi piel, incluso la de la frente y la de las palmas de las manos, se me puso de gallina. El temor más asfixiante de toda mi vida me sobrecogió repentinamente y me encontré jadeando a la busca de aliento. Fue un preludio precognitivo, caballeros. No entraré en discusiones sobre si tales hechos pueden o no ocurrir; sé que sí porque a mí me sucedieron. Sólo una vez, aquélla, aquel primero de septiembre. Y ruego a Dios no se repita.

Mi madre había tomado aquella foto el día que terminé mis estudios en la Escuela de Medicina. Se me veía frente al White Memorial con las manos a la espalda, sonriendo como un chaval que acaba de conseguir un pase para todo el día para los viajes al Palisades Park. Podía verse, a mi izquierda, la estatua de Harriet White, y aunque la fotografía la cortaba a la altura de media espinilla, el pedestal y aquella extraña y despiadada inscripción (No hay solaz sin dolor; así pues, concebimos la salvación mediante el sufrimiento) se leían con toda claridad. Sería al pie de la estatua de la primera esposa de mi padre, directamente bajo la inscripción, donde moriría Sandra Stansfield no mucho más de cuatro meses después, en un absurdo accidente ocurrido precisamente cuando llegaba al hospital para alumbrar a su hijo.

Mostró alguna ansiedad durante aquel otoño, preocupada con la idea de que yo no estuviera allí para atenderla en su parto, de que me fuera a algún sitio a pasar las vacaciones de Navidad o que no visitara. También la preocupaba que la atendiera un médico que no estuviera al tanto de su deseo de utilizar el método de respiración y que le diera algún tipo de anestesia.

La tranquilicé como mejor pude. No había motivos para que yo me fuera de la ciudad,

no tenía familia a la que visitar en tales fiestas. Mi madre había muerto hacía dos años y sólo me quedaba una tía soltera en California; y el tren no iba conmigo, le dije a la señorita Stansfield.

-¿Está usted siempre solo? -me preguntó.

-A veces. Por lo general estoy demasiado ocupado. Bien, tome usted -apunté mi número de teléfono en una tarjeta y se la entregué-. Si contesta el servicio automático de respuestas cuando empiece el parto, llámeme a este teléfono.

-Oh no, no podría...

- ¿Quiere usted emplear el método de respiración o quiere caer en manos de cualquier matasanos que piense que está usted loca y que le ponga éter en cuanto la vea empezar a respirar como una «locomotora»?

Sonrió levemente.

-Bien. Me ha convencido.

Pero el otoño avanzaba, y cuando los carniceros de la Tercera Avenida empezaron a anunciar el peso por kilo de sus «tiernos y suculentos pavos», se vio que ya no estaba relajada. En verdad le pidieron que dejara el lugar en el que llevaba viviendo desde que vino a verme la primera vez. Y se había trasladado al Village. Al menos aquello le había resultado bastante beneficioso. Incluso había encontrado algo así como un trabajo. Una mujer ciega que contaba con considerables ingresos la contrató para que le hiciera el trabajo doméstico ligero y para que le leyera obras de Gene Startton y Pearl S. Buck. Vivía en la primera planta del mismo edificio al que se había trasladado la señorita Stansfield. Ya tenía aquel aspecto saludable y floreciente que suelen desprender las mujeres saludables en la última etapa de su embarazo. Pero algo ensombrecía su rostro. Yo solía hablarle, y era lenta respondiendo, y una vez en que no contestó en absoluto, alcé la vista de las notas que estaba tomando y la vi mirando la fotografía enmarcada que había junto a mi diploma, con expresión extraña y soñadora en los ojos. Sentí de nuevo aquel estremecimiento... y su respuesta, que nada en absoluto tenía que ver con mi pregunta, no fue tranquilizadora en absoluto.

-Tengo la impresión, doctor McCarron, una sensación fortísima a veces, de que estoy condenada, de que terminaré mal.

¡Vaya una estúpida y melodramática idea! Y, no obstante, caballeros, la respuesta que acudió a mis labios fue: Sí, yo también tengo la misma sensación. Me la guardé para mí, claro. El médico que dijera algo así a su paciente, haría mejor en poner de inmediato a la venta sus libros e instrumental médico y dedicarse a investigar su futuro como carpintero o lampista.

Así que le dije que no era la primera mujer embarazada que tenía tales ideas y presentimientos y que tampoco sería la última. Le dije que, en realidad, tal sensación era tan común que los médicos la conocían con el nombre irónico de Síndrome del Valle de la Sombra. Mas creo haberlo mencionado ya esta noche.

La señorita Stansfield asintió con absoluta seriedad y recuerdo especialmente lo joven que parecía aquel día y lo inmenso que parecía su vientre.

-Ya lo sé -dijo-. Lo he sentido. Pero es bastante distinto de este otro sentimiento. Esta otra sensación es como... como... como algo acechante y fantasmal. No se me ocurre otra forma mejor de describirlo. Es estúpido, pero no puedo librarme de ello.

-Ha de intentarlo -dije-. No es bueno para el...

Pero no me atendía. Estaba mirando otra vez la fotografía.

-¿Quién es?

-Emlyn McCarron -dije, intentando hacer un chiste. Resultaba extraordinariamente inadecuado-. Antes de nuestra Guerra Civil, cuando era jovencísimo.

-No, a usted ya le reconocí, por supuesto -dijo ella-. Me refiero a la mujer. Sólo puede decirse que es una mujer por el bajo de la falda y por los zapatos. ¿Quién es?

-Se llama Harriet White -le dije, y pensé: y la suya será la primera cara que vea cuando vaya usted al hospital para alumbrar a su hijo. Y volvió el escalofrío, aquel frío terrible, informe, sin rumbo. Su cara de piedra.

Librodot

-¿Qué dice en el pedestal de la estatua? -preguntó; sus ojos aún soñadores, casi como en éxtasis.

-No sé -mentí-. Mi latín coloquial no es gran cosa.

Aquella noche tuve el peor sueño de mi vida: desperté de él absolutamente aterrado; supongo que, si hubiera estado casado, habría dado un susto de muerte a mi pobre esposa.

En el sueño, yo abría la puerta que daba a mi consultorio y allí estaba Sandra Stansfield. Llevaba los mismos zapatos marrones, el mismo vestido de lino blanco con ribetes marrones y el mismo sombrero algo pasado de moda. Pero el sombrero estaba entre sus pechos, ya que Sandra llevaba la cabeza en las manos. El lino blanco estaba manchado y rayado de sangre coagulada. La sangre saltaba de su cuello y salpicaba el techo.

Agitó entonces los ojos abiertos y los clavó en mí (aquellos espléndidos ojos suyos color avellana).

-Predestinada -me dijo su cabeza-. Maldita. Estoy maldita. No hay salvación sin sufrimiento. Es magia barata, pero es todo lo que tenemos. Y, en este punto, desperté gritando.

Salía de cuentas el diez de diciembre. El día llegó, y pasó. La examiné el diecisiete y sugerí que, aunque estaba casi seguro de que la criatura nacería en mil novecientos treinta y cinco, no creía realmente que hiciera su aparición hasta pasada Navidad. La señorita Stansfield lo aceptó de buen grado. Parecía haber desaparecido de su expresión la pesadumbre que la había agobiado aquel otoño. La señora Gibbs, la mujer ciega que la había contratado para que le leyera en voz alta y le hiciera los trabajos domésticos ligeros, estaba impresionada con ella (lo bastante impresionada como para contarle a sus amigas la historia de aquella joven y valiente viuda quien, pese a su reciente aflicción y delicado estado, afrontaba su futuro con tan buen ánimo). Algunas de las amigas de la mujer ciega manifestaron su interés por emplearla en cuanto hubiera tenido al niño.

-Lo aceptaré también -me dijo-. Por el bebé. Pero sólo hasta que pueda valerme bien y encontrar una cosa fija. A veces, pienso que lo peor de todo esto (de todo lo que ha ocurrido) es que ha cambiado mi forma de ver a la gente. A veces me digo: «Cómo puedes dormir por la noche sabiendo que has engañado a la pobre vieja?». Y luego: «Si lo supiera, me enseñaría la puerta, exactamente igual que los demás». De cualquier forma, es una mentira; y a veces su peso me agobia.

Antes de irse aquel día, sacó del bolso un paquetito de vistoso envoltorio y lo deslizó con timidez hacia mí sobre la mesa.

-Feliz Navidad, doctor McCarron.

-¡Pero no debiera...! -dije, abriendo un cajón de mi escritorio y sacando un paquetito-. Pero como yo también hice otro tanto...

Me miró sorprendida un instante... y luego ambos nos echamos a reír. Su regalo era un alfiler de corbata de plata con un camafeo, y el mío, un álbum de fotografías para su bebé. Aún conservo su regalo; como pueden ver ustedes, caballeros, lo llevo puesto esta noche. No sé qué sería del álbum.

La vi avanzar hacia la puerta; cuando la alcanzó, se volvió hacia mí, posó sus manos en mis hombros, se puso de puntillas y me besó en los labios. Tenía los labios recios y fríos. No fue un beso apasionado, caballeros, pero desde luego tampoco era el beso que uno esperaría de una hermana o una tía.

-Gracias otra vez, doctor McCarron -dijo, jadeando levemente. Tenía las mejillas encendidas y brillantes los ojos color avellana-. Muchísimas gracias por todo.

Sonreí... un tanto incómodo.

-Habla usted como si no fuéramos a volver a vernos, Sandra.

Creo que fue la segunda y última vez que la llamé por su nombre de pila.

-Oh, claro que volveremos a vernos -dijo-. No lo dudo en absoluto.

Y estaba en lo cierto... aunque ninguno de los dos podría haber previsto las espantosas circunstancias de nuestro último encuentro.

El parto de Sandra Stansfield empezó el día de Nochebuena, poco después de las seis. Para entonces, la nieve, que había estado cayendo durante todo el día, se había convertido en aguanieve. Y para cuando la señorita Stansfield entró en la etapa media del parto, ni siquiera dos horas después, las calles de la ciudad estaban vidriosas de hielo.

La señora Gibbs, la mujer ciega, tenía un amplio y espacioso apartamento y a las seis y media la señorita Stansfield bajó penosamente las escaleras, llamó a la puerta, pasó, y preguntó si podía usar el teléfono para pedir un taxi...

-¿Se trata ya del niño, querida? -preguntó la señora Gibbs, aturdida.

-Sí. El parto no ha hecho más que empezar, pero supongo que con este tiempo el taxi tardará mucho más.

Pidió el taxi por teléfono y luego me llamó a mí. En aquel momento (las seis y cuarenta minutos), los dolores le llegaban a intervalos de unos veinticinco minutos. Me repitió a mí también que se había precipitado un poco a causa de aquel tiempo horroroso.

-No me gustaría tener el niño en el taxi -me dijo. Su tono era sereno en extremo.

El taxi se atrasó y el parto siguió su curso, en realidad, más de prisa de lo que yo había previsto (aunque, como ya dije, en los aspectos concretos no hay dos partos iguales). Al ver que la viajera estaba a punto de dar a luz, el taxista la ayudó a bajar los resbaladizos peldaños, sin dejar un instante de suplicarle: «Señora, cuidado». La señorita Stansfield se limitaba a asentir, preocupada únicamente por concentrarse en la inspiración-espiración a cada nueva contracción. El aguanieve golpeaba las luces de las calles y las bacas de los coches; y se derretía en grandes gotas cristalinas sobre la luz amarilla del taxi. La señora Gibbs me contaría después que el joven taxista estaba más nervioso que «la pobre y querida Sandra» y que seguramente ésa fuera una de las causas del accidente.

Y, casi con toda seguridad, otra de ellas fue el método respiratorio.

El taxista guiaba su vehículo por las resbaladizas calles, haciéndolo avanzar lenta y laboriosamente, deteniéndose casi en las intersecciones, aproximándose con gran lentitud al hospital.

Él no resultó malherido en el accidente y pude hablar con él en el hospital. Me dijo que el oír el sonido constante de aquel profundo respirar procedente del asiento trasero le había puesto nerviosísimo. No dejaba de mirar por el espejo retrovisor para ver lo que hacía. Me dijo que se habría sentido más tranquilo si ella se hubiera limitado a soltar unos cuantos gritos, que es lo que se espera que haga una parturienta. Un par de veces le preguntó si se encontraba bien y ella se limitó a asentir cabeceando y siguió con lo suyo, «remontando las olas», con profundas inspiraciones y espiraciones.

A unas dos o tres manzanas del hospital, ella debió sentir el inicio de la etapa final del parto. Había transcurrido una hora desde que había entrado en el taxi (el tráfico era un caos absoluto), mas de cualquier forma se trataba de un parto extraordinariamente rápido para una joven primeriza. El conductor advirtió el cambio en la forma de respirar. «Empezó a jadear como un perro en un día caluroso, doctor», me diría después. Había iniciado la etapa «locomotora».

Y casi al mismo tiempo el taxista vio un hueco en el lentísimo tráfico y se lanzó por él. El camino hacia el White Memorial estaba despejado ahora. Y quedaba a menos de tres manzanas. «Podía ver ya entera la estatua», me dijo el taxista luego. Deseoso de librarse de una vez de su jadeante pasajera embarazada, pisó a fondo el acelerador de nuevo y el coche

dio un salto hacia delante, y patinó.

Yo había ido caminando hasta el hospital, y mi llegada coincidió con la llegada del taxi sólo porque no me había parado a considerar las pésimas condiciones reales de la circulación en un día como aquél. Pensaba encontrar ya ingresada a la señorita Stansfield, con todos los requisitos legales del ingreso ya cumplimentados y firmados, con la primera etapa del parto concluida ya, e iniciando laboriosamente la fase intermedia. Subía yo la escalinata hacia la entrada cuando advertí la súbita y cortante convergencia de dos juegos de luces reflejadas en el camino helado, donde los conserjes aún no habían echado cenizas.

Me volví al tiempo justo de ver cómo sucedía todo.

Una ambulancia salía del Ala de Urgencias al tiempo que el taxi que portaba a la señorita Stansfield llegaba al hospital. El taxista sencillamente iba demasiado de prisa para poder detenerse. Aterrado, se limitó a pisar a fondo el freno en vez de intentar frenar sólo un poco y desviarse. El coche patinó y acto seguido empezó a girar de costado. La luz parpadeante de la ambulancia iluminó la escena con ráfagas y manchas rojizas de luz y una de ellas iluminó extrañamente el rostro de Sandra Stansfield. En aquel único instante, fue el mismo rostro de mi sueño, la misma cara ensangrentada, con los ojos abiertos, que viera yo en su cabeza cortada.

Pronuncié su nombre en un grito, bajé uno o dos peldaños, resbalé y caí cuan largo soy. Me di un gran golpe en el codo que me paralizó, pero de algún modo conseguí aguantar el maletín negro. Y vi el resto de todo lo que ocurría desde donde estaba caído; me zumbaba la cabeza y me dolía el codo.

La ambulancia frenó y empezó también a hacer eses: su extremo posterior chocó contra el pedestal de la estatua. Las puertas de carga quedaron abiertas. Y una camilla, gracias a Dios vacía, salió disparada como una lengua y volcó luego, quedando en la calle con las ruedas girando. En la acera, una joven gritó e intentó echar a correr al tiempo que ambos vehículos se aproximaban. Todo lo que consiguió fue dar un par de pasos y caer de bruces. Su bolso salió disparado y chocó contra la acera helada.

El taxi recorrió todo el camino oscilando, sin cambiar de dirección; yo podía ver con toda claridad al taxista, aferrado al volante, girándolo enloquecido, como un niño en un auto de choque. La ambulancia rebotó de la estatua de Harriet White en un ángulo... y dio de costado contra el taxi. El taxi describió un círculo estrecho y se estrelló contra el pedestal de la estatua con gran fuerza. Su luz amarilla con las letras de

RADIO-TAXI, destellando todavía, explotó como una bomba. Su costado izquierdo quedó arrugado como papel tisú y al instante advertí que no sólo era el costado izquierdo. El taxi había chocado contra el pedestal con la fuerza suficiente para partirse en dos. El cristal cayó hecho añicos sobre el hielo resbaladizo como diamantes. Y mi paciente fue lanzada por la ventanilla trasera derecha del coche destrozado como una muñeca de trapo.

Y me vi en pie de nuevo, sin saber siquiera cómo. Bajé a toda prisa los peldaños helados, volví a resbalar, me agarré a barandilla y me mantuve erguido. Sólo podía pensar en la señorita Stansfield tirada a la incierta sombra proyectada por aquella horrible estatua de Harriet White, a unos cinco o seis metros de donde se había detenido la ambulancia de costado, su reflector aún llenando la noche de rojo. Había algo espantosamente erróneo en aquella figura, aunque sinceramente creo que no supe de qué se trataba hasta que tropecé con algo con fuerza suficiente como para estar de nuevo a punto de caer. Lo que fuera con lo que había tropezado salió lanzado (al igual que antes el bolso de la joven, más que rodar, resbaló). Se deslizó y sólo por el cabello, aún reconociblemente rubio, pese a estar salpicado de sangre y lleno de trocitos de cristal, comprendí de qué se trataba. Acababa de tropezar con la cabeza de Sandra Stansfield, que había resultado decapitada en el accidente.

Actuando ahora con absoluto aturdimiento, llegué hasta su cuerpo y lo volví. Creo que intenté gritar en el instante mismo de hacerlo, en cuanto vi. Si realmente lo intenté, no logré emitir sonido alguno. Porque me fue imposible. La señorita Stansfield respiraba aún, ¿comprenden ustedes, caballeros? Su pecho subía y bajaba con alientos rápidos, ligeros, poco profundos. El hielo salpicaba su abrigo abierto y su vestido empapado de sangre. Y pude oír

un leve y agudo sonido silbante. Crecía y languidecía, como una tetera que no logra empezar a hervir: era el sonido producido por el aire al ser inhalado por su laringe, cortada, y expulsado nuevamente por ella. Las cuerdas vocales, ya sin boca que formulara los sonidos, lanzaban el aire en gritos.

Deseé con todas mis fuerzas echar a correr; pero no pude. Me arrodillé junto a ella en el suelo helado, cubriéndome la boca con una mano. Advertí al poco la sangre cálida fluyendo por la parte inferior de su vestido... y movimiento en el mismo lugar. Y súbita y frenéticamente comprendí que existía aún la posibilidad de salvar a la criatura. Y lo supe y lo creí cuando le alcé el vestido hasta la cintura; y empecé a reírme. Creo que estaba enloquecido. Su cuerpo estaba aún caliente. Lo recuerdo. Y recuerdo también que se alzaba con su respiración. Uno de los ayudantes de ambulancia se acercó tambaleándose como un borracho, apretándose la sien con una mano. La sangre se colaba entre sus dedos.

Yo seguía riéndome, tanteando. Estaba completamente dilatada.

El ayudante de la ambulancia bajó la vista hacia el cuerpo sin cabeza de Sandra Stansfield, con ojos desorbitados. No sé si se dio cuenta de que el cadáver estaba respirando o no. Tal vez lo achacara a los nervios: a una especie de acto reflejo final. Era imposible que pensara tal cosa si llevaba tiempo conduciendo una ambulancia. Los pollos pueden correr un poco después de haberles cortado la cabeza, pero las personas sólo dan, si es que llegan, una o dos sacudidas.

-Deje de mirar y tráigame una manta -le dije, con irritación.

Se fue, tambaleante, pero no hacia la ambulancia; se encaminaba, más o menos, en dirección a Times Square. Desapareció en la noche helada. No tengo la menor idea de lo que sería de él. Me volví hacia la mujer muerta que, en cierta forma, no estaba muerta, vacilé un instante y luego me quité el gabán; le alcé las caderas, para colocárselo debajo. Aún podía yo oír el silbante sonido de su respirar mientras su cuerpo decapitado respiraba «como una locomotora». Todavía lo oigo a veces, caballeros. En sueños.

Entiendan ustedes, por favor, que todo esto había sucedido en un espacio de tiempo extraordinariamente breve (a mí me parecía más largo, pero sólo porque mi percepción se había exaltado hasta límites febriles). La gente empezó entonces a salir corriendo del hospital para averiguar lo sucedido y una mujer gritó a mi espalda cuando vio la cabeza cortada en el suelo.

Abrí de un tirón mi maletín negro, agradeciendo a Dios el no haberlo perdido al caerme, y saqué un escalpelo corto. Lo abrí, rasgué su ropa interior y se la quité. Se acercó entonces el conductor de la ambulancia hasta unos tres metros de nosotros, y se detuvo, petrificado. Le contemplé un instante, esperando aún la manta que había pedido. Comprendí que él no me la iba a proporcionar. Miraba fijamente el cuerpo que respiraba, con los ojos tan abiertos como si fueran a salírsele de las órbitas y a quedar colgando de sus nervios ópticos como grotescos yoyós con visión. Luego se hincó de rodillas y alzó las manos unidas. Intentaba rezar, de eso estoy seguro. Tal vez el ayudante no hubiera caído en la cuenta de que lo que veía era imposible, pero aquel hombre sí.

Acto seguido, se desmayó.

Aquella noche había metido el fórceps en mi maletín; la verdad es que no sé por qué. Hacía tres años que no utilizaba semejantes instrumentos, desde que viera a un colega, cuyo nombre no quiero citar, atravesar la sien de un recién nacido e introducir en el cerebro del niño uno de aquellos infernales artilugios. El niño murió instantáneamente. El cadáver se «perdió» y en el certificado de defunción se inscribió nacido muerto.

Pero, fuera cual fuera la razón, aquella noche había llevado conmigo los fórceps.

El cuerpo de la señorita Stansfield se contrajo, su vientre se hundió y la carne se tornó piedra. Y el niño coronó. Vi coronar su cabecita sólo un instante, sanguinolenta, membranosa y latiente. Latiendo. Así pues, estaba vivo. Indudablemente vivo.

Librodot

La piedra se hizo de nuevo carne. La corona del niño se perdió de vista. Y una voz dijo a mi espalda: -¿Puedo hacer algo, doctor?

Era una enfermera de edad mediana, el tipo de mujer que suele ser base y apoyo esencial de nuestra profesión.

Estaba tan pálida como la leche, más, aunque su expresión indicaba terror y una especie de temor supersticioso, al contemplar aquel cuerpo que respiraba milagrosamente; no había, en cambio, rastro de la aturdida sorpresa que habría dificultado e incluso hecho peligroso su trabajo.

-Tráigame una manta -le dije secamente-. Creo que aún podemos llegar a tiempo.

Vi tras ella a unas dos docenas de personas del hospital, en la escalinata; al parecer, no tenían intención de aproximarse. ¿Cuánto o cuán poco vieron? No tengo forma de saberlo a ciencia cierta. Todo lo que sé es que algunas de aquellas personas me eludieron después durante días (algunas ya por siempre) y que ninguna, incluida la enfermera que se me acercó, me habló jamás del asunto.

Se volvió y se encaminó hacia el hospital.

-¡Enfermera! -grité-. No hay tiempo para eso. ¡Tráigame una de las de la ambulancia! La criatura está naciendo ya.

Cambió de rumbo, resbalando y deslizándose entre la nevisca con sus blancos zapatos de suela de crepe. Nuevamente volví mi atención hacia la señorita Stansfield.

Más que aminorar, su respiración jadeante empezó realmente a acelerar... luego su cuerpo se endureció de nuevo, se inmovilizó. Volví a ver la cabecita del niño coronando. Esperé que volviera a retroceder, pero no lo hizo. Siguió avanzando. Después de todo, no tendría que utilizar los fórceps.

El niño casi afluyó a mis manos. Vi el aguanieve cayendo sobre su cuerpo sanguinolento y desnudo: era niño, su sexo destacaba inconfundible. Vi alzarse en torno suyo el vapor al tiempo que la noche helada y negra arrancaba el último calor del cuerpo de su madre. Sus puñitos manchados de sangre se volvieron débilmente; emitió un tenue y sollozante gritito.

-¡Enfermera! -grité con fuerza-. ¡A ver si mueve el culo de una puñetera vez!

Tal vez fuera un lenguaje inaceptable, inexcusable; mas, por un instante, tuve la impresión de hallarme otra vez en Francia; de que a los pocos segundos las bombas empezarían a silbar sobre nosotros con el mismo sonido de aquella cruel y tictaqueante nevisca. Las ametralladoras iniciarían su infernal tartamudeo; empezarían a materializarse los alemanes surgiendo de la oscuridad, corriendo y deslizándose y maldiciendo y muriendo entre barro y humo.

Magia barata, pensé, viendo retorcerse los cuerpos y volverse a caer. Pero usted tenía razón, Sandra, es la única de que disponemos.

En aquel instante, caballeros, estuve más cerca que nunca de perder la razón.

-¡ENFERMERA! ¡POR EL AMOR DE DIOS!

Volvió a gemir el niño (¡un sonido tan leve, tan desvalido!), y ya no volvió a hacerlo más. Disminuyó el vapor que emanaba de su piel, reduciéndose a cintas. Posé la boca en su cara respirando el aroma de la sangre y el húmedo y suave aroma de la placenta. Inhalé en su boca y pude oír que el amortiguado susurro de su respiración se reanudaba. Y, acto seguido, allí estaba la enfermera con la manta en los brazos. Tendí mi mano para recogerla.

Inició un movimiento para entregarme la manta, y quedó de pronto paralizada, acercando de nuevo hacia sí la manta...

-Doctor... y... ¿y si es un monstruo? ¿Algún tipo de monstruo?

-Déme de una vez la manta -dije-. Démela ya, Sarge, antes de que no pueda contenerme y empiece a patearla.

-Sí, doctor -dijo, con absoluta tranquilidad (tenemos que bendecir a las mujeres, caballeros, que tan a menudo entienden, sencillamente no tratando de hacerlo), y me entregó la manta. Envolví en ella al niño y se lo entregué.

-Si se le cae, Sarge, me ocuparé personalmente de que se coma esa manta.

-Sí, doctor.

Observé su carrera-paseo hacia el hospital y vi que la multitud que estaba en la escalinata se apartaba para dejarla pasar. Me levanté y me separé del cuerpo. Su respiración, como la del recién nacido, titubeaba, se afirmaba... cesaba... volvía a titubear... cesó.

Empecé a alejarme del cuerpo. Tropecé con algo. Me volví. Era la cabeza. Y, siguiendo alguna orden exterior a mí, puse una rodilla en tierra y la volteé. Tenía los ojos abiertos: aquellos ojos francos y directos color avellana que estuvieron siempre tan plenos de vida y resolución. Seguían plenos de resolución, caballeros, y me estaban mirando.

Tenía los dientes apretados, los labios levemente separados. Sentí su aliento deslizarse inspirando y espirando rápidamente entre aquellos labios y aquellos dientes mientras ella «locomotorizaba». Movió los ojos, que giraron levemente hacia la izquierda, como para verme mejor. Abrió los labios. Y sus labios formularon cuatro palabras: Muchas gracias, doctor McCarron.

Yo oí esas cuatro palabras, caballeros, las oí, aunque no de sus labios. Llegaron hasta mis oídos desde unos seis metros de distancia. De las cuerdas vocales de la señorita Stansfield. Y como su lengua, y sus labios y sus dientes, todo lo que utilizamos para formular las palabras, estaba allí mismo a mi lado, aquellas palabras surgieron como modulaciones de sonido informe. Pero había nueve modulaciones, nueve sonidos distintos, igual que hay nueve sílabas diferentes en la frase Muchas gracias, doctor McCarron.

-De nada, de nada, señorita Stansfield -dije-. Es niño.

Volvieron a moverse sus labios y a mi espalda pude oír, tenue, fantasmal, el sonido niiiiño...

Y se le quedaron los ojos en blanco, vacíos ya también de resolución. Ahora parecían mirar algo que estuviera más allá de mí, tal vez en el cielo negro y nevoso. Sus ojos se cerraron. Y empezó otra vez a respirar de modo acelerado, jadeante... y luego, simplemente, dejó de hacerlo. Así pues, fuera lo que fuera lo sucedido, ya había concluido. Algo había visto la enfermera; y tal vez también el conductor de la ambulancia hubiera visto algo antes de desmayarse; y también algunos de los espectadores podrían haber sospechado algo. Pero, ahora, ya todo había concluido definitivamente. Sólo quedaban los restos de un terrible y desagradable accidente acá fuera... y un niño nuevo allá dentro.

Alcé la vista hacia la estatua de Harriet White; allí seguía, mirando pétreamente en dirección al Garden, como si no hubiera ocurrido nada especial, absolutamente nada, como si semejante resolución en un mundo tan absurdo y tan duro como éste no significara nada en absoluto... o, aún peor, como si tal vez aquello fuera lo único que significara algo, lo único que establecía alguna diferencia de algún tipo.

Según recuerdo, me quedé arrodillado en el barro ante la cabeza cortada de Sandra Stansfield y empecé a llorar. Y, según recuerdo, seguía llorando aún cuando un interno y dos enfermeras me ayudaron a incorporarme y a entrar en el hospital.

Mientras, la pipa del doctor McCarron se había apagado.

La encendió con su encendedor-saeta; entretanto, todos permanecíamos sentados en un absoluto y estupefacto silencio. Fuera, el viento rugía y aullaba. Cerró el encendedor con un chasquido y alzó la vista. Parecía un tanto sorprendido al vernos aún allí.

-Se acabó -dijo-. ¡Ese es el final! ¿Puede saberse a qué esperan? ¿Carros de fuego, quizás?

Lo dijo con soma. Luego, pareció vacilar un instante; y al fin prosiguió:

-Pagué de mi propio bolsillo los gastos de su entierro. Compréndanlo, no tenía a nadie más -sonrió levemente-. Bueno... también estaba Ella Davidson, mi enfermera. Insistió en colaborar con veinticinco dólares, que para ella eran un gran sacrificio. Pero cuando a la Davidson se le metía algo en la cabeza... -se encogió de hombros y sonrió un poco.

-¿Está completamente seguro de que no fue un acto reflejo? -me oí preguntarle

súbitamente-. ¿Está absolutamente seguro...?

-Completamente seguro -dijo McCarron imperturbable-. La primera contracción quizá sí. Pero la consecución del parto completo no fue cuestión de segundos, sino de minutos. Y he pensado a veces que podría haber aguantado incluso más si hubiera tenido que hacerlo. Gracias a Dios, no hizo falta.

-¿Y el niño? -preguntó Johanssen.

McCarron chupó su pipa.

-Adoptado -dijo-. Y comprenderán ustedes que, incluso en aquellos tiempos, los registros de adopciones se mantenían en el más absoluto secreto.

-Sí, pero, ¿qué fue del niño? -preguntó Johanssen de nuevo, y McCarron sonrió con aire irritado.

-Usted jamás deja escaparse nada, ¿eh? -preguntó a Johanssen.

Johanssen movió la cabeza.

-Algunas personas, para pesar de ellas, lo han averiguado. ¿Qué fue del niño?

-En fin, si me han seguido todo el rato hasta ahora, comprenderán que yo tenía un interés concreto en saber qué había sido al fin de aquel niño. O yo creía tenerlo, que viene a ser lo mismo. Me mantuve informado, y aún lo estoy. Había un joven y su esposa (cuyo nombre no es Harrison, pero sí bastante parecido). Vivían en Maine. No podían tener hijos propios. Adoptaron al niño y le pusieron de nombre... bueno, el de John sirve perfectamente, ¿no les parece? John les servirá, ¿no es así, amigos?

Chupó su pipa, pero había vuelto a apagarse. Yo tenía la vaga impresión de que Stevens estaba moviéndose tras de mí y supe que en algún sitio nuestros abrigos estaban ya preparados. Pronto nos deslizaríamos en su interior... y volveríamos a nuestras vidas. Como había dicho McCarron, por otro año más, se habían acabado los cuentos.

-El niño que aquella noche traje al mundo es actualmente director del departamento de inglés de una de las dos o tres universidades privadas más prestigiosas del país -dijo McCarron-. Todavía no ha cumplido los cuarenta y cinco años. Es joven. Aún es pronto para él, pero algún día será rector. No lo dudo en absoluto. Es guapo, inteligente y encantador.

»Una vez, con no sé qué pretexto, pude cenar con él en el club de la facultad. Éramos cuatro aquella noche. Hablé poco y pude observarle. Poseía la resolución de su madre, caballeros...

»... y los ojos color avellana de su madre.

3. El club

Stevens nos acompañó hasta la puerta, como siempre; nos ayudó a ponernos los abrigos, nos deseó la más feliz de las felices Navidades y agradeció a todos su generosidad. Me las arreglé para ser el último, y Stevens me miró sin rastro de sorpresa cuando le dije:

-Me gustaría hacerle una pregunta, si no le importa.

Sonrió levemente.

-Lo esperaba -dijo-. Navidad es una época ideal para hacer preguntas.

En algún lugar del corredor a nuestra izquierda (corredor que yo nunca había recorrido), sonó un reloj de péndulo, el sonido del transcurso del tiempo. Aprecié el olor a cuero viejo y a madera lubricada y, mucho más suave que éstos, el de la loción para después del afeitado de Stevens.

-Pero debo advertirle -añadió Stevens, mientras fuera se alzaba una ventolera- que siempre es mejor no hacer demasiadas preguntas. Sobre todo si desea usted seguir viniendo aquí.

-¿Se ha excluido a alguien por preguntar demasiado?

«Excluido» no era realmente el término que yo deseaba utilizar, pero sí el más aproximado que se me ocurrió.

-No -dijo Stevens, en el mismo tono bajo y cortés de siempre-. Sencillamente prefieren excluirse ellos.

Le devolví la mirada, sintiendo que un escalofrío se abría paso por mi columna vertebral arriba (era como si una mano fría, inmensa e invisible se hubiera posado en mi espalda). Y me hallé recordando aquel extraño sonido suave que había oído una noche arriba y me pregunté (igual que otras veces antes) cuántas habitaciones habría exactamente allí.

-Si aún desea preguntarme algo, señor Adley, sería mejor que me hiciera la pregunta. La noche está casi tocando a su fin...

-¿Y le queda por delante un largo recorrido en tren? -le pregunté; pero Stevens se limitó a contemplarme con absoluta impasibilidad-. Muy bien -dije-; en la biblioteca hay libros que no puedo encontrar en ningún sitio, ni en la biblioteca pública de Nueva York ni en los catálogos de vendedores de libros antiguos que he consultado y, por supuesto, tampoco en el mamotreto de Libros impresos. La mesa de billar de la sala pequeña es una Nord. Jamás oí nombrar semejante marca, así que llamé a la International Trademark Commission. Tienen dos Nord registrados: uno se dedica a la fabricación de accesorios de madera de cocina y el otro a la de esquíes de fondo. En la Sala Grande hay una máquina de discos Seafront. La ITC tiene registrado el nombre Seaburg, pero no Seafront.

-¿En qué consiste su pregunta, señor Adley?

El tono de la voz de Stevens seguía siendo el de siempre, pero advertí, súbitamente, algo espantoso en sus ojos... No, si he de ser sincero, no era sólo en sus ojos; el terror que sentí en aquel momento era algo que había impregnado toda la atmósfera que me rodeaba. El toc-toc regular del fondo del pasillo de la izquierda ya no era el péndulo del reloj, era el pie golpeteante del ejecutor mientras contempla al condenado conducido al patíbulo. El olor a aceite y cuero se hicieron más intensos y amenazantes y, cuando de nuevo oí rugir fuera el viento, por un instante estuve seguro de que la puerta principal se había abierto permitiéndome ver no la calle Treinta y cinco, sino un demencial paisaje de Clark Ashton Smith en el que las penosas formas de los árboles retorcidos se perfilaban sobre un horizonte estéril, bajo el cual se ponían dobles soles con un horripilante fulgor rojo.

Ah, él sabía perfectamente lo que quería preguntarle; lo vi en sus ojos grises.

¿De dónde proceden todas esas cosas? Eso era lo que deseaba preguntarle. Ah, sé perfectamente de dónde viene usted, Stevens; ese acento es puro Brooklyn. Pero, ¿a dónde va usted? ¿Qué es lo que ha implantado esa expresión atemporal en sus ojos y lo que la ha estampado en su cara? Y, además, Stevens...

... ¿dónde estamos en ESTE PRECISO INSTANTE? Mas él aún esperaba mi pregunta.

Abrí la boca. Y la pregunta que mi boca formuló fue la siguiente:

-¿Hay muchas más habitaciones arriba?

-Oh, sí, desde luego, caballero sin apartar un instante sus ojos de los míos-. Muchísimas más. Un hombre podría perderse en ellas. En realidad, los hombres se han perdido. A veces me parece que se prolonguen kilómetros y kilómetros. Salas y corredores.

-¿Y entradas y salidas?

Alzó levemente las cejas.

-Oh, claro, entradas y salidas.

Aguardó; pero consideré que había preguntado suficiente (había llegado hasta la mismísima orilla de algo que tal vez pudiera volverme loco).

-Gracias, Stevens.

-Por supuesto, señor.

Me ofreció el abrigo y me lo puse.

-¿Habrá más cuentos?

Librodot

-Aquí, caballero, siempre hay más cuentos.

La noche a la que me refiero pasó hace ya mucho tiempo; y mi memoria, desde luego, no ha mejorado de entonces acá (cuando un hombre llega a mi edad, es mucho más probable que suceda lo contrario); pero sí recuerdo con absoluta claridad la punzada de terror que sentí cuando Stevens abrió del todo la puerta de roble ante mí: sentí la absoluta y cruda certeza de que iba a ver de verdad aquel extraño paisaje cuarteado e infernal a la rojiza luz sanguinolenta de aquellos dobles soles que podían ponerse y dar paso a una inenarrable oscuridad de una hora, o de diez horas, o de diez mil años. No puedo explicarlo, pero os aseguro que ese mundo existe: de eso estoy tan seguro como lo estaba Emlyn McCarron de que la cabeza de Sandra Stansfield siguió respirando separada del cuerpo.

Durante aquel segundo intemporal, creí que la puerta se abriría y que Stevens me empujaría a aquel mundo y que a continuación sentiría cerrarse tras de mí la gran puerta de roble... para siempre.

Mas, en lugar de eso, vi ante mí la calle Treinta y cinco y, junto al bordillo, un taxi que echaba humo por el tubo de escape.

Sentí un absoluto y casi sofocante alivio. -Siempre más cuentos, sí -repitió Stevens-. Buenas noches, señor.

Siempre más cuentos.

Realmente los ha habido.

Y tal vez, un día de ésos, os cuente otro.